ELLAS
ÑALES

TS

-84-18273-64-3

18 273643

Richard David Precht

CAZADORES, PASTORES, CRÍTICOS

Nuestro mundo muta cada vez más rápido. ¿Cómo estamos reaccionando ante ello? Algunos celebran el futuro digital con una ingenuidad aterradora y esperan los cambios de manera impredecible.

Los políticos no parecen tomarse en serio este cambio radical. Otros advierten de la dictadura de las corporaciones digitales de Silicon Valley, mientras otros preferirían ocultar la cabeza y volver al pasado.

Por su parte, Richard David Precht esboza la imagen de un futuro deseable en la era digital. ¿Es de verdad una pérdida el fin de la meritocracia tal y como la conocemos? Para el filósofo alemán, la sociedad digital ofrece la posibilidad de que en el futuro podamos vivir una vida más plena y autodeterminada. Para eso, tenemos que marcar el rumbo en el presente y cambiar sistemáticamente nuestro sistema social. La pregunta no es «¿cómo *vamos* a vivir?», sino decidir cómo *queremos* vivir.

Un libro polémico y estimulante que llega al corazón del malestar *en* y *de* la modernidad.

NED ediciones

CAZADORES, PASTORES, CRÍTICOS

d Precht

R

HM851
P73518

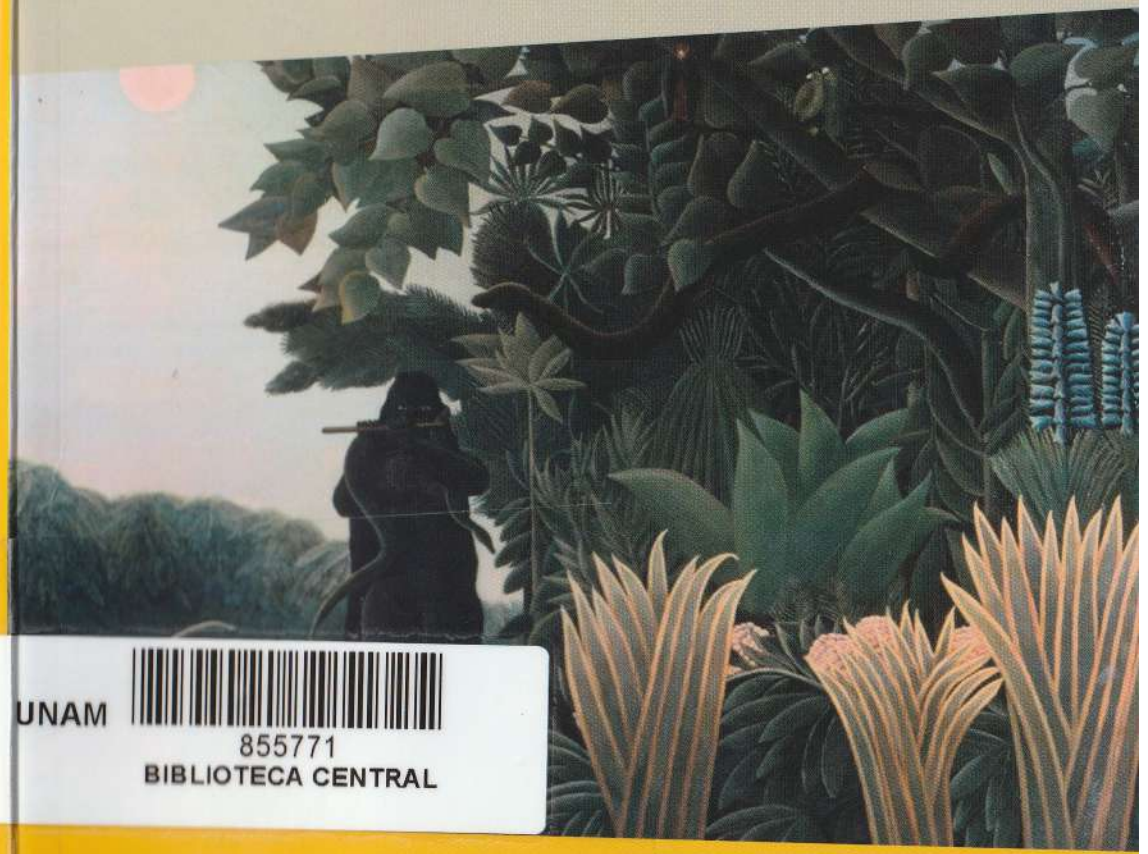
UNAM

855771
BIBLIOTECA CENTRAL

Richard David Precht

CAZADORES, PASTORES, CRÍTICOS

Una utopía para la sociedad digital



«¿Hasta qué punto nos hace felices el progreso tecnológico y a dónde nos lleva? Si buscas pensamientos y respuestas inteligentes, Precht es el autor adecuado». *–Die Zeit*

NED ediciones

Richard David Precht

CAZADORES, PASTORES, CRÍTICOS

Una utopía para la sociedad digital

UNR
BIBLIOTECA CENTRAL
PROV
FACT
FECHA
PRECIO
FZ

NED ediciones

855771

Título original en alemán: *JÄGER, HIRTEN, KRITIKER* by Richard David Precht
© 2018 Goldmann Verlag, a division of Penguin Random House Verlagsgruppe GmbH, München, Germany.

Derechos negociados a través de Ute Körner Literary Agent– www.uklitag.com.

© De la traducción: Cristopher Morales Bonilla

Imagen de cubierta: © Heritage Images/Cordon Press / *La encantadora de serpientes* (La Charmeuse de serpents) de Henri J. F. Rousseau (1844-1910), óleo sobre lienzo, 1907, Museo de Orsay, París (Francia)

Diseño de cubierta: Juan Pablo Venditti

Derechos reservados para todas las ediciones en castellano

© Ned ediciones, 2022

Preimpresión: Editor Service, S. L.
www.editorservice.net

GOETHE INSTITUT «The translation of this work was supported by a grant from the Goethe-Institut.»

UNAM
BIBLIOTECA CENTRAL
CLASIF.
MATRIZ
ADQ.

ISBN: 978-84-18273-64-3
Depósito legal: B 3452-2022

Impreso en Sagrafic

Impreso en España
Printed in Spain

La reproducción total o parcial de esta obra sin el consentimiento expreso de los titulares del *copyright* está prohibida bajo el amparo de la legislación vigente.

Ned Ediciones
www.nedediciones.com

Índice

El primer contacto 9

La revolución, 15

El fin de la meritocracia tal y como la conocíamos 17
Las transformaciones profundas 17

Estamos redecorando las sillas de la cubierta del Titanic 43
La gran sobrexigencia 43

El capitalismo de Palo-Alto gobierna el mundo 63
La distopía 63

Lo pasado nunca está muerto 87
La retropía 87

La utopía, 103

Las máquinas trabajan, los trabajadores cantan 105
Un mundo sin trabajo asalariado 105

Vivir libres 131
Renta básica e imagen de la humanidad 131

Buenas ideas para el día a día 157
Curiosidad, motivación, sentido y felicidad 157

¿Vida supervisada? 181
El encanto de lo inesperado 181

Historias en lugar de planes 209
La vuelta de lo político 209

Reglas para la humanidad..... 229
Los malos y los buenos negocios..... 229

Otra sociedad..... 251
Adiós al Monetoceno..... 251

Pensamientos nocturnos, 273

Nosotros y los otros..... 275
La digitalización llega a todo el mundo..... 275

Anexo..... 281
Recomendaciones bibliográficas..... 281

Agradecimientos..... 287

El primer contacto

«La economía del futuro funciona de una manera un poco diferente. Verá, en el siglo XXIV ya no hay dinero. La adquisición de riqueza ya no es la motivación principal en nuestra vida. Trabajamos para mejorarnos a nosotros mismos —y al resto de la humanidad».[1]

Hace ya más de veinte años que el Capitán Jean-Luc Picard, comandante de la USS Enterprise, pronosticó, en el futuro del año 2373, lo que le espera a la humanidad: ¡una sociedad sin dinero y sin trabajo asalariado! Y es que, para el siglo XXIV es completamente inconcebible lo que en 1996 es todavía la normalidad cotidiana de las personas: que la remuneración material sea la principal motivación para hacer algo para uno mismo y para la sociedad.

Lo que en *Star Trek: Primer contacto* aparece bajo la máscara del futuro es más que una fantasía de ciencia ficción. Es un viejo sueño de la humanidad desde el amanecer del capitalismo y del trabajo asalariado en los siglos XVI y XVII. Ya las utopías del caballero inglés Tomás Moro, del monje calabrés Tommaso Campanella y de ese entusiasta de la tecnología y Lord canciller que fue Francis Bacon no conocen ni el dinero ni el salario en oro. Los primeros socialistas del siglo XIX se entusiasmaban pensando en una época en la que las máquinas trabajasen y los trabajadores cantasen, lo cual se conseguiría a través de autómatas más inteligentes. Oscar Wilde le encomienda al siglo XX la misión de que «el verdadero objetivo es el intento, y construcción, de una sociedad sobre una base que haga imposible la pobreza».[2] Se sueña con el

1. http://www.youtube.com/watch?v=fw13eea-RFk.
2. Wilde (2016), p. 3.

final del trabajo asalariado a través de la «automatización». Sólo el tiempo libre permitiría a los seres humanos el perfeccionarse a sí mismos. Quien tenga las manos libres puede, por fin, vivir lo más importante de todo: ¡su individualismo!

Es incluso todavía más célebre el modelo que concibieron Karl Marx y Friedrich Engels. Ebrios de ideas de su, todavía, joven amistad y de abundante vino de calidad definen por primera vez, en 1845, durante su exilio en Bruselas, lo que debería ser el «comunismo»: una sociedad en la que cada cual pudiera «dedicarse hoy a esto y mañana a aquello, que se pueda cazar por la mañana, pescar por la tarde y ocuparse del ganado por la noche, y después de comer, si se tienen ganas, dedicarse a la crítica, sin que ello signifique convertirse en cazador, pescador, pastor o crítico».[3] La «sociedad sin clases» soñada por los dos jóvenes creará al «ser humano total» y, gracias al trabajo social, llegará a «la actividad libre».

¿Comunismo como individualismo, como cultivo de la propia conciencia, como cuidado amoroso y genuina responsabilidad? ¡Qué lejos está la utopía de Marx y Engels del esperpento del capitalismo de Estado estalinista! ¡Desde hace cuánto tiempo este ha tomado por rehén la palabra «comunismo» y ha sustituido el sueño del «ser humano total» por un sistema totalitario! Y qué ambiguos y cómo de determinados están por el tiempo los colores con los que los seres humanos se imaginaron la apariencia adecuada de una sociedad verdaderamente libre: las túnicas blancas de los adoradores del sol en el monje dominico Campanella; el dandismo de chaqueta de terciopelo de Oscar Wilde o el romanticismo pastoral del pasado tiempo feudal en Marx y Engels, cuyo sueño se forjó ante la vista de las chimeneas industriales. A veces, como ocurre con el capitán Picard, toma la forma de una

3. http://mlwerke.de/me/me03/me03_017.htm, p. 33.

nave espacial estéril y sin vegetación, abandonada por la fantasía como si fuera un refugio atómico.

Hoy, en el año 2018, nos encontramos ante un cambio radical de época. La «automatización», largamente esperada, podría ahora, por primera vez en la historia de la humanidad, hacer posible para mucha gente una vida sin trabajo asalariado. El viejo mundo del trabajo de las profesiones del sector servicios, en las que, todavía a menudo, nos adiestramos en la escuela, se está desmoronando: esto es exactamente lo que ha sucedido en la segunda mitad del siglo XX con el trabajo físicamente pesado de las minas y con los trabajadores del acero. Lo atractivo es una vida dentro un hacer determinado por uno mismo y sin alienación, sin condicionamientos y sin monotonía. Sin embargo, ¿cómo vivirán exactamente los pastores, los cazadores y los críticos? ¿Quién se preocupará de que se beneficien de las fantásticas ganancias producidas por la automatización sin coste social? ¿Quién promoverá su talento y su curiosidad en una vida autodeterminada? ¿Y en qué colores pintaremos los espacios del futuro que sean dignos de ser vividos?

Para muchas personas en Europa, especialmente en Alemania, esta representación de ese futuro digno de ser vivido les parece algo bizarro. ¿No se encuentra nuestro mundo, nuestra civilización y nuestra cultura en la mayor de las crisis posibles? El cambio climático está haciendo que la estepa africana se esté secando. Mientras estamos tan preocupados de nosotros mismos, pasamos por alto el deterioro del planeta bajo el sol abrasador. Aumenta el nivel del mar, inundando las tierras fértiles y tragándose atolones enteros. El crecimiento rapidísimo de la población produce la aparición de ciudades gigantescas y que la basura alcance la altura de los rascacielos. Oleadas de refugiados fluyen como si fueran un delta desembocando en el Mediterráneo, socavando con ello los

deteriorados baluartes de los muros con los que Europa se protege de la pobreza hasta que un día acaben por romperse.

El mundo animal y vegetal se está muriendo hasta tal punto que sólo está sobreviviendo lo que es útil o lo que es gracioso para tenerlo en un zoo. Continúan las guerras comerciales, por recursos, como el petróleo, el litio, el cobalto, el coltán, las tierras raras o el agua potable, disfrazadas de guerras de fe o de intervenciones humanitarias. Las grandes potencias que surgen en la época de las energías fósiles se enfurecen por última vez, lo cual viene acompañado de señales del final de los tiempos, como Donald Trump, rompiendo el mundo en pedazos en vez de sanarlo —¿un caldo de cultivo ideal para una utopía de la vida autodeterminada? ¿Un tiempo de cambio? ¿O más bien el final de los tiempos?—.

La situación es inquietante: mientras que los entusiastas de la técnica y del volumen de negocios están entusiasmados por lo «fascinante» que será la revolución que está por venir, la mayoría de las personas en el mundo occidental están empezando a perder la fe. «Los conceptos *futuro* y *capitalismo* suenan extraños cuando se nombran conjuntamente, como si no pudieran estar juntos», escribió el escritor Ingo Schulze hace ya diez años. Ya no soñamos con colonias en Marte o en la Luna, ni con gigantescas ciudades bajo el agua como en los sesenta o setenta. Las sociedades occidentales se han comprometido al presente y al «seguir igual», y no a un prometedor desarrollo en el futuro. Sin embargo, mientras los políticos de toda Europa adormecen a sus votantes con bonitas palabras como «juntos», «optimista» y «nos va bien», la técnica arrasa el suelo y afecta a todas las condiciones de vida. Los «autómatas» que transforman la sociedad, y que fueron soñados durante mucho tiempo, ya están aquí: ordenadores y robots interconectados, alimentados por datos cuya cantidad supera la capacidad de comprensión humana, y una inteligencia

artificial que es cada vez más autónoma. Esto es justo lo contrario de un «seguir igual».

Sin embargo, ¿quién está concibiendo la imagen de esta nueva sociedad? ¿Quién está mostrando qué y cómo debe diseñarse? ¿Estamos dejando el futuro en manos de esos optimizadores de beneficios, que tienen tan poca visión de futuro, como son Google, Amazon, Facebook y Apple? ¿O lo estamos dejando en manos del oportunismo ingenuo de los liberales alemanes que dicen «primero, digitalización; después, pensar»? ¿Estamos cayendo en esa visión apocalíptica que predice una dictadura de las máquinas, en creer a esos profetas del fin del mundo que, en los Estados Unidos, hace tiempo que disputan a los optimistas el dominio de la interpretación del futuro? ¿O en ese ecopesimismo que ve que el planeta está condenado de todos modos porque ya es demasiado tarde?

Utopía y resignación, y promesa y fracaso humanos, están hoy otra vez tan cercanos entre sí como lo estuvieron a finales de la Edad Media. Algunos esperaban el reino de Cristo sobre la tierra que iba a durar mil años; otros, la gran extinción a través de la siguiente guerra y de la peste. Precisamente esa simultaneidad fue, como hoy sabemos, el principio de algo nuevo, del renacimiento de la humanidad, del renacimiento. Si nos miramos hoy a nosotros mismos a vista de pájaro vemos a la humanidad en un momento decisivo parecido, aunque impedir el desastre sólo es posible para aquél que se crea con la oportunidad de hacerlo, cuando se huye de la supuesta lógica de las circunstancias y de la falta de alternativas, de la pusilanimidad y del deseo devastador de ser querido por todos por las propias acciones. «Política» y «utopía» parecen hoy tan incompatibles que parece que ya no estuvieran conectadas, como el par de conceptos «capitalismo» y «futuro» de Schulze. Sin embargo, solamente saber lo que *no* se quiere no hace que la vida avance, sino que lleva a la sociedad a la ruina.

Este libro quiere contribuir a escapar del fatalismo del devenir inevitable y abrirse a un optimismo del querer y del crear. Quiere ayudar a dibujar la imagen de un buen futuro. También quisiera mostrar que la salvación nunca descansa sólo en la técnica, tal y como creen muchos empollones de Silicon Valley, sino en el modo y en la manera en la que tratemos con ella, en usar sus posibilidades y en parar a tiempo sus riesgos. En una palabra: ¿no es la tecnología lo que determinará nuestras vidas? —¿qué son un *smartphone* o una inteligencia artificial si nadie las usa?—. Ésta es la pregunta decisiva de la «cultura». Nos debemos preguntar con qué comprensión previa de los seres humanos desarrollamos y usamos la técnica. ¿La técnica nos debería ayudar o nos debería reemplazar? ¿Tienen realmente los seres humanos una necesidad de optimización? ¿No nos debemos orientar por las verdaderas necesidades de los seres humanos en vez de adaptarlas a la técnica? La economía sin cultura es inhumana. La cultura no es el cine, ni el teatro, ni la música ni es un accesorio decorativo para los que ganan mucho dinero, sino que es una pregunta por la orientación sobre lo que hace valiosa la vida. Las colonias en Marte y en la Luna y las gigantescas ciudades bajo el agua obviamente no lo eran. Una vida encerrada en la matriz de una nube de datos tampoco lo será.

De acuerdo con T.S. Eliot, la digitalización no tendrá que leerse sólo con el cerebro sino también «con las tripas y las terminaciones nerviosas».[4] El futuro digital no se podrá reducir a un algoritmo; sólo sus máquinas podrán serlo. ¡Pero un futuro semejante no será beneficioso si se cumplen sus profecías técnicas, sino si estas hacen realmente más valiosa la vida sobre la tierra para el mayor número de personas posible!

4. Cit. según Terry Eagleton: *Kultur*, Ullstein 2017, p. 110.

LA REVOLUCIÓN

Los técnicos todavía no han entendido al ser humano,
y a los especuladores financieros les da igual.
¿Por qué deberíamos confiarle el futuro
precisamente a ellos?

El fin de la meritocracia tal y como la conocíamos

Las transformaciones profundas

Un fantasma recorre la sociedad globalizada: el fantasma de la digitalización. Todo el mundo ve el fantasma, unos con grandes esperanzas, otros con miedos y sospechas. ¿Dónde están la industria o las empresas que prestan servicios, que no se sienten afectadas por la digitalización? ¿Dónde están las personas que ya no participan de sus placeres y diversiones de doble filo? De este hecho se desprenden dos cosas: todas las economías reconocen ya la importancia de la digitalización. Además, ya es hora de mostrar dónde está el rumbo que debemos fijar correctamente para que se convierta en una bendición y no en una maldición. ¡Porque el futuro no es algo que viene! ¡Por mucho que los «futurólogos» se dediquen a hacer sus pronósticos desde los estrados, estando tan seguros de sí mismos, el futuro lo haremos nosotros! Y la pregunta no es «¿cómo *viviremos*?» sino «¿cómo *queremos* vivir?».

El gran filósofo del barroco Gottfried Wilhelm Leibniz no sospechaba ni remotamente lo que estaba haciendo cuando propuso a Ernst August de Hannover, duque de Brunswick, que el mundo entero debería codificarse en un lenguaje universal, un lenguaje de unos y ceros; y que este modo de representación matemática revolucionaría algún día nuestra vida y nuestro trabajo, la forma en que nos entendemos y la forma en la que pensamos; que conduciría a máquinas que actúan de forma independiente entre sí, a un internet de las cosas, a los robots y a la inteligencia

artificial (IA), cuyos programadores sueñan con superar la potencia cerebral humana.

Gran parte de esto suena como la realización de los viejos sueños de la humanidad. Nos deslizamos y surfeamos a través del tiempo y del espacio igual que los ángeles, nos liberamos del trabajo duro y aburrido, nos construimos mundos virtuales, superamos enfermedades y, en algún momento, nos convertimos en ancianos, quizá incluso casi inmortales. Pero, ¿qué ocurre realmente cuando, de este modo, ganamos en realidad y perdemos en sueños? ¿Qué pasa con todas las dimensiones no técnicas y espirituales de la vida que son tan importantes para muchas personas, con lo irracional, lo insondable, lo aleatorio, lo vivo? ¿No arruina la cosmovisión técnica a todas aquellas personas «que tienen que entender algo sobre el alma porque obtienen buenos ingresos de ella en tanto clérigos, historiados y artistas»? Y las matemáticas, «la fuente de un entendimiento malvado», ¿convertirá «a los seres humanos en dueños de la tierra, pero, al mismo tiempo, en esclavos de la máquina»?[1]

Es un ingeniero el que se hace estas preguntas, un sincero admirador de las matemáticas. El escritor austríaco Robert Musil escribe varios miles de páginas para describir lo que la revolución tecnológica está haciendo en la vida interior de las personas. ¿Nos está transformando, tal y como sugiere el título de su gran novela, en hombres (y mujeres) «sin cualidades»? La época en la que Musil comienza su novela está marcada por una revolución que hoy se denomina segunda revolución industrial: la época de la producción industrial en masa, anunciada en las cadenas de montaje de las fábricas Ford. Pero ya a mediados de los años veinte, Musil ve llegar a la humanidad a un desencadenamiento que

1. Robert Musil: *Der Mann ohne Eigenschaften*, Rowohlt, 1978, p. 40.

no tiene límites: a saber, el camino hacia la diferenciación funcional total, «hacia una aridez interior», una «mezcla escandalosa de agudeza en el individuo e indiferencia en el todo», hacia «un abandono escandaloso del ser humano en un desierto de particularidades». «¿Cuáles son las pérdidas», pregunta Musil, «que el pensamiento lógico y agudo inflige al alma?».

¡Qué parecidos son los tiempos y las preguntas! Incluso hoy, al comienzo de la cuarta revolución industrial, casi todos los ámbitos de la vida humana se están transformando. De nuevo, es la tecnología innovadora la que lo está desencadenando. ¿Qué hará, siguiendo la pregunta de Musil, con nuestra vida interior? ¿Y qué hará con nuestra vida en común? ¿Intensificará nuestro sistema económico capitalista, o lo sustituirá por otra cosa? Las transformaciones serán comparables a las dos primeras revoluciones industriales. La primera transformó los estados agrarios en industriales en los siglos XVIII y XIX; la segunda creó la sociedad de consumo moderna a principios del siglo XX. Ambas revoluciones tuvieron efectos beneficiosos a largo plazo para muchas personas y sentaron las bases del éxito de la sociedad burguesa y de la posterior economía social de mercado. Sin embargo, en el camino quedaron los daños colaterales de cambios radicales imprevistos y totalmente incontrolados: los niños que perdieron su infancia y, a menudo, su vida en los pozos de carbón de Inglaterra; los patios traseros sin luz de Londres y Berlín en el siglo XIX con personas enfermas de tuberculosis que morían como moscas en los retretes de las letrinas; la falta de seguros de accidente, de trabajo y de enfermedad para las personas que se habían quedado varadas en la gran ciudad, y cuyos padres seguían siendo agricultores y artesanos. No menos dramáticas fueron las consecuencias de la segunda revolución con su estilo de vida cubista. Puede que los rascacielos, los ascensores, la electrificación y el tráfico motori-

zado hayan fijado el ritmo vertiginoso de la modernidad, pero, al mismo tiempo, alimentaron reivindicaciones excesivas, movimientos de rechazo y odios nacionalistas que desembocaron en dos guerras mundiales.

Sólo la tercera, la revolución microelectrónica de los años setenta y ochenta, se desarrolló en comparación de manera fácil. Pero parece seguro que la cuarta tendrá un impacto considerablemente mayor en la escala de Richter. Porque esta vez no son las máquinas de producción las que están cambiando, sino, sobre todo, las máquinas de información. La velocidad a la que se intercambia y se conecta la información, tanto ahora como en el futuro, no tiene precedentes en la historia de la humanidad. La capacidad de almacenamiento de los chips de ordenador se ha multiplicado por mil en los últimos diez años y seguirá explotando en las próximas décadas.

Todos los ámbitos de nuestra economía se están digitalizando, desde la adquisición de materias primas hasta la producción, el marketing, las ventas, la logística y los servicios. Los nuevos sectores económicos están sustituyendo a los antiguos. El llamado capitalismo de plataforma permite a los clientes dirigir sus propios negocios en Ebay y con la ayuda de Uber, a través de Airbnb, y en el futuro, cada vez más a través de Blockchain y de las empresas de tecnología financiera (*Fintech*). La dinámica de los numerosos nuevos modelos de negocio es *disruptiva*, la palabra mágica de la revolución digital. En lugar de *mejorar* paso a paso la vieja tecnología y los servicios que llevan funcionando desde hace tiempo, simplemente se están *sustituyendo*. Los servicios de taxi están dando paso a Uber, la industria hotelera está siendo socavada por Airbnb, los coches autónomos están sustituyendo a los productos de alto rendimiento de la industria automovilística convencional. En el futuro, partes importantes de la fabricación se llevarán a cabo a través

de la unión de piezas hechas mediante impresoras 3D. El negocio tradicional de los bancos de atender a sus clientes podría quedar pronto obsoleto porque las transacciones de pago digitalizadas ya no necesitan intermediarios ni instituciones. Así, una parte considerable de la creación de valor está descentralizada.

Todos estos avances no están sujetos a ningún progreso natural sino a una determinada forma de pensar y hacer negocios: ¡el pensamiento de la eficiencia! El hecho de que las personas persigan siempre el objetivo de aumentar su dinero en todo lo que producen no forma parte en absoluto de su naturaleza biológica. Si así fuera, la humanidad habría vivido en gran medida en contra de su propia naturaleza hasta el Renacimiento, y lo seguiría haciendo hoy en día en algunas partes del mundo, por ejemplo, en la selva de Ituri, entre los masáis o los manguián en Filipinas. El cálculo coste-beneficio no se convirtió en un modelo entre los comerciantes italianos hasta los siglos XIV y XV. La Edad Media todavía conocía el sistema de orden estático de los gremios, los precios fijos y los acuerdos de precios, además de una fuerte reserva contra la dinámica, el cambio y el progreso. Se odiaban los cambios en todo aquello que ya se había demostrado que funcionaba, y hombres poderosos de la Iglesia como Tomás de Aquino se esforzaron por demonizarlos. El dinero tenía mala reputación, la codicia relacionada con él se consideraba un pecado y estaba prohibido cobrar intereses. Aunque los papas y los príncipes rompían las reglas con bastante frecuencia, el estancamiento, no el progreso, era la ideología que guiaba la época.

Cuando hoy, con la cuarta revolución industrial, hacemos que nuestras economías sean más eficientes, no hacemos más que seguir una lógica que comenzó con la emisión de letras de cambio y la explosión del sistema de crédito en el siglo XV. Sin embargo, fue en primer lugar la invención de la producción industrial, y posterior-

mente de la producción en masa, lo que la convirtió en la cultura rectora. Desde entonces, la eficiencia, la eficacia y la optimización han sido los motores de nuestra economía. Utilizamos materiales fósiles como el petróleo y el carbón y los quemamos para su uso inmediato. Esto no es más que el nuevo ayer. El capitalismo no conoce ninguna etapa final, sino sólo nuevos límites que debe superar. Pero no sólo las cosas físicas, también las metafísicas se convierten en sus recursos. Como muy tarde, desde la segunda revolución industrial, el tiempo se considera dinero. Lo que las cadenas de montaje de Ford demostraron gráficamente —el implacable cronometraje del tiempo en la producción— se aplica ahora a todas nuestras vidas. El tiempo se mide, es un bien valioso que debemos utilizar y no desperdiciar. El pensamiento de la eficiencia —o como la filosofía desde Max Horkheimer y Theodor W. Adorno lo ha llamado «razón instrumental»— sigue una implacable lógica de explotación. Cada vez se vuelve más despiadado y más rápido.

Pero hay algo bastante novedoso en el pensamiento de la eficiencia de la cuarta revolución industrial. No sólo aplica la demanda de optimización a los procesos de producción, no. ¡Considera que las propias personas necesitan ser optimizadas! Los profetas de Silicon Valley proclaman la fusión del hombre y la máquina. Su *Homo sapiens* sólo parece óptimo con un chip en el cerebro. En todo caso, el actual se considera deficitario. Pero, ¿quién define realmente que el ser humano *tenga* que ser optimizado? Pues bien, la opinión de que el ser humano carece de algo que debe encontrar o reencontrar es algo tradicional en la filosofía desde Platón. Sin embargo, lo que se pretendía era que se volviera más justo y más razonable. Ser un poco más considerado, modesto, pacífico y cariñoso no podría perjudicar a nuestra especie. La necesidad de dinero, fama y poder podría frenarse mejor. ¡Pero la revolución digital no quiere optimizar todo eso! ¡Quiere optimizar

los beneficios! ¡Y la «optimización» en los seres humanos significa hacerlos más parecidos a las máquinas, es decir, no un poco más humanos, sino *menos humanos*!

Así que no sólo se cuestionan innumerables formas económicas, modelos de negocio y empresas como ineficaces. Lo que se pone en cuestión es nuestra comprensión de nosotros mismos como seres humanos, la forma «ineficaz» en que vivimos y convivimos y cómo gestionamos la política. Sin embargo, ¿las personas serán «mejores» y más felices si son «más inteligentes» y si nos relacionamos unos con otros de una forma más «optimizada»? ¿Quién dice realmente que lo óptimo es siempre el ahorro de tiempo y los caminos cortos y sin obstáculos? ¿Nos hacemos más individuos cuanto más nos entregamos a la tecnología? ¿Quién hace esas ecuaciones y con qué propósito? ¿Merece más la pena vivir una vida transparente a la que se pueda acceder en cualquier momento que una vida opaca e imprevisible?

Hasta ahora, parece que no existe un modelo humano que se contraponga a los estériles y profundamente inhumanos mundos del progreso de Silicon Valley. Además, a su promesa de libertad a través de la tecnología le ha seguido más bien una menor libertad: el saqueo de los datos personales, la vigilancia y el control desapercibidos por parte de empresas y servicios secretos, la presión sobre cada individuo para que se optimice. Cuanto más se pulan y se optimicen las superficies de uso de nuestro entorno vital, más deficientes deben sentirse las personas que han degenerado en usuarios. En algún momento serán tan disfuncionales a sus propios ojos como ya lo son desde el punto de vista de los amantes de las máquinas. No sólo mueren los objetos tecnológicos como el papel de diapositivas, los coches y los discos, los casetes, los disquetes y los cd; no sólo empresas como Nokia, Kodak, VW, el Commerzbank y la HUK-COBURG. No sólo las empresas y los edificios de la adminis-

tración permanecen como ruinas visibles del progreso, tal y como antaño las minas de carbón y las acerías: también nuestros recuerdos vitales, nuestros estilos de vida y nuestras biografías demasiado anticuadas ya no parecen encajar en la tecnoesfera del futuro.

*

El debate público sigue limitándose principalmente al mundo del trabajo. Políticos, estrellas del pop, poetas, profetas y profesores debaten sobre el futuro del trabajo en escenarios y foros, congresos y «cumbres». Se enfrentan dos bandos cuyas previsiones difícilmente podrían ser más contrarias. Unos prevén una época de pleno empleo. ¿Acaso el progreso tecnológico no ha aumentado siempre la productividad, y esta no ha aumentado siempre el número de personas que trabajan? Podrían remitirse al premio Nobel estadounidense Robert Solow. Según su ensayo de 1956, «A Contribution to the Theory of Economic Growth», el progreso tecnológico siempre ha permitido aumentar enormemente la productividad. El factor de crecimiento decisivo no es el trabajo ni el capital, sino más bien la tecnología. Entonces, ¿qué hay que decir en contra de partir también esta vez de más productividad, más crecimiento y más empleo?

Esta actitud puede acompañarse fácilmente con una sonrisa perspicaz. ¿No predijo el economista británico John Maynard Keynes, en 1933, que el progreso de los países industrializados conduciría a un desempleo masivo porque «estamos inventando formas de hacer el trabajo más eficiente, y de forma más rápida, de lo que se nos ocurren nuevos empleos para los trabajadores que se han vuelto superfluos»? ¿Y no ha ocurrido algo muy diferente? Para ilustrar esto, se puede mostrar una bonita imagen, el titular del *Spiegel* del 17 de abril de 1978: «El progreso produce paro. La

revolución de los ordenadores». Un robot poco amigable sujeta con su gancho a un obrero de la construcción fatigado. «Los componentes electrónicos diminutos amenazan millones de puestos de trabajo en la industria y en el sector servicios», dice el texto. Pero, una vez más, la sombría profecía quedó en nada. En 1995, el sociólogo y economista estadounidense Jeremy Rifkin prometió «el fin del trabajo», que todavía está a la espera de producirse.

La máquina de vapor, la máquina de hilar, la electrificación y la electrónica: a largo plazo, el trabajo nunca ha llegado a reducirse, sino que siempre ha ido aumentando. Hoy, el optimista sobre el futuro se deja animar por la sobriedad y desconfía de los profetas. Considera que las visiones son superfluas porque, de todos modos, en cuanto al tema del futuro nunca se puede estar al día y nadie tiene una bola de cristal. Así, la gente se entrega sin rechistar al curso del mundo, se burla de los precursores del pasado mañana y no cree en nada más que en los muchos y pequeños datos, números y curvas que el progreso técnico crea cada día.

Los profetas de ayer son los tontos de hoy. Entonces, ¿todo son falsas alarmas cuando el Foro Económico Mundial de Davos de 2016 anunció que la revolución digital costaría a los países desarrollados 5000 millones de empleos en los próximos cinco años? ¿O incluso esas espeluznantes cifras con las que opera el profesor de Oxford, Carl Frey, cuando ve que la mitad de los puestos de trabajo actuales en EE.UU. están en una transición radical o que están desapareciendo? Su amplio estudio sobre el futuro del trabajo, escrito con Michael Osborne, llega a la misma conclusión. Según este estudio, los países más desarrollados del mundo perderán el 47% de sus empleos en los próximos veinticinco años.[2]

2. https://www.oxfordmartin.ox.ac.uk/downloads/academic/The_Future_of_Employment.pdf

Ninguna de estas cifras, como bien saben sus autores, es fiable. Pero, ¿no es obvio, o incluso muy probable, que pronto dejen de ser necesarios millones de contables, funcionarios de hacienda, especialistas administrativos, abogados, asesores fiscales, conductores de camiones, autobuses y taxis, empleados de banca, analistas financieros, agentes de seguros, etcétera? Toda actividad, cuyas rutinas puedan convertirse en un algoritmo es, en principio, sustituible. Motores de búsqueda semántica como «Watson» de IBM producen tráileres de películas o imprimen informes médicos y legales. Los coches autónomos son una realidad desde hace tiempo y, en un futuro próximo, sustituirán en gran medida nuestro tráfico rodado convencional por coches autodirigidos. Ya sean los trabajos en los que hay que conducir o los trabajos de oficina, Frey y Osborne enumeran más de setecientas actividades que pueden ser asumidas en parte o en su totalidad por los ordenadores.

Lo que antes eran trabajos cualificados serán realizados en el futuro por robots. Gran parte de lo que antes hacían los trabajadores cualificados lo harán los propios clientes en sus pantallas. La evolución hacia el «prosumidor», el consumidor productor, es más antigua que la digitalización. Hay que recordar cómo en Alemania los supermercados sustituyeron a las tiendas de comestibles a partir de los años sesenta. Los supermercados no sólo eran más baratos porque eran más grandes, sino también porque ahora los clientes se servían ellos mismos, con lo que se ahorraba en personal. Lo mismo ocurrió con las máquinas automáticas de café y de billetes de transporte en los años ochenta y noventa, y con las habilidades para el bricolaje del comprador de IKEA. El principio del «cliente trabajador» en la era digital no es más que la continuación consecuente de este «autoservicio»: reservar viajes, facturar en el aeropuerto, pedir ropa y libros, hacer una transferencia, etcétera.

En el futuro, cuando miremos una pantalla en la que veamos a alguien hacer algo que nosotros mismos podamos hacer, desaparecerá su perfil profesional. «Los trabajos de asesoramiento que se hacen detrás de una pantalla», dice el matemático y ex ejecutivo de IBM Gunter Dueck, están desapareciendo. Además, el capitalismo de plataforma puede comerciar con todo: con objetos, alojamiento, comunicación, transporte, energía, transacciones financieras, alimentación, asesoramiento vital, citas y entretenimiento, y todo ello sin personal cualificado. El triunfo de los «autómatas» soñado por Oscar Wilde parece imparable.

¿Pero, al mismo tiempo, no se crean nuevos puestos trabajo? En el futuro, los actuales conductores de UPS podrían dedicarse a manejar drones, al menos durante un tiempo, en lugar de entregar paquetes, pero sólo hasta que esos trabajos se roboticen. Los empleos mal pagados de la revolución digital seguirán existiendo probablemente durante una o dos décadas más, pero su tiempo también se está acabando.

Los informáticos y los técnicos, en cambio, se consideran las profesiones del futuro. Actualmente, tienen una gran demanda y las empresas los buscan desesperadamente. Los que quieren incentivar la economía alemana ven que surgen hordas de expertos en tecnologías de la información que llevan a Alemania al pleno empleo. Pero, incluso en este caso, merece la pena examinar esta cuestión más de cerca. En ningún caso todo el mundo está cualificado para trabajos tan exigentes y especializados, además de que la tasa de abandono de la informática es enorme. Además, a largo plazo no habrá una demanda general de informáticos, sino sólo de los mejores. Porque si hay algo que la inteligencia artificial podrá hacer en el futuro, será programar. Sólo se necesitarán de forma permanente a especialistas altamente cualificados en las denominadas materias MINT (matemáticas, informática, ciencias

naturales y tecnología): diseñadores web para mundos virtuales o personas que construyan, mantengan y reparen robots, además de nuevas ideas de negocio. En cambio, el informático «normal», probablemente sea reemplazable a medio y largo plazo.

En una situación así, ni siquiera las opiniones de expertos como las de Erik Brynjolfsson y Andrew McAfee, expertos en tecnología del MIT (Instituto de Tecnología de Massachusetts), son tranquilizadoras. De una forma tranquilizadora, señalan que «a corto o largo plazo» el coche automático de Google *todavía* no podrá circular por todas las carreteras y que *todavía* hay un montón de personas que trabajan como cajeros, agentes de atención al cliente, abogados, conductores, policías, cuidadores a domicilio, gerentes y otros empleos».[3] «Y de ninguna forma están *todos* en peligro de ser erradicados».[4] Todavía queda algo de trabajo para las personas. Pero, ¿a quién le debería tranquilizar esto? El hecho de que el trabajo *aún* no se acabe para *todos* no debería animar a ningún político a la relajación. En países como Alemania, probablemente bastaría con que ya una décima parte de todas aquellas personas que hacen una actividad por dinero perdieran su empleo remunerado para que las consecuencias sociales fueran catastróficas. Sin embargo, los expertos del MIT aconsejan simplemente seguir confiando con mucha calma en el viejo modelo económico y tratar de generar el mayor crecimiento posible.

Cualquiera que haya leído el libro de Brynjolfsson y McAfee *The Second Machine Age* no puede sino asombrarse ante tales recomendaciones. Al fin y al cabo, explica al mundo que la digitalización está socavando todo nuestro modelo económico y que lo está sustituyendo por uno nuevo. Los autores se deshacen en elogios cuando hablan de las nuevas máquinas en la era de la inteligencia artificial. Ninguna fantasía parece suficiente para imaginar este mundo completamente cambiado. Pero, cuando se trata de personas, de la sociedad y de la política, la imaginación se acaba inmediatamente. ¿Acaso la primera revolución industrial no dio un vuelco total a la vida de las personas y trajo consigo un modelo de sociedad totalmente nuevo —la democracia burguesa— donde antes gobernaban la iglesia y la aristocracia? En cambio, los expertos del MIT creen que, a pesar de un cambio radical comparativamente grande, nuestro modelo económico y social actual continuará para siempre. El mercado laboral podría equilibrarse con una mayor inversión en educación, salarios más altos para los profesores, impulsos para las nuevas *startups* y redes más rápidas. Eso es lo que les gustaría oír a las asociaciones de empresarios. Pero, de hecho, el encanto de tales sugerencias recuerda a las películas de protección civil de los años sesenta, en las que, en caso de una guerra nuclear, se aconsejaba a la gente que se atrincherara con sacos de arena, se tumbara en el suelo y pusieran sus maletines encima de la cabeza.

3. Brynjolfsson/McAfee (2016), p. 249.
4. Ídem.

Por supuesto que habrá nuevas profesiones en el futuro. La cuestión es cuántas. Probablemente, surgirán menos en el sector de los trabajos con menores salarios que en el de las tecnologías de la información de alto rendimiento y en otros tres sectores: uno de ellos es el cuarto sector, el del sector servicios de nivel superior. Construir un aeropuerto a tiempo sigue siendo un reto apasionante, incluso en la era digital. La gestión de proyectos y la logística son trabajos del futuro. La vida es demasiado variopinta, las circunstancias demasiado adversas y las personas demasiado imprevisibles como para poder confiar estas tareas sólo a las máquinas. Después de todo, incluso el *Enterprise* en el siglo XXIV no puede prescindir de personal...

El segundo ámbito se refiere a todas aquellas profesiones en las que, en el futuro, la gente seguirá dando importancia al trato con personas reales. Sin duda, será técnicamente posible sustituir a los jardineros y profesores por robots y programas informáticos en algún momento del futuro. Pero esto no es deseable ni probable. El contacto, la participación y la atención auténticos sigue siendo un bien valioso. Lo mismo ocurre con los trabajadores sociales, los agentes de libertad condicional y los terapeutas. Una persona real que esté en la recepción de un hotel, como animador en unas vacaciones, como vendedor encantador y competente, como arquitecto paisajista, como decorador de interiores, peluquero, etcétera, es difícilmente reemplazable. No es muy diferente a lo que ocurre con nuestra salud. Sin duda, un dispositivo de medición inteligente en la muñeca, conectado a un hospital, puede proteger y salvar la vida de un diabético. Además, puede medir la presión arterial de cualquier persona y con mucha más fiabilidad que el momento concreto en que la mide el médico de cabecera. Pero, ¿no necesitamos a alguien con quien podamos hablar sobre nuestra salud física y mental, a una persona que nos vea desnudos sin sonrojarse o sin mirar hacia otro lado avergonzada? ¿Alguien que no juzgue si tenemos buen aspecto o no, sino que nos cuide incluso cuando nosotros no lo hacemos? Lo que el médico de familia pierde en superioridad técnica, lo gana en responsabilidad humana. Quizá el *Life Scout* del futuro vuelva a ser un «médico de familia», una persona que va a tu casa, que conoce tu biotipo, te escucha y te cuida, tanto psicológica como físicamente. El ocio, el descanso y la salud son los campos en los que la demanda de buenos trabajadores sigue siendo alta.

Del mismo modo, es probable que los oficios manuales salgan beneficiados en el futuro, porque cuantos menos servicios haya para los que antes se exigía un título de bachillerato o un

grado universitario, más se revalorizará todo aquello que no requiera de dichos certificados académicos. En el futuro, los productos de uso corriente se suministrarán mediante impresoras 3D, amenazando modelos de negocio como el de IKEA. En el futuro, la buena artesanía, una mesa hecha por una persona, o un suelo de piedra bien colocado, serán más valiosos y caros que nunca. En las tiendas 3D donde la gente imprimirá sus productos, ya sean hechos por otros o por ellos mismos, se necesitarán artesanos cualificados para montar o revisar todos los productos. También los robots de los hogares del futuro también necesitarán a alguien que los repare.

No obstante, la tendencia debería ser clara. Muchas profesiones desaparecerán en el futuro. Desde los «empleos» con salarios más bajos hasta los empleos relacionados con los servicios que sean sencillos y comparativamente exigentes. Y, aunque todavía no conozcamos muchas de las ocupaciones del nuevo mercado laboral, es negligente hasta la locura creer que el empleo se mantendrá constante o que, incluso, aumentará. Porque la digitalización —y esto es lo que la distingue de las revoluciones industriales anteriores— no consiste en conquistar nuevos terrenos, sino en hacer más eficaces los existentes. El modelo de crecimiento de Solow, como todas las teorías económicas, no es una ley natural. Es muy probable que la digitalización acelere la productividad de una forma enorme, aunque el propio Solow fuera más escéptico al respecto que su modelo teórico. Pero en lo que respecta al empleo, este no tiene por qué aumentar obligatoriamente cuando se incrementa la producción.

Al menos dos razones se oponen a ello. Las tres revoluciones industriales anteriores fueron acompañadas por la globalización. Cuando James Hargreaves inventó la máquina de hilar en 1764, los marineros ingleses y holandeses de las Indias Orientales y Oc-

cidentales ya llevaban ciento cincuenta años navegando por los océanos del mundo, comerciando con especias, esclavos y algodón. Mientras la nueva tecnología hacía efectivo el hilado de algodón, el comercio mundial le proporcionaba enormes suministros. Aunque los países lejanos seguían siendo sólo proveedores de materias primas, el imperialismo empezó a descubrir en ellos cada vez más cosas. ¿Qué sería de la construcción de automóviles de la segunda revolución industrial sin el caucho, la materia prima de la goma, que los belgas trajeron del Congo en condiciones bárbaras? La tercera revolución industrial convirtió al sudeste asiático en el amplio taller de la industria textil, y a Brasil y a Argentina en productores de alimentos para los animales. La fabricación barata y los nuevos mercados de consumo de automóviles, maquinaria y electrodomésticos iban de la mano.

A medida que la economía se hacía más productiva, aumentaba el volumen disponible de materias primas y de mercados de consumo. Sin embargo, es precisamente este proceso el que hoy está estancado. La batalla por los últimos recursos naturales la libran de forma simultánea lo que llamamos Occidente y China. Donde antes sólo había unos pocos países entre sí, hoy compiten las economías que tienen más de dos mil millones de personas. Nadie puede creer que países completamente subdesarrollados como el Congo, la República Centroafricana, Sudán del Sur, Somalia o Afganistán se conviertan en el futuro en estados tigre,[5] a los que los países que más producen, tanto de Occidente como del Lejano Oriente, venderán en masa sus productos. A diferencia de las anteriores revoluciones tecnológicas, hoy el pastel está re-

5. Referencia del autor a los llamados «cuatro tigres asiáticos», o «cuatro dragones asiáticos», es decir, a las economías de Corea del Sur, Hong Kong, Taiwán y Singapur. [N.d.T.].

partido: ¡no se añade nada que conduzca a un mayor empleo con una producción más eficaz!

Hablando de producción, ¡el atractivo especial de muchos modelos de negocio digitales es que no producen nada en el sentido convencional! Ésta es la segunda objeción. Hacer negocios a través de una plataforma en lugar de hacerlo a través de empresas o bancos convencionales, no genera ningún valor añadido. Lo mismo ocurre con la publicidad dirigida a los consumidores mediante el aprovechamiento de datos personales. Los beneficios empresariales y el provecho económico de las máquinas, los coches, los aviones, las líneas de ferrocarril, las carreteras, los edificios, etcétera, pueden relacionarse entre sí; sin embargo, los beneficios de Facebook y Google no se pueden relacionar con el beneficio económico de los países donde operan. Combinar grandes cantidades de datos a través de formas mecánicas y la toma de decisiones a partir de algoritmos automatizados es un gran negocio: la única cuestión es para quién. No crea necesariamente un «bienestar para todos» sino un número sorprendentemente pequeño de puestos de trabajo. En Alemania, eBay sólo emplea a ochenta personas con un volumen de negocio de 3000 millones de euros, ¡y YouTube emplea aún a menos personas!

Las consecuencias ya se han descrito con suficiente frecuencia: ¡sin una política reguladora estatal o, mejor aún, supranacional, y sin decisiones políticas inteligentes, la digitalización aumentará, sobre todo, la pobreza y la riqueza! Si no se regula, la digitalización profundiza la brecha en la sociedad que los sociólogos, a pesar de todo, llevan años diagnosticando y criticando: la división de la clase media en una clase media alta y una clase media baja, dividida de forma delicada por los beneficios del capital, las herencias y la desigualdad de oportunidades educativas para sus hijos. Ya la mala premonición de lo que está por venir está

alborotando actualmente a muchas capas de la población negra y latina.

Pero, ¿quién se toma realmente en serio esta situación? Por los estrados de los foros sobre economía se pasean los futurólogos y los investigadores de tendencias, exigiendo un replanteamiento muy rápido. Predican las profesiones del futuro: narradores, trabajadores de la red y *coaches*, además de cuentacuentos, titiriteros y asesores, ¡como si una economía pudiera realmente vivir de ellas! No sin justificación, exhortan a los jóvenes a tener el valor de convertirse en «emprendedores» y a no amarrar su barco en el puerto supuestamente seguro de las grandes empresas. Se quejan, con razón, de que en Alemania falta una «cultura del fracaso» porque no se permite a nadie fracasar.

También es cierto que damos demasiada importancia a las notas excelentes y a los títulos académicos y profesionales, que son cada vez más numerosos, en lugar de preguntarnos qué es lo que realmente puede hacer alguien. Sin embargo, los que piden un inventario de las costumbres alemanas carecen, con demasiada frecuencia, de pensamiento político. Sin esto, todo lo que suena bien a los oídos de casi todo el mundo *no es más que un intento de cambiar la dirección del viento usando una bomba de aire.*

Los políticos tienen que hacer más cosas, y diferentes, que simplemente reducir la burocracia. ¿De qué sirve que muchos jóvenes alemanes tengan el valor de lanzar una *startup* si los pocos que tienen éxito son comprados inmediatamente por una de las cinco grandes empresas de software estadounidenses (lo que, en realidad, ocurre en casi todas partes)? ¿Qué problema económico se resuelve con ello, qué puestos de trabajo se crearán o se asegurarán? Una rápida mirada al otro lado del Atlántico nos enseña de forma inequívoca que una economía digital altamente innovadora no salva por sí sola a ninguna economía. Mientras que Silicon

Valley está en auge, la industria tradicional agoniza, produciendo desempleo, resignación y votantes de Trump. Además, ni el más audaz de los optimistas tampoco creerá que las empresas alemanas —con la posible excepción de SAP— puedan competir seriamente con Silicon Valley en el desarrollo de software o de redes sociales en las condiciones políticas actuales sin que sean absorbidas inmediatamente.

*

El proletario explotado de los patios traseros del siglo XIX tardó casi un siglo en convertirse en un trabajador asegurado con una prosperidad más que modesta. No sólo el espíritu empresarial, sino también la nueva legislación social introducida a causa a la presión, contribuyeron de manera decisiva a ello. Pero cualquiera que observe las políticas del gobierno federal en los últimos años, especialmente las del Ministerio de Trabajo dirigido por los socialdemócratas, buscará en vano buenas ideas. Claro que hay gente que se alegra de un salario mínimo, y sí, los convenios colectivos benefician a muchos trabajadores y empleados. Sin embargo, no ganarán nada con ello si sus puestos de trabajo dejan de existir en una o dos décadas. ¿Qué pasará con los sindicatos si cada vez hay menos gente empleada y en su lugar subastan su mano de obra entre ellos? ¿Quién estará a su lado y les regalará la vieja solidaridad en un mundo completamente nuevo?

Lo que hoy y mañana empieza a desaparecer desde un punto de vista económico, afecta psicológicamente a la autoestima de millones de personas. Siguen definiendo su rendimiento como una virtud, o más exactamente, como «eficiencia» en el sentido de una ética de trabajo diligente. Pero nos acercamos a unos tiempos en los que es posible que ya no haya trabajo para mucha

gente, en todo caso ninguno por el que se pague un salario en forma de dinero. Para nuestro actual sistema social esto sería el fin. Cada vez menos trabajadores tendrán que pagar más, hasta que se llegue a una situación absurda. ¿Qué pasará entonces con la sociedad del trabajo?

Demos la vuelta a la pregunta. ¿Por qué debería seguir existiendo lo que hasta ahora hemos llamado la meritocracia? ¿Y qué hay de malo en ello, si se elimina el trabajo aburrido y alienado, siempre que la productividad aumente como resultado?

Desde que el *Homo habilis* y el *Homo erectus* empezaron a dar golpes con sus hachas, el ser humano ha soñado con ahorrarse todo el trabajo posible gracias a la tecnología. Desgraciadamente, ni siquiera las tres revoluciones industriales del pasado ayudaron a que esto sucediera. La productividad aumentó, pero al mismo tiempo, como se ha demostrado, se necesitaban cada vez más trabajadores. ¡No hay rastro de un progreso hacia una disminución del trabajo ni hacia trabajos más adecuados! Todavía en el siglo XIX, el 80% de la población de Inglaterra, Francia y Alemania no vivía mejor que los esclavos de la antigua Roma. En lo político y en lo privado casi no tenían derechos y morían más o menos rápidamente de una muerte causada por su trabajo y por diversas enfermedades. La película *Tiempos Modernos*, de Charlie Chaplin, muestra lo hermoso que parecía el mundo de los trabajadores de las fábricas después de la segunda revolución industrial. El trabajador era sólo una rueda dentro de una gran maquinaria. ¿Quién llora hoy por el mundo laboral del pasado, por las minas y los infiernos de acero de finales del siglo XIX, o por el agotador trabajo en el campo? ¿Y quién lamentará dentro de cien años los innumerables y aburridos trabajos de oficina que ahora se están perdiendo, o el ruidoso, maloliente y peligroso tráfico de las ciudades?

Trabajar menos o dejar de tener que trabajar por un salario es una promesa, no una maldición, al menos si se vive en una cultura que se desarrolla de acuerdo a ello, ya que el hecho de que el valor de una persona dependa de su rendimiento laboral a cambio de dinero no es una constante antropológica. Es un concepto del siglo XVII y bastante inglés, asociado a nombres como William Petty, John Locke, Dudley North o Josiah Child. A lo largo de la historia de la humanidad, las sociedades han conocido otras virtudes y distinciones sociales. ¿Por qué en un nivel de productividad mucho mayor no deberíamos encontrar también nuevos conceptos de virtud?

La tecnología no se convierte en un problema por el simple hecho de que sustituya a los empleos asalariados, sino que se convierte en un problema cuando se utiliza de forma incontrolada y con fines inmorales. Sorprendentemente, esto es lo que ocurre a menudo con los modelos de negocio actuales más fuertes. Los informáticos, programadores y diseñadores de redes de la actualidad no trabajan por un futuro mejor, sino para el beneficio de unos pocos. Además, cambian nuestra vida y nuestra convivencia sin ninguna legitimación democrática. La promesa, repetida cien mil veces, es hacer nuestra vida *más sencilla*, no *más democrática*. Pero ya la propia promesa de una vida más sencilla es irredimible. Del mismo modo, ninguno de los intentos por reducir la complejidad de la vida ha llegado a aumentarla.

Lo que realmente debemos a la tecnología digital y a sus impulsores es una civilización unificada cada vez más global. El código digital pasa fácilmente por encima de las fronteras nacionales y culturales, y las nivela en un lenguaje técnico universal de unos y ceros que es tan comprensible en el Nilo como en el Rin y el Amazonas. Lo que nos llama la atención es la cultura de la unidad global, con todos los beneficios que se pueden celebrar a partir de ella, y con las pérdidas que se pueden lamentar.

Desde el punto de vista cultural, cada paso adelante es al mismo tiempo un paso atrás. La biodiversidad de la cultura humana es cada vez más pequeña. El proceso comenzó con el triunfo del pensamiento de la eficiencia, reforzado por su medio más poderoso: el dinero, la única cosa cuya calidad se mide sólo por la cantidad. Donde manda el dinero, las fronteras desaparecen; los tranquilos mercados de diario se han convertido en inmensos mercados mundiales de materias primas, productos acabados y especulación. La cultura se intercambia por la riqueza. Nuestros estilos de vida se están igualando, primero en Europa y Norteamérica, luego en Asia y en el resto del mundo. Incluso las diferencias sociales y las tradiciones se aniquilan a través el dinero. Nobles o burgueses, católicos, protestantes o budistas, árabes, indios o alemanes, mujeres u hombres: el dinero no hace ninguna diferencia, excepto entre la pobreza y la riqueza. Si hoy el mundo se está «aplanando», tal y como lo describió el columnista del *New York Times*, Thomas Friedman, en su *bestseller* mundial de 2005 *El mundo es plano*, no sólo es que sea plano como una pantalla, sino también plano en cuanto cultura.[6]

La lógica de la uniformidad es la lógica del dinero. Desde que los lidios lo inventaron en el siglo VI a.C., ha tratado de romper sus fronteras materiales. Al principio, el valor del dinero correspondía a su valor material, pero, poco a poco, se convirtió en un puro símbolo. Como muy tarde, con la introducción de las letras de cambio en el siglo XV y de los billetes de banco a principios del siglo XVIII, el dinero se libera completamente de su valor real y se convierte en virtual. No es de extrañar que en los países industrializados se disolviera pronto en un objeto, y se convirtiera

6. Thomas L. Friedman: *Die Welt ist flach . Eine kurze Geschichte des 21. Jahrhunderts*, Suhrkamp 2008, 3. ed.

en algo puramente esférico: como una transacción de pago sin un equivalente terrenal, movida por ordenadores sin alma en los milisegundos del comercio de alta frecuencia.

Impulsado por el pensamiento de la eficiencia, que ha conquistado el mundo desde Florencia pasando por Londres y la bahía de San Francisco, las diferencias globales se nivelan. En su extremo está la imagen del empresario mal vestido, con zapatillas de deporte, y que ya no tiene ni encarna el estilo, ni la actitud ni la tradición. Su promesa a la humanidad es que cada uno, si ya no vive en una cultura propia, pueda, al menos, vivir en su propio mundo: un mundo autogenerado a través de los movimientos de búsqueda en la red, las huellas y los caminos en la arena virtual. Lo que antes se exponía a la resistencia de la vida se transforma en una sala de espejos narcisista, mantenida cuidadosamente por los especuladores sin rostro que están al fondo.

Si este mundo de mundos provoca un escalofrío en muchas personas es porque es doblemente paradójico. En gran medida, desmantela las jerarquías —¡y sin embargo, al mismo tiempo, profundiza la desigualdad!—. Y cuanta más libertad nos promete delante del espejo, más nos quita por detrás. Lo que queda afectado es nada menos que los valores de la Ilustración, en los que se basan nuestra democracia y nuestro orden social. Se confirma una vez más la lección intemporal de Marx de que todos los procesos sociales importantes siempre tienen lugar «a espaldas» de las personas afectadas en un espacio político inconsciente.

¡Los valores de la Ilustración están de capa caída! Y toda utopía de una sociedad futura debe preguntarse cómo podrá salvarse. Si para muchas personas el fin del trabajo asalariado sólo sirve para que se aprovechen sus datos en lugar de su fuerza de trabajo, la única gran promesa que ofrece la digitalización se desvanece:

en palabras de Oscar Wilde, que el individualismo productivo determina la cultura y no el trabajo asalariado alienado.

A cualquiera que haya crecido en la Alemania de la segunda mitad del siglo XX, a menudo le cuesta creer que la historia de la cultura occidental y su forma de gestionar la economía no sea una línea infinitamente ascendente. El desarrollo de la prosperidad, especialmente en Alemania, parece demasiado impresionante como para dudar de la bendición duradera de nuestro orden económico. Quien lo hace es fácilmente visto como un intelectual amargado y, significativamente, como «izquierdista». Desde el punto de vista histórico, este es un juicio erróneo, ¡porque la creencia en el imparable progreso técnico y económico es un pensamiento profundamente izquierdista! Se suponía que la tecnología iba a mejorar el mundo de forma permanente y, a la vez, ayudar al trabajador a conseguir derechos, seguridad, educación y prosperidad. Por otra parte, ser de derechas, es decir, conservador, siempre significó considerar el desarrollo liberal y libertario de los Estados occidentales como un declive de las tradiciones, las costumbres y los valores.

Hoy en día, la revolución digital transcurre de forma totalmente contraria a esas distinciones amigo/enemigo de progresistas/izquierda y conservadores/derecha que nos han sido tan queridas durante más de dos siglos. En general, la revolución digital amenaza toda forma de conservadurismo en el mundo, sin ser por ello de izquierdas. Por el contrario, es el juego más radical del que es capaz la economía capitalista, en el que hace tratos invisibles y opacos a espaldas de sus multimillonarios usuarios y más allá de cualquier control democrático. Manipula su comportamiento en mundos virtuales vivos, coloridos y bien diseñados, y ejerce un poder sobre el subconsciente de las personas que los dictadores del siglo XX sólo podían soñar. Además, penetra en todos los es-

pacios sociales, en el coche, en el hogar, en las amistades y en las relaciones amorosas.

La mayoría de la gente estará de acuerdo en que la explotación máxima de todo lo que se puede explotar de forma rentable en las personas es algo inhumano. Pero con esto se plantea un problema para muchas personas en países ricos como Alemania: una forma de hacer economía que se afirma comprensiblemente en base a su éxito va unida con una pérdida de cultura y de valores de la que se lamentan de forma igualmente comprensible. ¿Qué se supone que es la individualidad —literalmente: «indivisibilidad»— cuando se descompone al ser humano en millones de datos y se mete el perfil resultante en una bolsa para vendérselo al mejor postor para que lo manipule y para que desee cosas que se pueden comprar? Aún más perceptibles y visibles son el ruido, la velocidad, la publicidad constante y el robo de atención que invaden los espacios sociales, la comida compartida con los niños en la mesa, que disuelven los vínculos y que cortan en pedazos la seguridad, el silencio, el recogimiento y el «estar con uno mismo».

No es de extrañar que nuestra época carezca de todo optimismo a pesar de una prosperidad sin precedentes (aunque se distribuya cada vez peor). El jefe de empresa que hace jurar a sus empleados sobre el futuro digital con palabras apasionadas, después de la segunda copa de vino ya no cree realmente que todo vaya bien, o incluso mejor. Desde el punto de vista económico, el mundo parece venirse completamente abajo. La sobrexigencia excesiva nos tiene dominados. Porque defender los valores de la Ilustración y proteger los entornos vitales es algo que nadie puede hacer solo, ni una persona ni tampoco una empresa. La tarea que todavía debemos encomendar a los políticos se hace más dura y más urgente. Deben ayudarnos a forjar un futuro que merezca la pena vivir. ¿Serán capaces de cumplir con su gran reto?

Estamos redecorando las sillas de la cubierta del Titanic

La gran sobrexigencia

No se puede ver al monstruo si sólo se mira el suelo que se tiene delante dentro de un radio estrecho. En la película de Roland Emmerich *Godzilla* de 1998, cinco científicos buscan rastros de un terrorífico lagarto en una fosa de Panamá. Convertido en un monstruo por pruebas con bombas atómicas, es posible que haya dejado sus huellas en ese lugar. Sin embargo, ninguno de los hombres descubre señal alguna. Mientras permanecen ahí parados, perplejos, la cámara enfoca hacia arriba y muestra en qué tipo de fosa se encuentran los científicos: en una profunda huella del monstruo.[1]

¿Por qué les cuento esto? Porque ése es exactamente el tipo de personas con las que estamos tratando en la política alemana en este momento. Se busca algo conocido que sea igual o parecido, y se aplica su estándar rutinario de evaluación. ¡Pero no se dan cuenta de nada en absoluto, ni tampoco comprenden nada! La digitalización no es sólo un aumento ulterior de la eficiencia de nuestra economía a través de un camino conocido. ¡Es la mayor transformación en nuestra economía desde hace doscientos cincuenta años! Es un cambio de vida y de valores a escala histórica y

1. La idea de utilizar el «monstruo en el pozo» como metáfora la tomo del hermoso ensayo de Ingo Schulze sobre el capitalismo: «Das Monster in der Grube» (El monstruo en la fosa), en el FAZ del 5 de agosto de 2009, http://www.faz.net/aktuell/feuilleton/debatten/kapitalismus/zukunft-des-kapitalismus-16-das-monster-in-der-grube- 1843083.html.

mundial. Es, de una forma desenfrenada, el mayor ataque generalizado y transcultural a la libertad del individuo en la era moderna. Está en juego el futuro de nuestra esfera privada. La cuestión es cómo y si nuestra democracia puede preservarse en una época de manipulación desenfrenada.

Sin embargo, los investigadores que están en la fosa y que no ven el monstruo, ni la huella en la que están metidos, bien podrían ser esos tres ministros alemanes que presentaron su *Agenda Digital* en 2014. Un documento tímido con muchas afirmaciones generales y sin ninguna decisión real o de su concepción. No se ha hecho ningún plan sobre la seguridad interna, la seguridad de los datos, la protección de los datos, los derechos de autor o la neutralidad de la red, además de que la redacción es siempre vaga. Se quería más acceso a los datos para los servicios secretos y más anonimato para el ciudadano. Sólo cuando se planteó la idea de tender más cables de fibra óptica en el suelo para hacer la red más rápida empezó a estar realmente claro lo que se quería.

Lo que se anunció como «directrices» resultó ser un manifiesto de la incertidumbre y la desorientación. La agenda no reveló cómo se podría proteger realmente, y de forma eficaz, a los ciudadanos, cómo se podría garantizar «la protección y la confianza para la sociedad y la economía». Ni una palabra sobre cómo el contribuyente, y nadie más que él, debe beneficiarse, en última instancia, de los miles de millones invertidos en la red de banda ancha; ni una palabra sobre el mercado laboral del futuro; ni una palabra sobre el negocio poco ético del comercio de datos; ni una palabra sobre la protección de la economía alemana frente a las superpotencias digitales de Silicon Valley; ni una palabra sobre una eventual revolución educativa; ni una palabra sobre el control del innegable poder que han llegado a adquirir los servicios secretos; ni una palabra sobre las pesadillas de una ciberguerra; ni una

palabra sobre el peligro de la manipulación en las redes sociales; ni una palabra sobre el futuro de la democracia que está en peligro. Y, sobre todo: ni una palabra sobre nuestra imagen del ser humano y nuestros valores.

«Internet es un territorio inexplorado para todos nosotros»: la frase, pronunciada en 2013 (¡!) por Angela Merkel durante los días en que se supo que la NSA (Agencia de Seguridad Nacional) de Estados Unidos había estado espiando su móvil, encaja con precisión con los tres ministros dentro de la fosa del monstruo. Ciertamente, en 2014 el ministro del Interior alemán pidió que se prohibiera que Google pudiera crear perfiles sobre la personalidad. El ministro de Economía estuvo reflexionando sobre la descentralización de los grandes operadores de plataformas. El ministro de Justicia llegó a exigir que las corporaciones digitales tuvieran que revelar sus algoritmos. Pero nada de esto está en la *Agenda Digital*. Ninguno de los objetivos se persiguió seriamente, ¡y cuatro años después todavía no hay leyes adecuadas sobre este tema!

Al contrario: hasta 2017 apenas se hablaba en la política de la digitalización, al menos no en su dimensión social global. El tema electoral más importante en 2013 fue el llamado peaje para extranjeros en las carreteras bávaras y austríacas. En 2017, la CSU (Unión Social Cristiana de Baviera) se volvió a ocupar del gran tema, el «límite máximo» para las personas que huyen a Alemania de la guerra, el hambre y la pobreza. ¡Qué país que tiene tales preocupaciones! ¡Quién confía en los políticos que dicen: «¡Ya me conocen!» sin pedir un plan, una idea, una estrategia de qué aspecto tendrá Alemania, Europa y el mundo después del tsunami digital que se avecina visiblemente en el horizonte! ¿Los políticos alemanes no se dan cuenta de la realidad? *¿Estamos redecorando las sillas de la cubierta del Titanic?*

Sólo el FDP (Partido Democrático Libre) ha sido el primero en la historia de Alemania en poner un cartel con un eslogan sobre la digitalización: «La digitalización lo cambia todo. ¿Cuándo cambiará la política?». Sin embargo, en el programa del FDP apenas había nada sobre el hecho de que la digitalización lo cambie todo. Promover la creación de *startups* y de acelerar la instalación del tendido de fibra óptica no es una forma suficiente de prepararse para un cambio social radical. La pregunta mucho más importante es: *la digitalización lo cambia todo ¿Quién cambia la digitalización?*

El hecho de que utilicemos cada vez más dispositivos digitales en nuestra sociedad, de que hagamos que los ordenadores y los robots hagan nuestro trabajo y de que interactúen cada vez más entre sí, es obra del ser humano. Como todo lo que hacen, podría ser de otra manera. *Sin duda*, la digitalización va a cambiar nuestra sociedad; *cómo* lo hace, no lo es. El curso de la economía, de la cultura, la educación y la política está lejos de estar fijado. No son simplemente cuestiones de naturaleza técnica o económica.

Entre la sabiduría intemporal del filósofo judío-austríaco Martin Buber se encuentra la siguiente frase: «¡No se puede cambiar algo sin cambiarlo todo!». Todo el mundo lo sabe por sus experiencias cotidianas. Cuando las parejas tienen un hijo o cuando los hijos se van de casa en algún momento, de repente nada es igual que antes. Algunos desplazamientos lo desplazan todo. Por no hablar de cambios como los provocados por las revoluciones técnicas y económicas. Estamos en el comienzo de una nueva era. ¿Lo han entendido nuestros políticos?

Si se observa la política en las sociedades de Occidente, «cambiarlo todo» es lo último que pueden imaginar. Allí donde antes los visionarios impulsaron la integración occidental y la política oriental, la Unión Europea y el euro, hoy sólo nos encontramos

a fontaneros intentando retocar las cosas. Reparar lo que otros han roto, comentar lo que mueve a los medios de comunicación: una política semejante no formula ninguna imagen de futuro. Esta política está ansiosa hasta la estupidez por gustar y por poner al menor número posible de personas en su contra. En cambio, las grandes preguntas las responde con un encogimiento de hombros. Tampoco se le ocurre una buena idea para traducir ese gran cambio radical en una agenda política. No parece ver que la digitalización, si se abandona a los especuladores de la economía, no hará al mundo tan rico como podría ser potencialmente, sino pobre y vacío —vacío de sentido, trabajo, experiencia y sentimiento; pobre en sorpresas y autenticidad, y que amenaza con reducir el espacio de las normas sociales en favor de las normas del mercado. No es lo mismo cuando un estudiante alquila por internet una habitación que le sobra durante un tiempo limitado que dársela a sus amigos de forma gratuita. ¿Qué ocurrirá en un mundo de inteligencia artificial con esas experiencias fundamentales que los psicólogos sociales llaman «autoeficacia»: la sensación significativa de formar parte de algo porque lo has diseñado tú mismo? ¿No existe el peligro de que la digitalización, tal y como se está llevando a cabo actualmente, suponga que cada vez más personas participen en menos procesos vitales?

Los políticos no se consideran responsables de todo esto en virtud de su profesión. Sin embargo, no porque no sean responsables de ello, sino, más bien, porque la política en Alemania ha consistido durante décadas en evitar grandes cambios. *Quien quiere cambiar algo, encuentra objetivos; quien quiere evitar algo, encuentra razones.* Desde hace al menos dos décadas, si no más, entre nosotros los seres humanos viven en una dictadura de las razones sobre los objetivos. Se ha perdido la dimensión de la estrategia. Pensar estratégicamente significa establecer un objetivo para el

futuro y trabajar para conseguirlo paso a paso. Por el contrario, en Alemania hace tiempo que rige la táctica: la consideración a corto plazo de lo que promete una ventaja coyuntural con los votantes. *El triunfo de la táctica sobre la estrategia ha paralizado nuestro país.*

Por mucho que nos guste culpar de esto a nuestros políticos en activo, no es sólo una cuestión de carácter político. Ciertamente, quien quiera llegar a ser un político de alto nivel no se dejará llevar por ideas creativas. Hasta el idealista, que un día comenzó como si fuera un cristal de roca afilado, se ve arrastrado a través de los años como si fuera un guijarro dentro de un arroyo. Sin embargo, la marcha aleccionadora por las instituciones de un partido no es la única causa de esta gran parálisis. También nuestros políticos están expuestos desde hace tiempo a una avalancha de información y a una presión asesina del tiempo. El conocimiento sobre la volatilidad de todas las emociones, novedades, problemas y llamamientos los ha insensibilizado hasta situarlos en una parálisis atroz que persevera de forma continuada. Tomar grandes decisiones va en contra de su profesión y reduce sus posibilidades de reelección. Al igual que la contaminación lumínica de nuestras ciudades eclipsa las estrellas, el presente disuelve cualquier futuro. Desde esta perspectiva, la digitalización no aparece como obra del ser humano, sino como un dictado de potencias extranjeras. Contra este dictado no hay ningún nosotros, ninguna Alemania, ningún interés de los ciudadanos. En la actualidad, casi nadie en la política se siente llamado a proponer, o incluso a poner en práctica, alternativa alguna. De todos modos, la UE es responsable de las grandes decisiones, aunque se sabe que la UE está aún menos dispuesta a tomarlas. Si las decisiones valientes se convierten en una disputa legal, los mejores abogados siempre estarán sentados al lado de los clientes que les paguen más en Palo Alto y en Mountain View.

En lo que respecta a la impotencia, la cuestión del futuro digitalizado es similar a la del cambio, igualmente necesario, de nuestra economía en favor de la ecología. Tuvieron que pasar más de treinta años, desde el inicio del movimiento ecologista hasta la fundación del Partido Verde, para que los términos «bio» y «eco» salieran de las comunas en ruinas y llegaran al primer plano de la conciencia popular alemana. Sin embargo, aunque se aceptan de forma general, apenas se encuentran en el peligroso industrialismo ecologista de la República Federal. *Durante milenios, la gente no sabía lo que creía; hoy, no creen lo que saben.* Sabemos sobre el cambio climático y sus efectos devastadores, pero no lo creemos. Al menos no en nuestra vida cotidiana ni en nuestra agenda política, que todavía sigue negociando si hay que dejar que la tierra se caliente dos o tres grados para que siga siendo habitable, al menos para nosotros los europeos. Sí, y también sabemos que el modelo de vida que hemos tenido hasta el momento, de un crecimiento cuantitativo e ininterrumpido de todo —consumo, dinero, diversión y residuos— no puede continuar indefinidamente de todos modos. También sabemos que necesitamos una forma nueva y sostenible de llevar la economía. *Y que, sobre todo, necesitamos más tiempo en lugar de más y más cosas.* Pero, como he dicho, saber algo no significa creer en eso y actuar en consecuencia.

Si abordamos la digitalización con la misma irresponsabilidad con la que abordamos el futuro de nuestro planeta, los logros de la Ilustración y de la era burguesa pronto serán cosa del pasado, por no hablar de la estrecha relación entre la digitalización y el desastre ecológico. ¿De dónde saldrá la enorme cantidad de energía que consumirán los servidores del futuro digital? Toda nuestra forma de vida requiere de un inventario. Lo que se necesita es, nada menos, que un nuevo contrato social. ¿Y qué puede

ser más propicio para ello que los tiempos de un cambio radical económico?

En este contexto, hay que mencionar al menos un intento de poner orden en el caos civilizatorio de las consecuencias de la digitalización. En cuanto a la gran preocupación por los derechos fundamentales, esta se plasmó en 2016 en la iniciativa ciudadana de la «Carta de los Derechos Fundamentales Digitales de la Unión Europea».[2] Pensar en los derechos fundamentales, en los derechos de defensa, en los derechos a las prestaciones, en los derechos de igualdad, en los derechos de participación, en las normas de derechos fundamentales y en los derechos de protección es sensato y acertado. Es igualmente cierto que la lucha por los derechos debe librarse ahora sólo de forma secundaria entre el Estado y sus ciudadanos. Es cierto que la digitalización proporciona a los Estados autoritarios medios de vigilancia que van mucho más allá de la novela *1984* de George Orwell. Actualmente, y por lo que se sabe, los derechos fundamentales en Alemania están menos amenazados por el Estado que por una economía de internet excesiva.

En este sentido, la Carta Digital habla repetidamente de derechos. Define, por ejemplo, el «derecho al trabajo». Esto es algo extraño. ¿Qué sentido tiene ese derecho si en el futuro simplemente ya no habrá trabajo para millones de personas? No menos extraña parece la siguiente frase: «El trabajo sigue siendo un fundamento importante de la subsistencia y de la autorrealización». ¿Qué significa aquí «sigue siendo»? ¡Para innumerables millones de personas, no sólo en empleos mal pagados, el trabajo nunca ha sido una realización personal! ¿Y puede una carta establecer que nuestra sociedad del trabajo asalariado deba seguir existiendo para siempre de forma familiar? Las frases como estas son las reglas para el

2. https://digitalcharta.eu/

mantenimiento de una situación transitoria, y muestran con toda claridad que las disposiciones legales de una carta no pueden fijar el marco en el que se pueda meter en una caja de cartón demasiado pequeña la dinámica de la vida y sus cambios rápidos.

*

No cabe duda: el progreso tecnológico es el único avance irreversible en la historia de la humanidad. Sin embargo, el hecho de que hoy podamos capturar y procesar datos en cantidades inimaginables no sólo ha convertido a las empresas digitales en proveedores de servicios de espionaje, sino que ha hecho que los sueños de los servicios secretos se conviertan en pesadillas sociales. Ha paralizado la política y la ha apagado por sobrecarga. Pero no es sólo el sentimiento de impotencia lo que ha socavado el *ethos* de la política y la sociedad, sino también un cambio de orientación: ¡es el triunfo de la medición y la cuantificación de todo!

El padre espiritual de esta orientación puramente empírica es el jugador, especulador y economista inglés del siglo XVII William Petty. Donde otros veían personas y destinos, Petty veía recursos. En su *Political Arithmetic* impresiona por su frialdad matemática. Con ella, funda la estadística administrativa, dejándose impresionar sólo por los números. Petty creía que el gobierno sólo era posible sobre la base de números y estadísticas fiables; de hecho, en el fondo es la racionalidad de las estadísticas la que dicta las decisiones del gobierno. Los políticos no se orientan de forma diferente en el mundo actual. Los números, las estadísticas y las encuestas dibujan la topografía de sus mapas mentales. La vida mejor se refleja en el producto interior bruto y el propio valor de mercado en los *rankings* de aprobación.

Esto se paga con una flagrante falta de sentido común y de creatividad política. Desde que los ordenadores se encargan de la laboriosa tarea de medir en segundos, la cuantificación de todo y de todos ha socavado el *ethos* de la sociedad en su conjunto. Lo que cuenta no es la cualidad, sino la cantidad. Como la cantidad es fácil de evaluar, la laboriosa tarea de formar juicios, que subyace a todo juicio de cualidad, se deja de lado la mayoría de las veces.

El mundo de las universidades e instituciones de investigación se ve especialmente afectado. De esta manera, los economistas y, lo que es peor, los científicos sociales, han perdido su antigua brújula. ¿Qué impulso decisivo atraviesa hoy en día, igual que ocurría en los años sesenta o setenta, a los politólogos, los sociólogos, pedagogos, científicos de la cultura, de la comunicación, y de los medios de comunicación, hacia la política? Disciplinas universitarias enteras parecen casi paralizadas bajo la pesada carga de la investigación empírica. Quien quiera financiar proyectos como pedagogo o sociólogo, tiene que medir y cuantificar. No se discute que se haga una investigación significativa en el proceso. Pero la transformación colectiva de intenciones, interpretaciones e intervenciones en los datos medidos deja su huella. Incluso cuando se trata de evaluar la calidad de las escuelas u otras instituciones, casi toda la evaluación actual es empírica, como si su calidad pudiera comprenderse sin ambigüedad en términos cuantitativos. «El lado medible del mundo», uno quisiera gritar en este movimiento sin alma con el filósofo Martin Seel, «no es el mundo. ¡Es el lado medible del mundo!».

¿Y qué pasa con todo este montón de capas de material apilado? En el mejor de los casos, se llega a entender algo en alguna parte. Los funcionarios recopilan extractos de estudios y evaluaciones de muchos cientos de páginas; los secretarios de Estado los reducen a dos páginas, de las que un político extrae tres cifras durante un discurso. A la vista de tales esfuerzos, uno piensa en la frase de Nietzsche sobre el «virtuoso croar de las ranas que tienen frío y que se desesperan en su pantano» —sólo que la investigación empírica no es virtuosa—. Es el oficio de una industria de suministros que ya no forma un discurso socialmente relevante. Probablemente, no se exagera cuando se dice que el declive de las ciencias sociales comenzó con el triunfo del procesamiento digital de datos, pues cuanto más exactos aspiraban a ser desde un punto de vista científico, menos importantes eran para la sociedad. Cuanto mayor era la cantidad de datos, menos atención se les prestaba.

Con este telón de fondo, qué romántico parece el sueño del marqués de Condorcet, que, en los albores de la Revolución francesa, se mostraba entusiasmado por un triunfo concertado de las ciencias, que en el futuro debía racionalizar toda la política en matemáticas sociales. La política debía convertirse en ciencia y la ciencia en política. Hoy, sin embargo, la «y» mantiene a la política y a la ciencia más alejadas que nunca. No se trata de un acuerdo, sino de lo que el filósofo francés Jacques Rancière ha denominado «malentendido» (*la mésentente*) en la pálida luz del atardecer de nuestra democracia: entre una política escandalosamente no filosófica y la filosofía política.

Los que hacen del mundo algo empírico en lugar de algo que hay que interpretar están contribuyendo a cavar esta zanja de malentendidos, que está consolidando el lento declive de la política y las ciencias sociales. Una política que no obtiene sus imágenes del tesoro de la imaginación de la cultura académica es ciega; una cultura académica que no se vuelve políticamente relevante permanece vacía. Esto no se disimula con los intrascendentes órganos consultivos, consejos y comisiones que hoy conoce la política y que sirven antes para satisfacer la vanidad que para dar forma a la política.

Para evaluar de forma realista el alcance de esta actividad y sus consecuencias sociales, basta con hacerse una pregunta seria: ¿Qué harían realmente nuestros profesores de ciencias sociales si no hubiera ordenadores ni programas de procesamiento de datos? ¿Hacia dónde se habrían desarrollado las diferentes materias? ¿Qué pasaría si hubiera una especie de moratoria del empirismo? Muchos profesores e investigadores ya no sabrían qué hacer.

La crítica no es que haya campos en los que la investigación empírica pueda llevarse a cabo de forma inteligente y con éxito; lo que se critica es el dictado de lo empírico en las ciencias sociales, que degradan las materias de conocimiento que tienen grandes tradiciones a proveedores de números. *Con demasiada frecuencia se sustituye el saber (Erkenntnisse) por el conocimiento (Kenntnisse) o incluso se considera que el segundo es el primero.* El saber, sin embargo, está siempre relacionado con un horizonte personal de interpretación, mientras que el conocimiento no lo está. Así, el conocimiento (*Wissen*) por sí solo, por muy abundante que sea, no se convierte en perspicacia, en sabiduría y ni siquiera en una idea para las acciones correctas.

La inteligencia, según el psicólogo suizo Jean Piaget, es lo que se utiliza cuando no sabemos qué hacer. Quien se orienta por los números, pone límites estrechos a su pensamiento y realmente siempre sabe qué hacer. En este sentido, la cuantificación sustituye al pensamiento. Lo que se queda en el trayecto es el cultivo y la alegría de la capacidad de formular juicios, de los valores, las convicciones y las posiciones. Todo el inventario moral de la cultura occidental, desde Aristóteles hasta Kant y la Escuela de Frankfurt, se ve sustituido por el consecuencialismo y la evaluación de las consecuencias del riesgo. La vieja disputa de los años sesenta entre la sociología crítica de Theodor W. Adorno y la empírica de Alphons Silbermann hace tiempo que se decidió.

Los Silbermann han ganado. La coexistencia funestamente pacífica de la política y las ciencias sociales ya no da lugar a un ethos. Pero, precisamente, este *ethos* —y aquí se cierra el círculo— es lo que los votantes buscan tradicionalmente en los políticos durante las campañas electorales, es decir, lo que se defiende con una «convicción interior».

*

La política moderna, como la que estamos viviendo actualmente en casi toda Europa, se caracteriza por la renuncia al *ethos* en favor de la astucia táctica y los principios altamente flexibles. En este sentido, la consecuencia lógica parece dejar el gobierno a los propios tecnócratas. Estos tecnócratas no hacen nada que no crean poder calcular con exactitud. No tienen contenidos ni temas, sino que los contenidos y los temas les llegan a través de los medios de comunicación: crisis financiera, crisis de la deuda, problemas de espionaje y crisis migratoria. Nada de esto está previsto, nada se sabe. Porque en ninguna parte se planifica el futuro ni se le da forma según las convicciones, sino que la política espera los temas como quien espera el tiempo: *la dictadura del presente sobre el tiempo restante; todo se mueve, nada cambia.*

Sin embargo, la utopía como fuerza constructiva de la política sigue desaparecida. El U-topos (no lugar) no es medible; por eso, no aparece. Cómo viviremos en el futuro no lo determinan los políticos, sino los visionarios y los utopistas de la revolución digital: Google, Facebook, Amazon, Apple, Microsoft y Samsung. Frente a estas superpotencias digitales, los políticos alemanes son pigmeos en relación a la estrategia. Hace tiempo que dejaron que el poder se les fuera arrebatado de las manos. Pero como una elección sólo tiene sentido si los elegidos también tienen poder, en

realidad habría que elegir a los ejecutivos de Google o Facebook, que dan a conocer sus estrategias y visiones y las someten a votación: ¿Qué van a hacer con nuestros datos? ¿Qué cambios queremos en nuestra comunicación y cuáles es mejor no permitir? ¿Para qué van a utilizar su concentración de poder y capital sin precedentes? Porque todo esto, con sus consecuencias sociales y daños colaterales, cambiará radicalmente nuestras vidas sin que podamos siquiera opinar al respecto. En comparación con esto, la cuestión de quién es el canciller de Alemania no merece ni siquiera una nota a pie de página.

¿Cómo conseguimos salir de la esfera de lo meramente empírico y reactivo? Como es sabido, la cultura no vive de descripciones imparciales de todo lo que ocurre en ella, sino de explicaciones, interpretaciones, ponderaciones, preferencias, de atenciones y ostracismo, de aceptación y no aceptación. Sin embargo, sorprendentemente, la digitalización apenas se evalúa moralmente de forma seria, o incluso se interpreta, por muchos políticos. En cambio, nos encontramos con una afirmación espantosamente ingenua entre los liberales, con un rechazo generalizado por parte de algunos miembros del partido de la izquierda y con unas evaluaciones espantosamente escasas entre los demás partidos.

Lo que falta es un posicionamiento diferente. Al fin y al cabo, la revolución digital está arrebatando a las personas y a las naciones una gran parte de su mundo conocido, incluido el mundo emocional asociado a él. Experiencias y conocimientos de la vida que fueron válidos durante décadas, en ocasiones siglos, ya no son válidos. ¿Cuál es el valor de la educación cuando todo el conocimiento (*Wissen*) está disponible de modo inmediato con un clic del ratón? ¿Cómo manejar el hecho de que, en todas partes, lo comprobado se está quedando obsoleto; de que no se premie la

fidelidad de los clientes, sino que se les castigue cada vez más porque se les aplican peores tarifas que a los nuevos clientes; cuando los médicos, los maestros y los profesores universitarios pierden su autoridad; cuando toda una vida de experiencia en muchas profesiones pierden su valor de la noche a la mañana; cuando cavamos un abismo entre el hoy y el ayer, que es más profundo que cualquier cosa que la gente haya conocido en su historia?

Todo esto hay que interpretarlo, clasificarlo y evaluarlo. Las culturas y las civilizaciones viven tanto de los hechos como de los valores, y lo moral, lo social, lo espiritual y lo político no se invalidan porque no aparezcan en las ideologías rectoras. Toda cultura debe permitirse cuestionar si hace a la gente más feliz, quizás más inteligente, más amable y más culta. El pensamiento puro de la eficiencia y la lógica de aprovechamiento del capital no deben ser nunca la única vara de medir de una cultura. Si algo hemos aprendido de la historia de la primera revolución industrial es esto: El criterio puramente económico como medida de todas las cosas es inmoral. Conduce inevitablemente a la inhumanidad.

En esta situación, destacan actualmente dos corrientes: los que no ven esta inhumanidad y los que la temen. Esto también se refleja en las publicaciones de libros: por un lado, una literatura optimista y que inspira valentía, que ve oportunidades en todas partes, que se muestra entusiasmada con las «fascinaciones» y con todos los dispositivos y aplicaciones que nos harán la vida más fácil y «divertida» en el futuro. A menudo, contienen historias muy similares. Hablan de la Ley de Moore y del aumento exponencial de la capacidad de memoria y del rendimiento de los chips; se deleitan con anécdotas sobre Kodak y Nokia, que no aprovecharon la tendencia de la época. Casi todos citan con fruición los mismos errores históricos de apreciación, como cuando Guillermo II no vio futuro en el automóvil sino en el caballo, o

los del empresario digital Ken Olsen, que en 1977 dijo que nadie necesitaba un ordenador en casa.

Los libros de este tipo tienden a utilizar un lenguaje sencillo y a mostrar un amor por las tablas, los gráficos, los trucos y los símbolos bonitos. La tecnología, la sociedad y la política están relacionadas de una forma débil. Las dificultades y las vicisitudes de la vida se describen como una sucesión interminable de «problemas» y «soluciones», según piensan los técnicos. La multidimensionalidad de los contextos vitales reales no aparece nunca. Los sentimientos más allá del placer y la alegría técnicas son sentimentalismos y miedos irracionales, alimentados por los alarmistas profesionales. Al final, se apela al entusiasmo por la innovación, al espíritu empresarial y a la valentía, es decir, a la valentía de esperar simplemente la digitalización o de ganar todo el capital posible: «Toda la vida es un mercado, y nosotros sólo somos los consumidores...».

La segunda corriente es mucho más sofisticada. Analiza la importancia de la revolución digital para el individuo, la sociedad y el futuro de la democracia. El color básico de estas pinturas morales es mayoritariamente oscuro. Siguen la estela del periodista bielorruso-estadounidense Evgeny Morozov, que ya advirtió en 2011 del lado oscuro de la economía digital y de internet, que dos años después aún era «territorio inexplorado» para Angela Merkel. Se refieren a las revelaciones de Edward Snowden sobre la siniestra interconexión de los intereses comerciales y de inteligencia, las corporaciones digitales y el poder estatal. Advierten de un desarrollo amenazador que ya está tan avanzado que cualquier lucha contra él probablemente se perderá.

Con el gran inversor Elon Musk y el sombrío personaje sueco que es Nick Bostrom, esta corriente hace tiempo que se ha ganado la soberanía interpretativa sobre las previsiones sobre el futuro en Estados Unidos. ¡Ningún país del mundo, tal y como se desprende de la abundancia de balances y profecías apocalípticas, espera la digitalización con tanto temor como Estados Unidos! Silicon Valley, en cambio, parece que estuviera en Marte, en un país que, actualmente, parece dar más motivos para las profecías del fin de los tiempos que cualquier otra nación industrializada. Mientras desde los podios alemanes se sigue recomendando copiar la mentalidad estadounidense, la opinión pública crítica de Estados Unidos lleva tiempo pensando en detener el proceso que conduce hacia el dominio de la inteligencia artificial. Incluso Bill Gates se vuelve a encontrar en las filas de los que están avisando sobre este proceso, lamentando el excesivo ritmo de desarrollo y recomendando un impuesto sobre las máquinas como freno.[3] Pero, ¿tiene realmente sentido cambiar el líquido de frenos cuando la máquina ya se ha salido de la curva a máxima velocidad?

¿Y en Alemania? En las profundidades de la red, en el *Chaos Computer Club*, en los llamados institutos del futuro, en las *startups* de internet, rara vez en las universidades, más a menudo en largas veladas empapadas de alcohol y de borrachera de tecnología, surgen imágenes del futuro, o más exactamente: fragmentos de imágenes del futuro exageradas y subestimadas. Desde el punto de vista económico, grandes expectativas —socialmente, muchos miedos, poca esperanza, un poco de contemporización: recortes, elevaciones y ladrillos de mosaico— sin ninguna imagen. No hay un escenario futuro positivo para la digitalización de nuestra sociedad. Sin duda, las grandes ciudades podrían ser más ecológicas y eficientes energéticamente. La medicina ganará en precisión, las personas mayores tendrán un robot inteligente que funcionará a

3. http://www.faz.net/aktuell/wirtschaft/netzwirtschaft/automatisierung-bill-gates-fordert-roboter-steuer-14885514.html.

la vez como ayudante doméstico y mascota, y la iluminación inteligente se adaptará a nosotros y hará que todo parezca más bonito; pero nada de esto es una visión social, política o económica. Ni siquiera es un marco para un cuadro de un futuro que podamos colorear y desear con colores humanos.

Lo que se necesita hoy no se puede medir. Tampoco se puede delegar en los políticos, que, como se ha demostrado, no pueden reunir ninguna creatividad propia. Ni siquiera quejarse vale realmente la pena. «La política» no tiene ninguna ubicación, ni siquiera un buzón al que se puedan enviar las críticas; esto lo comparte, por cierto, con «la economía» y el «capitalismo». Los políticos sólo reaccionan cuando la opinión pública crítica les obliga a hacerlo. La opinión pública crítica sólo nace con un cambio de conciencia. Sin embargo, para ello no bastan los miedos y los temores. Lo que se necesita es un escenario de futuro positivo. Hay que demostrar que es posible una forma de sociedad y de economía que libere a las personas del trabajo caprichoso y, a menudo, indigno, una sociedad en la que, posiblemente, nos podamos quitar de encima ese conocimiento silencioso de que el valor de una persona puede medirse por su recompensa monetaria.

Debemos aprender a ver las posibilidades de la tecnología digital no sólo desde la perspectiva de la competencia económica, sino como una oportunidad para un buen modelo social. Nuevas formas de vida ya están brotando por todas partes del suelo bien abonado de la vieja clase media. Nativos digitales que comparten sus coches y cultivan sus huertos en los tejados como agricultores urbanos. ¿Folklore para los más acomodados o el futuro social? La cuestión se decidirá políticamente. Porque la reforma hacia lo bueno no se producirá por sí sola. Ninguna lógica económica puede producir por sí sola una vida humana digna. La democratización de las oportunidades de vida es una tarea política. Si no

se hace nada, también podrían hacerse realidad esos escenarios que sólo conocen a monopolistas de datos y a subastadores explotados de la propia fuerza de trabajo, además de un ejército de vividores engatusados. Imaginemos primero este horror —la distopía— para saber qué se interpone en el camino de una utopía humana. A continuación, veamos cómo reaccionan, y por qué, muchas personas ante la nueva inseguridad de la vida al comienzo de la revolución digital.

El capitalismo de Palo-Alto gobierna el mundo

La distopía

Alemania, año 2040. Los niños nacidos en 2018 son ahora jóvenes adultos. Ya no viven en un mundo de ensayo y error, de riesgo y experiencia. Viven en una matriz de datos que les dice lo que es bueno para ellos. Cuando se despiertan, ven un holograma engañosamente real de una hermosa mujer o de un hombre atractivo. Te cuentan cómo has dormido, qué has soñado y por qué. Conocen el nivel de azúcar en sangre, los datos cardiovasculares y el estado hormonal de los vecinos de enfrente. Nos recomiendan nuestra rutina diaria y nos proporcionan exactamente los productos que deseemos ese día. Nuestras vidas ya no pueden ser más que un éxito. Google, Facebook y compañía nos han liberado de la dictadura de la libertad.

La posibilidad de superar los cien años en esta vida sin accidentes es grande. Todas nuestras células pueden clonarse en una cápsula de Petri, y la impresora 3D nos imprime nuevos riñones, un nuevo hígado o un nuevo corazón «propio» cuando sea necesario. Mymuesli se ha convertido en Myorgan, y esta vez le pertenece realmente a cada uno. Cuando caminamos por la ciudad, todo está interconectado. Los sensores y las cámaras vigilan cada uno de nuestros movimientos, el crimen ya no es posible ya que el comportamiento desviado queda inmediatamente expuesto. Las luces de la calle brillan según sea necesario, los precios en las tiendas cambian según quien entre en ellas y el ánimo de compra que tenga. Los coches autónomos ya no necesitan recibir órde-

nes: nos conocen y saben cuándo los necesitamos. La mayoría de las tiendas que nos rodean son realmente simple fachada, porque todo se pide por internet y se entrega con drones. Encontramos a nuestras parejas a través de programas de búsqueda, o nos llevarán a ellas «por casualidad» para satisfacer nuestras anticuadas necesidades románticas.

El dinero sigue existiendo, incluso más que antes, pero ya no en forma de monedas o billetes. Entre los bastidores de este *Show de Truman* que se ha hecho realidad se está haciendo mucha pasta. El dinero que muchas personas perciben a través de una renta básica del Estado migra sutilmente a las manos de los que aún trabajan. Una sociedad de dos clases separa a los que ganan mucho de los muchos marginados en la matriz del bienestar. Los hijos de algunos pasan de los colegios privados a las universidades de élite y a los psicotopos de las empresas de *Big Data*. Los demás se esfuerzan por seguir adelante como profesores de guardería mal pagados, peluqueros y cuidadores de ancianos con la ayuda de robots, o, a menudo, ya ni siquiera trabajan. El camino de sus hijos hacia la élite trabajadora está bloqueado desde el principio. Los que asisten a un sistema escolar público siguen estando en la parte inferior.

La gran ganadora es una alianza de inversores globales, corporaciones, especuladores y *geeks*. Para los empresarios, el comercio de datos es simplemente el gran negocio, aún más gigantesco y, sobre todo, más seguro que la pura especulación financiera. Están en esto *because that's where the money is*. Las cuestiones éticas nunca les han preocupado, al menos no de forma profesional. No se toman su negocio como algo personal. Su pensamiento de la eficiencia impulsa a Silicon Valley mucho más que las fantasías de un Mark Zuckerberg o de Larry Page. Sus socios y proveedores son personas de género masculino, que, ya a los catorce años, han buscado el algoritmo con el que volverse irresistibles para las mu-

jeres. Con la ayuda de los inversores, esta guardia joven de la Segunda Edad de la Máquina ha cumplido su sueño. No tienen miedo al estado de vigilancia. De todos modos, no tienen nada que valga la pena ocultar. Si Google y otros nos adormecen en Matrix, no tienen nada que perder. A los que, de todas formas, no tienen ninguna imaginación social, sino sólo técnica, no les molesta que todo el mundo en el aeropuerto, en el tren o en el restaurante esté absorto en su *smartphone*. No les parece contradictorio soñar con una medicina digital que les dé la inmortalidad, mientras consumen tanta energía y recursos que están destruyendo a la humanidad. La idea de que un robot tipo R2-D2 les cuide en la vejez no les asusta, sino que les encanta. ¡Por fin en casa! Y, de todas formas, nunca han tenido ningún tipo de compasión por los demás. Así, han logrado la gran transformación y han creado el mundo del año 2040: la victoria de las personas que prefieren lo aburrido a lo arriesgado; ¡el triunfo de la vida inauténtica sobre la vida!

El ascenso de Silicon Valley significa muchas cosas. Sin embargo, sobre todo es una victoria del miedo a la vida. Las aplicaciones y los algoritmos sortean cada vez más el azar, el destino y la aventura de la vida, y la convierten en un gigantesco negocio. La capitalización de mercado de los GAFA (Google, Apple, Facebook y Amazon), que era de unos pocos billones de dólares en 2018, es de 50 billones en el 2040. En la década de 2010, han desbancado a gigantes como Exxon Mobil, PetroChina y General Electric de los primeros puestos de las empresas más valiosas y se aseguraron los primeros puestos para ellos. Ninguno de los antiguos campeones de la vieja industria seguirá existiendo en el 2040. Lo que era útil en ellos ha sido apropiado por los GAFA. Mark Zuckerberg lleva muchos años como presidente de los Estados Unidos y Donald Trump, ese patán y representante en el Estado de la vieja industria, hace tiempo que murió.

Ni Europa ni Estados Unidos pusieron en jaque las prácticas empresariales de los grandes monopolios cuando todavía podían hacerlo. Protegieron la integridad y la libertad de los ciudadanos mientras tuvieron el poder de hacerlo, sin olvidar que el bloqueo de entonces no procedió de las asociaciones de empresarios alemanes. Por mucho que les disgustaban las prácticas comerciales y el comercio de datos de los GAFA, deseaban poder beneficiarse de ellas. En este sentido, se luchó contra la explotación comercial de la esfera privada humana por considerarla una práctica empresarial inmoral. El hecho de que en este juego no se ganara en absoluto, sino que se perdiera cada vez más, para muchos estaba escrito de forma obvia en las estrellas en el año 2018. Sin embargo, era bastante previsible para cualquier persona realista. Al fin y al cabo, en 2018 sólo Google valía más que toda la industria europea de las telecomunicaciones. La idea de que la competencia pudiera alcanzarlo alguna vez era, en aquel momento, una fantasía imprudente.

Por otra parte, el segundo gran elemento de bloqueo al espionaje a particulares fueron los servicios de inteligencia alemanes. El BND (Servicio Federal de Inteligencia), la Oficina Federal de Protección de la Constitución y la MAD (Servicio de Contrainteligencia Militar) estaban tan encantados con la alegre recopilación de datos que se echaron atrás ante cualquier intento de reducirla o de hacer irreconocibles los datos privados. Los diferentes ministros del Interior, presionados por la opinión pública a hacer algo debido a los atentados terroristas, cumplieron sus deseos. ¿De qué otra manera podrían mostrar dureza y determinación en la lucha contra el terrorismo? Todos los años presentaban a los medios de comunicación casos en los que el análisis de datos había tenido éxito y había evitado ataques que todavía estaban en una fase temprana. Por lo tanto, los atentados de islamistas enloquecidos de la

década de 2010 sucedieron en el peor momento posible. Así, los servicios secretos no tuvieron que preguntarse si no habrían utilizado las mismas posibilidades que daba la vigilancia con cámaras y de internet, aunque no hubiera habido atentados terroristas en ese momento. ¿O si no, por qué el nuevo cuartel general de los servicios secretos en la calle Chaussee de Berlín, casi treinta años después del final de la Guerra Fría, era mucho más grande y extravagante que los anteriores de Pullach o Colonia? Y esto a pesar de que ya no se necesitaban archivadores ni espacio de almacenamiento, sino sólo pequeños soportes de datos. Habría sido obvio que todo fuera mucho más pequeño...

Pero, aparentemente, el poder sin abuso siempre ha sido poco atractivo. En el año 2018 eso no fue diferente que antes, o incluso en el 2040. En cualquier caso, a la promesa de una comunicación sin obstáculos en internet no le siguió una primavera de libertad, sino el largo invierno de la vigilancia total. Las democracias de Occidente lo asumieron con sorprendente rapidez. Aquellos que, por un lado, defendían la Ley Fundamental y alababan la libertad en los discursos dominicales, se alegraban al mismo tiempo de hacer uso de las nuevas posibilidades de vigilancia y control. Así, se produjo lo que la psicología social denomina *shifting baselines*: el desplazamiento gradual de una cosa hacia una dimensión completamente nueva en mil pasos pequeños y, por sí solos, apenas dignos de mención. De este modo, los alemanes se habían convertido en nazis, o habían pasado de un factor de protección solar de 3 a un factor de protección solar de 50. Así, aceptaron sus recortes de libertad sin demasiada resistencia y se alegraron por las muchas pequeñas bendiciones del mundo digital; desde el dispositivo de navegación en el coche hasta los coches autónomos; desde las cámaras que sirven para la prevención de la violencia hasta la ciudad inteligente con miles de sensores que ya no

pasan por alto ningún movimiento; y desde las guerras sin riesgo para los soldados hasta las misiones sistemáticas con drones por las que nadie tiene que dar la cara ni responder ante un tribunal.

Pero, ¿por qué no se defendió, al menos, la opinión pública alemana? Bueno, algunos ya habían refunfuñado. Sin embargo, quien se oponía a ciertas prácticas empresariales y de vigilancia era considerado inmediatamente un chiflado y un alarmista o, peor aún: ¡como un enemigo de la tecnología y el progreso! Pero no estaban en contra *de* la tecnología ni *del* progreso. Simplemente, no querían que se utilizaran *ciertas* técnicas y deseaban un progreso *diferente. Pero al progreso le gusta aparecer con la máscara de la no alternativa.* La retórica de los grupos de presión le confeccionó un traje con el que se presentaba ante nosotros con tanta claridad que ya no podíamos imaginarlo de otra manera.

Se podría haber recordado entonces, en 2018, la conquista del Nuevo Mundo por Hernán Cortés y Francisco Pizarro. La única razón por la que los conquistadores conquistaron el imperio azteca con setecientos hombres, o el estado inca con un grupo de ciento sesenta jugadores de cartas, fue porque nadie se tomó en serio el peligro. En cambio, las culturas indias creyeron que los invasores eran dioses de ultramar. Los conquistadores crearon discordia y contagiaron a los pueblos con nuevas ideas, anhelos y epidemias. Sin embargo, al principio podrían haber sido fácilmente repelidos. En 2018, vimos que gran parte de la economía y la política alemanas estaban en una situación similar, sólo que ellos no se veían así. Vieron la salud que tenía su clase media, la columna vertebral económica de Alemania. Veían que nuestro país tenía más patentes relevantes para el mercado mundial en relación con su población que los Estados Unidos. Se veían a sí mismos como líderes del mercado mundial en muchas cosas, como una civilización avanzada extremadamente capaz de defenderse. Pero sus

flechas se hicieron añicos contra los escudos de sus enemigos. Sus mortíferas balas los alcanzaron uno a uno.

También fueron mal aconsejados por sus sacerdotes y sus augures, los astutos surfistas del espíritu de la época, los oportunistas dóciles y los eternos vendedores ambulantes. Cómo se subían a los escenarios con zapatillas de colores, con gafas de color verde hoja en la calva, la sudadera informal sobre la suave panza, cómo despotricaban de las disrupciones digitales y de los *Future Labs* de Silicon Valley. Cuando vendían las recetas para los *Breaks of tomorrow* de sus estands, igual que los antiguos comerciantes vendían su hilo de coser; cuando deliraban sobre el futuro como si lo hubieran hecho ellos mismos. Algunos incluso creían que lo único que tenían que hacer era ponerse el uniforme de sus enemigos, desatar sus corbatas y dejar crecer sus barbas para que su magia se transfiriera a ellos y a sus antiguas compañías.

El optimismo no sólo puede motivar, sino que a veces también puede adormecer. Se convierte en una ideología cuando exige a la gente celebrar un desarrollo con el que no se sienten cómodos por razones comprensibles. Por ejemplo, porque amenaza con ser económicamente perjudicial, o porque promete una calidad de vida que se percibe como peor en lugar de mejor. Pero Silicon Valley había explicado que el *change* y el *invent* eran la ley de la naturaleza desde el principio. Al mismo tiempo, había mezclado la transformación con la inocencia infantil: «Esencialmente, he construido cosas que me gustaban», nos dijo Mark Zuckerberg, lo que, en cierto modo, sonaba como si hubiera redecorado su guardería. O: «No nos levantamos por la mañana con el objetivo de ganar dinero».[1] Qué bien que a nadie en Silicon Valley le importara. De este modo, el nuevo y hermoso mundo pudo ex-

1. Cit. de Morozov (2013), p. 9.

tenderse más y más, reinventando y remodelando todas nuestras vidas según sus propias reglas.

*

En el año 2040, las corporaciones globales mundiales de Silicon Valley recuerdan con cariño su imparable ascenso. En primer lugar, su infancia, los años noventa, la época del Salvaje Oeste, cuando internet era todavía la tierra común con muchos colonos dispersos; una gran promesa de libertad para todos, que prometía más democracia y participación. Pero, entonces, en torno al año 2000, llegaron los listos, los profesionales y los inteligentes. Apoyados por los especuladores, recuperaron la tierra de una manera nueva y la cultivaron de forma efectiva. Para ello, utilizaron protocolos cerrados, es decir, cercaron su propiedad con alambre de espino que no se podía cruzar desde el exterior. Dieron a sus hermosos terrenos nombres como Twitter, Instagram, Facebook, LinkedIn o WhatsApp y se compraron mutuamente. Sus productos, sin embargo, les fueron arrebatados de las manos, como ocurre cuando, como le pasó a Zuckerberg, construyes cosas que te gustan en la internet libre y luego las conviertes en una propiedad bien protegida. Entonces, en algún momento internet ya no era de todos, sino de unos pocos: de los GAFA, los chinos de BAT (Baidu, Alibaba y Tencent) y del enclave ruso con sus empresas Mail. Ru Group y Yandex.

Como nadie puede vivir sin amigos y aliados poderosos, los nuevos dueños de los datos estaban encantados de intercambiar en cualquier momento sus inimaginables tesoros con los servicios de inteligencia de sus países de origen. Un tal Sr. Snowden había estado hablando una vez de ello. En China, en cambio, ni siquiera

se molestaron en fingir lo contrario. Así, en la década de 2010, nació el plan digital para el ser humano mejorado. «Esto no ha ocurrido nunca en la historia de la humanidad, no existe en ningún lugar del planeta», decía entusiasmado el profesor de Pekín Zhang Zheng. Qué «excitante» establecer una «Oficina de la Honestidad» para distinguir a las personas buenas de las malas.[2] Desde el año 2020, en China los seres humanos han sido continuamente mejorados para que funcionen de manera impecable. El «Sistema de Confianza Social» simplemente recoge datos de todos los ciudadanos, mira si usan un paso de peatones o si honran a su padre y a su madre. O si, por el contrario, tienen un hijo de más, piratean películas en internet o si no limpian las cacas de su perro. Algunos son favorecidos por el Estado; otros desfavorecidos. Si la puntuación en la «Oficina de la Honestidad» de Rongcheng baja desde 1050 a menos de 600 puntos, entonces es que se ha jugado más o menos bien. Pero, como todo el mundo sabe, esto sólo ocurre en los casos más raros. En el año 2040, en China el fichero sobre pecadores lleva funcionando de forma impecable durante veinte años. El objetivo oficial del gobierno de «permitir que los dignos de confianza campen a sus anchas bajo el cielo, pero no permitir que los que rompen la confianza den ni un solo paso» se ha cumplido de forma ejemplar.

En otras partes del mundo, por supuesto, funciona de forma más sutil. La gente en Europa y en Estados Unidos ama su ilusión de libertad. Pero la realidad no es diferente. «Sabemos dónde estás. Sabemos dónde has estado. Sabemos, más o menos, lo que estás pensando», estas son las palabras del máximo responsable de Google, Eric Schmidt, que, todavía en el año 2011, causaron

2. http://www.sueddeutsche.de/politik/neuer-ueberwachungsstaat-chinas-digitaler-plan-fuer-den-besseren-menschen-1.3517017.

un poco de revuelo.[3] La otra frase también sonaba completamente a chino: «Si hay algo que no quieres que nadie sepa, tal vez no deberías hacerlo de todos modos».[4] Desde entonces, sin embargo, esas frases simplemente no se han repetido y acabaron por caer en el olvido. Sin embargo, esto no debe ocultar el hecho de que, ya en la década de 2010 en Estados Unidos, los algoritmos ya decidían la probabilidad de que un delincuente reincidiera y la cuantía de la condena. El conocimiento del pasado, almacenado matemáticamente, determinaba la configuración del futuro. Los individuos ya no eran vistos bajo el libre albedrío ni evaluados psicológicamente, sino que eran calculados y etiquetados. Aquéllos que una vez cometieron una falta que fue conocida por las autoridades no volvieron a conseguir trabajo en ningún sitio. Las compañías de seguros médicos empezaron a calcular sus tarifas de forma individualizada en función de los datos de nutrición y salud recopilados. Las empresas exigían información detallada sobre la presión arterial, la glucosa, el colesterol, los triglicéridos y el perímetro de la cintura, y luego calculaban los costes del seguro médico.

Lo que en la Europa de la década de 2010 seguía estando prohibido por razones de protección de datos, se sorteó de forma hábil en la década de 2020. Al final, pronto no hubo diferencias con los Estados Unidos. Se desarrolló una sociedad como la de la película *Demolition Man* de 1993: los actos violentos y los crímenes ya no existen, sólo los crímenes banales en las calles. Sin embargo, la gente también se asegura de no decir tacos, de no tener opiniones discrepantes o de no mostrar públicamente sus necesi-

3. Andreas Geldner: »Google. Zurück zu guten alten Zeiten«. En: stuttgarter-zeitung.de del 22 de enero de 2011.

4. Cit. de Christian Stöcker: »Google will die Weltherrschaft«. En: spiegel.de/netzwelt del 8 de diciembre de 2009.

dades sexuales. La fructífera y mala mezcla entre las empresas de internet y las agencias de inteligencia ha estandarizado el comportamiento. No sólo se mantuvo, sino que se intensificó, hasta el punto de llegar a la interacción personal, lo que ya se demostró en la década de 2010. Como compensación por la obtención de información, el Estado no tocó el modelo de negocio de financiar la prestación de servicios con el espionaje, el comercio de datos y la publicidad.

A lo largo de los años, la filosofía y los valores básicos de la sociedad han cambiado al mismo tiempo. En el siglo XX, los Estados liberales de Europa y EE.UU. todavía se referían a la Ilustración. Se invocaba el espíritu de Locke, Rousseau, Montesquieu y Kant. Se hacía hincapié en la libertad e igualdad de todas las personas y se hacía referencia a la declaración de los derechos humanos. El uso adecuado de la libertad se veía, con Kant, en el uso de la propia capacidad de juicio. En el avanzado siglo XXI ya no se puede hablar de esto, o sólo en los discursos dominicales. La autonomía se ha cambiado por la comodidad, la libertad por el confort y la deliberación por la felicidad. La visión ilustrada de la humanidad simplemente ya no tiene cabida en el nuevo y bello mundo digital de los sensores de vigilancia y las nubes digitales. ¿Para qué sirve el juicio cuando los algoritmos y sus dueños me conocen mejor que yo mismo? *La vida es un pasatiempo*. «Mayor de edad» ya no son mi razón, lo que llamamos mi voluntad y mi conocimiento de mí mismo. Mucho más madura, porque tiene más experiencia, es la suma de mi comportamiento, registrada en algoritmos, que me dice no sólo lo que he hecho y lo que soy, sino también lo que haré a continuación. En este mundo ya no hay lugar para la libertad en el sentido antiguo; como mucho, para la ilusión de libertad, que la gente necesita tanto como ver el campo de vez en cuando, hacer suficiente deporte y mucho reconocimiento.

La palabra mágica del siglo XXI no es «juicio» (*Urteilskraft*) sino «comportamiento». Para los filósofos de la Ilustración, las acciones de las personas eran una expresión de las decisiones de su voluntad. Pero, a principios del siglo XX, la situación cambió. El conductismo se puso de moda y con él una nueva visión de los organismos. Ya sea animal o humano, para un investigador como el psicólogo estadounidense John B. Watson cada organismo era una máquina de estímulos y reflejos. Un ser vivo siente su entorno y experimenta efectos estimulantes. De forma instintiva, evita lo que causa desagrado y persigue lo que desencadena placer. Ya sea la actuación explícita o el pensamiento implícito, ambos funcionan según el mismo esquema, a veces visible y otras no. Los seres vivos deciden cambiar su comportamiento según un mecanismo de estímulos y reflejos. Si este proceso se observa durante el tiempo suficiente, en cualquier momento se puede predecir con seguridad cualquier comportamiento.

Equiparar el comportamiento de los organismos con los sistemas técnicos era entonces sólo un pequeño paso. Lo hizo el matemático estadounidense Norbert Wiener. En 1943, después de analizar el comportamiento de los pilotos de caza en la Segunda Guerra Mundial fundó la cibernética: la ciencia del control y la regulación de las máquinas, de los organismos vivos y las organizaciones sociales. Porque, una vez analizado el comportamiento, puede controlarse de forma selectiva modificando el entorno. Wiener pensaba en cosas tan inofensivas como hacer prótesis que pudieran controlarse fácilmente. No pensó en convertir sus conocimientos cibernéticos en un modelo de negocio ni en manipular a las personas cambiando su entorno. Más tarde, soñó con una «automatización» que, como la de Oscar Wilde, sustituyera el trabajo humano aburrido y ayudara a la gente a seguir educándose, a probar cosas y a ampliar sus capacidades artísticas. El propio título de su libro, publicado en 1948, era programático: *The Human Use of Human Beings - Cybernetics and Society* (*El uso humano de los seres humanos. Cibernética y sociedad*). Las máquinas inteligentes deben utilizarse «en beneficio de los seres humanos, proporcionándoles más tiempo libre y ampliando sus horizontes intelectuales, pero menos para buscar beneficio o para adorar a la máquina como un nuevo becerro de oro».[5]

En las décadas siguientes, la cibernética se dividió en numerosas disciplinas, desde la investigación de la inteligencia artificial hasta la economía del comportamiento. Su última moda, el *nudging* (el cebo dirigido a las personas para promover un comportamiento deseado) le valió al economista estadounidense Richard Thaler el Premio Nobel en 2017. Su colega Cass Sunstein, equipado con estos conocimientos, se trasladó al Departamento de Información y Propaganda de la Casa Blanca en 2009.

Tanto si se programan máquinas como si se condiciona a las personas, es el mismo mecanismo el que determina y controla el comportamiento. Sin embargo, en el siglo XXI ya no es un tabú el sacar provecho del control cibernético. ¡Desde Google, Facebook y compañía es el modelo de negocio más rentable del mundo! El primer paso es vender los datos de las personas que utilizan un motor de búsqueda o una red social. Estos datos se unen en perfiles, se empaquetan y se ofrecen al mejor postor. En el segundo paso, los datos se analizan de forma que se pueda prever cuál será el siguiente comportamiento del usuario. A través de la selección de información o de las recomendaciones de compra, a veces hábilmente ocultas, se puede controlar al mismo tiempo este comportamiento. De este modo, se manipula el comportamiento de

5. https://en.wikipedia.org/wiki/The_Human_Use_of_Human_Beings (Traducción del autor).

manera que corresponda a los deseos de la empresa, de sus anunciantes o, en caso de duda, incluso de los servicios de inteligencia.

El hecho de que los hackers rusos manipularan casi con toda seguridad la campaña electoral de Estados Unidos en 2016 pudo ser un escándalo en su momento. Mientras tanto, todo el mundo sabe que todos los gobiernos, empresas, servicios y organizaciones imaginables influyen en las elecciones; simplemente porque es muy fácil. Las elecciones no son una excepción. ¡Qué irrelevantes son en comparación con la multimillonaria manipulación diaria de cada ser humano! Las redes sociales cambian constantemente el entorno en el que se producen los mecanismos de estímulo y reacción de los usuarios, y así manipulan las decisiones, los deseos, las preferencias y las intenciones. No, los valores de la Ilustración y su patética imagen del ser humano como «dueño de su propio juicio (*Urteilsvermögen*)» ya no existen en el año 2040. Ni es necesario para hacer feliz al individuo, ni es necesario para la post-democracia —esa exitosa forma de estado que, engañosamente, simula realmente la democracia, aunque los políticos elegidos ya no tienen ningún poder en ella—.

Sin embargo, la política al nivel de la cibernética del siglo XXI nunca se basaría en personas que se han convertido en parlamentarios. ¿Por qué dejar el futuro de la sociedad a los caprichos de la democracia en lugar de configurarla de forma eficiente? ¿Por qué dejarlo en manos de un pueblo cuando se puede dirigir y producir? La post-democracia de Rancière hace tiempo que es una realidad en el año 2040. La política es modelada y simulada, vendida por los medios de comunicación y decidida por los tecnócratas que están en segundo o primer plano. Las campañas electorales sirven de placebo, atienden a los sentimientos nostálgicos y ocultan los verdaderos equilibrios de poder. Incluso en la década de 2010, estaban tan escenificadas, tan estrechadas temáticamente

y tan planificadas que la vida real ya no tenía lugar en ellas. Los «duelos de cancilleres» entre candidatos con exactamente la misma falta de conceptos eran enfrentamientos deportivos al nivel de la prensa amarilla. Lo que el sociólogo británico Colin Crouch observó ya en 2004 —la evaluación cada vez más negativa de las instituciones públicas y estatales— condujo, en última instancia, a su completo derrocamiento. Lo que vale para la economía también lo es para la política: el verdadero poder es invisible porque está en la parte de atrás del espejo.

*

Veamos con más detalle el año 2040. Los que prometieron hacer del mundo un lugar mejor en 2018 se han hecho con casi todo el poder. El lema de Eric Schmidt «To connect the world is to free the world» parece puro cinismo. Pocas personas dicen a los ordenadores lo que tienen que hacer. Muchos hacen lo que los ordenadores les dicen que hagan. Y aún más, no trabajan en nada. Un gran número de actividades que antes requerían habilidades ya no tienen que ser realizadas por las personas. El resultado es una regresión sin precedentes desde el punto de vista histórico de las habilidades manuales, de la capacidad de orientación y de la educación. La gente ha olvidado cómo conducir un coche, cómo leer mapas, cómo orientarse en el mundo por sí misma. Ya no tienen que recordar nada porque los dispositivos electrónicos nos lo recuerdan todo, y cada vez almacenan menos conocimientos sobre el mundo porque los dispositivos lo hacen por nosotros. La mayoría de las personas han vuelto a convertirse en niños, a su conocimiento del mundo, su dependencia de los cuidados (tecnológicos) y a su falta de valor para salir de casa sin un dispositivo

de asistencia (o pronto un chip en la cabeza). Se comunican mediante pictogramas de la edad de piedra y dividen el mundo de forma infantil en me gusta y no me gusta.

Así, libre de su capacidad de juzgar (*Urteilskraft*), es fácil obtener su dinero. Desde finales de la década de 2010, nadie prescinde de su precio digital. Todos los precios, tanto *online* como en las tiendas, ya no son fiables, sino que depende de quién compra, cuándo compra y cuántos compran. Así es como se puede desplumar al cliente de forma óptima. Las máquinas inteligentes trabajan con miles de factores para ajustar los precios a los consumidores para que siempre salgan perdiendo. Mientras, la gente que maneja los precios durante toda la vida, y todos los días, trata de no ser estafada, los demás salen perjudicados. Los clientes de larga duración de las aseguradoras, los *smartphones* o las ofertas de los medios de comunicación de pago son castigados por ello. La lealtad al cliente se ha convertido en traición. Pero aquí también surte efecto el principio del *shifting baselines*. Todo esto sucede tan a menudo y tan a diario en pequeños pasos que en algún momento ya acaba por no molestar a nadie. La amoralidad de ayer es la normalidad de mañana.

En 2040, todo esto ya no molesta a nadie. La gente lleva chips en su ropa que indican al fabricante dónde se encuentran. Desde ese momento, quien compra algo en algún lugar está en su punto de mira. Los algoritmos lo determinan todo. Para cada ámbito de la vida hay mercancías y promesas de felicidad. Nuestras huellas en la red nos dicen quiénes somos. En este mundo, nuestra identidad en la red se considera más objetiva y, por tanto, más real que lo que consideramos que somos. Nuestra vida no consiste en lo que somos, sino en el diseño, una interfaz de usuario adaptada a nuestras necesidades calculadas. En ninguna parte se nos opone una resistencia. Nuestro entorno es inteligente como en el país de

Jauja. Las cosas obedecen a nuestra palabra y vienen a nosotros por tierra y por el aire incluso antes de que las hayamos llamado. No sólo nuestras ciudades son inteligentes, sino también nuestros hogares; todo funciona con un chasquido de dedos. La ausencia de crimen y de peligro nos hace tan libres que podríamos quitar la puerta de casa igual que los habitantes de la isla de *Utopía* de Tomás Moro. Qué maravillosa es la libertad en la falta de libertad; no hay vida falsa dentro de la matriz correcta.

Los únicos que se ven abrumados por esto son los ancianos, que conocieron otra época y sufren en el súper o en el gigamercado el hecho de que ya nadie les habla, porque no hay nadie más que el robot de ojos saltones que parece una aspiradora. O que ya no pueden recordar los miles de números, códigos de acceso y contraseñas, ni siquiera los de las aplicaciones que se supone que les deberían ayudar. Los niños nacidos en 2018, sin embargo, no tienen ningún problema con esto. Se han acostumbrado a recordar contraseñas y códigos en lugar de todo lo demás.

Sin embargo, a medida que se hagan viejos, no tendrán un mundo al que mirar, sólo ocupaciones y juegos. Es cierto que en 2018 sus padres todavía habrían podido reconocer el valor de un «mundo», de una vida que se ha ido forjando por ensayo y error a través de buenas y malas experiencias. Cuanto más viejo te haces, normalmente te vuelves más consciente de los cimientos emocionales, creativos y morales de tu propia infancia. Pero en la década de 2010, estos mismos padres tomaron la precaución de evitar a sus propios hijos casi todas las malas experiencias y les dejaron sumergirse en supermundos tecnológicos en los que podían transitar completamente sin el riesgo de sus propias experiencias y que no habían participado en su diseño. Así, con cada nota de flauta correctamente tocada, presentían y tuiteaban que allí había un gran talento, pero, al mismo tiempo, veían cómo la destreza de

sus pequeños se reducía a teclear y pasar el dedo por una pantalla. Eran absolutamente conscientes de que el tiempo que los niños pasan con los *smartphones* y las tabletas es tiempo que no utilizan en otras cosas. La vida no construye nada para lo que no consiga los ladrillos en otra parte. Pero aún más importante para ellos que los nobles ideales de la educación eran la paz doméstica y los niños que no daban la lata ni se ponían de los nervios porque estaban entretenidos con una pantalla.

En 2040, la generación que estaba al principio de la veintena se ha convertido, en gran medida, en lo que los estudios de mercado ya habían definido en el momento de su nacimiento como el carácter de su grupo objetivo. No son personas ni ciudadanos, sino clientes, usuarios o consumidores, y como tales son egoístas, impacientes y perezosos. En este sentido, la omnipresente publicidad les ha engatusado y les ha apelado desde su nacimiento, con un coste de miles de millones, para que obtengan ventajas sobre los demás, para que sientan envidia y para que esperen todo de forma inmediata y no tengan que esforzarse por nada.

Dado que estos niños difícilmente podrán encontrar más adelante con alguna pareja la infinita dosis de amor que les dieron sus padres, se convierten en nómadas que buscan la felicidad sin descanso, porque les resulta cada vez más difícil tolerar el estado intermedio entre los acontecimientos placenteros. La necesidad diaria de lo extraordinario es enorme. La película de sus vidas tiene que ser corta, llena de sorpresas, sin pausa y con puntos culminantes, pero, al mismo tiempo, sin riesgo. En todo buscan el beneficio óptimo, la experiencia definitiva al menor precio en términos de esfuerzo y dinero. Sus vidas se han sometido a la *dictadura del para*. Todo lo que uno hace tiene un propósito, principalmente el de divertirse. El anhelo vale el *Elysium*, como en la película estadounidense del mismo nombre de 2013, en donde

los privilegiados celebran sus hermosas y coloridas vidas mientras que la tierra, arruinada y superpoblada, se va al garete. Sin embargo, como el verdadero *Elysium* sigue reservado a unos pocos y la permanencia en este mundo de especuladores es hereditaria, los gobernantes divierten a todos los demás con millones de productos de la industria del sentido y del sinsentido. Los límites entre la realidad y la ficción se vuelven tan borrosos en la vida cotidiana que ya no se plantea la pregunta.

De este modo, el mundo de horror de las megaciudades en los países en vías de desarrollo puede soportarse tanto como el estado desastroso del planeta, que es tan válido para los gobernantes en 2040 como en 2018. Ninguna superpotencia digital se ha hecho cargo de estos problemas, sino, en su lugar, sólo ha cubierto de nuevo la podredumbre y el moho del mundo con nuevas capas de pintura. La sociedad ficcionalizada hace que la miseria, la pobreza y las catástrofes medioambientales aparezcan mezcladas con el resto de noticias; un deslizamiento de tierras vuelve a ser colorido y divertido. Los cientos de miles de muertos que son fusilados cada año en las fronteras del mundo privilegiado, porque ellos también hacen presión para que se consiga el nirvana digital básico, son bien conocidos, pero aparecen en la conciencia moral tan poco como, por ejemplo, los horrores de la cría industrial de animales en el año 2018; no es agradable, pero probablemente no hay otra manera.

Nuestra propia edad también está siendo suprimida. La posibilidad de llegar físicamente intacto a los cien años es grande en el año 2040. La salud de las personas está permanentemente vigilada, los datos se recogen y se evalúan a cada segundo. No en vano, las compañías de seguros médicos insisten en ello. La ingeniería genética y la medicina reproductiva hacen verdaderas maravillas. Lo único que no se puede erradicar es la demencia, tal vez porque

la investigación sobre ella vale menos para la sociedad en 2040 que los millones de operaciones estéticas estandarizadas. Los que han llegado al Elysium o, mejor aún, han nacido en él, son atendidos por personas de edad avanzada. Son cuidadores y cuidadoras inteligentes y guapos, tan pulcros como los de los anuncios de pasta de dientes. A quien no forma parte de ello los cuida un simpático robot de brazos fuertes y tacto suave. Todo está bien, ya que la brújula interior que distingue entre lo orgánico y lo inorgánico hace tiempo que se ha apagado, al igual que el sentimiento de la propia condición física. Lo único que sabe cómo me siento es la máquina. Es mi ego ampliado, mi maestro y guardián. Nos ayuda a salir de toda la miseria que nos ha afligido en el presente.

Al igual que la gente del año 2040 ha perdido el sentimiento por su cuerpo, aunque tal vez nunca lo tuvieron, también ha abandonado el instinto por lo biológico en general. *Las personas del futuro se sienten más relacionadas con los ordenadores que con los demás animales.* Se ha perdido nuestro sentido de la interconexión con la naturaleza. Los mundos en los que viven las personas en el 2040 ya no tienen nada que ver con la experiencia directa de la naturaleza. Lo que encontramos viene de manos humanas o de máquinas, es el mundo cultural o el tecnológico, y estos también se han fusionado y ya no se puede distinguir entre ellos. Todo lo que vemos refleja al ser humano. Este mundo no tiene trascendencia, porque cuanto mayor es el dominio de la naturaleza por parte del ser humano a través de la tecnología, más desalmado le parece lo dominado.

Sólo los artefactos de la tecnología, escenificados en los salones de los templos del consumo, iluminados como si fueran joyas preciosas, y celebrados como objetos de culto, despiertan el asombro. El miedo de Wiener al becerro de oro se confirma ya en las *Apple Stores* de principios del siglo XXI. En la celebración

855771

de sus logros técnicos, el ser humano se entrega a un narcisismo colectivo. Ya no quedan valores que no hayamos creado nosotros mismos. La naturaleza se ha devaluado, se ha hecho demasiado poco espectacular, y para nuestros hijos no es más que una decepción de lentitud y de dimensiones previsibles. La realidad no resiste la simulación. Dimensiones emocionales como «hogar», «naturaleza» «originalidad», «autenticidad», «seguridad», etc., están desapareciendo. En algún momento, ya nadie sabrá lo que era, y que ha desaparecido. *El ser humano del año 2040 vive en un desamparo digital.* ¡Quien se siente como en casa allí donde está con sus bits y con sus bytes no está en casa en ninguna parte!

Los psicotopos, las grandes oficinas sin jerarquías de Silicon Valley, con sus escritorios creativos recortados con formas redondas, los estudios de fitness y los invernaderos de cristal que, supuestamente, hacen agradable el recinto de inmersión para los *geeks,* no ocultan este hecho; un mundo tan natural como si Mallorca estuviera en el Nilo de Hawai, y que ahora han copiado todas las empresas del mundo. Los mundos de la vida de sus habitantes son pobres en experiencias y están llenos sólo de imágenes transmitidas por los medios de comunicación. ¿Cómo se explica si no que aquí nadie busque una respuesta al hambre, a la injusticia en el mundo, a la migración, al expolio del planeta? El mundo de los *geeks* parece ajeno a todo esto, y, en cambio, contribuye tranquilamente a magnificar los problemas reales del mundo mientras piensa en soluciones a problemas que nunca fueron tales. Pensemos en las gafas 3D desarrolladas por un fabricante de Asia oriental a finales de la década de 2010, que mostraban a todos los pasajeros de un vuelo de Lufthansa una película tan estupendamente ideal de su destino de vacaciones que la realidad del país sólo podía ser una decepción. La realidad ya no cumple lo que prometen las imágenes que tenemos en nuestra cabeza. O

CENTRAL
U.A.N.M.

aquellos pasajeros que podían mirar a través del suelo del avión de la misma compañía, con sus máscaras de Darth Vader, hasta que les entraron tantas náuseas de ver toda la pobreza que había bajo sus pies que dejaron de usarlas. Quienquiera que haya desarrollado algo así ya lo estaba revelando mucho antes del 2040: ¡El instinto para la realidad se ha apagado! Y en lugar de escuchar las preocupaciones y necesidades del mundo, soñaron con fusionar completamente a los humanos con las máquinas. O mejor aún, crear a los superhumanos...

*

¿Es que el superhumano ya no necesita agua potable, bosques tropicales, ni vida en los océanos? ¿Puede lidiar con cualquier clima de la Tierra? ¿Ya no necesita alimentarse de lo que produce la tierra? Qué raro que el vicepresidente de Google, Sebastian Thrun, no le diera la más mínima importancia en 2016 cuando hablaba apasionadamente del «superhumano». «La inteligencia artificial nos permitirá ir más allá de lo que hemos podido hacer hasta ahora, de los límites biológicos naturales de nuestros sentidos y capacidades. Nos acordaremos de todo, conoceremos a todo el mundo, podremos crear cosas que ahora nos parecen completamente imposibles o incluso impensables».[6] Es extraño que nadie sonriera en aquel momento porque el objetivo de recordarlo todo y de conocer a todo el mundo era muy idiota, y que el entrevistador no tuviera que taparse la boca de la risa cuando Thrun respondió a la pregunta «¿A qué te dedicas realmente cuando sales del trabajo y llegas a casa por la noche? ¿Cómo desconectas?» y

6. https://t3n.de/magazin/udacity-gruender-superhirn-sebastian-thrun-ueber-bildung-241204/

respondió: «No hay ningún interruptor. Mi familia y yo nos esforzamos por hacer del mundo un lugar mejor».

¿El mundo de Thrun nos hace más felices o nos vuelve locos? ¿Debemos esforzarnos, como él y sus amigos, por vencer a la muerte mientras la población mundial aumenta rápidamente y los recursos vitales del planeta disminuyen? El ser humano ha perdido el instinto de continuar familiarizándose como mamífero en su naturaleza y adaptarse a ella. Desde el inicio de la economía capitalista, ha tratado a su entorno como un virus que infecta a su huésped, lo explota, lo destruye y luego sigue adelante hasta que ya no puede encontrar un entorno adecuado.

El año 2040 sigue determinado por este modo de vida destructivo. Además, la fantasía infantil de los seres humanos como un superhombre tecnoide no ha terminado. Todo lo contrario: ¡el culto a lo inhumano incluso ha aumentado! La tecnología es la religión, y ya en 2060, tal y como prometen sus sumos sacerdotes en el año 2040, los muertos serán almacenados digitalmente en una matriz. El cerebro: ¡conservado digitalmente! La promesa es la reencarnación en la tecnoesfera. Todo esto lo predijo ya en la década de 2010 el jefe del departamento de desarrollo técnico de Google, un hombre con el caprichoso nombre de Raymond Kurzweil.[7] Lo que no vio fue que ya no había espacio para la inmortalidad en la tierra. Porque mientras seguíamos trabajando para ser inmortales en 2040, simultáneamente estábamos acabando con la humanidad mediante el consumo de la energía y de los recursos.

Los seres humanos nunca iban a saber si un día, casi de forma natural, y tal y como predijeron los augures de la tecnología, llegaría la era de la «singularidad», la era de la inteligencia artificial que acabaría con el Antropoceno. Mucho antes de que una inte-

7. En alemán, «Kurzweil» significa «pasatiempo», «entretenimiento». [N.d.T.].

ligencia sobrehumana pudiera anunciar el fin de la humanidad, el planeta Tierra se había vuelto inhabitable. Así que, al menos, esta preocupación, el miedo a la quinta revolución industrial, fue en vano. La batalla del ser humano contra la máquina, prefigurada en la película de Stanley Kubrick *2001: Odisea en el espacio*, ya no tuvo lugar. Finalmente, tampoco se planteó el problema de cómo se podría dotar a la inteligencia artificial de una buena moral humana, que iba a ocupar al «transhumanista» Nick Bostrom durante el resto de su vida. ¡Debería haber hecho la pregunta sobre la sociedad de los humanos! En 2070, los humanos se aniquilaron a sí mismos sin la autoridad de los malvados súper robots, al seguir construyendo su inteligencia artificial sin utilizar su inteligencia natural para resolver sus verdaderos problemas. Sin embargo, los superordenadores, los servidores gigantes y los robots casi omnipotentes se quedaron en la tierra sin terminar, igual que las banderas, los vehículos, las sondas y los satélites de los astronautas se quedaron en el eterno silencio de la luna. Pero en la tierra, el tiempo se los come, el óxido los roe durante millones de años. ¿Qué quedará de ellos? ¡Sólo lo que arrasa con ellos, el viento!

Lo pasado nunca está muerto

La retropía

Las sociedades necesitan su historia. Le da su profundidad al relieve de nuestras vidas. Es su espacio de resonancia. Lo que ha sido sólo puede reconocerse como lo que es conociendo lo que ha llegado a ser. Los seres humanos son habitantes de tres periodos de tiempo: el pasado, el presente y el futuro. En este sentido, el pasado nunca está muerto, sí, ni siquiera es pasado, al menos mientras esté presente en la mente de las personas. El futuro nunca es una promesa en sí misma, sino que siempre está sólo en el horizonte de un presente cuyas preocupaciones alivia.

Los problemas y las necesidades de la vida humana no siguen el esquema de problema y solución. Casi todo lo que vale y es importante para nosotros en la vida no es ni un problema ni la solución al mismo. Nuestras contradicciones e idiosincrasias, nuestras experiencias no procesadas, nuestros recuerdos resplandecientes, nuestras pasiones, nuestros éxitos y fracasos no desaparecen porque alguien ofrezca soluciones para ellos. No se abre ningún futuro que no esté empapado del pasado que hemos llegado a amar y que hemos sufrido, del que nos hemos desembarazado y que hemos arrastrado con nosotros. Las personas aman lo que son, a menudo más de lo que se conocen a sí mismos. Valoran sus experiencias precisamente porque son *sus* experiencias. Porque qué somos en la vejez sino nuestra propia historia.

No es de extrañar que la gente rara vez aprecie los sobresaltos y las perturbaciones —más bien, las *disrupciones*— o sólo cuando espera obtener beneficios inmediatos de ellas. Normalmente, en

cambio, les gusta mucho sentir en el espacio y el tiempo la tierra firme de las tradiciones, el saber popular, lo familiar y lo continuable. El hecho de que las dimensiones se estén desplazando actualmente con rapidez —millones de personas que se agolpan en las fronteras de Europa o de Estados Unidos provenientes de otros continentes, unido a una enorme aceleración del tiempo: todo esto está destruyendo todo lo que era válido ayer— crea un temor que no es simplemente irracional. Muchos miedos humanos pueden no ser racionales en el sentido literal de la palabra, sino, más bien, emocionales, pero son perfectamente razonables. Los miedos han garantizado la supervivencia humana desde el principio de nuestra especie. Un techo sobre la cabeza, un terreno manejable y procesos vitales que puedo interpretar y comprender son biológicamente importantes y, por tanto, también psicológicamente. En un sistema económico que está eliminando las fronteras en todo el espacio de nuestro planeta, desarraigando las culturas a gran velocidad, sustituyendo la tradición por lo nuevo, dividiendo las sociedades planas en ricos y pobres, y creando necesidades y carencias por doquier, esos hogares para el alma son irrelevantes. Un cambio similar está teniendo lugar con nuestra forma de experimentar el tiempo. Nuestra economía ha convertido el cambio, la aceleración y la transformación en una religión. Declara convertirse en una secta a expensas del ser. De este modo, se amenaza constantemente con su propio pasado. Lo ancestral es desprestigiado porque es viejo.

Las coordenadas de tiempo y espacio en las que todavía se vivía en el siglo XX se están disolviendo. Las experiencias que la gente de esa época comparte con los demás, sus puntos en común, se están convirtiendo rápidamente en el pasado y en lo descartado. Los propagandistas de la digitalización, tal como los hemos conocido hasta ahora, no se preguntan si lo que promueven es *bueno y correcto*, ni si es compatible con nuestros valores. La cuestión es si lo estamos hacemos *a tiempo* para no perder la conexión. *La cuestión moral se ha convertido en una cuestión de tiempo*. No son el juicio, la evaluación y la aprobación los que determinan la sociedad del futuro, sino las *circunstancias*. En este sentido, la aceleración elimina la moralidad: primero la digitalización y después el pensamiento.

Sin embargo, cualquiera que transmita que ya no considera que el pasado y el presente sean sostenibles, al menos no de forma continuada, no debería sorprenderse por una oleada de recelos. En 2018, los alemanes todavía no viven en la rigidez distópica de la tolerancia de 2040. ¿Se les puede culpar a los más veteranos por sentarse en el público de los foros empresariales también en el año 2018, aun cuando ya han visto muchas cosas y ya no quieren escuchar el optimismo profesional de los gurús de la tecnología, cuando los pensamientos vagan hacia un tiempo bueno, cuando los gerentes todavía sabían alemán y las cosas eran buenas porque habían demostrado su validez, cuando padres e hijos aún veían la misma televisión mala y se hablaban en la mesa, en donde los hombres eran hombres y no chicos con gorros de lana y piernas suaves? Sienten que los técnicos nunca han entendido al ser humano y que a los especuladores financieros les da igual. Entonces, ¿por qué hay que dejarles el futuro precisamente a ellos?

Lo sienten, pero rara vez encuentran las palabras adecuadas. Son silenciosos y cautelosos en sus críticas. Saben que su malestar es algo que nadie quiere. ¿Y quieren ser relegados a la chatarra para ser etiquetados como carrozas? Sí, sí, la gente siempre ha tenido miedo a las transformaciones radicales; la gente que odiaba las máquinas a principios del siglo XIX no reconocieron los signos de los tiempos y le hablaban al káiser Wilhelm II desde encima de un caballo. ¿Y, al final, no hizo a (casi) todos más libres, más sanos y más ricos? Si el progreso es demasiado fuerte para ti, es que eres

demasiado débil. La lógica de *Fisherman's Friend* sigue silenciando a todos los que son escépticos sobre el futuro de la economía y que tienen buenas intenciones.

De este modo, se quedan sólo con sus preocupaciones. Lo que antes era correcto y sensato ya no lo es. Su trabajo le obliga a acompañar algo que no supervisa, que no puede prever, y en el que sus emociones se interponen. Sus conocimientos y habilidades de ayer no valen nada en la era digital. ¿Qué debe transmitir a sus hijos? Su sabiduría y sus hábitos de pensamiento, sus conocimientos técnicos, sus costumbres y tradiciones están tan pasados de moda como los muebles. Lo que fue la casa de sus abuelos durante toda la vida está cambiando cada década. ¿Alguien necesita todavía sus libros? Sus hijos ni siquiera tienen estantes. Nunca podrá decirles: «¡Haz lo que yo hago!».

Pero los pensamientos, los sentimientos y los intereses de la gente ya no parecen importar. Para el sofisticado conservador irlandés Edmund Burke, escritor y político del siglo XVIII, eran el único asidero firme de la autoridad. No son las leyes, las sentencias en papel firmadas, las que determinan que una sociedad se mantenga unida, florezca y se desarrolle, sino sus «coincidencias, semejanzas y simpatías mutuas». Sus «costumbres, modales y hábitos de vida» proporcionan el cemento social; «compromisos que se han sellado con el corazón».[1] Sin embargo, es evidente que a las grandes corporaciones digitales les importa muy poco la máxima de basar el poder en las costumbres y tradiciones en el ejercicio de su nueva dominación mundial. La revolución digital no sólo es un ataque contra el mercado laboral y la convivencia, sino también contra la estética de los pueblos. La moda y

1. Robert Brendan McDowell y William B. Todd (eds.): *The Writings and Speeches of Edmund Burke*, Oxford University Press 1991, vol. 9, p. 247.

el idioma se están estandarizando a partes iguales, y el alemán se está convirtiendo en el alemanés.[2] Incluso, la creatividad se está normalizando una vez que se ha acotado a las oficinas abiertas y a los *future labs*. La ganancia en modales, distinción y estilo, en características regionales y nuevas tradiciones está menos a la vista. Dondequiera que se extienda la civilización digital, las empresas digitales no se adaptan a la cultura de ningún lugar. Al contrario: su uniforme de civilización, con capucha y zapatillas de deporte, es muy invasivo. Para las «costumbres, modales y hábitos de vida» de Burke, no es suficiente el uso de los *smartphones* por parte de alemanes, kirguís, masáis y guerreros del Estado islámico. ¡Los *smartphones* no crean ninguna comunidad de valores!

Si se quiere hacer del mundo un lugar mejor a partir de esta actitud se hace prescindiendo de las peculiaridades inabarcables e insondables de la vida y la convivencia humanas. Además, sobreestima considerablemente el potencial humano para el cambio y la necesidad de cambio, igual que los terroristas de la virtud de la Revolución francesa o los «inventores» del «hombre nuevo» en el estalinismo y el maoísmo. En lugar de una paz de la humanidad, crearon malestar, desarraigo, envidia y odio. El poder debe basarse en el *consentimiento*, no en ideales transfigurados culturalmente, ya sea la virtud, la justicia absoluta, la igualdad total o la fantasía de salvación de una tecnología kitsch. Cualquiera que utilice el motor de búsqueda de Google, o pase el rato en Facebook o Instagram, y escriba mensajes de WhatsApp sólo ha dado su consentimiento consciente a un servicio, no a una reclamación global de poder por parte de corporaciones digitales impenetrables. Muchas personas tienen la sensación de que lo que ocurre actualmente en los países

2. «Denglisch», que es una mezcla entre «Deutsch» y «Englisch», es decir, inglés y alemán. [N.d.T.].

occidentales no se basa en el consentimiento, a pesar de las elecciones libres. En ninguna parte se votó sobre cuestiones sobre la globalización o la unificación de la civilización. Pero, al menos, sus consecuencias se están convirtiendo en un problema; en particular, el hecho de que los flujos de personas siempre siguen a los flujos de capital, al menos cuando tienen la oportunidad de hacerlo.

En toda Europa se discute ahora sobre la globalización, sobre todo en función de esta consecuencia tan visible. Los chicos de color, dispersados por el viento de la tormenta, los buscadores de fortuna con bolsas de plástico, pañuelos en la cabeza y chaquetas de cuero de imitación, que traen consigo sus experiencias desagradables y sus sueños incumplidos, no son la *causa* de nada, sino la *consecuencia* de nuestra economía, son la *consecuencia* de la desigualdad de oportunidades y recursos. Sin embargo, es precisamente en ellos donde los ánimos están más caldeados, donde el malestar social de nuestro tiempo encuentra su válvula de escape. En Alemania, al igual que en otros países europeos o entre los votantes de Trump, muchos sueñan con el aislamiento para no tener que compartir su matriz de bienestar. Pero, ¿realmente creen que conseguiremos una globalización de lujo, que conseguiremos sólo el lado soleado y no las sombras? ¿Europa como un país de jauja digital? ¿Un oasis cultural y de protección de los monumentos para los usuarios y consumidores anticuados que se han sometido a alguna cirugía plástica? ¿Una zona de recreo mundial para los ricos, preservada por la conservación de la naturaleza y que ha producido muchas flores nuevas gracias al cambio climático? ¿Un lugar lleno de productos de todo tipo procedentes de las cadenas de montaje de China y Bangladesh, vendidos como diversión infinita de la producción de sentido y sin sentido?

Sin embargo, el anhelo de un ayer mejor, de una salvación en el pasado, está en todas partes. En Alemania, todavía hay más

gente apegada a esa retropía que la que se rebela contra una probable distopía digital. Los refugiados que viven en la calle son más visibles, más ruidosos y, para muchos, más molestos que los algoritmos. Pero, a diferencia de la distopía, la retropía no se puede representar. En su miedo, en su cansancio, en su inseguridad, en su agresividad y en su odio, la gente grita en los mercados alemanes y en las bodegas de cerveza: «¡Alemania!». Pero, ¿qué es Alemania y a qué Alemania quieren volver? ¿Dónde empieza su liquidación? ¿Son las pizzerías tan poco alemanas como el sushi o el döner? ¿El *smartphone* es alemán? ¿Son las descargas y subidas de información a internet actividades esencialmente alemanas? ¿Qué era Alemania antiguamente? ¿La tierra de los horarios de cierre tempranos, la tierra de la gente que todavía iba a la iglesia por sentido del deber, y donde incluso a los estudiantes se les trataba de usted? Un país cuya gastronomía consistía en gran parte en *Strammem Max*[3] y en *Zigeunerschnitzel;*[4] cuyas canciones tradicionales estaban dominadas por extranjeros tolerados como Vico Torriani y Caterina Valente, antes de que se rompieran todas las presas en los años setenta con migrantes de la canción como Roberto Blanco, Vicky Leandros, Demis Roussos o Bata Illic. ¿Qué es lo que sigue siendo alemán hoy en día? ¿Las señales azules en las autopistas? ¿La tipografía gótica? ¿El chucrut?

La AFD (Alternativa para Alemania) invoca en los mercados la historia milenaria de Alemania. Eso, a pesar de las siniestras reminiscencias, no es malo. Pero si esa historia puede estar llegando a su fin en el siglo XXI, no es simplemente por los refugiados. Alemania

3. El «Strammen Max» es un plato con pan elaborado con una mezcla de harinas de centeno y de trigo, jamón y huevo frito. [N.d.T.].

4. «Zigeunerschnitzel». Plato muy popular en Alemania que consiste en un filete de cerdo o ternera en una salsa con tomate, cebolla y tiras de pimiento rojo. [N.d.T].

se está deshaciendo rápidamente de sí misma mediante la globalización de las mercancías y los servicios. El alemán medio pasa más tiempo al día en la *global village* que en esa entidad a la que el mapa del tiempo le da una forma y el fútbol un sentimiento. Celebra la Navidad comprando en cadenas de tiendas globales que no tienen alma, ya sea en las calles de Disneylandia o en internet.

La Alemania de derechas, en cambio, es una fantasía de la cerveza, un país que no se puede imaginar y que no existe. De hecho, hace tiempo que vivimos en una cultura universal en la que realmente no importa si un sirio o un alemán maneja un juguete digital inventado en Estados Unidos, comercializado en Corea, ensamblado por niños chinos y armado con piezas que se han producido con tierras raras extraídas del suelo por un peón hambriento en el Congo.

Los alemanes le han tomado el gusto a todo esto, o al menos lo han aceptado como una ley natural de la economía. Nuestra idea de Alemania —una nación étnica, un territorio nacional seguro, un espacio económico cerrado—, se remonta en cambio al siglo XIX. En el mundo de las pantallas del siglo XXI, esta imagen ha perdido sus contornos. El mercado lo nivela todo, el dinero no conoce patria ni lengua materna. No se trata de un fracaso político, sino del curso de la historia del mundo, impulsado por la imparable máquina de vapor y por la máquina de prosperidad de la economía. Nada sería más alemán en Alemania si la AFD estuviera en la cancillería. El hecho de que nuestros hijos vuelvan a casarse antes y a construir pequeños lugares idílicos no cambiará nada. El idilio alemán seguirá sirviendo durante mucho tiempo de refugio para el alma, con un toque sutil de Bullerbyn[5] sueco.

5. Referencia a la obra «Los niños de Bullerbyn» de la autora sueca Astrid Lindgren. [N.d.T.].

Pero sólo será un sentimiento dentro de mundo.com, que lo abarca todo, pero de ninguna manera algo que pueda reclamar su propia identidad.

Hace más de veinte años, el politólogo estadounidense Benjamin Barber publicó su libro *Jihad vs McWorld* (*Coca-Cola y Guerra Santa*). Era la historia de la civilización unitaria capitalista *Mcworld*, que siempre está en constante avance, y de sus enemigos, los tribalistas de todo tipo; en pocas palabras, la Jihad. Barber fue lo suficientemente inteligente como para no identificar esta Jihad con «la cultura árabe», tal y como hizo el ideólogo Samuel Huntington un año después cuando habló del *choque de civilizaciones*. Para Barber, la lucha no era entre Occidente y los árabes, sino entre la incruenta economía del beneficio y la sangrienta política de quienes temen por su identidad en muchas partes del mundo. Pero mientras Huntington veía la libertad de Occidente en lucha contra la falta de libertad de Oriente, para Barber tanto el *McWorld* como la Jihad amenazaban por igual la libertad burguesa. El primero, despreciándola globalmente; la segunda, absolutizando sin miramientos su identidad.

En estos tiempos del TTIP (Asociación Transatlántica para el Comercio y la Inversión) y la NSA (Agencia de Seguridad Nacional), por un lado, y del Estado Islámico, por otro, el análisis de Barber parece profético y de sorprendente actualidad. Los ciudadanos se han convertido en consumidores y usuarios, y el extremismo islamista florece en el mundo árabe con más fuerza que nunca. Hoy en día, la expresión *McWorld* parece simplemente simpática de una forma aceptable. Cualquiera que describa la matriz económica mundial hoy en día no piensa en una corporación de comida rápida que da bandazos, sino en la todopoderosa industria digital que Barber difícilmente podría haber previsto. La civilización uniforme de la explotación de nuestro tiempo se des-

cribe mejor como *world.com*. Es la rueda que da forma y cambia nuestro mundo, y convierte a todos los que luchan por su tribu en figurantes, ya sea el Estado Islámico, el Front National, Esquerra Republicana de Catalunya o Pegida. El tribalismo árabe, francés, catalán o sajón son fenómenos sangrientos, ruidosos o estrafalarios de nuestro tiempo; no detendrán el curso de la historia mundial. Actualmente, los que van ganando son los que creen en la mano invisible del mercado y no en otros poderes invisibles como Dios, la gloria y la patria.

En su anhelo por la patria, por los valores tradicionales, por los lazos religiosos, la identidad cultural y la creencia en la autoridad, los nacionalistas conservadores y los fundamentalistas islamistas están sorprendentemente unidos. Ambos desconfían del extraño, ambos creen que pertenecen a aquellas personas valientes y honestas que están en un entorno hostil, y ambos se sienten aplastados, no apreciados e incomprendidos por el libertinaje *mainstream*. Unidos en el rechazo mutuo, le dan en nuestro tiempo un rostro a lo conservador, acompañado de la añoranza de un tiempo más dichoso en el pasado. Porque, probablemente, todo era mejor en tiempos pasados —si no ya los tiempos pasados, al menos todo lo pasado habría sido mejor.

Sin embargo, no se trata del recurso infinito de lo conservador. Se trata de que hay que tomarse en serio el reflejo conservador de rechazo de nuestra época, porque, en realidad, están en juego valores que significan algo para muchas personas y que dan un marco a sus almas. Sólo sus excesos ridículos se prestan a la ironía y al ridículo. El nombre del movimiento Pegida, abreviatura de «Patriotas europeos contra la islamización de Occidente», ya provoca la risa. Monty Python envía sus saludos. Patriotas europeos: ¿qué es eso? ¿Alguien cuya patria es Europa, o alguien que defiende su patria dentro de Europa? ¿Cuál es la diferencia entre

un europeo patriota y un patriota europeo? Se trata de una astracanada, porque ambos tendrían que luchar ferozmente entre sí, sobre todo porque en todas partes los islamistas patriotas ya están luchando contra la europeización de Oriente, ya sea como Estado islámico, Al Qaeda o lo que sea, bandas asesinas que tampoco se caen bien entre ellas.

El término «Occidente» —¿Qué fan de Oswald Spengler lo ha desenterrado en Dresde y ve ante los ojos de su mente un Occidente en el que no todo está perdido? ¿Por qué siempre aparece en el debate el Occidente judeocristiano, con esos valores propios con los que deberíamos volver a comprometernos con más fuerza, no sólo en opinión de la CSU (Unión Social Cristiana de Baviera)? ¿A qué valores se refiere? ¿A los que compartimos con el islam? ¿O aquellos que nos distinguen de él, como el valor de la libertad? Pero esta libertad no es precisamente un valor judeocristiano, sino griego —últimamente vuelve a estar presente en su propia libertad, pero no para pagar sus deudas. Si entretanto nuestro cristianismo aprecia la libertad, es sólo porque los filósofos de la Ilustración le obligaron a hacerlo bajo la amenaza de su completa disolución.

Sin embargo, la impotencia que supone refugiarse en los conceptos centrales y el carnaval en el que se ha convertido su uso ocultan que, detrás de todo, hay un verdadero cambio de época, una enorme revolución y un grave problema: ¡lo conservador ya no parece encajar en nuestra época, se vista como se vista! ¿Qué queda de la patria en el mundo globalizado? En el Jura de Suabia y en Dresde la gente come la misma hamburguesa que en Chicago, escucha la misma música y lleva la misma ropa. Lo que está «dentro» y lo que está «fuera» no se decide en Chemnitz. El número de ciudadanos alemanes que todavía van a la iglesia está disminuyendo de forma imparable. El modelo de nuestro amor

romántico y los algoritmos de nuestros matrimonios provienen de los programas nocturnos estadounidenses. Nuestros empleos del futuro los decidirá el capitalismo de Silicon Valley o la familia gobernante de Catar. El nuevo y hermoso mundo, la nube de datos que nos promete Google, arrasará con Hoyerswerda igual que lo hizo con Ciudad del Cabo y Hanói. Todo el mundo tiene derecho a una matriz de bienestar individual en el diseño universal siempre que pague con datos. No queda mucho espacio para los valores que no son monetarios.

Pero sí que existe el consenso de que, igualmente, la sociedad necesita valores. La tolerancia es un buen valor, pero no lo es del todo. El pluralismo es deseable, pero quizás no siempre y en todos los casos. La libertad es buena, pero sólo cuando va acompañada de seguridad social. Lo desconocido es estimulante y enriquecedor, inseguro, pero, aun así, fácil. El miedo a perder los valores es un tema importante, porque, desde este punto de vista, el molesto malestar en la cultura, este es el nombre con el que se refiere a sí misma la AfD, es sólo una cosa: un temblor al que le seguirán muchas sacudidas y más grandes.

El islam conoce el ataque del capitalismo global-liberal a su identidad cultural desde hace muchas décadas. Aparte de los tiranos, los oportunistas, el desafío y el terror, hasta ahora no ha aportado mucho en este sentido. Es difícil aceptar que los votantes alemanes de la protesta, que se malinterpretan a sí mismos como la comunidad protectora de los valores alemanes, vayan a proponer algo mejor. Si no, ¿se preocuparían, entre todas las cosas, de temer al islam como el más pequeño múltiplo común, cuya existencia permanente está amenazada de forma similar a la suya? ¿Y eso, cuando en Sajonia sólo uno de cada mil habitantes es musulmán? Tener miedo a la islamización en este lugar, ¿no es como rebelarse contra las cuotas de pesca que hay en el Mar Báltico desde el valle de Ötztal?

No es posible que lo que se da en Pegida y en la AfD sea una ira saturada de experiencia. Sin embargo, el enfado, la desconfianza y el malestar son reales. La idea de que «si alguien cree que una situación es real, entonces ésta es real en sus consecuencias», es un importante hallazgo de la psicología social. Pero, ¿no es posible que detrás del pánico difuso hacia un islam más bien desconocido haya otro miedo completamente justificado, a saber, que a principios del siglo XXI un viejo mundo está desapareciendo y que está siendo sustituido por otro completamente nuevo?

Desde el principio estaba claro que el conservadurismo y el capitalismo no encajan bien juntos. No en vano, el partido conservador de la corte, los *tories*, se enfrentó a los liberales *whigs* en la temprana Inglaterra industrializada del siglo XVIII con su demanda de mercados libres y libre comercio. El capitalismo nivela todos los valores tradicionales y emocionales midiendo todo por un único valor racional: el del dinero. Allí donde gobierna el pensamiento de la eficiencia, aumenta la prosperidad (aunque no de todos) y muere lo tradicional. La tierra alimenta hoy a millones de personas. En Europa, millones de personas seguían muriendo de hambre en el siglo XIX. Como precio por ello, estamos perdiendo lo tradicional a un ritmo cada vez más rápido, conservado, en el mejor de los casos, como folclore cutre comercializado. Allí donde el capitalismo está solo consigo mismo, en los mercados financieros de la City de Londres, en Nueva York, Tokio y Singapur, se burla de todo orden, desprecia el ahorro y no asume ningún tipo de responsabilidad.

«Prosperidad para todos» —Ludwig Erhard había arrebatado el eslogan (sin tener en cuenta los derechos de autor) del título alemán de una exitosa obra del anarquista ruso Pyotr Kropotkin. La fórmula anarquista dentro de un traje burgués ocultó durante mucho tiempo lo mal que encajan el pensamiento conservador y

el capitalista. El Partido del Centro, predecesor de la CDU (Unión Demócrata Cristiana de Alemania), era una fuerza conservadora irreconciliable con el liberalismo. Incluso, el programa de Ahlen de la CDU de 1947 seguía afirmando inequívocamente: «El sistema económico capitalista no ha hecho justicia a los intereses de la vida social y estatal del pueblo alemán... El contenido y el objetivo de esta reorganización social y económica ya no puede ser la búsqueda capitalista del beneficio y el poder, sino sólo el bienestar de nuestro pueblo».

El éxito de la economía social de mercado pareció refutar durante mucho tiempo la contradicción entre conservadores y capitalistas, aunque Wilhelm Röpke, uno de sus padres intelectuales, ya advirtió en 1958, en el momento álgido del milagro económico, de su amargo final. Ya entonces se desesperaba por el hecho de que la sociedad de la República Federal de Alemania no tuviera ningún valor más allá de la oferta y la demanda, salvo el despreciable cálculo de costes y beneficios.

El dilema de la CDU actual es que esta grieta, bien disimulada hasta hoy, sigue ahí. Los conservadores actuales de los partidos de la Unión lo sienten profundamente en su conciencia. Su razón económica, que afirma el capitalismo global contemporáneo, contradice profundamente sus sentimientos conservadores. Pero mientras la sociedad no sea capaz de pensar en cómo anclar los valores más apreciados y tradicionales en la economía digitalizada de forma que se puedan conservar, el malestar no será políticamente productivo. En cambio, el sentimiento conservador se desvanece por sí solo en las tertulias y en las manifestaciones de los mercados. No hay ninguna alternativa realista que ofrecer.

Y la confusión es aún mayor: por muy importante que sea para la mayoría de los autodeclarados conservadores el sentirse a la derecha del centro, de hecho, el pensamiento conservador hace tiempo que dejó de ser una marca de identidad de la «derecha». Los sindicatos que protegen los derechos adquiridos, la izquierda que condena en bloque el curso de la economía mundial, y el último pequeño remanente de ecofundamentalistas entre los Verdes: todos ellos se oponen al liberalismo globalmente desatado y, por tanto, son conservadores. Sin embargo, al igual que el islam fundamentalista difícilmente puede tener un futuro duradero, el conservadurismo tampoco. Si no dirige su mirada hacia el futuro y formula una versión realista, irá desapareciendo de generación en generación. Nuestros hijos han aprendido a buscar nuevas patrias a su elección en lugar de una patria obligatoria basada en la fe, la lealtad, la tradición y el entorno: en una visión del mundo de su elección, en asociaciones cambiantes de su elección y en amistades duraderas más allá de todas las fronteras. Su necesidad de seguridad y protección no ha disminuido, pero buscan formas más flexibles.

Todo esto requiere una gran flexibilidad y sabiduría para tener éxito y no asustarse. También nuestros hijos se plantearán la nueva y vieja pregunta frente al desafío global-capitalista: ¿Cómo queremos vivir? ¿Quién protegerá nuestras patrias espirituales para que no se vendan? La respuesta tendrá que estar atenta al futuro, porque en la historia de la humanidad no hay un retroceso voluntario, sino un movimiento hacia adelante. Uno quisiera decírselo a los conservadores rebeldes de manera amistosa. Y para añadir con Aristóteles: «Cualquiera puede enfadarse, eso es fácil. Pero enfadarse con la persona adecuada, en la medida adecuada, en el momento adecuado, con el propósito adecuado y de la manera adecuada, eso es difícil».

Precisamente por eso la sociedad necesita un objetivo, una imagen positiva que ayude a identificar las necesidades de actuación. Sólo las visiones concretas dan a la política una agenda de lo que deben exigir y promover, tanto en la economía como en la

política educativa y del mercado laboral. Si nuestra democracia ya está experimentando un «desgarro» antes de la gran tormenta, ¿cómo será dentro de unos años cuando, primero los bancos y las compañías de seguros, y después la industria del automóvil y sus proveedores despidan a cientos de miles de empleados? ¿Cómo será nuestra democracia cuando los programas de *e-discovery* sustituyan a los abogados y los trabajadores sociales sólo sean necesarios como supervisores? Los partidos parecen estar todavía en estado de shock, sin darse cuenta de que depende de ellos que la digitalización mejore o empeore el mundo. Sin embargo, a los que no se les ocurre nada bueno que prometer —y esto se aplica a la mayoría de los partidos representados en el Bundestag— se cubren con el manto de silencio sobre *el* tema de nuestro tiempo, y siguen construyendo un castillo de naipes mientras la tierra se resquebraja. ¡Intentemos construir nuestra futura casa sobre unos cimientos mejores!

Como si fueran las piedras de un mosaico, he dado la vuelta, retorcido, y vuelto a recortar y juntar muchas ideas y concepciones que he encontrado de tiempos antiguos y nuevos. En el proceso, lo deseable no surge como un borrador acabado y pintado. El tiempo de las utopías cerradas ha terminado; describir las islas de vida ideales contradice nuestro conocimiento crítico del curso del mundo. Cuestiones sociales de la magnitud de la revolución digital escapan el esquema simplista y estrecho de problema y solución. Más bien, la esperanza de lo mejor surge dialécticamente de la crítica de lo existente y de la preocupación por los acontecimientos funestos. De este modo, surge entre líneas la imagen de un futuro humano, una idea de que la enorme transformación de nuestro tiempo no tiene por qué conducir a la miseria, sino que encierra la posibilidad de un futuro digno de ser vivido.

LA UTOPÍA

Trabajar, crear algo, realizarse
está en la naturaleza del ser humano.
¡Estar sentado en una oficina de nueve a cinco
y que te paguen por ello no lo es!

LAS MÁQUINAS TRABAJAN, LOS TRABAJADORES CANTAN

Un mundo sin trabajo asalariado

En un rincón tranquilo y remoto del universo hubo una vez una estrella en la que los animales inteligentes trabajaban todo el día. Ya lo habían intentado todo para salir de esta limitación. Habían inventado el hacha, y más tarde la rueda y el arado, y en algún momento las máquinas que escupían fuego y vapor, pero nada de esto los había liberado del trabajo pesado. Al contrario: en lugar de trabajar para sí mismos, acabaron trabajando por dinero. Por lo general, eso era demasiado poco para vivir bien. En lugar de ocuparse de sí mismos, realizaban las mismas tareas monótonas durante todo el día. Los animales inteligentes se habían convertido en esclavos de las máquinas que deberían haberlos liberado. Esto era tanto más desconcertante cuanto que, justo antes, habían proclamado ser iguales y libres por naturaleza. Pero sólo una minoría era verdaderamente libre. La mayoría de ellos trabajaban hasta dieciséis horas al día, no podían educarse ni desarrollarse, sino que sufrían las penurias de su sustento. Esto no cambió con el aprovechamiento de la electricidad para la producción. La corriente que circulaba por las fábricas modernas sustituyó parte de la fuerza muscular, pero no liberó a la mayoría de los animales inteligentes de su triste destino. Las cosas sólo mejoraron un poco cuando el papel de archivo, en lugar del carbón y el acero, pasó a dominar la jornada laboral. Lo que solía ser más de ochenta horas de trabajo a la semana se convirtió gradualmente en sólo treinta y siete. Los animales inte-

ligentes aprendieron que tenían derecho a tener tiempo fuera del trabajo y dividieron su vida en «tiempo de trabajo» y «tiempo de ocio». Pero no aprendieron que su valor y el sentido de su vida no dependían de su trabajo, aunque podrían haberlo copiado tiempo antes de las mujeres ociosas de los ricos. En cambio, todavía arrastraban un residuo de la idea de que el trabajo «ennoblece», aunque la nobleza nunca se había ennoblecido a través del trabajo, sino siempre a través de su opuesto, la ociosidad: la posibilidad de moldear la jornada a su gusto, según una voluntad, no según una obligación. Pero entonces, un día, los animales inteligentes inventaron máquinas que eran, en muchos aspectos, más inteligentes, si no más sabias, que ellos. Sólo en ese momento la estrella de los animales trabajadores cambió realmente. Todo el trabajo aburrido y monótono se dejó en manos de las máquinas, y los animales inteligentes tuvieron, por fin, tiempo para ir detrás de su verdadero destino: una vida como creadores libres de su carácter, como directores independientes de su propia película y que se realizaban a través del cuidado activo de sí mismos y de los demás.

Lo que parece un bonito cuento de hadas es, probablemente, una historia bastante real. En cualquier caso, no es menos cierta que muchas otras historias que atribuyen el progreso de la humanidad a las nuevas tecnologías y que, desgraciadamente, siempre pierden el momento crucial: ¡que, hoy en día, este progreso técnico proporciona cada vez a más personas en nuestro planeta la incalculable ventaja de no tener que trabajar por un salario!

Los antiguos griegos ya lo habían soñado. El hombre griego libre no tenía que trabajar, como tampoco el egipcio, el persa, el tracio o el escita que tenía una posición, pero sí lo hacían las mujeres, los extranjeros y, sobre todo, los esclavos. El astuto Aristóteles se esfuerza mucho por justificar la esclavitud con argumentos endebles y engañosos. Después de todo, toda la economía dependía

en última instancia de la esclavitud. Pero él también deseaba una sociedad que pudiera prescindir de la esclavitud: «Si cada herramienta pudiera hacer su trabajo correspondiente cuando se lo ordena, o incluso por anticipado, así como se movían por sí mismas las obras de arte de Dédalo, o los trípodes de Hefesto realizaban su trabajo sagrado por su propio impulso, si las naves de tejer tejieran por sí mismas, no habría necesidad de que el maestro artesano tuviera ayudantes ni de que los señores tuvieran esclavos».[1]

En el siglo XIX, la automatización con la que Aristóteles sólo podía soñar se ha hecho parcialmente realidad. Aunque las obras de arte de Dédalo y los trípodes de Hefesto aún carecían de impulso e inteligencia propios, las máquinas ya habían logrado mucho. No es de extrañar que el yerno de Karl Marx, el médico y revolucionario social Paul Lafargue, defendiera *El derecho a la pereza* en 1880, en vísperas de la segunda revolución industrial. Si la burguesía rica y acomodada no puede imaginar nada más hermoso que entregarse a las artes y a los placeres en su tiempo libre, ¿por qué la ética de los trabajadores debería ser matarse trabajando en condiciones inhumanas desde la mañana hasta la noche, sufriendo de esta manera daños en el cuerpo y en el alma? Tres horas de trabajo al día para todos deberían ser suficientes en el futuro. Se exige la semana de veintiuna horas, porque «nuestras máquinas hacen su sagrado trabajo con un aliento ardiente, con miembros de acero y sin cansarse, con una maravillosa e inagotable fuerza generadora, de forma dócil y por sí mismas». Para Lafargue, «la máquina es la redentora de la humanidad, el dios que rescatará a los seres humanos del... trabajo asalariado, el dios que les traerá el ocio y la libertad».[2]

1. Aristóteles, *Política*, 1253b.
2. Lafargue (2015), p. 42.

No se puede afirmar que Karl Marx estuviera demasiado contento con su yerno. Para él, el trabajo era el centro de todo su pensamiento. Por otra parte, en sus años de juventud, junto con Friedrich Engels, también había soñado que la máquina liberaría al hombre del trabajo asalariado monótono para que pudiera ser pastor, cazador, pescador y crítico sin tener que dedicarse a ello profesionalmente. Marx nunca se liberó de esta contradicción. Por un lado, lucha contra el trabajo alienado, pero, por otro lado, no quiere abandonar el concepto de «trabajo». Para Marx y Engels, el ser humano se define precisamente por el hecho de que trabaja. Engels, al que esta contradicción no dejaba de preocuparle, publicó en 1896, mucho tiempo después de la muerte de Marx, el ensayo *El papel del trabajo en la transformación del mono en hombre*. Ahí sostiene de forma inflexible que todo lo que el ser humano ha producido en forma de cultura es el resultado del «trabajo». Sin embargo, no se trata de un trabajo para otras personas y, desde luego, tampoco es un trabajo alienado a cambio de un salario.

Cuando el hijo del dueño de una fábrica de Barmer se esfuerza en la vejez por seguir utilizando el término «trabajo» para referirse a la actividad autodeterminada, otro socialista ya lo ha tirado por la borda. Oscar Wilde no se ha hecho famoso ni por ser el héroe del movimiento obrero ni como profeta del siglo XXI. Sin embargo, en 1891, el dandi irlandés escribió un notable texto, «El socialismo y el alma humana». Su punto de vista es similar al de Lafargue: sólo cuando el ser humano se libere del trabajo asalariado servil podrá realizar su individualismo: «Todo el trabajo puramente mecánico, todo el trabajo monótono y aburrido, todo el trabajo que tiene que ver con cosas desagradables y que obliga al hombre a situaciones repulsivas, debe ser realizado por la máquina».[3] Mucho antes de

3. Wilde (2016), p. 18.

que aparezcan en el horizonte las primeras señales de la inteligencia artificial, Wilde exige, mirando al futuro: «*Ahora la máquina suplanta al hombre. Bajo las condiciones adecuadas llegará a estar a su servicio*. No cabe la menor duda de que este futuro es de la máquina, y al igual que los árboles crecen mientras el agricultor duerme, del mismo modo la máquina, mientras la humanidad se entrega al placer o al noble ocio —el ocio, no el trabajo, es el objetivo del ser humano— o crea cosas bellas o lee cosas hermosas, o, simplemente, cubre el mundo con miradas de admiración y disfrute, hará todo el trabajo necesario y desagradable».[4]

¡Las máquinas trabajan, los trabajadores cantan! Wilde considera que el siguiente paso lógico es que con la libertad del ser humano la codicia de la propiedad privada también debe desaparecer. Muchas décadas antes que Erich Fromm, escribió la frase de que el error del ser humano sería pensar que «lo principal es tener» y no saber «que lo principal es ser. La verdadera perfección del ser humano no reside en lo que tiene, sino en lo que es».[5] Habitado por personas tan libres por fuera y por dentro, en última instancia un país así ya no necesita un Estado fuerte. Al final, también para Wilde, existe lo que Marx llamó la «sociedad sin clases». Pero, a diferencia de Marx, Wilde, al igual que Lafargue, ve más claro el asunto crucial. Esta sociedad libre de individuos autodeterminados será posible gracias al desempeño de máquinas cada vez más inteligentes, y no por empujar a una «clase» —el «proletariado»— dentro de los sucios zapatos de una tarea histórica.

El «noble proletario» —una fantasía romántica de principios del siglo XIX— ha resultado ser, al menos como fenómeno

4. *Ibíd.*, p. 18.
5. *Ibíd.*, p. 9.

de masas, tan kitsch como el «noble salvaje» de la fantasía de los filósofos de la Ilustración. A día de hoy, es incomprensible cómo Marx pudo caer en la idea de que el proletariado que llegara al poder se comportaría más noblemente que las sociedades esclavistas de la antigüedad, la aristocracia o la burguesía. Lafargue y Wilde, por su parte, esbozan una crítica de la razón proletaria. Para ellos, no es necesaria una dictadura del proletariado para liberar al pueblo. Todo lo contrario. Como si ya hubiera visto con sus propios ojos los horrores del estalinismo, Wilde ya advierte, incluso antes de los albores del siglo XX, del estado omnipotente socialista: «Si el socialismo es autoritario: si en él hay gobiernos armados con la violencia económica, como ahora con la política: si, en una palabra, tendremos el estado de la tiranía industrial: entonces la última etapa del hombre será peor que la primera».[6]

La máquina, según Wilde, no debe ser propiedad del Estado, sino de todos. Aunque la abolición de la propiedad privada pueda ser considerada como algo demasiado radical, y su concepción del Estado demasiado anarquista, Wilde fue un profeta y se adelantó a muchos otros utópicos de izquierdas al reconocer que las máquinas podían liberar realmente al ser humano si eran de todos. Incluso George Orwell subestimó enormemente al utópico irlandés en 1948. Simplemente, no podía imaginar que todo el trabajo servil pudiera ser realizado algún día por máquinas. Pero nada podría haber preparado el terreno para la emancipación de la mujer en el mundo occidental como la lavadora. ¿Y cuántos otros electrodomésticos han aparecido desde entonces? ¿Cuánto trabajo físico duro, cuántas tareas cotidianas monótonas fueron sustituidas por máquinas en el siglo XX? Hoy en día, en Alemania se trabaja un tercio menos que en la época de Wilde. Con una media de treinta y

6. *Ibíd.*, p. 4 y ss.

siete horas a la semana, disponen de un tiempo de ocio que se aproxima desde hace tiempo al ideal de Lafargue. También el anhelado individualismo de Wilde está floreciendo. Un alto porcentaje de jóvenes estudian y no se incorporan a la vida laboral hasta mediados o finales de la veintena, para volver a abandonarla como media a los sesenta y tres años y vivir otras dos décadas sin la coacción del trabajo asalariado. Si Lafargue y Wilde pudieran mirar a la actualidad verían que ya se ha recorrido la mitad del camino que esbozaron hace tiempo, al menos en las sociedades ricas de Occidente.

*

Queda la segunda parte. Pero la situación es extraña. Aunque para celebrar las grandes transformaciones de nuestro tiempo ninguna palabra es demasiado grande para los amigos de la tecnología, los heraldos de las grandes disrupciones y los entusiastas del futuro digital, sus ideas sociopolíticas parecen muy poco imaginativas. ¡Nunca antes en la historia una revolución técnico-económica tan grande *no* había provocado un gran cambio y una reinvención de la sociedad! Pero, en su lugar, los modestos consejos para un mayor crecimiento y un espíritu de emprendimiento dominan los podios. Especialmente poco inspirado está el gremio de los economistas, dotado desde hace tiempo de una asombrosa falta de imaginación para el futuro. Cuando en el siglo XXI se creen imágenes de la convivencia en el futuro, será sobre todo gracias a Hollywood y a los autores de ciencia ficción.

La utopía social, en cambio, es un género que casi nadie en economía o en política se toma en serio. No es de extrañar que las superpotencias de Silicon Valley sean sorprendentemente conservadoras. ¡Su esperanza reside, precisamente, en que, a pesar

de todas las disrupciones e inventos inteligentes, su modelo de negocio sigue siendo el mismo y no cambia! ¡Probablemente no hay nada que los GAFA teman más que una interrupción del capitalismo de Palo Alto!

Si las utopías surgen de tales preocupaciones, entonces sólo lo son aquéllas que socavan la democracia. Un buen ejemplo es el ingeniero aeronáutico y empresario estadounidense Peter Diamandis. Al igual que Oscar Wilde, sueña con hacer que la política sea superflua y promete a siete mil millones de personas una vida mejor únicamente mediante soluciones técnicas. Su visión del ser humano, sin embargo, haría que el esteta y el humanista irlandés se estremeciera. Donde Wilde ve al hombre como un artista que se desarrolla libremente, donde vive sin presiones y en coexistencia pacífica con los demás, Diamandis canta las alabanzas del darwinismo: «Las personas están genéticamente predispuestas a competir: por una pareja, en el deporte, en el trabajo. Los concursos que tienen un incentivo obligan a las personas a perseguir un objetivo claro en unas condiciones límite determinadas, que es la solución del problema».[7] Es una pena que los «avances para siete mil millones de personas», anunciados por Diamandis hace seis años, sigan pendientes. Los «problemas» de la humanidad, al parecer, están sujetos a leyes diferentes a las de los problemas de la tecnología. Las «soluciones» que eliminan la escasez de agua, la falta de recursos, las guerras civiles y la explotación no son convincentes si son inteligentes, sino si son políticamente realizables.

El gran inversor conservador de Silicon Valley, Peter Thiel, cofundador de PayPal y uno de los mayores accionistas de Facebook, se muestra mucho más sincero. En 2009, invirtió en un plan

7. https://www.heise.de/tr/artikel/Durchbrueche-fuer-sieben-Milliarden-Menschen-1720536.html

para crear el Seasteading Institut lejos de la costa de California, en aguas internacionales; un lugar de investigación como el de Nova Atlantis, la utopía de Francis Bacon de principios del siglo XVII. Sin ningún tipo de control e independiente de las leyes de Estados Unidos, es aquí donde la humanidad deberá ser mejorada. En palabras del propio Thiel, suena así: «A diferencia del ámbito de la política, en el de la tecnología las decisiones de las personas *individuales* pueden seguir teniendo una primacía absoluta. El destino de nuestro mundo tal vez está en manos de una sola persona *que cree o difunda la máquina de la libertad que necesitamos para hacer que el mundo sea seguro para el capitalismo*».[8]

Ningún gran inversor sin escrúpulos en una película de ciencia ficción podría decir esto mejor y de forma más honesta y, ¿dónde está la matriz tecnológica que, muy lejos del control democrático, asegurará el capitalismo y abolirá la democracia? Sin embargo, Thiel sabe en el fondo que no necesita un lugar en el Pacífico para hacerlo. Tal y como le van las cosas a él y a sus amigos en este momento, está cada vez más cerca de su objetivo, incluso sin una fantasía escapista.

Donde florecen tales sueños y prevalecen tales patrones de pensamiento antidemocrático es casi imperativo una contra-utopía. Pero la utopía democrática ha desaparecido en gran medida de los debates políticos en el mundo occidental. Incluso Marx y Engels se resistieron a la idea de que su profecía de la historia fuera *simplemente* una utopía; prohibieron la palabra de su vocabulario. Aún hoy la utopía gusta de ser vista como algo tonto y ajeno al mundo, al menos cuando no se refiere a la tecnología sino a la sociedad, como si la una no tuviera nada que ver con la otra. A esto se suman fenómenos fugaces como los partidos piratas en Europa

8. https://de.wikipedia.org/wiki/Seasteading

Occidental. Rebosantes de autocontradicciones y fantasías infantiles de omnipotencia, se desvanecieron más rápido de lo que llegaron. Al igual que los tramperos, los forajidos y los vaqueros del salvaje Oeste, desaparecieron cuando los verdaderos poderosos construyeron los raíles del ferrocarril y se repartieron la tierra. El salvaje Oeste no pertenecía a los espíritus libres, y tampoco les pertenece hoy internet. El poder en la red, tal y como los piratas descubrieron dolorosamente en 2014, no lo tiene un puñado de jóvenes a los que se les permite jugar dentro de la democracia, sino las grandes corporaciones digitales y la NSA.

Sin experimentos: parece que el viejo eslogan de Adenauer de los años cincuenta sea lo único que se les ocurre a los defensores de la democracia en este momento. Recuerdo muy bien cómo el entonces político de la CDU Friedbert Pflüger se deshizo en elogios ante mí en 1997 sobre una «visión de la falta de visión» como política adecuada para el siglo XXI. Hay que reconocer que esta profecía se ha cumplido hasta ahora. «A nadie le ayuda una utopía», dice hoy el editor de *Zeit*, Kolja Rudzio, en esa misma línea, desestimando con ello cualquier consideración de una «renta básica incondicional».[9]

Esto es algo espeluznante. Porque sin la utopía probablemente no se pueda ayudar a nadie, excepto a algunos especuladores del *statu quo*. Pero el riesgo que conlleva pensar siquiera en el futuro a medio plazo y desviarse del «seguir igual» es actualmente enorme. La situación recuerda a una frase del director italiano Sergio Leone. Cuando se le preguntó cuál era la diferencia entre un western americano y un western italiano, dijo: «Cuando alguien mira por la ventana de John Ford, tiene una visión de un

9.http://www.zeit.de/2016/24/bedingungsloses-grundeinkommen-schweiz-abstimmung-pro-contra/seite-2

futuro brillante. Cuando alguien se asoma a mi ventana, todo el mundo lo sabe: ¡ahora le van a disparar!». No ocurre algo diferente con las ventanas del futuro de nuestra democracia. En la antigua República Federal, cuando Ludwig Erhard o Willy Brandt pintaban una visión de la Alemania del futuro, ésta era celebrada y alabada. Hoy, cuando alguien proyecta una visión concreta de una Alemania mejor, todo el mundo lo sabe: ¡ahora será fusilado por los medios de comunicación!

Parece como si la política y la economía actuales defendieran el derecho de la utopía a seguir siendo una utopía y a no tener nada que ver con nuestras vidas. Pero los procesos y los cambios están realmente en marcha, los percibamos o no. Si a los políticos y economistas de la época de Lafargue y Wilde les hubieran dicho que los obreros y empleados de países como Inglaterra y Alemania trabajan mucho menos en 2018 que en su época, y les hubieran dicho los sueldos con los que se les remunera, no se habrían creído este «cuento de hadas», esta «utopía entusiasta». En este sentido, no se diferencian de los economistas actuales, cuyo horizonte de posibilidades está casi siempre determinado por el *statu quo*. No aprendieron nada más en sus estudios, y no hay lugar para el visionario en sus innumerables publicaciones especializadas. Así, muchos de ellos consiguen la hazaña de asumir tranquilamente, a pesar de todas las grandes transformaciones, que, en las próximas décadas, el trabajo, el empleo y la estructura social seguirán siendo comparables a su estado actual.

*

A menudo, los retos económicos permanecen invisibles mientras sólo son vistos como tales. De hecho, todas las cuestiones esencia-

les de la economía no son sólo económicas, sino también psicológicas, éticas, políticas y culturales. No son los pesados tratados económicos, llenos de cifras y tablas, los que deciden el curso de la historia de la humanidad; son las ideas, las imágenes y las visiones, ya sean de naturaleza técnica o social. En este sentido, Wilde pudo escribir: «Un mapa del mundo en el que no esté marcado el país de Utopía no merece ni siquiera una mirada superficial, pues carece del país al que la humanidad siempre ha aspirado».[10]

¿De qué tipo de utopía se trata? La gran promesa de la digitalización puede entenderse de formas muy diferentes. Una de las promesas es hacer a unas pocas personas inconmensurablemente ricas, una riqueza con la que, aparentemente, son incapaces de pensar en usarla para algo útil, excepto, quizás, soñar con máquinas que produzcan libertad y otros instrumentos para mejorar el mundo. Sus fundaciones (Bill Gates puede ser una de las pocas excepciones) a menudo fingen un estatus no lucrativo que adorna sus intenciones de forma insuficiente.

La otra promesa es dar al mayor número posible de personas la oportunidad de vivir una vida plena y autodeterminada. Si las superpotencias de Silicon Valley nos prometen hacer del mundo un lugar mejor, deberíamos tomarlas en serio en este sentido, y más en serio de lo que ellas mismas han hecho hasta ahora. Todavía no está claro si los Zuckerberg, los Bezos, Brins y Pages tendrán su papel a largo plazo en el mundo como grandes propietarios de empresas centradas en el ego o como ejecutores involuntarios del espíritu del mundo. Aunque lo primero sea lo que ellos desean, sólo se convertirían en verdaderos héroes con lo segundo: con un paso más de «automatización» impulsado por ellos, para dar a más y más personas la oportunidad de un verdadero auto-

10. Wilde (2016), p. 18.

desarrollo, aunque ellos mismos apenas sepan qué es eso. Por el momento, al menos, nos encuentran como adictos, alentados por la codicia de obtener aún más dinero, alentada por sus accionistas, que no están interesados en otra cosa. Hasta ahora, con cada promesa de felicidad, están imponiendo la explotación despiadada de sus usuarios y clientes, cuyos perfiles venden al mejor postor. Así pues, los propios impulsores del progreso siguen estando impulsados por un viejo modelo económico que sólo conoce un «más» y ninguna satisfacción. El reconocimiento no se expresa en otra cosa que no sea el dinero, aunque una mayor de cantidad de este no mejore nada en sus vidas.

¿A qué se debe todo esto? Pues bien, estos transformadores del mundo de Silicon Valley son hijos de una mentalidad que surgió en el siglo XVI en el renacimiento italiano y más tarde en la Inglaterra isabelina. Se convirtió en una ideología —una cosmovisión con una visión inalterable y unilateral de la humanidad— en los siglos XVII y XVIII en Inglaterra. La clase mercantil y su afán de lucro, que había sido condenada al ostracismo tanto en la antigua Grecia como en la Edad Media, se convirtió en el modelo cultural. Al hacerlo, los propagandistas de la clase mercantil de los nuevos ricos no ponen en la balanza el civismo del comerciante. Todo comerciante es moral, justo y virtuoso simplemente porque es un comerciante. Las antiguas virtudes cívicas se convierten en modernas virtudes del comerciante. Éste ni siquiera tiene que esforzarse por ser una buena persona. Su afán de lucro es intrínsecamente bueno porque trae *automáticamente* la prosperidad a todos los demás ingleses. No es el *modo de pensar* sino solamente la *utilidad* para la sociedad lo que determina el valor de un acto.

Pero, ¿cómo se distingue a las personas más útiles de las menos útiles? Los grupos de presión de la Compañía Británica de las Indias Orientales y filósofos como John Locke formularon un

criterio claro: ¡a través del *trabajo*! La vida es un mercado y un trueque. El ser humano es un comerciante en todos los ámbitos de la vida, un *Homo mercatorius*, tal como señaló ya en 1601 John Wheeler, primer secretario de la Merchant Adventures.[11] Para él, dicho en términos modernos, todas las normas sociales son, en última instancia, normas de mercado, lo cual no es muy diferente de lo que algunos economistas y sociobiólogos piensan hoy en día.

La meritocracia y la sociedad del trabajo, que en la actualidad nos parecen tan evidentes, como si fueran la única forma de sociedad con sentido, fue una invención inglesa en el comienzo de la era burguesa. Entre todas las virtudes, ahora ya no es la *phronesis* —la sabiduría cotidiana— la que cuenta como la más alta, sino la eficiencia —la virtud de la sociedad del trabajo—. «El trabajo», se lamenta Friedrich Nietzsche en 1882, «está poniendo cada vez más de su parte a toda la buena conciencia: la inclinación al placer ya se llama a sí misma "necesidad de recreo" y empieza a avergonzarse de sí misma. "Uno se lo debe a su salud", así habla uno cuando le pillan de viaje por el campo. Sí, pronto se podría llegar a tal extremo de que se aceptara la tendencia a la *vita contemplativa* (es decir, a salir a pasear con los pensamientos y los amigos), pero dejando de tener respeto por sí mismo y con una mala conciencia».[12]

La idea de que sólo el trabajo ennoblece es tan poderosa que aún hoy define nuestra sociedad como una ficción orientadora: quien más rinde, también recibe más. Pero el término «rendimiento» es una palabra extremadamente nebulosa. Porque es una tesis llamativa la de que una persona que se hace multimillonaria con modelos de seguros dudosos en beneficio de sus clientes consigue más que una enfermera de ancianos con un sueldo bajo. Las actividades que se llevan a cabo en los bajos fondos, en el deporte, en el aumento de la facturación de una empresa, en la poesía, en la educación de los hijos o en el cuidado de los demás difícilmente pueden compararse adecuadamente con el término «rendimiento». A la hora de la verdad, la mayoría de la gente admira el *éxito* por encima de todo, y no el rendimiento (que no es apreciado públicamente).

11. La Company of Merchant Adventures fue una empresa comercial fundada en la ciudad de Londres a principios del siglo XV. [N.d.T.].

12. http://www.zeno.org/Philosophie/M/Nietzsche,+Friedrich/Die+fröhliche+Wissenschaft/Viertes+Buch.+Sanctus+Januarius/329

Sin embargo, para muchas personas en la República Federal de Alemania, el mito del rendimiento es crucial para su autoestima. Cualquiera que, siendo hijo de un obrero, de un agricultor o un artesano, haya llegado a ser ingeniero, técnico eléctrico, pequeño empresario, gerente o presidente de una asociación en la segunda mitad del siglo XX gracias a la dedicación, la perseverancia y el estudio, se considera una prueba viviente del funcionamiento de la meritocracia. Sin embargo, parece que el periodo de avance colectivo en la antigua República Federal fue más una ventana de excepción que la regla. Que la carrera profesional sólo tenga que ver con la actitud y la moral internas es un cuento de hadas muy apreciado que confiere un brillo especial a la propia carrera. En realidad, sin embargo, el entorno cultural era diferente entonces que hoy, y las oportunidades de crecimiento y los incentivos eran mejores. Si, hoy en día, en Alemania se heredan simplemente 400.000 millones de euros al año, el término «meritocracia» se convierte en poco más que un eufemismo.[13]

La meritocracia es una ficción, pero útil para quienes la motivan. Crea un clima social y una actitud, aunque sea a través del

13. http://www.faz.net/aktuell/finanzen/meine-finanzen/vorsorgen-fuer-das-alter/diw-studie-in-deutschland-wird-mehr-vererbt-als-angenommen-15091953.html

poder normativo de lo ficticio. Por lo tanto, no hay que menospreciar del todo la meritocracia, pero tampoco hay que exagerar. Imaginemos que sometemos el noble principio del rendimiento a una prueba de esfuerzo real. ¿Cuánta igualdad de rendimiento puede soportar nuestra sociedad? En 1958, el sociólogo inglés Michael Dunlop Young inventó la idea de una «meritocracia», un «reino del mérito».[14] Cada persona debería ser juzgada y recompensada en función de su rendimiento real. Todos los demás criterios —origen, relaciones, protección y suerte— deben ser eliminados. Por supuesto, ésto es completamente irreal. Lo que yo logro no es sólo una cuestión de mis méritos, sino también de los méritos de los demás: mis padres, por ejemplo, que me transmitieron talentos y que me formaron con su educación. Tal vez incluso mis profesores y mi entorno social. Nadie es el único autor de sus logros. Pero, aun así, si nos volvemos a hacer la pregunta, ¿sería deseable una verdadera meritocracia?

Probablemente no. ¿Qué pasaría en ese caso? La situación de los ingresos se reorganizaría por completo. Unos se derrumbarían mientras que otros aumentarían. Aquéllos que ahora estuvieran en la cima tras la reorganización tendrían todo el derecho del mundo a decirse a sí mismos que son realmente los mejores, la élite legítima. Probablemente, se volverían insoportablemente arrogantes. El mayor problema, sin embargo, lo constituye la mitad inferior. Los que se encuentran allí ya no tienen escapatoria, sino que tienen que vivir con el hecho de no conseguir nada objetivamente o de ser lo peor. Nadie puede decirse a sí mismo que el mundo no fue justo con él. Casi nadie quiere saber esa verdad

14. Michael T. Young: *The Rise of Meritocracy 1870-2033*, Thames and Hudson 1958; Traducción al alemán: *Es lebe die Ungleichheit. Auf dem Wege zur Meritokratie*, Econ 1961.

sobre sí mismo. Sin embargo, esto ahora sería evidente y afectaría a la autoestima de millones de personas. Ninguna sociedad podría tolerar una masa semejante de gente sin escapatoria y afligida. Habría revueltas y quizás una guerra civil. En Alemania, nuestra meritocracia funciona solamente porque, en sentido estricto, no se la toma en sentido estricto y porque deja mucho espacio a las ilusiones.

La ilusión de la meritocracia tiene incluso un método. Aunque todos se esforzaran, no todos podrían ser recompensados. «¡En el capitalismo —dice el artista de cabaret Volker Pispers— *cualquiera* puede hacerse rico, pero no *todos*!». Alguien también tiene que trabajar para los ricos. La retórica de la «clase media trabajadora», que promueven todos los partidos populares, también está impregnada de ilusiones. La frase parece presuponer que también existe «una clase media que no trabaja». ¿Quién pertenece a esta clase? ¿Se trata de amas de casa sin hijos o de pensionistas acomodados, a los que los partidos populares no cortejan? ¿Y quién está dentro de esa franja trabajadora o no trabajadora, con la que tampoco se quiere tener tanto que ver? ¿Los que ganan poco, los que tienen *mini jobs*, los pensionistas pobres, los niños socialmente desfavorecidos y los grandes accionistas?

La unión entre «centro» y «trabajo» es algo sagrado en Alemania. A la sombra del altar están más de la mitad de todas las personas que trabajan en nuestra república pero que no se contabilizan como parte de la «clase media que trabaja»: por ejemplo, el jubilado que arbitra el domingo el partido entre dos equipos de fútbol juvenil y su mujer, que cuida a refugiados de Siria; todas las amas de casa y los amos de casa de la república, los estudiantes que están en su período de prácticas y todos los millones de personas del sector de los salarios bajos que, a menudo, tienen que vivir de dos o tres trabajos. ¿Todos ellos se han merecido que

reservemos la ética del trabajo exclusivamente a la «clase media trabajadora»?

La sociedad de la promoción social de la antigua República Federal sigue estando tan presente en el año 2018 que la sociedad del descenso social, diagnosticada por el sociólogo Oliver Nachtwey, sigue siendo considerada por muchos como una exageración de la izquierda. Parece aún más increíble que, en Alemania, innumerables puestos de trabajo en la fabricación tradicional y en el secretariado vayan a ser sustituidos pronto por ordenadores, o que industrias como la ingeniería mecánica y la logística se vean afectadas. ¿No tenemos una tasa de desempleo notablemente baja, del cinco o del seis por ciento? Sin embargo, los precursores del gran cambio ya están delante de las puertas de nuestras casas. El metro de Núremberg ya se las arregla sin conductores en algunas rutas; en Hamburgo, un centenar de minibuses circulan de forma autónoma, y el servicio postal utiliza drones para entregar paquetes en las montañas; los *call centers* trabajan cada vez más con ordenadores y cada vez menos con personas. Pero el hecho de que, más allá del sector de los salarios bajos, muchas profesiones del «centro que trabaja» se verán afectadas en un futuro próximo apenas ha llegado a la conciencia de los alemanes.[15]

*

La situación en la que vivimos hoy, en el inicio de la revolución digital, es realmente fantasmagórica. Por un lado, parece que la era

15. https://netzoekonom.de/2015/06/18/die-digitalisierung-gefaehrdet-5-millionen-jobs-in-deutschland; https://www.stuttgarter-nachrich- ten.de/inhalt.digitalisierung-diese-berufe-koennte-es-bald-nicht- mehr-geben.33fe4bad-5732-4c40-ac6f-e77e0335ab27.html

de la meritocracia burguesa está llegando lentamente a su fin. Por otro lado, el capitalismo, la forma económica y social que se basa precisamente en esta misma ficción orientadora, se está radicalizando. ¡Es *la* asincronía de nuestra época!

El hecho de que nuestro mundo laboral actual no puede continuar de esta manera es también el resultado del estudio Delphi del Proyecto Millenium, un *think tank* internacional, que en Alemania incluye la Fundación Bertelsmann, Volkswagen AG, el Centro Tecnológico VDI, el Instituto Fraunhofer de Investigación de Sistemas e Innovación y la Universidad Libre de Berlín. Tras analizar 289 dictámenes de expertos, se elimina todo lo que puede ser sustituido por la tecnología a medio o largo plazo. Lo que queda son principalmente aquellas profesiones en las que se demanda «empatía», en las que se cuida de algo, se atiende a alguien, se le asiste, se le apoya, se le entrena, se le educa, se alivian sus preocupaciones y necesidades individuales y se le ayuda a resolver problemas. Cuando se le pregunta qué hace la mayoría de la gente, Delphi dice: «Todo el mundo hará algo. Pero gran parte de lo hagan ya no se hará en el contexto de un empleo remunerado. Pero todo el mundo produce algo: ya sea alegría o ruido».[16]

La sociedad de Lafargue y Wilde, con cada vez menos trabajo remunerado y lucrativo, está cada vez más cerca. Nuestro sistema de trabajo, de economía y de seguridad social no puede quedarse como está, sino que debe ser reconstruido a fondo. Al mismo tiempo, la llamada a la educación se escucha desde todos los lados. Sólo los mejor formados o capacitados podrán resistir las tormentas del nuevo mundo laboral y hacerse imprescindibles en algún lugar. Los que estudian muy poco y los que no aprenden nada no llegarán a ninguna parte. Sólo los creativos, las personas

16. http://107.22.164.43/millennium/german.html

con capacidad de adaptación y los empáticos pueden tener éxito. Porque los que no crean valor añadido (medible) también pierden su valor en la sociedad del futuro.

El llamamiento a la educación siempre es acertado. Pero, tal y como se acaba de presentar, no consigue la profundidad del cambio social. Los que ven en la educación la panacea contra el desempleo del futuro no han entendido bien lo que es la educación: la capacitación para una vida reflexiva, y ojalá realizada, y no la adaptación precisa al mercado laboral. En primer lugar, es perfectamente posible que ni siquiera una educación completa impida que alguien sea sustituido por la tecnología o que no encaje en el esquema del futuro mundo laboral. En segundo lugar, también, y, sobre todo, que aquellas personas que necesitan un alto grado de educación y creatividad no tengan un empleo remunerado, ya sea temporalmente o durante un período de tiempo más largo. Configurar el día libremente, comprometerse voluntariamente con una causa, hacer planes y desarrollar objetivos que nadie ha establecido: todas estas habilidades distinguen a la persona más feliz, y que no tiene un trabajo que le permita ganarse el sustento, de la que se siente infeliz e inútil.

Muchos de los que demandan «educación» hoy en día siguen pensando en los términos de una sociedad del trabajo y del mérito que está desapareciendo de forma gradual tal y como la hemos conocido hasta ahora. No se les ocurre pensar que en el futuro tendremos que valorar la situación de no tener un empleo remunerado. Pero, ¿cómo se supone que la gente, para la que ya no hay trabajo remunerado, va a mantener su autoestima? ¿Cómo se supone que van a experimentar el ser útiles y necesarios? El objetivo de toda educación debe ser dar a las personas la oportunidad de experimentar la «autoeficacia», de sentir que están logrando algo significativo.

A diferencia de la ideología del *Homo mercatorius*, el ser humano no se siente necesariamente feliz por naturaleza cuando obtiene ganancias económicas. En este caso, los más ricos serían siempre los más felices; una breve mirada a la vida muestra claramente que ésto no es necesariamente así. Ni siquiera para hombres como Platón y Aristóteles era la *vita activa*, sino la *vita contemplativa* la forma más dichosa de existencia: la vida del filósofo. Lo que las personas consideran una vida feliz o satisfactoria depende, por lo tanto, y en gran medida, de la cultura en la que viven. Una cultura que valora la reflexión y la adquisición de conocimientos por sí misma produce personas diferentes a aquella para la que la máxima virtud es la eficiencia, medida en términos de dinero y éxito. Asimismo, las sociedades que más valoran la valentía y el arte de la guerra de igual manera siempre han producido guerreros en una gran cantidad.

La *vita activa* y la *vita contemplativa*, el cuidado del bien común, el cultivo de la amistad, la reflexión sobre la vida correcta... para los antiguos griegos, todo esto era la base de un estado que funcionaba. Éste no es necesariamente uno de los logros de la cultura burguesa, el valorar ambas cosas mucho menos que el éxito económico a cualquier precio. En cualquier caso, según su propia concepción, los hombres griegos libres no llevaban una vida «antinatural» cuando dejaban que las mujeres, los esclavos y los extranjeros trabajaran para ellos. ¿Debería entonces considerarse «antinatural» que, en condiciones «griegas», en un futuro próximo cada vez más ordenadores y robots trabajen para nosotros?

Pero, ¿cómo se configura una sociedad así? A Oscar Wilde no le preocupa el largo camino por el que los esclavos asalariados, que no tienen educación y que son pobres como una rata, se convierten en individuos y en artistas libres de sus propias vidas. Sólo por eso, su ensayo tiene siempre una mezcla de ironía y de un gran

placer en la provocación. Porque, también Wilde, debía saber que, en la práctica, nunca se consigue el cielo en la tierra, sino que, como decía el filósofo Odo Marquard, siempre se trata de hacer un poco mejor la tierra en la tierra. *La vara de medir de la utopía es la humanidad, no la perfección*. El mundo es complejo y no es inteligente. Las «soluciones» definitivas, una «máquina de la libertad», así como un mundo mejor son cosas que sólo prometen algunos charlatanes de California. Pero si le haces un arañazo a un altruista de Silicon Valley, verás cómo sangra un hipócrita...

Cuando la gente pierda su trabajo de conductor de autobús o de taxi en el año 2025 o 2030, no se convertirán, de forma inevitable, en personas creativas. Algunos también se volverán personas agresivas, destructivas o depresivas. La gran ola de despidos precederá sin duda al cambio en la representación de los valores. La gente seguirá aferrándose a la apreciada idea rectora de que la remuneración está documentada por el dinero, es decir, que logramos algo y que valemos algo. En una situación semejante, no volverse agresivo, destructivo o depresivo es un gran arte.

El problema ya fue diagnosticado a principios y mediados de la década de 2000, por ejemplo, por el sociólogo estadounidense Richard Sennett o el filósofo polaco-británico Zygmunt Bauman.[17] Sennett habló de la «amenaza omnipresente de caer en la nada» y Bauman de los «excluidos de la modernidad». Mientras las guerras y las catástrofes del pasado obligaban a las personas a adaptarse con flexibilidad a lo nuevo, en el capitalismo moderno la flexibilidad permanente es una «práctica cotidiana». Sin embargo, esta inseguridad en la vida irrita a muchos y cuesta millones de víctimas. Donde, según Sennett, en el pasado la ética del trabajo protestante solía dar una estabilidad a la vida humana, hoy

17. Ver Bauman (2005); Sennett (2005).

prevalece el *Hire and Fire*. Al final, cada vez hay más perdedores y menos ganadores, un proceso que se acelera rápidamente con el uso de ordenadores. ¿Cuántas habilidades manuales antiguas y tradicionales, se pregunta Sennett, dejarán de ser necesarias en el futuro?

Cuando discutí sobre esto con Sennett en el Festival de Literatura de Berlín en septiembre de 2012, se lamentó por lo que también se había lamentado en su libro *La cultura del nuevo capitalismo*: que el capitalismo había perdido su lealtad y su responsabilidad. El antiguo bien cultural de la «cooperación» estaba desapareciendo, y los que quedaban eran guerreros solitarios acosados con la mayor inseguridad de la vida. Le contesté que sólo podía compartir de forma condicional su idea de una «identidad laboral» que está en peligro o que está destruida. Porque la igualación de trabajo e identidad rara vez había existido, incluso en el apogeo de la ética del trabajo protestante. Estamos hablando de la época en la que Lafargue quería ver abolidas las imágenes drásticas de explotación, gente maltratada y medio hambrienta y trabajo infantil. Si es correcto el diagnóstico de Sennett sobre un mundo del trabajo en el pasado que forjaba la identidad, que era despreocupado y mejor, entonces sólo se aplica a la pequeña ventana de tiempo de la segunda mitad del siglo XX, pero no a la historia más reciente de la humanidad. Sólo entre los años cincuenta y noventa se impusieron el «reconocimiento», la «recompensa», la «lealtad» y la «seguridad biográfica», y de ninguna manera para todos.

Esta ventana de tiempo histórica, en la que coincido con Sennett, se está cerrando. Pero, ¿tiene que ser necesariamente una catástrofe? ¿O no es precisamente en esto, al menos potencialmente, donde reside la oportunidad de un mayor desarrollo? Sólo si, como Sennett, uno se entrega a una visión excesivamente romántica del mundo del trabajo del pasado, se debe lamentar de forma

fundamental la pérdida de la identidad del trabajo asalariado, una nostalgia envenenada que también se encuentra en Alemania entre gran parte de la izquierda y que obstaculiza el pensamiento sobre el progreso.

Sennett ve la pérdida que el «capitalismo del mp3» inflige al mundo de la vida. Critica la manía juvenil y la fría ideología de preferir siempre y sin rechistar lo nuevo a lo viejo. Con razón, está indignado por el asalto a la tradición y a la experiencia que han comenzado los *geeks* inexpertos de Silicon Valley, y lamenta el culto a la aceleración por razones comprensibles. Pero mientras se aferre a la idea romántica de que es el trabajo asalariado el que crea fundamentalmente la identidad, estará embelleciendo demasiado el concepto de trabajo en la tradición marxista.

El hecho de que un empleo remunerado sea satisfactorio, o que forme la identidad, depende de muchos factores. Depende de la *actividad en sí* —trabajar en una cadena de montaje casi nunca es satisfactorio, y rara vez lo es trabajar en un *call center*— y de la *cultura rectora* de la sociedad. Parece que el trabajo es lo más satisfactorio cuando soy, en gran medida, el dueño independiente de mi trabajo y en unas circunstancias que, sin embargo, sean bastante seguras. Pero, incluso aquí, se plantea la cuestión de por qué ese trabajo debe ser necesariamente un empleo remunerado. La primera condición para evitar que el nuevo mundo de la era digital se convierta en una distopía inhumana es, por tanto, la seguridad material básica. Analicemos más detenidamente esta cuestión.

~

Una utopía humana libera a los seres humanos de la definición de tener que ser un *Homo mercatorius*, un comerciante que inter-

cambia el producto de su trabajo por dinero. Más bien, reconoce que el «trabajo» es la necesidad de muchas personas de hacer algo que llene sus vidas y les dé sentido. Por lo tanto, separa el concepto de «trabajo» como actividad libre del concepto de empleo asalariado y remunerado. Desde la antigüedad, y con mayor intensidad desde las dos primeras revoluciones industriales, los poetas y pensadores han soñado con liberar a las personas de la necesidad de tener que trabajar de forma obligatoria. El progreso técnico podría hacer realidad este sueño para muchas personas en el siglo XXI, a medida que las máquinas inteligentes se hagan cargo de más y más trabajos. El ser humano como creador libre de su vida: esta visión está en el corazón de la utopía digital humana.

Renta básica e imagen de la humanidad

Berlín. Distrito gubernamental. Finales de verano del año 2017. Los niños migrantes juegan al fútbol en el césped que está frente al Reichstag, los periodistas descansan en tumbonas en la arena, los mochileros dormitan a la sombra de la Cancillería a orillas del Spree, los transeúntes curiosos inspeccionan el jardín del Palacio de Bellevue. Una alegoría de paz y tranquilidad; la imagen ideal de una época floreciente, traída al presente desde el primer renacimiento italiano. Un fresco sereno y alegre como el de Ambrogio Lorenzetti en el Palazzo Pubblico de Siena: *consecuencias de un buen gobierno.*[1]

A finales de la década de 2010, Alemania sigue siendo uno de los países más ricos del mundo. La tasa de desempleo es baja; predomina una «escasez de trabajadores cualificados». Los incontables turistas que visitan la metrópoli más relajada del mundo occidental hacen fotos con sus *smartphones*. Les encanta lo pueblerino, lo tranquilo. No se puede comparar con ciudades como Londres, París o Nueva York, ni con las ajetreadas megalópolis de Asia. La tasa de desempleo sigue siendo del 9%, muy superior a la media nacional. Pero ya se podría pensar que en Berlín trabaja muy poca gente; así de relajado parece todo. Como nadie que haga fotos aquí necesitará ya ni un técnico de laboratorio fotográfico ni un estudio para revelar las fotos, reservará una habitación a través de Airbnb, y es probable que utilice un coche autónomo

1. En realidad, el título correcto del fresco de Lorenzetti es *Alegoría del buen y del mal gobierno*. [N.d.T.].

a través de una *app*, probablemente cada vez habrá menos gente trabajando.

¿De qué vivirá entonces la gente de Berlín? Las administraciones están recortando miles de puestos de trabajo en oficinas y hospitales. Las compañías de seguros y los bancos están despidiendo a gente en masa. ¿Quién o qué se ocupará de ellos? La cuestión está en la mente de los institutos de investigación públicos y privados, se debate acaloradamente en el Foro Económico Mundial y está en la mente de los directores generales que se preparan para futuros despidos. Parece que al único sitio a donde no ha llegado esta cuestión es a la gran política. «Pleno empleo» es lo que Angela Merkel denominó su objetivo para 2025.[2] Esto recuerda la frase del káiser Guillermo desde el caballo. ¡Nunca ha habido una mayor pérdida de realidad en la República Federal!

En Davos, en las tribunas de los grandes periódicos y en los *think tanks* del mundo occidental, en cambio, se ocupan del escenario contrario. ¿Será posible mantener la tasa de empleo simplemente haciendo que todos trabajen menos? Lafargue, a quien nadie conoce aquí, les envía sus saludos. La idea no ha perdido nada de su encanto en el siglo XXI. Al fin y al cabo, así se evitaría que muchos queden excluidos. El hecho de que la patronal y los sindicatos de la industria metalúrgica alemana hayan acordado en febrero de 2018 que los trabajadores de ese sector sólo trabajen veintiocho horas si así lo desean es un paso en esa dirección, aunque el motivo no sea el desempleo masivo del futuro. La cuestión, sin embargo, es para qué ramas de la industria se ajusta el modelo de Lafargue. En el sector público probablemente tenga alguna posibilidad. Los maestros y profesores de guarderías sí pueden ha-

2. http://www.zeit.de/politik/deutschland/2017-08/angela-merkel-wahl-kampf-bundestagswahl-vollbeschaeftigung-quote-elektroautos

cerlo. En las administraciones, en cambio, la reducción de la jornada laboral sería probablemente sólo un modelo temporal hasta que la mayoría de esos trabajos ya no sean necesarios. En el futuro tampoco habrá ningún alto directivo, ni ministros de Asuntos Exteriores, ni profesionales de la Bundesliga, ni directores de proyectos o médicos jefes que trabajen a tiempo parcial.

Por lo tanto, la cuestión más importante es otra: ¿cuándo y cómo se producirá la «renta básica incondicional»? Un ingreso mínimo fijo que sea suficiente para vivir: la idea ha inspirado a mentes tan diversas como al ex secretario de trabajo de Estados Unidos, Robert Reich, o al premio Nobel de Economía chipriota Christopher Pissarides de la London School of Economics, al investigador en inteligencia artificial Dileep George, a los inversores de Silicon Valley Joe Schoendorf, Marc Andreessen y Tim Draper, a los empresarios alemanes Götz Werner y Chris Boos, a los altos ejecutivos Joe Kaeser y Timotheus Höttges, y al exministro de finanzas griego Yanis Varoufakis.

Pero los motivos para esta renta básica incondicional no son siempre los mismos. Para Silicon Valley, está claro que los datos sobre la pobreza no valen nada. ¿A quién deben venderlos si no pueden pagar los productos que se ofrecen? La economía de los datos no tiene ningún interés en el empobrecimiento colectivo; amenaza su modelo de negocio. Otros se preocupan por la pobreza de los ancianos, las crecientes protestas, el malestar social y las condiciones similares a las de una guerra civil, ya que millones de personas están viendo cómo sus niveles de bienestar se están hundiendo. Por su parte, otros como Varoufakis ven la renta básica como un medio de participación y redistribución fundamental, tal vez incluso como un instrumento de cambio del sistema, una idea que el filósofo social francés André Gorz ya había pensado con antelación.

Estos diferentes motivos han formado parte de la idea de la renta básica desde que Tomás Moro la esbozó por primera vez en *Utopía*. Cuando el amigo de Moro, el humanista español Juan Luis Vives, retomó la idea, la argumentó con el deber de un hombre cristiano de no dejar a los más pobres desatendidos. Los pensadores de la Ilustración Montesquieu, James Harrington, Thomas Paine y Thomas Spence desarrollaron la idea hasta convertirla en una obligación general del Estado de cuidar de todos; sin embargo, Harrington, Paine y Spence no pensaban en términos de pagos monetarios, sino en términos del derecho a poseer tierras. A principios de la Revolución Industrial, muchos pensadores ingleses y franceses se sumaron al concepto del pago de una renta estatal básica. El filósofo y economista John Stuart Mill, el gran pensador inglés del siglo XIX, consideraba que un mínimo garantizado era la combinación más hábil de todas las formas de socialismo. En el siglo XX, Erich Fromm y Martin Luther King, psicoanalista y activista de los derechos civiles respectivamente, abogaron con firmeza por una renta básica.

Sin embargo, hay que ver el trasfondo de cada uno de los casos en los que se ha exigido una renta básica. Cuando el economista estadounidense conservador y de derechas Milton Friedman habló a principios de los años sesenta de lo negativo que sería un impuesto sobre la renta que garantizara unos ingresos mínimos a las rentas bajas, la cantidad prevista era extremadamente pequeña. Lo mismo ocurre con el concepto del economista estadounidense James Tobin. Al ser un Estado que no garantiza a sus ciudadanos una protección mínima comparable a la de Europa Occidental, las condiciones de Estados Unidos son completamente diferentes a las de los estados más ricos de la UE. En vista de ello, las ideas de una renta básica que surgen hoy de Silicon Valley no son un referente para Europa Occidental.

Se puede llegar rápidamente al acuerdo de que una nueva forma de protección mínima debe aparecer en una época en la que el empleo remunerado es cada vez menor (a menos que, simplemente, se niegue este problema emergente). La globalización y la digitalización están cambiando nuestros entornos de trabajo y de vida de manera tan fundamental que, inevitablemente, conducirán a una sociedad diferente. La pregunta es a cuál. ¿A un mundo en el que la productividad y los beneficios aumentan, pero incluso la mayoría de los miembros de la clase media ya no se benefician de ello, sino que se convierten en desempleados y en gente pobre? ¿O a un *nuevo contrato social* que se adapte a las nuevas circunstancias para preservar, quizá incluso, para aumentar el bien? No habrá un nuevo contrato social sin una intervención amplia en el sistema de valores existente de la sociedad del trabajo y del mérito, que vincula su ideal de eficacia al empleo remunerado.

Si se promueve la RBI en Alemania, la renta básica incondicional, que debe recibir todo ciudadano independientemente de su necesidad, la primera pregunta que surge de forma instintiva es: ¿quién la va a pagar? La pregunta —tan automatizada que nadie parece preguntarse por qué surge de esa manera tan directa— es desconcertante. ¿Por qué no se podría financiar la RBI? Al fin y al cabo, vivimos en la Alemania más rica que jamás haya existido. Además, la productividad aumenta rápidamente gracias a la digitalización; los ordenadores y los robots no cotizan a la seguridad social, no cobran pensión, no tienen vacaciones pagadas ni paga de maternidad. No duermen, sino que trabajan día y noche sin esfuerzo.

La RBI es, sin duda, asequible, pero no de la forma tradicional, es decir, con impuestos sobre el trabajo. En este sentido, cualquier crítica que crea que los tipos impositivos para todos los trabajadores tendrían que subir astronómicamente carece de sentido.

¡El objetivo de la RBI es que los tipos impositivos sobre el empleo remunerado *no* aumenten, sino que, incluso, puedan disminuir! Cuando el redactor del periódico *Die Zeit*, Kolja Rudzio, afirma que «cuanto la renta básica más libera a las personas de un empleo remunerado mezquino, más socava su propia financiación»,[3] pasa por alto el punto crucial. En una época en la que cada vez hay menos trabajadores remunerados, ¿cómo van a financiar el estado del bienestar? ¡Esto ni siquiera funciona con el sistema social existente! Porque, incluso eso, se derrumba cuando los ordenadores y los robots exentos de impuestos se ocupan de millones de trabajos que antes hacían las personas. Sorprendentemente, ni siquiera el politólogo de izquierdas Christoph Butterwegge se percata de ello cuando quiere preservar el sistema social existente para el futuro, pero considera que la RBI no se puede pagar: «En este caso, habría que mover enormes masas financieras, que superarían varias veces el volumen del presupuesto federal actual (unos 300.000 millones de euros), aumentaría probablemente la pobreza pública y relegarían *per se* la realización de la RBI al ámbito de la utopía».[4]

Que muchos izquierdistas consideren hoy en día que «utopía» es un concepto negativo es bastante triste; después de todo, la izquierda en particular siempre ha defendido históricamente ideas nuevas y más sociales para la sociedad. Pero, ¿por qué Butterwegge ve, sobre todo con la RBI, que la pobreza pública aumentará, y no que esto sucederá inevitablemente si *no* se introduce la RBI? Sin embargo, el investigador de la pobreza que considera «sectario» el movimiento a favor de la renta básica, sigue siendo

3.http://www.zeit.de/2016/24/bedingungsloses-grundeinkommen-schweiz-abstimmung-pro-contra/seite-2

4. https://www.vorwaerts.de/artikel/bedingungslose-grundeinkommen-zerstoert-wohlfahrtsstaat

de los que consideran que la gran convulsión del mercado laboral es pura ciencia ficción: «La digitalización, el cambio demográfico y la globalización son los tres grandes relatos de nuestro tiempo. Se supone que deben asustar a la gente para que se conforme con menos de lo que tiene hoy. Con la mecanización, la motorización y la electrificación ya se predijo que nos quedaríamos sin trabajo. Pero, a día de hoy, todavía no se han abandonado las fábricas».[5]

Para Butterwegge, a diferencia de Marx, Lafargue y Wilde, el empleo remunerado es, obviamente, una gran bendición. Sus temores son probablemente similares a los del escritor austriaco Jakob Lorber a mediados del siglo XIX: «Pero, al final, llegará un momento en que la humanidad alcanzará una gran inteligencia y habilidad en todas las cosas y construirán toda clase de máquinas que harán todo el trabajo humano como los seres humanos y los animales vivos y racionales; pero, como resultado, muchas manos humanas se quedarán sin trabajo, y los estómagos de los pobres y desempleados se llenarán de hambre. Entonces, la miseria del pueblo aumentará hasta un nivel increíble».[6] La filósofa Hannah Arendt también se ofrece ideológicamente como hermana de espíritu: «A lo que nos enfrentamos es a la perspectiva de una sociedad del trabajo que se ha quedado sin trabajo, es decir, sin la única actividad que todavía entiende. ¿Qué podría ser más desastroso?».[7]

No es de extrañar que para Butterwegge la reivindicación de la renta básica sea algo así como una conspiración neolibe-

5. https://chrismon.evangelisch.de/artikel/2017/36320/anny-hartmann-und-christoph-butterwegge-diskutieren-ueber-das-bedingungslose-grundeinkommen

6. Jakob Lorber: *Das große Evangelium Johannes*, Lorber Verlag 1983, vol. 5, cap. 108, parágrafo 1.

7. Hannah Arendt: *Vita activa oder Vom tätigen Leben*, Piper 1981, p. 12.

ral contra el estado del bienestar, apoyada por algunos soñadores de izquierda que están equivocados. Por eso, antes de hablar de financiación, habría que preguntarse cuál tendría que ser la cuantía de la renta básica para que los ciudadanos no tuvieran que «conformarse con menos». Los beneficiarios del subsidio de desempleo II (*Hartz IV*) en Alemania reciben una cantidad estándar de 416 euros por persona. Además, hay un subsidio de alquiler de hasta 590 euros, dependiendo de la región, y unos 130 euros de ayuda para el seguro de salud, asistencia y pensiones. Incluyendo algunas cantidades menores como el agua caliente o los gastos de mudanza, un solo beneficiario de *Hartz IV* en Alemania recibe entre 950 y 1.200 euros al mes, dependiendo de la región de residencia.

En esta situación, resulta realmente extraño que el empresario Götz Werner pida una renta básica de 1.000 euros para todo el mundo, pero que, al mismo tiempo, quiera que se supriman todas las prestaciones sociales, incluido el subsidio de vivienda.[8] Para la mayoría de los beneficiarios del *Hartz IV* esto significa que su situación económica se deteriorará. La propuesta está muy lejos del noble objetivo de Werner de hacer posible una vida digna para todos. Los que recibían una ayuda a la vivienda de 590 euros en Múnich y ahora tengan que pagar ellos mismos el alquiler, se quedarán con 410 euros, ¡de los que también tendrán que pagar el seguro de enfermedad y asistencia! Lo que se presenta con la máscara del humanitarismo obviamente no está bien pensado, y alimenta la sospecha de Butterwegge de que todo esto sólo aumentará la pobreza pública.

8. http://www.faz.net/aktuell/wirtschaft/arbeitsmarkt-und-hartz-iv/dm-gruender-goetz-werner-1000-euro-fuer-jeden-machen-die-menschen-frei-1623224-p2.html; http://www.unternimm-die-zukunft.de/de/ zum-grundeinkommen/kurz-gefasst/prinzip

Una cantidad adecuada para la renta básica no puede ser 1.000 euros, sino una cantidad claramente superior a la actual tasa del *Hartz IV*, es decir, al menos 1.500 euros. La tesis del empobrecimiento de Butterwegge quedaría, así, invalidada. Pero aquí, a más tardar, surge el siguiente enfado de la izquierda. ¿Por qué todo el mundo en Alemania, incluidos los multimillonarios, debe recibir 1.500 euros como regalo del Estado? El corazón de la izquierda late con una furia salvaje, no sólo con Butterwegge, sino también con Gregor Gysi.[9] También aquí es evidente que no se ha pensado demasiado bien. En primer lugar, la cantidad que el Estado reparte entre sesenta multimillonarios en Alemania no importa estadísticamente. Lo que es más importante es que, como resultado de un cambio en el modelo fiscal, los millonarios y multimillonarios, en particular, pagarán en el futuro bastantes más impuestos de lo que cobran de la renta básica, pero no a través del impuesto sobre la renta, que puede eludirse de forma muy sutil con un traslado de residencia y con las empresas fantasma.

*

Por lo tanto, ¿cómo debería ser la fiscalidad del futuro? La idea de un «impuesto sobre las máquinas» existe desde los tiempos de la primera revolución industrial. ¿Por qué no se gravan las máquinas de vapor, los tractores y, en el futuro, los ordenadores y los robots? La idea es antigua y suena bonita, pero hasta ahora no ha sido convincente en ningún momento histórico. Esto se debe a que una tasa sobre el valor añadido frena precisamente la creación de valor que se necesita para financiar una seguridad básica adecuada para todos. Además, está totalmente fuera de lugar que un

9. https://www.youtube.com/watch?v=PRtlr1e_UgU

solo país altamente industrializado lo adopte mientras otros no lo hacen. Si Bill Gates ha retomado recientemente la idea, tampoco es porque quiera utilizarla para financiar el estado del bienestar. Su motivo es el de un aprendiz de brujo que quiere frenar a los espíritus que ha convocado, por miedo a que la gente no pueda hacer frente al rápido progreso de la digitalización.

Otro concepto igualmente popular es el de un impuesto negativo sobre la renta, del que se están debatiendo diversas variantes en Alemania, como el Modelo de Límite de Transferencia de Ulm (TGM) o la Renta de Ciudadanía Solidaria, que el exministro presidente de Turingia, Dieter Althaus, ha sometido a debate. La renta básica se financiará a través de los impuestos sobre la renta, según el modelo, incluyendo los intereses, los ingresos por alquiler y los dividendos. La mayoría de estos modelos fijan la renta básica en una cantidad tan baja como la de Götz Werner, es decir, en torno a los 1.000 euros. También aceptan un deterioro de las prestaciones para los beneficiarios del *Hartz IV*. A cambio, ofrecen mejores incentivos económicos para ganar un dinero extra y una reducción masiva de la burocracia.

Para quienes son fundamentalmente críticos con la RBI, el impuesto negativo sobre la renta parece la solución más aceptable. Pero, precisamente, este atractivo es su quid. La idea se remonta a la década de 1940 y tuvo su más destacado defensor en Milton Friedman en la década de 1960. Sin embargo, a la vista de los millones de personas que en el futuro perderán su empleo remunerado en los países industriales altamente desarrollados, parece, por el contrario, algo verdaderamente abstruso: ¡es como intentar apagar el fuego de una casa con una regadera! Si cada vez hay menos personas con empleo remunerado, las que lo tienen ya no podrán financiar el estado del bienestar con su trabajo. E incluso la idea, atractiva para muchos escépticos de la RBI, de dar a

los beneficiarios de la renta básica que no tienen un empleo remunerado mejores incentivos para buscar uno, es una idea obsoleta a la luz de la masiva reducción del mercado laboral digital. Sólo cuando se ha comprendido que la época del empleo remunerado generalizado es muy probable que llegue a su fin, se entiende la situación. Sin embargo, para esta nueva situación, la vieja idea del impuesto negativo sobre la renta no contiene ninguna solución.

Por ello, los conceptos más adecuados para el futuro se han despedido de la idea de financiar una renta básica a través del empleo remunerado. Entre ellos, se encuentra la propuesta de Götz Werner de gravar sólo el consumo en lugar de la renta, la consideración de gravar los recursos naturales, especialmente el valor de la tierra, un impuesto sobre el CO_2 o un impuesto sobre la contaminación ambiental (impuestos pigouvianos). Cada una de estas propuestas tiene ventajas y vale la pena considerarlas. Sin embargo, no todos los que poseen una gran cantidad de tierra pueden pagar impuestos elevados. La buena idea de gravar las emisiones de dióxido de carbono de las empresas parece, por desgracia, difícilmente posible con las condiciones legales actuales en Alemania, lo que no significa, sin embargo, que no puedan cambiarse.

Esto nos deja con la mejor idea hasta la fecha. ¿Por qué no gravar las transacciones monetarias? Consideremos el modelo propuesto por un grupo de trabajo dirigido por el político especializado en finanzas y ex vicecanciller suizo Oswald Sigg.[10] Según este modelo, las transacciones de pagos de Suiza son unas trescientas veces mayor que su producto interior bruto. Si se aplicara un «microimpuesto» del 0,05% a cada transferencia de dinero, se financiaría una renta básica de 2.500 francos para Suiza. Para los ciudadanos de a pie, estos impuestos no tendrían prácticamente

10. http://www.microtax.ch/de/home-deutsch/

ninguna consecuencia perceptible. Esto se debe a que el 90% de la suma proviene del sector financiero, especialmente de las transacciones que tienen una mayor frecuencia.

La principal razón por la que se debate el impuesto sobre las transacciones financieras es evitar que la especulación sea más rentable que la inversión en la economía real. Dado el enorme volumen de la especulación financiera actual, este es un temor completamente realista. Además, para John Maynard Keynes ese impuesto debía evitar las burbujas financieras y los desplomes bursátiles de los años treinta. No es de extrañar que, ante la crisis de los mercados financieros mundiales, la Comisión de la UE retomara la idea de un impuesto sobre las transacciones financieras en 2011, en medio de la feroz oposición del Reino Unido, que vive del sector financiero más que ningún otro país de la UE. Cuando la propuesta estuvo lista en 2013, sólo se hablaba de once países de la UE. Pero cuanto más duró la crisis, menos continuidad tuvo el proyecto. Los grupos de presión de la industria financiera volvieron a tomar la delantera e inundaron las páginas de negocios de los principales periódicos y revistas con argumentos poco convincentes. Independientemente de las objeciones que se hicieron sobre las desventajas económicas, las ventajas las superaban con creces. Un impuesto sobre las transacciones financieras hace que los mercados financieros sean más estables y reduce las apuestas en el casino bursátil. Los únicos perdedores son los jugadores que más arriesgan, y nadie más.[11]

La única objeción de peso no es de carácter económico. Es el temor de que los especuladores financieros tengan siempre suficientes posibilidades de evitar el impuesto. Tomar esa objeción

11. Comparar con los argumentos del investigador de la economía Stephan Schulmeister en https://www.boeckler.de.

como una razón sería como renunciar a la lucha contra el crimen porque, sin embargo, se sigue produciendo una y otra vez. Está claro que cuantos más países participen en un impuesto sobre las transacciones financieras, mejor. Dos consideraciones permiten ser optimistas en este sentido. En primer lugar, no se consigue ningún progreso social si veintiocho jefes de gobierno se ponen de acuerdo. Ni se ha abolido la esclavitud de esta manera, ni se ha impulsado la igualdad de la mujer, ni se aplicará un impuesto sobre las transacciones financieras en la UE de esta manera. Todo el progreso social proviene de cada uno de los Estados de forma separada, que luego desencadenan un efecto dominó en otros países.

Si consideramos el impuesto sobre las transacciones financieras a la luz de la posibilidad de utilizarlo para pagar una renta básica a los ciudadanos en el futuro, muchos países de la UE, que antes estaban enfrentados, se encuentran, de repente, en el mismo barco. Porque ahora ya no se trata de una cuestión de mayor o menor consideración frente a la industria financiera: se trata de un enorme problema al que se enfrentan Francia, Alemania, Polonia e Italia por igual: ¿cómo evito el declive social de las clases medias? ¿Cómo evito los disturbios sociales violentos? A la luz de estas amenazas, debería ser posible lograr rápidamente lo que en la actualidad parece completamente utópico. El motor del progreso social nunca ha sido el mejor argumento, sino que siempre lo han sido los afectos y la catástrofe. Sin embargo, los planes para llevarlo a cabo deben forjarse ahora, y no en un estado de drama, de exigencia excesiva y de decisiones precipitadas.

Si un microimpuesto del 0,05% sobre cada transacción financiera podría bastar para financiar una RBI para Suiza, también es posible calcular qué porcentaje sería necesario para hacer lo mismo para Alemania. El porcentaje sería, sin duda, mayor, pero ciertamente tan pequeño que la mayoría de la gente apenas lo no-

taría. Desarrollar modelos realistas adecuados no es tarea de los filósofos, sino de los economistas. También tendrían que tener en cuenta las presuntas consecuencias para la especulación. Pero, incluso si ese microimpuesto suprimiera un cierto porcentaje de las operaciones del sector financiero —lo que sería de lo más valioso para la estabilidad de los mercados financieros— la renta básica en los países ricos podría ciertamente financiarse de esta manera. Después de todo, el volumen del comercio mundial de derivados asciende a entre 600 y 700 billones de dólares, ¡unas diez veces el producto interior bruto mundial! Por lo tanto, ninguna RBI debería fracasar por culpa del dinero. El microimpuesto sobre las transacciones financieras sería la mejor idea, al menos a corto y medio plazo, al menos mientras la economía financiera internacional siga siendo lo que es hoy...

*

De todas las cuestiones que plantea la RBI, la financiación es, por tanto, el menor de los problemas. Mucho más interesantes son las cuestiones psicológicas, porque aquí se trata de la imagen de la humanidad del presente y del futuro. Aquí chocan las visiones del mundo, las creencias, los prejuicios que se han llegado a convertir en algo estimado, los caracteres culturales y las mentalidades.

Como se ha visto, la izquierda en particular se ha abierto camino con la idea de que el ser humano necesita un empleo remunerado para ser feliz. Pero, ¿quién es el «ser humano»? Durante una mesa redonda ante el departamento de desarrollo de Audi, un ingeniero que trabaja allí me explicó que el ser humano es por naturaleza un «solucionador de problemas». Cuando algo no es óptimo, se esfuerza por mejorarlo. Bueno, pensé, tal vez los inge-

nieros de Audi sean así; en mi entorno personal, en cambio, apenas hay gente que esté pensando en mejorar algo, y mucho menos en inventarlo.

Hay que tener mucho cuidado con el término «ser humano». El ser humano es, como decía Nietzsche, el «animal aún no fijado». Además, según el filósofo Carl Schmitt, «quien dice humanidad, ¡miente!». Demasiadas cosas del ser humano dependen de las condiciones en las que vive como para definirlo claramente. Lo que era evidente para una persona de la Edad Media europea —una vida en manos de Dios, o la certeza de que pronto amanecería en la tierra el reino milenario de Dios— nos parece hoy algo bastante extraño, aunque sigamos siendo centroeuropeos. Que el «ser humano» ya no sepa qué hacer consigo mismo, y que haya perdido el sentido de la vida si no trabaja por dinero, es una suposición muy llamativa. Califica de infelices a todas las amas de casa, a los amos de casa, a los pensionistas, a las esposas que se dedican a disfrutar del lujo, a los niños de la realeza, a los habitantes de la selva tropical y a los guerreros masáis.

Lo único que es cierto es que, en una sociedad como la alemana de hoy en día, muchas personas se sienten mal e inútiles cuando pierden su empleo y no pueden encontrar uno nuevo. Sin embargo, su problema no es probablemente antropológico, sino muy moderno. La cuestión de que las personas deben «hacer algo de sí mismas» o «hacer sus vidas» a través de un empleo nunca se le planteó al agricultor o al trabajador de la fábrica del siglo XIX. Que uno debe utilizar sus talentos, ser creativo o, incluso «autorrealizarse», son exigencias de las sociedades más avanzadas. Surgieron gradualmente a lo largo del siglo XX, y sólo ahora tendría que sentirse mal quien no alcance estos objetivos. Pero aún hoy hay bastantes personas para las que su empleo no satisface tales exigencias. Si vivieran en una sociedad que no vinculara

la realización personal o el uso del talento a un empleo, esto sería, sin duda, un paso adelante.

Sin embargo, en la sociedad actual, la pérdida de un empleo significa también una pérdida de reconocimiento social; un ataque a la autoestima. Quien sufre esto se siente —y ninguna poesía antropológica sobre la necesidad innata de querer ser creativo ayudará aquí— como un perdedor de la revolución digital. Ni siquiera la RBI cambia eso, sobre todo porque el gran desmantelamiento de la burocracia en las oficinas convierte a los que antes juzgaban a los beneficiarios de *Hartz IV* en los propios parados. Los únicos trabajos que aún pueden encontrar —repartir paquetes o trabajar en un *call center*— apenas tienen más reconocimiento social que no trabajar. Responder a estas personas con eslóganes sobre la nueva necesidad del «aprendizaje permanente» es, como mínimo, cínico.

De hecho, la tendencia a pasar de tener una buena profesión a un mal empleo está en marcha desde hace tiempo. En 1993, 4,4 millones de personas trabajaban en Alemania en empleos que no estaban sujetos a las cotizaciones de la seguridad social. En 2013, ya había 7,6 millones, y la tendencia sigue al alza. Ya no están familiarizados con una cultura empresarial que les ofrece protección y fiabilidad. Se esfuerzan en trabajar como «crowdworkers» o se ponen a la venta en la «Gig Economy», por ejemplo como conductores de Uber.[12] En los países del sur de Europa, en particular, la economía digital sumergida ha crecido enormemente en los últimos años y está enmascarando con ello la crisis de la tradicional sociedad del trabajo. En España, en particular, la gente alquila sus apartamentos a través de Airbnb y ya no paga nada a la seguridad

12. http://www.handelsblatt.com/politik/deutschland/arbeitsmarkt-jeder-fuenfte-arbeitet-nicht-in-regulaerem vollzeit-job/11665150.html

social. Lo que antes era un simple comportamiento amable —llevar a alguien en el coche, poner una habitación a disposición de un estudiante por poco tiempo— es ahora un negocio completamente desarrollado. El comportamiento social se ha convertido en pensamiento empresarial, y la larga sombra de Silicon Valley está socavando la moral cotidiana; no es productivo.

El mundo del trabajo remunerado hace tiempo que dejó de ser lo que los opositores a la renta básica creen que es. Hay una gran «y» entre el trabajo asalariado y el reconocimiento en la realidad alemana del año 2018. Un empleo remunerado *puede* significar reconocimiento, satisfacción y la sensación de ser necesario. A menudo, no es así. La frase de Butterwegge de que «en una sociedad del trabajo, la satisfacción vital, el estatus social y la autoestima dependen de la actividad laboral»[13] es, por tanto, doblemente problemática. En primer lugar, definitivamente esto no es cierto para muchas personas y, en segundo lugar, es precisamente esta sociedad del trabajo la que está empezando a desaparecer gradualmente —al menos para un número tan grande de personas que no puede seguir siendo la idea rectora exclusiva de nuestra sociedad—.

En cualquier caso, nada de esto supone un argumento contra la renta básica. Porque no es la RBI lo que hace que mucha gente esté en el paro, sino la economía digital. La renta básica es un intento de aliviar las dificultades materiales y un esfuerzo por liberar psicológica y socialmente el estado de no trabajar por un salario de la maldición del ostracismo. Sin un cambio de valores, los críticos de la RBI tienen razón, la renta básica tiene poco valor. No es, como creen algunos partidarios acérrimos, la solución, sino sólo un elemento de construcción de la misma.

13. https://www.vorwaerts.de/artikel/bedingungslose-grundeinkommen-zerstoert-wohlfahrtsstaat

En este contexto, ¿qué debemos hacer con la objeción de que la RBI destruiría el estado del bienestar alemán? Pues bien, este estado del bienestar es hijo de la sociedad del trabajo y del mérito de finales del siglo XIX y del XX. Tiene su origen en una época en la que muchas personas trabajaban en empleos sujetos a las cotizaciones de la seguridad social y en la que el pleno empleo era el objetivo social. De esta época surgió lo que Norbert Blüm llamó la autoayuda solidaria: el estado del bienestar, construido sobre el «principio de reciprocidad». Nadie dudará seriamente que fue un tremendo logro de la sociedad del trabajo y del mérito, pero tampoco nadie podrá afirmar seriamente que el estado del bienestar está intacto. Socavado por las relaciones laborales precarias —*minijobs*, trabajos temporales, falsos autónomos, prácticas no remuneradas, etcétera— está lejos de ser lo que era. Cuando cada vez más empleos remunerados están exentos de cotizaciones a la seguridad social, ya no se puede hablar del «principio de reciprocidad».

En cualquier caso, a los críticos de izquierdas de la RBI les molesta especialmente el hecho de que la renta básica se aleje de la idea del mérito. El estado del bienestar de viejo cuño es una comunidad de contribuyentes basada en el mérito en la que se recibe lo que se gana, y al hacerlo se apoyan y ayudan mutuamente. En cambio, la renta básica se financia con impuestos; no se recibe porque se haya «ganado» con las cotizaciones sociales. Lo que parece noble es, si se observa con detenimiento, un romanticismo social simplista. Los que han pasado su vida en una profesión mal pagada y con cotizaciones a la seguridad social ya viven con muy poco dinero, y lo harán con aún menos en el futuro, a menudo por debajo de los 1.500 euros previstos en la RBI. Quien piense que eso es justo, es que ha llegado a un acuerdo con el sistema social existente de una manera extraña. ¿Tal vez esas personas deberían

hablar con los pensionistas pobres al respecto? ¿Y es eso realmente «más justo» que una renta mínima adecuada para todos?

«Justicia» es una palabra ambigua. Al fin y al cabo, todo el mundo tiene derecho a interpretarla como quiera. Para un liberal, es justo que todos tengan *las mismas oportunidades* de prosperar, sin límites hacia arriba. Para un socialista, lo justo es que todos reciban *una parte igual* del pastel. Ninguna de estas ideas, filosóficamente hablando, es «por naturaleza» más justa que la otra. No es de extrañar que la economía social de mercado siempre haya tratado de equilibrar ambas ideas, aunque en condiciones económicas cambiantes. Si el estado del bienestar está amenazado, es porque la economía mundial está cambiando rápidamente. Quien crea hoy que el estado del bienestar alemán puede mantenerse en su forma actual, que puede seguir financiándose mediante el empleo remunerado, y que sólo quiere aumentar las tasas del *Hartz IV*, ya no vive en el presente y está ciego ante el futuro. Una situación transitoria no se puede detener con reglas. Se puede cambiar el agua de una flor marchita tantas veces como se quiera, pero no se puede evitar que se marchite.

En Alemania, en 2018, sólo el 53% de los empleados sigue teniendo un empleo remunerado según los convenios colectivos. Paralelamente, cada vez menos personas podrán vivir de su pensión cuando lleguen a la vejez. El hecho de que su seguridad social siga vinculada a un empleo remunerado será su perdición, porque no tendrán una pensión de 1.500 euros. En el caso de la RBI, sin embargo, aquí estarían protegidos. Quienes hayan cotizado durante toda su vida al régimen de pensiones y reciban una pensión superior a 1.500 euros también recibirán la cantidad correspondiente. Lo mismo se aplica proporcionalmente a todos los que han cotizado al régimen durante algunos o muchos años. Se les abonará la cantidad correspondiente para que ningún contribuyente ten-

ga que enfadarse por una renta básica injusta. Quien, en el futuro, piense que 1.500 euros de jubilación es demasiado poco para él, sigue siendo libre de contratar un seguro de pensiones privado.

Pero, aunque ningún pensionista esté en peor situación como consecuencia de la RBI, sino que muchos estén en mejor situación, en algunos sectores todavía se sigue dando una cierta resistencia. ¿Por qué alguien que ha trabajado toda su vida por un salario no va a recibir al final una pensión mayor que alguien que nunca lo ha hecho? Este descontento es comprensible. Como ocurre con cualquier cambio social importante, muchos se verán a sí mismos como víctimas, aunque sólo lo sean psicológicamente y no materialmente. No es un gran problema si la ética del trabajo incondicional que tienen algunas personas («yo trabajaría siempre y *nunca* viviría del Estado») es sustituida por una renta básica incondicional. La autocomprensión de la sociedad clásica del trabajo y del mérito, heredada de generaciones, se suspende de repente parcialmente (por supuesto, no completamente). No sólo la ficción rectora de la meritocracia, sino también el rendimiento de la vida monetaria de muchas personas, aparece de repente bajo una luz diferente. No es de extrañar que algunas personas que han pasado toda su vida con un empleo remunerado teman que en el futuro cada vez menos personas tengan la motivación de trabajar. ¿No tenemos ya escasez de trabajadores cualificados en Alemania y suficientes jóvenes que no quieren aprender un oficio y prefieren no hacer nada?

En primer lugar, debe quedar claro: ¡la justicia universal no existe! Los que ahora se quejan de que han tenido que trabajar por dinero durante toda su vida, mientras que muchos ya no tendrán que hacerlo en el futuro, pueden tranquilizarse: ¡qué suerte que pertenecen a una generación que no tuvo que ir a una guerra mundial, mientras que sus padres y abuelos sí! ¿Por qué no se pue-

de permitir que las generaciones futuras lo tengan mejor que las anteriores? ¿Debería una mujer de noventa años estar en contra de la emancipación porque, a diferencia de los jóvenes de hoy, no podría beneficiarse de ella en ese momento?

¿Pero qué hay del miedo a que la gente pierda su ética del trabajo con una renta básica? ¿No está justificado a pesar de ello? Si algunas personas que antes tenían que trabajar por dinero ya no tienen que hacerlo de forma obligatoria porque están mejor protegidas que antes, eso no es ciertamente una catástrofe. Por un lado, y de forma paralela, el empleo remunerado está desapareciendo. Por otro, por fin —¡y por primera vez en la historia reciente de Alemania!— se está dando un cambio radical en el mercado laboral. Las profesiones importantes y útiles tienen que ser remuneradas adecuadamente. ¿Quién quiere escuchar los eternos discursos de la campaña electoral socialdemócrata sobre la enfermera soltera, que, por fin, debería cobrar de forma decente, cuando sabemos que el SPD (Partido Socialdemócrata de Alemania) no ha cambiado nada fundamental al respecto en décadas de participación en el gobierno y que, tal vez, no pueda hacerlo con el sistema actual? Si todo el mundo recibe una renta básica de 1.500 euros, la empleada encargada de limpiar los aseos ya no tendrá que sentarse en algún lugar para pedir limosna. Ningún pensionista tendrá que conducir un taxi porque su pensión no sea suficiente. La enfermera y el cuidador geriátrico recibirán, por fin, un salario adecuado. Seguro que la peluquería será un poco más cara, pero poco cambiará el negocio de la restauración. ¿Por qué los camareros no deberían ganar 1.000 euros además de su renta básica? Ahora, la enfermera y el cuidador geriátrico pueden, y si lo desean, ganar una cantidad extra a través de un trabajo además de su renta básica: ¡este es el paso de la explotación a la semana de veintiuna horas de Lafargue!

Aumentan las exigencias de los trabajadores sobre la calidad del trabajo y, sobre todo, del entorno laboral. Ningún camarero querrá seguir trabajando en un restaurante con un mal ambiente de trabajo. Modelos de negocio como McDonald's, con sus malas condiciones laborales, son cosa del pasado. No habrá ninguna desventaja económica como resultado. Los que antes comían en McDonald's ahora lo hacen en casa o en restaurantes con mejores condiciones laborales. Por otro lado, en el futuro todos los servicios serán más baratos porque los realizarán robots y ordenadores. Siempre ha habido cambios en la estructura de los precios. El precio de la carne en Alemania es hoy muchas veces más barato que en los años cincuenta; una hora de trabajo manual es muchas veces más cara.

La motivación para hacer un trabajo monótono se verá definitivamente mermada por la RBI. A nivel general, afectará a muchas áreas que, de todos modos, pronto estarán totalmente digitalizadas. Qué pequeña parece esta dificultad comparada con el momento decisivo cultural en el sentido de Lafargue y Wilde: ¡que en el futuro ningún desempleado en Alemania tenga que estar atormentado por un profundo miedo existencial! En este sentido, el editor del *Zeit* Bernd Ulrich llama acertadamente a la RBI un «contrato social contra el miedo en el trabajo».[14] A una cultura educativa que tenga un miedo cada vez menor le sigue una cultura del trabajo en gran medida liberada del miedo. Sólo a los que creen que hay que chantajear a las personas para que trabajen no les gustará. Pero, al mismo tiempo, no podrán afirmar que el trabajo asalariado está en la naturaleza humana.

Lo que se pierde en el miedo existencial por otro lado ofrece a algunas personas el margen de maniobra necesario para pensar

14. http://www.zeit.de/2016/24/bedingungsloses-grundeinkommen-schweiz-abstimmung-pro-contra

detenidamente en lo que realmente *quieren* hacer. Para la tantas veces criticada falta de espíritu empresarial en Alemania, este no es el peor de los requisitos, aunque se sabe que esto requiere algo más que una seguridad material básica. Por supuesto, también con una RBI habrá bastantes personas que apenas puedan tener la motivación de realizar actividades socialmente significativas, pero esto también existe hoy en día.

*

Los que abogan por ese tipo de renta básica digna quieren una sociedad diferente, una que desvincule en gran medida el valor de un ser humano del empleo remunerado. El hecho de que las sociedades ricas garanticen a sus miembros más débiles un sustento, completamente independiente de solicitudes, oficinas y colas, es un gran paso en la historia de la civilización. No son los trabajadores de a pie los que tienen que pagar este paso, sino las personas, empresas, bancos e instituciones que disponen de mucho más dinero del que pueden gastar y con el que juegan en bolsa. Sus enormes beneficios serán un poco menores, y algunos negocios relámpago ya no valdrán la pena; las «víctimas» sobrevivirán.

Por supuesto, esto no resuelve todos los problemas. Mucho más grave es la existencia de un dilema estructural. Sólo unos pocos discuten que la digitalización aumenta enormemente la productividad.[15] ¿Por qué no va a haber ganancias de producción si en el futuro los robots y los ordenadores van a producir mucho más y mucho más barato que los humanos? La consecuencia, sin

15. Este problema es ampliamente discutido en Estados Unidos por Robert J. Gordon: *The Rise and Fall of American Growth. The U. S. Standard of Living Since the Civil War*, Princeton University Press 2017, 4 ed.

embargo, es el previsible desempleo masivo. Las personas que antes tenían un trabajo bien remunerado ahora ya no lo tienen y viven con mucho menos dinero. En este contexto, es totalmente irrelevante, desde el punto de vista económico, que las empresas de internet analicen los datos personales para hacer spots publicitarios dirigidos a sus clientes que sean más selectivos y manipuladores. Cuando la gente tiene menos dinero en el bolsillo, el volumen de consumo disminuye, por muy inteligente que sea la publicidad que se haga. *Racionalizar la producción significa más beneficios para la economía; racionalizar el consumo, en cambio, no significa lo mismo, al menos si el poder adquisitivo no aumenta al mismo tiempo.*

El hecho de que la fuerza productiva y el poder adquisitivo no vayan de la mano se ha observado en muchas economías occidentales desde la década de 1970. En Alemania, la producción es muy superior al poder adquisitivo. La consecuencia de esta evolución es bien conocida: cuanto menor sea el poder adquisitivo en el propio país en comparación con la producción, más importantes serán las exportaciones. Otra posibilidad de seguir echando leña al fuego de forma artificial es el endeudamiento tanto del Estado como de los particulares, que es especialmente flagrante en Estados Unidos, por ejemplo. Pero, ¿qué ocurre cuando el poder adquisitivo cae rápidamente como consecuencia de futuros despidos? ¿No es entonces la consecuencia lógica remunerar adecuadamente al «cliente trabajador» y al «prosumidor», que realiza por sí mismo numerosos servicios que antes realizaban los trabajadores que tenían un trabajo remunerado? Desde este punto de vista, la RBI sería una especie de remuneración general por el trabajo externalizado de las empresas que queda a cargo del cliente.

Sin embargo, esto no resuelve el dilema estructural. Porque, ¿a cuánto debería ascender una renta básica que compense real-

mente la pérdida de poder adquisitivo por la racionalización digital? Sin duda, los 1.500 euros mencionados hasta ahora seguirían siendo una cantidad demasiado escasa. Pero el pago de una renta básica significativamente más alta conduciría inevitablemente a una completa reorganización del mercado laboral y posiblemente —lo discutimos al final del libro— a un sistema social diferente.

Incluso con 1.500 euros, la RBI al menos aumenta considerablemente el poder adquisitivo de los que menos tienen. Esto es bueno e importante para el mercado interno, pero conduce fácilmente a un aumento de los alquileres en los distritos socialmente desfavorecidos. Igualmente, hay que tener en cuenta aquí, y desde el principio, que el Estado, el país y los municipios tienen la vista puesta en este problema y que tienen que hacer lo necesario contra ello. Por supuesto, cualquier reestructuración y reducción administrativa de tal magnitud es cualquier cosa menos fácil. En particular, la cuestión de qué obstáculos pondrá el Estado para evitar que los migrantes emigren a un país con una renta básica de 1.500 euros. Sin embargo, siendo realistas, la cuestión no es diferente en las condiciones de la RBI que en las actuales. Para un refugiado de Afganistán o Sudán, el estado de bienestar alemán ya es un paraíso; la renta básica apenas podrá reforzar este enorme incentivo.

¿Habrá una renta básica incondicional en Alemania? Sí, lo habrá, y a más tardar cuando el número de desempleados oficiales supere los cuatro o cinco millones. La cuestión apasionante será entonces qué renta básica se establecerá. ¿Una con 1.000 euros, pagada con el impuesto sobre la renta negativo? Sin duda, eso no sería un paso adelante para la humanidad sino un desastre; una fantasía de austeridad social que no mejorará nada, sino que empeorará muchas cosas. ¿O estamos trabajando para hacer realidad la utopía y utilizar la cuarta revolución industrial para superar la

pobreza y la represión? La cuestión no es sólo el importe de la renta básica. También se trata de si mantenemos permeable nuestra sociedad. ¿Estamos haciendo lo que podemos para hacer posible que las personas vivan una vida plena? ¿En qué tipo de cultura viviremos? ¿Y qué papel jugará la tecnología en todo esto?

~

Para que las personas puedan vivir libremente, hay que satisfacer sus necesidades básicas. En una sociedad humana del futuro estarán materialmente aseguradas por una renta básica incondicional. Esto elimina la deplorable situación de que sólo contemos como «mérito» lo que se basa en el empleo remunerado. La seguridad social se liberará de este concepto unilateral de mérito que, en cualquier caso, es ciego a los logros vitales y sociales de muchas personas. Se elimina la compulsión por desarrollar un trabajo monótono y desmoralizante. Esto crea la base material para una utopía social que entiende a las personas como individuos libres.

Buenas ideas para el día a día

Curiosidad, motivación, sentido y felicidad

Las personas más felices del mundo no viven en Silicon Valley. Viven en Noruega, después en Dinamarca, Islandia y Suiza. Para ser un país donde se hace el futuro, fiel al lema de Google *Do the right thing*, Estados Unidos no lo está haciendo demasiado bien, ocupando el decimocuarto lugar. Tendencia: ¡lleva diez años cayendo en los rankings! El Informe Mundial sobre la Felicidad de las Naciones Unidas de 2017 (*World Happiness Report*) certifica incluso que Estados Unidos tiene malas condiciones para ello. Quienes sólo se fijan en las cifras económicas hacen que sus sociedades sean insolidarias y desconfiadas y fomentan la corrupción, la discordia social y los conflictos éticos.[1]

Pocos negarán que la tecnología ha servido muy bien a la humanidad en el curso de la civilización. Pero que, por tanto, la tecnología y la felicidad marchen al unísono por el mundo es una afirmación muy llamativa. Singapur, ganador de la clasificación de los países más digitalizados del mundo,[2] ocupa el vigésimo sexto lugar en el ranking sobre felicidad, por detrás de Argentina y México. La ecuación radical de tecnología y felicidad es una ideología: una exageración unilateral de la imagen humana y una interpretación unilateral de la historia. Según los redactores del *World Happiness Report*, la felicidad reside en el bienestar social, la salud, la libertad, los ingresos y en el buen gobierno. Está claro que la tecnología puede aportar mucho a la salud o a los ingresos.

1. http://worldhappiness.report/
2. http://www.neuinstitut.de/die-fuehrenden-laender-in-der-digitalisierung/

Pero tomada por sí misma, no garantiza ni la libertad, ni el bienestar social ni el buen gobierno. Incluso, como se discutirá más adelante, puede ser un obstáculo decisivo para todos ellos si se utiliza de forma incorrecta.

Según el *World Happiness Report*, el «desempleo» es uno de los mayores obstáculos para la felicidad. Esto no es sorprendente dadas las reglas del juego en la sociedad del trabajo y el mérito según la ética capitalista de la vieja escuela. Sin embargo, también se considera que las «malas condiciones de trabajo» reducen la felicidad. Al menos, esta situación crítica puede eliminarse en gran medida en países con una productividad como la de Alemania mediante una renta básica. ¿Quién sabe si, en el futuro, la República Federal seguirá ocupando el decimosexto lugar como hasta ahora? No obstante, por sí solo un mayor producto interior bruto no hará más feliz a nuestro país. Como ejemplo llamativo, las personas que se dedican a calcular la felicidad de los países de las Naciones Unidas advierten sobre la situación de China. Desde la década de 1990, el PIB de China se ha quintuplicado. Además, casi todos los hogares urbanos disponen ahora de lavadora, televisión y frigorífico. ¡Sin embargo, está en el septuagésimo noveno puesto de la clasificación de la felicidad, que es el mismo puesto que ocupaban hace veinticinco años! La felicidad que ha traído la tecnología y la comodidad carcome el aislamiento social y la inseguridad.

Ahora se puede esbozar una sonrisa ante los rankings de felicidad. ¿No es la felicidad exactamente aquello que no se puede medir? ¿Quién es capaz de decir por sí mismo lo feliz que es? ¿Y no es verdad que la felicidad que cada uno siente cambia de un día para otro, de hora en hora y de minuto en minuto? La llamada economía de la felicidad es una ciencia cuestionable porque mide exactamente lo que no se puede medir con exactitud. *¡Quien quiera medir la felicidad es que no la ha entendido!*

Lo que contribuye a la felicidad —la atención, el respeto, una cultura de la confianza, la autoafirmación, la autoeficacia, el arte de afrontar las propias exigencias, no tener miedo a la existencia, un buen entorno, los amigos, etc.— es algo que se sabe desde los tiempos de los antiguos griegos. Para aumentar o preservar la felicidad del pueblo, un país rico como Alemania no necesita más crecimiento material. Los porcentajes en los que crece el PIB no son los porcentajes en los que se suma la felicidad. El PIB no tiene que aumentar para que la gente sea más feliz. Tiene que subir para financiar nuestro viejo estado del bienestar. Tiene que aumentar para impulsar una dinámica económica que nos prometa más prosperidad, aunque no sea para todos ni mucho menos, además de más consumo energético, más explotación de recursos, un cambio climático constante y más residuos.

Todo progreso técnico, independientemente de las comodidades que aporte, recorta al mismo tiempo alguna dimensión de la vida. La era de las máquinas del siglo XIX y principios del XX dinamizó las sociedades avanzadas, las hizo más ruidosas, más llamativas, más agitadas y más coloridas. El silencio y el ocio dejaron de ser valores; la autosatisfacción y la frugalidad dejaron de ser virtudes. La naturaleza ya no se concebía por lo que era. Ahora, era un recurso que había que utilizar y explotar de forma *eficiente* y *óptima*. Tratar con la naturaleza significaba *cambiarla* en la medida de lo posible. La vida empezó a ser cronometrada; *el llegar a ser se hizo más importante que el ser*. En todas partes, acechaba un futuro que debería ser mejor que el presente. La modernidad es la época de la insatisfacción notoria con el statu quo; ¡por todas partes puedes encontrar algo mejor que el presente!

A principios del siglo XX, mucha gente todavía no había interiorizado esto. La generación de mis abuelos, nacida poco des-

pués del cambio de siglo, buscaba en gran medida la seguridad en lugar del riesgo. Sacudida por dos guerras mundiales, la hiperinflación y el cambio de sistema del Imperio a la República de Weimar, de ahí a la dictadura de Hitler y luego a la República Federal, esa generación buscaba la calma, la costumbre, la rutina y una modesta prosperidad. En los años sesenta, setenta y ochenta, las expectativas aumentaron. Más viajes, más consumo, más estatus. Pero, ¿quién, aparte de los punks, las estrellas de rock y los pilotos de Fórmula 1, quería una vida disruptiva? Aunque la codicia por consumir más y más sea alimentada a diario por la publicidad, las nuevas promesas de la digitalización —una vida en permanente cambio, la convulsión económica total y la aniquilación de muchas reglas económicas que antes eran válidas— ni siquiera satisfacen hoy las necesidades de la mayoría de la gente, por no hablar de la fusión del hombre y la máquina, la realidad y la ficción.

Es posible que ya existan algunos aficionados a esto, pero son sólo unos pocos. Lo que los inversores de Silicon Valley creen que pueden ganar o perder no vale necesariamente para Limburg y Wuppertal. Aparentemente, hay mucha más gente en este país que valora la experiencia auténtica, o, simplemente, estar en el aquí y el ahora. Para ellos, es importante distinguir entre la vida real y la virtual, y prefieren la primera a la segunda. Su felicidad, tal como muestra el *Happiness Report*, no se mide por el progreso técnico, sino por lo que ha sido parte de la humanidad desde tiempos inmemoriales.

Si esto es cierto, el objetivo de cualquier utopía sería preservar la mayor cantidad de humanidad posible, recuperarla, o incluso ampliar su alcance bajo presagios diferentes. Al igual que la primera revolución industrial necesitó del movimiento obrero como correctivo para dejar de considerar a las personas como herramientas útiles a pesar del reconocimiento de los derechos

humanos, hoy se necesita un movimiento fuerte contra los inconvenientes de la cuarta revolución industrial. De nuevo, se trata de hacer más humano el mundo del trabajo. De nuevo, se trata de defender la autenticidad y lo humano más allá del empleo remunerado y de quitarle el espacio a un estrechamiento tecnoide de la imagen de la humanidad. El ser humano como parte del engranaje de la máquina o el ser humano como un conglomerado controlable de datos: detrás de ambas imágenes de la humanidad se encuentra el mismo desprecio por lo que representa el ser humano.

La tarea está, pues, claramente marcada: *¡redescubrir lo otro de la eficiencia en una época de radicalización del pensamiento de la eficiencia!* Porque el desarrollo técnico, tal y como lo sueña y predica Silicon Valley, no nos convierte en «superhumanos», sino en seres que ya no pueden hacer nada sin herramientas. Nuestras habilidades manuales se extinguen, nuestra expresión lingüística se reduce, nuestra memoria, externalizada a las funciones memorísticas, disminuye, nuestra imaginación consiste en imágenes prefabricadas, nuestra creatividad sigue patrones exclusivamente técnicos, nuestra curiosidad retrocede a la comodidad, nuestra paciencia a la impaciencia permanente; ya no podemos soportar el estado de no diversión. Si este es el aspecto del «superhumano», ¿quién querría serlo?

*

En la historia de la humanidad la cultura siempre estuvo al servicio de la vida, y la tecnología al servicio de la supervivencia. Hoy en día, la tecnología determina nuestras vidas, pero, ¿qué cultura asegura nuestra supervivencia? Dar una respuesta a esta pregunta es la tarea de la utopía. ¿Cómo podemos garantizar que nuestros valores

«humanos», que se han convertido en algo que hemos llegado a querer por buenas razones, sobrevivan de manera que, al final, la especie humana no se extinga?

Ya se ha mencionado un área importante. Los límites entre las actividades no remuneradas y el empleo remunerado deben dejar de ser rígidos. Si se mantienen así, existe la amenaza de una sociedad de dos clases: una, la de los «inútiles» a los que se les despacha con una renta básica, consumo y entretenimiento y que sólo tienen cierto valor como portadores de datos, y un grupo más pequeño que ganan cada vez más, heredan su ocupación y viven en el «*Elysium*». En su lugar, necesitamos un modelo que facilite fundamentalmente a todos los beneficiarios de la RBI la reincorporación al trabajo a tiempo parcial o completo en cualquier momento, o que se puedan abrir camino con empresas de nueva creación. Haber vivido dos años sin un empleo remunerado ya no debería ser un estigma en las nuevas condiciones del mercado laboral. Sin duda, el futuro también necesitará especialistas bien formados que no cacen y cuiden las ovejas por la mañana antes de entrar al quirófano por la tarde. Sin embargo, debe eliminar todo obstáculo para que los cazadores, los pastores y los críticos pasen de un estatus a otro, sobre todo porque los ingresos adicionales no se compensan con la renta básica.

Las palabras mágicas del futuro son «autoorganización», «autorresponsabilidad» y «autoempoderamiento» sobre la base de una seguridad material suficiente. Sin embargo, dar forma a la propia vida de forma activa, hacer planes y considerar que lo que uno hace tiene sentido son habilidades ampliamente necesarias. Sólo quien lo aprendido o, al menos, quien no se ha olvidado de hacerlo debido a una mala o nula educación puede tomar las riendas de su vida. Sólo en estas condiciones es concebible que surja realmente una nueva ciudadanía segura de sí misma que utilice

los medios digitales para informarse y organizarse bien. Además, la cuestión de la sociedad humana del futuro no podrá decidirse sólo «desde abajo». Como en todo cambio social, los ciudadanos autoorganizados necesitan la ayuda de una política estatal que asuma el cambio de conciencia.

Las redes sociales, que no funcionan como sistemas cerrados, son mucho más útiles para esto que aquellas como Facebook, Twitter o Instagram. Es cierto que los servicios espionaje de datos también crean enormes plataformas de intercambio. Pero, entre bastidores, no es la libertad la que manda, sino el comercio. La propia plataforma tiene un interés diferente al de las personas que la utilizan. No puede haber ninguna duda de la participación en lo que los operadores de las redes sociales hacen con los datos de las personas. Su modelo de negocio no es la transparencia, sino la oscuridad. Su poder es tan grande que, desde hace tiempo, no se les puede ver como actores ajenos a la sociedad, sino como manipuladores con sus propios intereses. Cualquiera que intercambie ideas en Facebook está contribuyendo de forma paralela a un enorme cambio de poder desde la esfera de la política a la de las corporaciones tecnológicas. Por lo tanto, el autoempoderamiento ya comienza cuando decido entrar en un espacio digital o no. Este esfuerzo sigue siendo extremadamente difícil para muchas personas, porque las consecuencias son inquietantemente invisibles. Sin la ayuda activa del legislador para frenar ciertos modelos de negocio inmorales, es obvio que no hay nada que hacer aquí.

Un segundo punto de la nueva «cultura de la concienciación» —tomo prestada la palabra de la «*cultura animi*» de Cicerón— es apreciar más el valor de las cosas y las circunstancias con las que vivimos: mirar más de cerca, tomarse más tiempo, dejar que algo sea por sí mismo, sin presionar en ningún lugar para que diga algo o para obtener una nueva imagen. Cuando el vicepre-

sidente de Google, Sebastian Thrun, dice: «Nosotros los seres humanos no deberíamos hacer cosas repetitivas. Para eso somos muy malos»,[3] parece que no sabe lo que es un ser humano. La vida humana está llena de cosas repetitivas para las que no hay que ser tan malo: comer, beber, dormir, contar los días, abrazarse, cocinar, acostarse juntos. Para la mayoría de las personas, una vida satisfactoria incluye una cierta cantidad de uniformidad y de rituales que no se pueden abandonar.

Esto es lo que tiene de especial: no todas estas actividades tienen un objetivo externo. No es necesario hacerlas para sobrevivir y no se gana dinero haciéndolas. Jugar a las cartas o al fútbol, embellecer el jardín, mantener el acuario, tener un perro o emborracharse con alguien no favorece la supervivencia ni hace que uno se enriquezca en el sentido financiero (aparte de los jugadores profesionales, los criadores de perros, etcétera.). Todo esto no se considera un mérito en la sociedad, a diferencia de actividades como la construcción de un imperio de seguros o la venta de pesticidas que puedan ser peligrosos en todo el mundo.

Una actividad no se convierte necesariamente en *valiosa* para las personas por el hecho de que sirva a un objetivo socialmente considerado como importante. Muchas actividades tienen su propósito simplemente en sí mismas: hago algo porque me gusta hacerlo. Hace más de doscientos años, Immanuel Kant consideraba que esa «finalidad sin fin» era la esencia del arte. Oscar Wilde no quiso decir otra cosa cuando describió al ser humano del futuro como un artista. E, incluso en el siglo XXI, hacer cosas que tienen su propósito en sí mismas contribuye significativamente al arte de vivir. El humor, el alcohol, el deporte y, sobre todo, el sexo

3. http://www.faz.net/aktuell/wirtschaft/menschen-wirtschaft/sebastian-thrun-im-gespraech-ueber-seine-online-uni-udacity-13363384.html

no tienen ninguna finalidad práctica, pero a menudo contribuyen a la felicidad en la vida.[4]

Todo esto debe ser tenido en cuenta por cualquier utópico. La *motivación intrínseca* —el interés autodeterminado— debe estar en el corazón de toda utopía. En su deslumbrante plenitud constituye al ser humano. Hacer constantemente lo que es útil, en cambio, caracteriza a los animales inferiores. Las hormigas y las termitas sólo hacen cada día lo útil. Sólo la variedad de colores de lo biológicamente prescindible es lo que hace que los humanos sean humanos. Ser feliz y buena persona significa liberarse de la «dictadura del para algo». Las amistades no deben cultivarse en función de los cálculos de coste-beneficio, y tampoco hay que educar a los hijos en función de ellos. Por supuesto, se les puede seguir metiendo en la cabeza el hacer sólo aquellas cosas que les prometen una ventaja tangible y monetaria en la vida. Se les puede condicionar a querer ser siempre los mejores en todo para ganar mucha fama y mucho dinero. Entonces, en caso de duda, como decía Oscar Wilde, conocerán el precio de todo, pero no sabrán el valor de nada. Lo que para otros es la alegría brillante de una sinfonía o una profunda experiencia literaria se convierte para ellos en *contenido* vendible. (Las personas sin una verdadera educación y sin un corazón noble pueden reconocerse por su uso de esta palabra). Sin embargo, para entender *por qué* alguien querría alcanzar mucha fama y éxito a cualquier precio —el de una infancia infeliz, por ejemplo— no existe, como escribe el filósofo de la cultura inglés Terry Eagleton, «ninguna respuesta especialmente esclarecedora. Las explicaciones acaban por terminar en algún momento».[5]

4. Comparar con Eagleton: *Kultur*, p. 35 y ss.
5. *Ibíd.*, p. 37.

La cultura es algo más que lo útil. El progreso no es bueno por sí mismo sino cuando es un progreso hacia una mayor humanidad. Precisamente por eso los principales ideólogos de Silicon Valley se toman tantas molestias para vender sus modelos de negocio como tales: la transparencia, la comunicación ilimitada y la completa eliminación cognitiva de los límites de la conciencia humana se anuncian como ese progreso humano. ¿Acaso el ser humano no ha querido siempre superar el tiempo y el espacio? ¿No ha querido dinamitar el espacio estrecho de su limitada conciencia? Sí, tal vez siempre ha habido gente que ha querido hacer eso, y otros que no, que más bien querían cuidar en paz a las personas y a las cosas que apreciaban. También aquí se aplica la gran advertencia: cuidado con las afirmaciones ideológicamente abreviadas sobre lo que quiere el «ser humano» y, sobre todo, ¡hacia dónde se dirige! Estas cuestiones no se decidirán con afirmaciones arbitrarias sobre la naturaleza del ser humano. Se deciden por una larga mirada a la vida, por un buen conocimiento de las necesidades de la gente real y en las discusiones, controversias y debates políticos.

En cualquier caso, guardar y mantener lo probado y verdadero parece formar parte de la necesidad humana tanto como tirar, descartar, dejar que se vuelva obsoleto, desechar y devaluar el pasado. Los jóvenes adoran los sillones de sus bisabuelos tanto como sus tabletas. *Llegar a ser no es en todos los casos más valioso que ser; la disrupción no tiene un valor añadido evidente por encima de la continuidad.* El hecho de que la gente de Europa Occidental, en el transcurso del siglo XIX, cuanto menos creía en Dios más adoraba el progreso, no debe ocultar el hecho de que el progreso no es un dios.

El futuro no tiene ninguna ventaja de esencialidad sobre el presente. Pero a más tardar con el francés Auguste Comte, el progreso se convirtió en una religión civil en el siglo XIX. «*Ordem e*

Progresso»: la inscripción de la bandera brasileña está tomada del filósofo del positivismo. La fuerza motriz del ser humano es su impulso hacia cosas más altas; el progreso es su meta. Sin embargo, el estado básico de felicidad ha terminado bajo estos presagios. El presente se convierte en un estado inauténtico; sólo cuenta el futuro. De este modo, la insatisfacción con el *statu quo* se convirtió en el motor del progreso desde la época victoriana hasta las sociedades actuales del siglo XXI. La satisfacción de un cliente no puede durar mucho tiempo; en caso contrario, no estará dispuesto a comprar algo nuevo. *La sociedad de la satisfacción de necesidades se ha convertido en una sociedad de la excitación de necesidades.* La felicidad siempre está en el futuro.

Sería absurdo afirmar que esta acuñación corresponde a algún tipo de lógica o razón superior. Las sabidurías de todos los pueblos, especialmente la filosofía de Asia Oriental, lo contradicen profundamente. Además, que el día debe ser apreciado, preservado y saboreado se encuentra tanto en las antiguas enseñanzas de la sabiduría como en el cristianismo. Sin embargo, en una sociedad en la que muchos dispositivos inteligentes lo miden todo —pasos, escaleras, presión arterial, pulso, horas de sueño, calorías, estado de ánimo, rutina diaria, períodos, vitaminas y valores hepáticos— no es fácil conservar el día más que en datos. Las personas que se están midiendo incesantemente adoptan una posición excéntrica con respecto a sí mismos. Se tratan como objetos en lugar de simplemente ser. Pensemos en la frase de Martin Seel de que el lado medible del mundo no es el mundo, sino sólo el lado medible del mundo. *Del mismo modo, el lado medible del yo es sólo el lado medible del yo y no el yo.* Qué puede ser más aburrido de recordar que los datos —excepto quizás los millones de *selfies* que uno deja a sus hijos como legado personal: ¡mamá o papá sólo se preocupaban de sí mismos!—.

Sin embargo, cuanto más se controle a la gente a través del llamado *self-tracking*, cada vez será algo más cotidiano. Lo que me hace ser yo, entonces, ya no es la historia de mi vida ni mi autointerpretación; no es una «narración» sino un añadido. En lugar de ser narradores de nuestra identidad, nos convertimos en contadores y en proveedores voluntarios de todos aquellos que nos facilitan estos magníficos servicios para que nos puedan empaquetar y vender.

Querer vivir de forma saludable es un deseo fácilmente comprensible. Pero que nuestra salud dependa siempre de la solución más eficiente, es una ideología. La búsqueda de la eficiencia no es algo natural al ser humano. La naturaleza no es eficiente: su esencia es el despilfarro. La visión unidimensional del ser humano de la época victoriana, que también influyó en Darwin, ha reducido nuestra visión de la naturaleza biológica de forma unilateral. Incluso al contemporáneo de Darwin, Karl Marx, no le pasó inadvertido: «Es extraño», decía divertido, «cómo Darwin reconoce entre las bestias y las plantas a su sociedad inglesa, con su división del trabajo, la competencia, la apertura de nuevos mercados, los "inventos" y la "lucha por la existencia" maltusiana».[6] Sin embargo, los biólogos y los psicólogos evolutivos siguen viendo por todos lados «estrategias», «ventajas» y «cálculo» en la acción de la naturaleza precisamente allí donde no los hay. Según ellos, el objetivo del comportamiento animal es principalmente ahorrar energía. ¡Y eso que la naturaleza en su conjunto es un gran derroche de energía sin sentido!

En este contexto, la tarea de la optimización de los seres humanos aparece bajo una luz diferente. ¿Por qué la optimización de uno mismo debe ser el objetivo del ser humano individual o

6. Karl Marx an Friedrich Engels, 18. Juni 1862, MEW 30, p. 249.

incluso de la especie humana? ¿Y por qué el ser humano debería liberarse completamente de su animalidad hasta tener una superficie tan pulida y ser tan inodoro como una máquina? Pareciera que algún que otro empollón de Silicon Valley no tuviera una relación demasiado sana con su cuerpo. Pensemos en la manía que tienen con la higiene y la esterilidad y que está más extendida allí que en cualquier otro rincón del mundo. Es cierto que incluso los filósofos griegos de la Antigüedad recomendaban trabajar en uno mismo y ampliar y perfeccionar su conocimiento y virtudes. Pero que el ser humano deba superar al ser humano sólo se encuentra en las enseñanzas esotéricas de Plotino. Aquí, el objetivo no era la máquina, sino la fusión con el uno esférico.

Quien quiera superar al ser humano y producir un ser superhumano carece de amor humano o de madurez moral, o de ambos. En realidad, debería ir a terapia. Pero, ¿quién debería decirle que le hace falta ir a terapia cuando se puede ganar tanto dinero con este tipo de pensamiento y ambición? Y así, se da rienda suelta al mito de que la historia de la humanidad ya estaría predestinada evolutivamente. Al final se encuentra el tecnoceno, con su fusión del humano y la máquina o, en el caso menos favorable, la dictadura de las máquinas que se han vuelto autónomas. No es diferente de lo que los cristianos de la Edad Media predecían sobre un reino de Dios de mil años en la tierra, y de la invocación de los nacionalsocialistas a la «Providencia», que se suponía que les traería tal reino por ley natural. Pero podemos estar tranquilos: Silicon Valley nunca tuvo en mente un superhumano verdaderamente perfecto. Sólo las personas imperfectas garantizan que seguirán siendo estimuladas por cada recomendación de compra, seducidas por cada manipulación. Un ser humano perfecto, dueño de sus pulsiones y observador de su entorno, es la muerte de Silicon Valley...

*

La historia de la humanidad la hacen los humanos, no las fuerzas naturales, con la excepción de las catástrofes geológicas. La ficción del curso prefijado del mundo no es más que un truco de marketing con el que Silicon Valley hace pasar *sus* fantasías del futuro por *el* futuro. Una utopía humana no se deja impresionar por esto. Su idea de progreso ve *la tecnología digital como una herramienta para un futuro mejor, pero no como el propósito del desarrollo humano.* Ciertamente, desde tiempos inmemoriales, los humanos se han esforzado por liberarse de las penurias, como seres físicamente deficientes, con la ayuda de su inteligencia y por hacer la vida menos difícil. Pero el mayor confort y comodidad posibles no se convierte en el objetivo de la humanidad. Cada vez más confort puede significar al mismo tiempo cada vez menos felicidad, al menos si no hay nada que hacer. Un estado de máximo confort es un estado de estancamiento. Que el ser humano, como animal que siempre está en movimiento —no es un pez de piedra, ni una araña, ni un pólipo— deba ser más feliz cuando no queda nada por hacer, salvo apretar un botón y limpiar el suelo, es una interpretación extraña.

Una utopía humana no presupone un rumbo fijo del mundo, sino que se orienta hacia las necesidades reales. Casi nada puede mostrarlo tan bien como nuestra relación con el *tiempo*. «Nuestro tiempo va a toda velocidad»; «la tierra gira cada vez más rápido»: ambas frases expresan lo que mucha gente siente hoy en día, aunque saben que en realidad no es cierto. Pero, ¿cómo es que casi todo el mundo en nuestro círculo cultural siente algo que no puede ser de esta manera?

La razón principal es que creemos que debemos utilizar nuestro tiempo de forma eficiente. Al mismo tiempo, pode-

mos elegir lo que queremos hacer entre un abanico de posibilidades cada vez más amplio. Apresurados como estamos, nos amenazamos constantemente con todas las cosas que no hemos hecho en el tiempo disponible. Para conseguir hacer más cosas en el mismo tiempo, nos sometemos a un régimen de tiempo y establecemos ventanas de tiempo para ciertas cosas. Pero la mala conciencia del tiempo es nuestra constante compañera.

Desde la primera revolución industrial, la cultura europea ha considerado el tiempo como un recurso y lo ha equiparado al dinero: «El tiempo es dinero». Los que producen más rápido crean una ventaja competitiva. Pueden sacar nuevos productos al mercado más rápidamente y aumentar el número de unidades producidas. Paralelamente al ritmo de trabajo, la movilidad aumentó gracias a las nuevas formas de transporte: ferrocarril, automóvil y avión. El aumento en la rapidez del transporte y de la producción creó lo que Goethe denominó la «era del velocífero». Donde antes los teléfonos servían para comunicar las cotizaciones bursátiles, hoy prevalece en las bolsas de todo el mundo la comunicación en tiempo real. Cuanto más rápido se pueda superar el tiempo, más pequeño será el mundo.

La gente de hoy no vive en un tiempo, sino que «tiene» tiempo o no. Al tiempo de trabajo se opone el tiempo libre con las mismas reglas: hay que «utilizarlo» de la mejor manera posible, porque este recurso también es limitado. Hoy en día, todo el tiempo está sometido a la «dictadura del para qué». No ayuda mucho el hecho de que los inventores de los dispositivos digitales siempre nos prometan que podríamos ahorrar tiempo con ellos. Hasta ahora, ningún progreso técnico ha quitado tiempo a las personas. Como ha demostrado el sociólogo Hartmut Rosa, la demanda crece con las posibilidades. Quien

antes respondía a seis cartas, hoy tiene que responder a sesenta correos electrónicos.[7]

Apenas se cuestiona que el lema «el tiempo es oro» es bastante erróneo. El dinero no suele ser suficiente para prolongar la vida humana. Además, el tiempo y el dinero tienen propiedades muy diferentes. *El dinero se reduce a la mitad si se comparte, ¡pero el tiempo no!* Tampoco éste se reduce más rápido de lo habitual si se comparte. En caso de duda, queda en nuestra memoria como tiempo «cumplido», al menos más que el tiempo que pasamos contando nuestros pasos y las escaleras que subimos. Pero lo más importante es: el dinero se puede ahorrar, el tiempo no. Una «caja de ahorros de tiempo» sólo existe en *Momo*, de Michael Ende. Pero ni la comida rápida, ni las citas rápidas, ni las siestas eléctricas (*Power Napping*), ni la multitarea nos ahorran tiempo. Sólo son comportamientos diferentes en el mismo tiempo de vida. *Y, a menudo, cada vez más significa cada vez menos.*

Por otro lado, el pleno empleo de la vida tiene toda una serie de efectos involuntarios. El presente parece encogerse. Goethe ya puso las palabras en boca de su héroe Eduard en su novela *Las afinidades electivas* en 1809: «Ya es bastante malo... que uno no pueda aprender nada más durante toda su vida. Nuestros antepasados se aferraron a las lecciones que recibieron en su juventud, pero ahora tenemos que reaprender cada cinco años si no queremos pasar completamente de moda».[8] Ya nada parece ser permanente. ¿Cómo orientarse en todo esto? La política se ve especialmente afectada por ello. No es de extrañar que el largo plazo haya desaparecido del pensamiento político, que la táctica

7. Comp. Hartmut Rosa: *Beschleunigung und Entfremdung. Versuch einer kritischen Theorie spätmoderner Zeitlichkeit*, Suhrkamp 2013.
8. http://www.deutschestextarchiv.de/book/view/goethe_wahlverw01_1809?p=81, p. 76.

haya sustituido a la estrategia. Cuando mantener el ritmo no deja tiempo para pensar, la pérdida de tiempo va acompañada de una pérdida de utopía. La retropía «la época en la que los relojes funcionaban aún más despacio» ocupa el lugar de los pensamientos sobre el futuro.

Una utopía para la era digital puede aprender mucho de esto. Querer acelerar aún más el mundo de la vida no es una promesa, sino una amenaza. La sociedad del futuro necesita zonas tranquilas e islas de desaceleración. En lugar de querer aumentarlo todo, necesitamos una cultura de la atención que reconozca el valor de todas las relaciones que las personas construyen con sus semejantes y su entorno. Para percibir y cultivar esa «resonancia» de la que habla Hartmut Rosa, se requiere un alto nivel de concentración en una sociedad como la nuestra que ya está inundada de estímulos. Conservarla y entrenarla en la mente de nuestros hijos es una de las tareas más importantes de la educación en el siglo XXI. Las máquinas inteligentes requieren un uso inteligente, y su control virtuoso incluye el uso del botón de apagado...

*

La cultura de principios del siglo XXI es una cultura de la «inmediatez». Lo que he podido aprender en innumerables eventos es que «el cliente lo quiere todo, y lo quiere ahora. Es perezoso e impaciente». ¿El cliente es una especie de sinvergüenza que se pregunta si el conferenciante estaría contento si sus propios hijos le llamaran «perezoso e impaciente»? ¿Tan perezoso de pensamiento e impaciente como Donald Trump, quizás? Pero, ¿cómo se puede asumir como incuestionable en economía algo que es una pesadilla para los educadores? ¿Es realmente necesario, por

razones económicas, atender a desviaciones que rechazamos por motivos educativos, sociales, políticos y éticos?

Los que lo quieren todo, y lo quieren ahora, están mal preparados para las grandes transformaciones de nuestro tiempo. Lo que cuenta es el pensamiento a largo plazo, la fuerza de la toma de decisiones en procesos complicados y las posiciones éticas. Practicar todo esto es una tarea importante de nuestro sistema educativo. Todo el mundo está de acuerdo en que nuestros hijos están inadecuadamente preparados en las escuelas para los retos de su vida futura, con la excepción de algunos representantes del sistema establecido, como algunos profesores o burócratas de la cultura.

«¡Alemania debe hacer más por la educación!». Pero, ¿qué significa esto? En pocas palabras, se trata de un choque entre dos posiciones que no podrían ser más opuestas. Para muchos representantes de empresas y algunos expertos en educación universitaria, la cuestión es bastante sencilla: una sociedad digital necesita más conocimientos digitales. Cuanto más se utilice la tecnología digital en las aulas y más se promuevan las materias STEM (ciencia, tecnología, ingeniería y matemáticas), mejor preparados estarán los niños para el futuro mercado laboral. Tampoco hay que olvidar la formación del espíritu empresarial a una edad temprana. Cuantos más niños creen una *start-up* en el futuro, mejor le irá a una escuela.

Para muchos, esto suena plausible, al menos a primera vista. Pero cualquiera que estudie el tema durante un tiempo se dará cuenta de la cantidad de presuposiciones que tiene esa meta educativa. En primer lugar, presupone que la tarea de nuestro sistema educativo es proporcionar al mercado laboral la mano de obra adecuada. En segundo lugar, supone que los mercados laborales del futuro serán como los actuales, con una demanda mucho mayor de informáticos y emprendedores. Las grandes transformaciones sociales provocadas por la revolución digital no figuran en este modelo. Además, la educación es, sobre todo, una cosa: *¡formación!*

La segunda posición formula un objetivo educativo diferente: *la educación significa permitir que el mayor número posible de jóvenes vivan una vida plena.* Las necesidades actuales y supuestas de la sociedad del trabajo y del mérito actuales no son su máxima vara de medir. ¿Quién sabe si son correctas las predicciones de que necesitaremos muchos más informáticos dentro de diez años? Posiblemente, necesitaremos, sobre todo, «profesiones de la empatía», como sugiere el Proyecto Milenio. En una situación así, basar la educación en especulaciones a corto plazo sobre el mercado laboral es negligente y peligroso.

El objetivo educativo más elevado tampoco puede ser conseguir que el mayor número posible de niños quiera obtener grandes beneficios empresariales. Obviamente, nuestra sociedad sólo funciona cuando los fríos maximizadores de costes y beneficios de los beneficios financieros son algo minoritario. ¿Quién seguiría siendo profesor de un jardín de infancia o cuidador de ancianos en esas condiciones? Todos los objetivos educativos que anteponen el mercado laboral al desarrollo de la personalidad son miopes. No sólo necesitamos personas que tengan éxito en la economía digital. También necesitamos personas que preserven nuestros valores y nuestra artesanía, que defiendan a otras personas, que mantengan las tradiciones, que se preocupen y que piensen en modelos alternativos de sociedad. Un mundo formado únicamente por *geeks*, especuladores financieros, estrellas de YouTube e *influencers* no es posible ni deseable. No tiene por qué ser una desventaja si el día de mañana alguien sigue queriendo ser cocinero, agricultor ecológico, trabajador social, carpintero o músico clásico.

La vara de medir de un nuevo sistema educativo no puede ser la presuposición sobre un mercado de trabajo, sino el objetivo de permitir a nuestros hijos que se las puedan arreglar en el mundo del futuro. Para ello, no sólo deben aprender a dominar la tecnología (normalmente ya pueden hacerlo por sí mismos). Tienen que aprender a orientarse en una sociedad en la que la tecnología desempeña un papel cada vez más importante. Tienen que cultivar aquello que los hace humanos y lo que los hace individuos. Los que ceden inmediatamente a todo estímulo externo, los que han olvidado cómo concentrarse en una sola cosa durante mucho tiempo, los que no cultivan su lenguaje, los que no toleran el aplazamiento de las necesidades, ciertamente no lo harán. Conocerse a sí mismo, y a sus deseos, y reflejarlos, entrenar su capacidad de juicio hacia uno mismo y hacia los demás, aprender a contenerse, mantener el autocontrol, conservar la reflexión, ser capaz de lidiar con el estrés: todo esto será aún más importante en el futuro que antes.

Es igualmente importante no perder la propia curiosidad en un mundo inundado de estímulos. Si se consiguen respuestas (técnicas) en todas partes, al final ya no se tendrá ninguna pregunta. *Ningún otro reto debería obligar al replanteamiento de nuestras escuelas y universidades como el de preservar y alimentar la motivación intrínseca de nuestros niños*. Hasta ahora, nuestro sistema educativo se ha basado en lo contrario: la motivación extrínseca. Nuestros hijos aprenden en la escuela (sin importar lo que se les diga) para obtener calificaciones. Mientras esto sirvió para prepararles para la vida laboral, los críticos de este sistema lo pasaron mal. Al fin y al cabo, en el mundo laboral clásico se trabaja también por una recompensa extrínseca: el dinero. Sin embargo, en la misma medida en que el empleo remunerado generalizado está disminuyendo a raíz de la digitalización, este condicionamiento

está perdiendo su sentido. Más adelante, nuestros hijos deberán ser capaces de conseguir cosas extraordinarias en profesiones altamente cualificadas por una motivación intrínseca. ¡Y necesitan aún más motivación intrínseca si no persiguen un empleo remunerado de forma temporal o durante un período prolongado! ¡Establecer un marco para la propia vida y desarrollar buenos planes para el presente es *el* reto del futuro! Cuanta más motivación intrínseca tengan las personas, mejor le irá a la sociedad.

Ya he descrito detalladamente en otro lugar lo que esto significa para nuestras escuelas, su estructura, la formación del profesorado, los contenidos de la enseñanza y las clases.[9] Pero el debate sobre la educación sigue girando, desgraciadamente, en torno a cuestiones formales: ¿qué tipos de escuela? ¿G8 o G9?[10] «¿cuál debe ser la tasa de graduación de la escuela secundaria?». Lo mismo ocurre con el debate sobre las consecuencias de la digitalización en las escuelas. «¿A partir de qué edad deben los alumnos utilizar las tabletas?», «¿es mejor que las escuelas tengan muchos equipos digitales, o es mejor tener poco?», «¿cómo se configuran las conexiones rápidas de wifi?». Y, por último: «¿Quién paga la infraestructura digital?». Por el contrario, apenas se discute el hecho de que la digitalización está poniendo en cuestión el anterior sistema de aprendizaje extrínseco. El paralelismo con la sociedad del trabajo y del mérito es inconfundible. La gravedad de la situación se subestima de forma dramática. En ambos casos, la gente cree que puede seguir montando un caballo medio muerto hasta la meta: el sistema social financiado por el empleo remunerado

9. Richard David Precht: *Anna, die Schule und der liebe Gott*, Goldmann 2013.
10. G8 y G9 hacen referencia al sistema de organización temporal del período escolar de la educación secundaria en Alemania. G8 significa que dicha educación secundaria se divide en cinco años escolares, mientras que en el G9 se divide en seis. [N.d.T.].

con menos empleo remunerado, deben dedicar mucho tiempo y energía a cultivarse, sobre todo, porque la tecnología digital les obliga a tratarla de forma adecuada. Para el sistema educativo, la tarea consiste en situar la curiosidad y la motivación intrínseca de los niños en el centro de la pedagogía, para permitirles llevar una vida plena en el futuro, aunque el empleo remunerado ya no sea el centro de sus vidas.

¿Vida supervisada?

El encanto de lo inesperado

En la película germano-finlandesa *Zugvögel ... Einmal nach Inari* de 1996, hay una escena muy conmovedora. Hannes, un conductor de camiones interpretado por Joachim Król, lleva una vida bastante solitaria. Poco atractivo, tímido y sin amigos, se ha encerrado en su pequeño mundo privado. Estudia los horarios de los trenes y se aprende los itinerarios de memoria. Su único objetivo es ganar el primer concurso internacional de horarios de trenes en Inari, una pequeña ciudad de Laponia. En el viaje en tren conoce a una hermosa mujer, la finlandesa Sirpa, que se sorprende de que Hannes vaya en tren hacia Inari. Puede que sea la ruta más corta, pero desde luego no es la más bonita. Según le cuenta Sirpa, el camino atraviesa el norte de Suecia, pasa por Haparanda y sigue por el mar. Hannes se enamora perdidamente de la encantadora Sirpa. Cuando empieza la competición por el premio al mayor experto en horarios, llegar como líder con un amplio margen antes de la última pregunta. Esta última pregunta es: «¿Cuál es el mejor camino para llegar a Inari?» Hannes duda. En lugar de dar la conexión más corta, nombra la más bonita, la ruta por Haparanda que le dijo Sirpa. La respuesta le cuesta la victoria, porque como sabe Hannes, para los jueces el «mejor» camino significa «el más corto». Pero con Sirpa entre el público, Hannes ya no puede pensar que el camino más corto es el mejor. Pierde la competición para la que lleva tanto tiempo preparándose, ¡pero se gana el corazón de Sirpa!

La vida humana no está programada para tomar atajos. Se dice que los que se desvían del camino ven más del paisaje. Como bien dice el poeta austriaco Radek Knapp, «se puede saber qué es el destino por su inescrutabilidad». Puede ser que muchas personas busquen a menudo el camino más cómodo, pero otros escalan montañas en su tiempo libre, se abren paso en la selva tropical o corren maratones. Y claro, a menudo buscamos lo que nos da un placer rápido y evitamos lo que nos cuesta esfuerzo y trabajo. Sin embargo, a menudo damos valor y significado a las mismas actividades y experiencias que no nos supusieron ningún esfuerzo.

Que el mejor camino no es necesariamente el más corto o el más eficaz es una máxima importante que nos protege de tomar malas decisiones en la era digital. Porque nuestra sociedad y nuestra economía están siendo bombardeadas con nuevos atajos por todas las posibilidades técnicas. Prometen el máximo aumento de la eficiencia, el mejor autocontrol y la solución más inteligente a todos los problemas. El comercio *online*, por ejemplo, tiene grandes ventajas. Pedir por internet ahorra el tiempo que se necesitaría para ir a una tienda. Permite comparar mucho mejor el producto y el precio, y no tienes que cargar con lo que has comprado. Entonces, en el futuro, ¿pediremos todo por internet?

Me utilizaré a mí mismo como ejemplo. Colecciono libros antiguos, principalmente de los siglos XVIII y XIX. ¿Por qué lo hago? Pues bien, no sólo me gusta el olor, el aspecto y la háptica de los libros antiguos, sino también todo lo relacionado con el coleccionismo; la búsqueda de librerías de anticuarios en una ciudad extraña, el encuentro con los anticuarios que, a veces son bastante extraños, el desorden de muchas librerías antiguas y la alegría de descubrir y encontrar algo en ese mundo apartado. Me encanta el ambiente y me siento orgulloso cuando, por completa casualidad, consigo encontrar un libro que estaba buscando. El

comercio *online* me quita todas estas experiencias, además de que las librerías de segunda mano de las ciudades se están extinguiendo. En internet, ahora encuentro lo que busco, perfectamente clasificado por estado y precio. Ahora nunca compro un libro demasiado caro. Pero si falta todo eso, que es la razón por la que empecé a coleccionar libros antiguos en primer lugar, ¿por qué debería seguir haciéndolo?

Si el camino más corto me ahorra todo el viaje, ¡desaparece al mismo tiempo toda la parte excitante! ¿Y no ocurre lo mismo con la ropa? Los zapatos que compré en Roma pierden inmediatamente su carácter especial cuando puedo pedirlos por internet. Ya no hay nada que no puedas encontrar en otro sitio. No es difícil extrapolar este mundo. ¿De qué sirve tener tiendas en el centro de la ciudad si todo el mundo hace sus pedidos por internet? ¿Y qué aspecto tendría el centro de las ciudades si no hubiera tiendas? Quizá se parecieran a Marl, la no tan famosa ciudad del norte de la cuenca del Ruhr. En los años setenta, los responsables de la ciudad pensaron que era una idea inteligente construir el *Marler Stern*, el mayor centro comercial urbano en Renania del Norte-Westfalia. Tras la apertura del «Stern» en 1974, el centro de la ciudad de Marler quedó repentinamente desierto. Incluso en los años noventa, todavía había comercios cuyos escaparates estaban clavados con palés. El centro de la ciudad de Marler estuvo muerto durante un tiempo. El hecho de que el «Stern», el edificio con el mayor techo deslizante del continente, esté ahora casi tan muerto como el centro de la ciudad, no mejora esta triste historia.

Para los residentes de Silicon Valley, la pérdida de la cultura urbana no es tal: de todos modos, no existe tal cosa. Los *geeks* tampoco suelen estar entre las personas que enriquecen el centro de la ciudad con una vida colorida. Silicon Valley es, en gran medida, un páramo urbano donde antes había huertos. Para sus

habitantes, en la era digital la ciudad ya no es necesaria como foro, como lugar de encuentro, de compras y de paseo, de encuentros intencionados y fortuitos. Después de todo, ya no se hace nada por uno mismo: la comida se entrega a domicilio, tienes un chófer, ya nadie lava su ropa y para ligar y tener sexo hay portales, aplicaciones y películas.

Por ello, resulta aún más satisfactorio el hecho de que las metrópolis urbanas situadas más allá de la región que hay entre San Francisco y San José gocen de un gran atractivo, incluso entre los jóvenes. Es probable que Berlín se beneficie mucho de ello en el futuro. ¡Muchos más jóvenes estadounidenses prefieren vivir aquí que en Palo Alto! Mannheim, Halle y Wuppertal, en cambio, se benefician menos de esta situación. No obstante, el creciente comercio *online* no está creando nada completamente nuevo. No hace más que reforzar una tendencia iniciada en los años ochenta y noventa. El comercio minorista cualificado de toda la vida está desapareciendo de las ciudades, y las cadenas internacionales están ocupando su lugar.

Si queremos que dentro de veinte años siga habiendo ciudades pequeñas y medianas habitables en Alemania, necesitará políticos locales inteligentes. No está de más preguntarse a tiempo si realmente queremos que haya supermercados totalmente digitalizados en nuestra ciudad. Una pequeña comparación entre un mercado local y un supermercado sin vendedores y con precios que cambian constantemente es suficiente para tener claro lo que anima y lo que le gusta a la gente. La esterilización total es una necesidad en el quirófano, pero no cuando vamos a comprar. La falta de orden despierta la alegría del descubrimiento; no es lo mismo comprar algo a una persona que a un robot.

En el año 2018 seguimos buscando respuestas a cuestiones de este tipo. ¿En qué ámbito el uso de la tecnología digital es un

enriquecimiento de la vida, y dónde conduce a un terreno baldío? Sin duda, es bueno para los discapacitados físicos y para los ancianos tener un frigorífico en casa que se encargue de forma autónoma de pedir qué alimentos básicos van faltando y los almacene correctamente, pero sólo si no libera a los familiares de esas personas del compromiso contraído de seguir cuidándolos y atendiéndolos. Incluso es un derecho que las personas que no lo necesitan estén deseando con impaciencia tener un «hogar pensante», por mucho que la idea nos haga sonreír. Una casa cuya iluminación se adapta al estado de ánimo de sus ocupantes mediante la evaluación permanente de los datos médicos, como pasa en algunas películas, puede parecer atractiva para algunos. Pero si es realmente sexy encontrar la iluminación adecuada en la bañera para una cena a la luz de las velas con tu pareja, o si es más romántico encender tú mismo las velas y crear el ambiente, es una cuestión que debe decidir cada persona. No todo el mundo sueña con cuatro paredes que reflejen visualmente su propia melancolía en caso de depresión, o que proyecten sobre las paredes anuncios de barritas de incienso o de antidepresivos.

No todo lo que se puede perfeccionar tiene que serlo. Algunas cosas que se pueden mejorar técnicamente no mejoran la calidad de vida, sino que la empeoran. Algunas cosas, como el fútbol, viven incluso de una especie de arte del fracaso. En la gran mayoría de los casos, el ataque no tiene éxito, sino que se detiene a tiempo o conduce a un mal desenlace. Si cada disparo fuera un gol, el juego no tendría ningún encanto. Esto es lo que hace que el fútbol sea una metáfora tan hermosa de la vida, en la que los éxitos, los momentos culminantes, lo espectacular y lo extraordinario son la excepción y no la regla. Obviamente, los seres humanos se han orientado hacia ese estado normal durante cientos de miles de años. Si queremos cambiar algo de todo esto de una for-

ma fundamental, no sólo tiene que cambiar las circunstancias de la vida, sino también al ser humano, lo cual tiene consecuencias extremadamente inciertas. Los experimentos con drogas y medicamentos que redefinen la configuración original bioquímica del ser humano hablan un lenguaje claro. Nada de esto crea un nuevo equilibrio interior, sino que siempre crea un desplazamiento temporal con reacciones contrarias o de dependencia.

No todo lo que pretende resolver un problema con medios digitales lo llega a resolver efectivamente. Por eso, no deja de ser interesante distinguir los problemas reales de los falsos. El arte es, sin duda, uno de los campos más inadecuados para aumentar la eficiencia. Es, casi por definición, lo otro de la eficiencia. Uno piensa en el bello librito del artista suizo Ursus Wehrli *Kunst aufräumen* (*Ordenar el arte*).[1] En él, se desglosan cuidadosamente famosas obras de pintura en sus partes individuales —personas, trazos, colores— y se ordenan hasta que todo queda bien apilado. De manera similar, las ofertas en internet de los periódicos clasifican sus artículos según los intereses individuales de los lectores. Siempre puedes leer, de forma bien ordenada, lo que te interesa a pesar de todo lo demás, o de lo que te interesó en el pasado. Por otro lado, todo lo que se desvía demasiado de esto desaparece de la vista. Esto es maravillosamente eficiente, al menos si se considera eficiente para reforzar los intereses existentes y no para despertar otros nuevos. Las películas caras de Hollywood ya están filtradas previamente por un público de prueba, además de que ya se ha comprobado su eficiencia emocional y dramática. Si ya se está midiendo digitalmente el estado de ánimo del público de prueba, esto será aún más preciso en el futuro. De todos modos, la dramaturgia de las películas de éxito ya está algoritmizada, al igual

1. Ursus Wehrli: *Kunst aufräumen*, Kein & Aber, 2002.

que las obras de Rembrandt; con los libros es más fácil todavía. Actualmente, algunos *geeks* ya están discutiendo si, en el futuro, seguiremos necesitando guionistas o novelistas.

Todo es perfecto y nada es sorprendente: si las cosas son así de verdad, nadie necesitará ya el arte. ¿No es su tarea hacer estallar la fórmula de la experiencia y ser una rebelión contra la norma cultural? Al menos, eso es lo que han venido afirmando los teóricos del arte desde hace décadas. ¿Quizás esa forma de arte ya no sea necesaria en el mundo perfecto? Incluso el arte del estalinismo no pretendía hacer saltar por los aires la experiencia, sino confirmar un sistema de orden inmutable de forma dramáticamente abrumadora. Una exposición de Van Gogh o un concierto de Mozart ya no hacen estallar la experiencia de nadie. Las salas de conciertos, las óperas y los teatros programan principalmente lo que atrae a las masas. Con las tecnologías digitales, se puede leer y predecir el estado de ánimo del público con mucha más precisión. La cultura y el arte se convierten en una confirmación de lo igual, una tendencia que existe desde los años noventa y que lleva mucho tiempo desesperando a directores artísticos, organizadores de exposiciones y directores de cine. Por no hablar del monocultivo de la oferta televisiva, en la que la digitalización permite medir aún mejor que antes los índices de audiencia y los grupos a los que se dirigen los programas. La dependencia de los programas de estas encuestas es actualmente tan grande que, probablemente, ni siquiera un grupo de directores de programas ya no sabrían qué emitir si se dejaran de medir las audiencias.

¿La recopilación de datos está realmente al servicio del arte y de la cultura? ¿O, por el contrario, definimos como digno de ver, oír y leer lo que «llega»? La recopilación digital de datos puede conducir al progreso en muchos ámbitos, pero en el campo de la cultura y el arte se está poniendo de manifiesto lo contrario: la

hostilidad a la innovación y el estancamiento. Al hacerlo, refuerza precisamente la tendencia que ya está presente en la era de la política cultural neoliberal debido a la supuesta obligación de los municipios de ahorrar dinero. En cualquier caso, la obediencia anticipada al público y al gusto de las masas nunca ha hecho avanzar el arte y la cultura.

Si no queremos que el arte y la cultura sean «ordenados» tendremos que hacer mucho más por ellos en la sociedad del futuro de lo que han hecho hasta ahora. Porque, cuanto más determine nuestra vida el pensamiento de la eficiencia, más tendremos que defender los espacios que conscientemente mantenemos libres de él. Promover lo no convencional y no medir la calidad por la cantidad es una tarea importante para todos los responsables del arte y la cultura, porque estas áreas en particular no siguen definitivamente el esquema de «problema» y «solución».

En el contexto de una utopía positiva, Alemania necesita una política cultural diferente que no promueva lo viejo, lo existente y lo establecido, sino lo pequeño, lo no convencional, lo raro. Si en el futuro muchas personas ya no viven de un empleo remunerado, es importante que el mayor número posible de ellas pueda desarrollar su vida artística. ¡Qué bonito sería que la Alemania del futuro fuera realmente el país de los poetas y los pensadores y no de los vagos y los *gamers*!

Pero la oscura sombra de la utilidad y del éxito económico proyectada por el neoliberalismo sigue pesando sobre la cultura. Recuerdo un evento sobre el tema de la economía, la cultura y la creatividad en Essen en 2016. Uno de los ponentes era el encargado de decidir en la *Hamburg Kreativ Gesellschaft* a qué jóvenes con nuevas ideas debía apoyar la ciudad y cuáles no. Al principio de su charla, dijo: «Lo primero que siempre pregunto es: ¿qué problema quieres resolver?». Tuve que escuchar dos veces.

¡Qué pregunta tan extraña para un director creativo! ¿Qué problema resolvió Velázquez? ¿Qué problema resolvió Mozart? ¿Y qué problema resolvió Franz Kafka? Pero, tal y como muestra el ejemplo, el concepto matemático-técnico de creatividad ha ahogado todas las demás ideas de creatividad para mucha gente, incluso para los que deberían saberlo mejor por su profesión. En la mayoría de los casos de la vida, la creatividad es lo que se utiliza cuando no se sabe exactamente lo que se quiere conseguir. El esquema de «problema» y «solución» no nos ayuda en muchas cuestiones sobre la creatividad humana. O lo que es lo mismo: *todo el mundo habla de soluciones; ¡los filósofos no!*

Otro ejemplo que rompe el esquema de «problema» y «solución» es la cocina. En un evento en Bonn, organizado por un gran banco, tuve el placer de escuchar a uno de los hermanos Samwer, copropietarios de la empresa de inversión Rocket Internet para proyectos digitales. Aquel joven e inteligente empresario habló de las casas del futuro. ¡Lo más bonito de ellas sería que ya no se necesitarían cocinas! Basta con una nevera inteligente, mientras que los drones del supermercado o de la cocina de un restaurante gourmet se encargarán del resto. Cuando le pregunté qué ganaría con ello, dijo: «Tiempo». Pero cuando le pregunté qué debía hacer con el tiempo que había ganado, no tenía una respuesta adecuada. Que haya gente para la que cocinar juntos sea un momento mucho más satisfactorio que sentarse en el sofá a jugar al ordenador o a dedicarse a pedir cosas por internet era algo que, evidentemente, escapaba a su imaginación. Algunos sociobiólogos afirman que la cooperación y la sociabilidad humanas surgieron porque nadie puede cazar un mamut por sí solo. Tal vez haya algo de verdad en esto. ¡Pero parece que es al menos igual de importante el hecho de que nadie puede *comerse* un mamut por sí solo! Y, probablemente, esa es la razón por la que la mayoría de la

gente prefiere cocinar y comer en compañía, con la excepción de algunos *nerds* y *geeks*.

*

Por tanto, lo que aporta la tecnología digital puede ser tanto un paso atrás como un paso adelante. Empecemos por los peligros del retroceso cultural.

Muchas de las ideas visionarias que surgen en Silicon Valley no lo son si se examinan con detenimiento. Bastantes de ellas carecen del conocimiento sobre la naturaleza humana. Además, se conciben en función de lo que la tecnología puede proporcionar, y no de lo que muchas personas, o la sociedad, necesitan de forma urgente. Muchas cosas que pueden perfeccionarse técnicamente no necesitan ni deben perfeccionarse, al menos no sin producir consecuencias que nadie tiene en mente y que nadie está dispuesta a soportar. En aras de la seriedad, imaginemos una sociedad en la que todo es eficiente y está perfectamente optimizado. ¿Qué sería lo siguiente? No se puede cambiar o variar nada sin hacer las cosas menos eficientes. ¿Y qué significa realmente tomar la eficiencia como el estándar más alto? El estado más eficiente del ser humano, la «solución» más perfecta de todos los problemas de la vida, es la muerte: el estado en el que uno no tiene que moverse más, no tiene que usar más energía, no tiene que esforzarse más y se libera de todas las confusiones y vicisitudes de la vida. No hay mejor solución que la muerte; es el estado más inteligente del ser humano. Pero la vida no es inteligente. La vida se resiste, es impredecible, inmadura y ambigua, ¡y eso es lo que hace que merezca la pena vivirla y que sea emocionante!

Una utopía para la era digital que sea digna para las personas debe empezar precisamente por aquí. Debe agudizar la visión so-

bre qué progreso técnico es deseable y cuál no. El hecho de que actualmente se esté preparando la sustitución de los gestores de personal por programas informáticos pasará sin duda a la historia como una idea descabellada. En caso de duda, abrirá nuevos campos profesionales para los «exnovadores» y los «encargados de reanálisis», que desharán ese despropósito. ¡Al fin y al cabo, si un ordenador nos calcula como ocupación óptima, eso significa que no tenemos por qué ajustarnos a las personas con las que trabajamos! En este momento, se vende mucha cerveza sin alcohol con la que no te puedes emborrachar.

Pero, en cambio, esos son los atajos que luego resultan peligrosos. En EE.UU., por ejemplo, entre 1997 y 2007, uno de cada tres niños (¡!) recibió ayuda para aprender su lengua materna mediante CD y DVD. Con la ayuda de «Brainy Baby» y «Baby Einstein», los pequeños debían formarse lo mejor posible. El resultado fue un desastre. En las pruebas científicas, los bebés entrenados de esta manera obtuvieron resultados notablemente malos.[2] Para aprender su lengua materna, el niño reacciona no sólo a las palabras, sino también al contacto visual, las expresiones faciales, los gestos y las atenciones que recibe. La comunicación no verbal es al menos tan importante en los seres humanos como la verbal, pero no más que en cualquier otro primate.

Empresas como Disney obtuvieron 400 millones de dólares de beneficio con este tipo de productos de aprendizaje, pero dejaron un resultado desastroso en los niños afectados. Este ejemplo es una bonita muestra de cómo la creencia en una nueva tecnología, que promete alguna forma de simplificación o de atajos, pue-

2. Frederick J. Zimmerman, Dimitri A. Christakis und Andrew N. Meltzoff: »Associations between Media Viewing and Language Development in Children under Age 2 Years«. En: *Journal of Pediatrics*, 151 (4), 2007, pp. 364-368.

de llevar rápidamente a un perjuicio para la objetividad. También demuestra que la observación de que la gente compra, adopta o acoge un producto no puede ser la única medida de su aprobación. En todas partes donde las cosas típicamente humanas y psicológicamente significativas sean sustituidas por la tecnología, existe la amenaza de que surjan consecuencias enormes. La brújula que es bastante fiable en este caso es: ¿se está *apoyando* un significado psicológico con la tecnología, o se le está *sustituyendo*? A menudo, lo primero puede ser útil; lo segundo suele ser peligroso.

El ser humano es una criatura extraña. La felicidad en la vida requiere contradicción y resistencia. Casi nadie lo ha demostrado tan bien como el filósofo estadounidense Robert Nozick. En 1974, presentó a sus lectores la idea de una «máquina de la experiencia».[3] Ingeniosos neuropsicólogos han desarrollado una máquina que nos permite sumergirnos en un mundo ideal de deseo. La ilusión es tan perfecta que no podemos distinguirla de la realidad. Todo lo que experimentamos nos parece completamente real. Todos nuestros deseos se hacen realidad en este mundo, todo es perfecto y exactamente como lo queremos. ¿Podríamos entrar en esta máquina?

Nozick tenía la impresión que, seguramente, la mayoría de las personas no lo haría. En una charla ante un millar de desarrolladores informáticos en Múnich en febrero de 2018, sólo una décima parte del público dijo que cambiaría su vida por la de la máquina de la experiencia cuando les pregunté por ella. Probablemente, a la mayoría de ellos les asustó la idea de vivir en una ilusión perfecta. Seguramente, ni siquiera les gustaría que todos sus deseos se hicieran realidad. Hay algo en todo esto que nos parece sospechoso. Pero si es así, significa sobre todo una cosa: que hay cuestiones más importantes en la vida humana que la felicidad perfecta. Sin

3. Robert Nozick: *Anarchie. Staat. Utopia*, Lau Verlag, 2011.

embargo, lo aterrador es que, aun así, todos podemos entrar en la máquina de la experiencia de Nozick. Y no con un gran salto, ni con un paso atrevido, sino con miles pasos pequeños. Ninguno de ellos nos parece especialmente arriesgado o espectacular.

En el pasado, bastaba con que la gente mirara la realidad. ¡Había tantas cosas por las que asombrarse! Los niños se interesaban por los dinosaurios, de los que no conocían más que los huesos de los museos y las representaciones en color. La vida de los indios y los piratas les entusiasmaba, la visita al zoo era toda una experiencia, y las locomotoras, los coches y los aviones eran fascinantes. Para muchos niños de diez años en la Europa occidental del siglo XXI, todo esto se ha vuelto bastante aburrido. Hace tiempo que se han acostumbrado a las películas rápidas y a la ilusión perfecta de los mundos de los videojuegos. La realidad rara vez se enfrenta a ellas. En el futuro, puede que incluso vivan completamente en una «realidad mixta». Si la vida no es suficiente, y podría serlo cada vez más a menudo, podrán sumergirse en un universo paralelo con sus cascos de realidad virtual o con sus gafas holográficas. Su existencia cotidiana se está reconfigurando lenta e invisiblemente. No hay que hacer ningún esfuerzo para hacer todo esto. No hay que saber nada, ni explorar nada, ni lanzarse a la piscina, como han hecho tantos niños de diez años durante generaciones. Ahora, las aplicaciones hacen todo eso. Ellos mismos no tendrán mucho que contar a sus propios hijos sobre lo que hicieron de pequeños. No tienen propios mundos hacia los que mirar atrás; sólo los mundos extraños. La base emocional, creativa y moral que uno adquiere en la adolescencia para el resto de su vida tiende a cero. Todo en la vida era prefabricado, nada se experimentaba por uno mismo. Al final te vuelves tan perezoso e impaciente del mismo modo que la industria de la publicidad necesita a sus clientes: una persona que renunciaría a su derecho al voto antes que a

su *smartphone* o a un nuevo dispositivo mágico con el que, en el futuro, estará siempre conectado.

Todavía está por decidir en 2018 si esos niños se convertirán en mayoría o seguirán siendo una minoría. Por lo tanto, una utopía de la humanidad en la era digital se fija como objetivo *preservar la autonomía*. Es un valor poder hacer las cosas por uno mismo y tener habilidades y destrezas, ya sean manuales, morales o para orientarse en general en la vida. En cualquier caso, una *vida supervisada* en la que te quitan todo, tanto lo práctico como la experiencia de lo extraordinario, no es ningún progreso para la humanidad. En lugar de superhumanos, estaríamos tratando con personas que nunca se habrían desarrollado mucho más allá de la etapa infantil porque no tienen que hacerlo.

Grandes filósofos de la Ilustración como Kant, Schiller y Herder, han argumentado en contra del sueño del paraíso de la minoría de edad. Una sociedad de la satisfacción por el placer y de la evitación del sufrimiento no les parecía deseable. La libertad —su gran valor— no consiste en un atajo hacia la felicidad. Su objetivo no era el paraíso de la minoría de edad, sino el de un ser humano que en su vida se mata a trabajar por el progreso de su cultura y que madura en el proceso. Ser libre significa responsabilizarse de uno mismo y de los demás, no dejarse cuidar. Cuando el progreso técnico nos lleva a tener que asumir cada vez menos responsabilidad sobre nosotros mismos, está contradiciendo la idea básica de nuestra sociedad en la que se basa nuestra constitución: ¡el ciudadano mayor de edad!

También en el año 2018 mucha gente entiende de forma intuitiva lo que se quiere decir con esto. Una vida que sólo consiste en días hermosos probablemente no vale demasiado la pena vivirla; su consecuencia irremediable es el hastío. *Tener mucho tiempo es bueno, pero sólo si realmente se tiene algo que hacer*. La satisfac-

ción es algo diferente al sentido de la vida. Que la vida sea siempre una cuestión de eficiencia, del camino más corto y de la máxima satisfacción es una exageración simplista de lo que es el ser humano y de lo que es importante en la vida.

También se plantean cuestiones comparables para la economía alemana. No todo lo que tiene éxito en Silicon Valley (a menudo sólo a corto plazo) es un buen modelo de negocio en Alemania. Hoy en día, no podemos más que pensar en lo divertido que ha sido ver a todos esos altos directivos que fueron al *Valley* hace años, con sus trajes de raya diplomática, y que volvieron con barba y con sus suéters con capucha. Fue algo parecido a lo que ocurrió en los años setenta y ochenta cuando intentaron copiar la filosofía de la economía japonesa. El hecho de que el (antiguamente) modelo deslumbrante de éxito japonés de trabajo eficaz según el principio del *kaizen* («cambio para mejorar») no salvara al país del posterior estancamiento y de la recesión no debería olvidarse tan rápidamente. Por lo tanto, habría que pensárselo dos veces antes de seguir las tendencias del momento con demasiada ingenuidad y obediencia. Es cierto que en Alemania falta una «cultura del error». Pero, en primer lugar, la supuesta cultura del fracaso en Silicon Valley no está tan lejos como se suele afirmar desde el estrado de la economía alemana. Y, en segundo lugar, no es malo abordar los modelos de negocio cuestionables con un sano escepticismo. La cultura empresarial alemana no es respetada en todo el mundo sin razón; el sello de calidad de los productos alemanes es superior al de los estadounidenses. Una sociedad cuya columna vertebral económica está formada por las pequeñas y medianas empresas tiene usos, costumbres, tradiciones y modelos de éxito diferentes a los de un país dominado por unas pocas grandes empresas. La industria de bienes de consumo también desempeña un papel comparativamente menor en la economía

alemana. Además, ciertos modelos y culturas empresariales que han demostrado su eficacia en Alemania durante dos siglos no existen en Estados Unidos. Basta con pensar en los bancos populares, en los bancos cooperativos y en las cajas de ahorros, cuyas operaciones financieras están sujetas al principio de la cooperativa o de la utilidad pública regional. Sustituirlos por *Blockchains* o *FinTechs* no es sólo un modelo de negocio diferente, sino un profundo cambio cultural que se aleja del principio de mutualidad y del desarrollo de las ciudades y los municipios.

Nada de esto exime a la economía alemana de desarrollar modelos de negocio creativos y aprovechar al máximo las nuevas tecnologías digitales. Basta pensar en la tecnología energética y medioambiental, en la eliminación de residuos, pero también en muchos otros ámbitos empresariales. Analicemos dos de ellos de forma un poco más detallada. Dos ámbitos en los que el encanto de lo inesperado se mantiene dentro de límites muy estrechos. Esto es lo que los hace especialmente importantes y atractivos en el sentido de una utopía humana.

*

No hay nada bueno y digno de preservar en las muertes que se producen en las carreteras o en las enfermedades mortales. Vale la pena esforzarse por aquello que podemos evitar que vuelva a suceder en el futuro. En ambos ámbitos se puede esperar mucho de la tecnología digital del futuro.

Empecemos por el futuro del tráfico. El hecho de que el tráfico individual y fetichizado, que atasca nuestras ciudades grandes y medianas, ya no tenga un largo futuro por delante es una buena noticia. Desde que la mayoría de los alemanes pueden permitirse

un coche, a menudo un segundo coche, los problemas de tráfico han ido en aumento. En Alemania, se produjeron más de tres mil muertes por accidente de tráfico y casi 400.000 heridos en 2017. ¡En comparación, el número de personas asesinadas en Alemania en 2016 fue de trescientos setenta y tres![4] En 2015 y 2016, ciento cincuenta personas murieron en toda Europa Occidental como consecuencia de atentados terroristas. En esta situación, la promesa de hacer mucho más seguro el tráfico en las carreteras alemanas es una bendición.

Más movilidad en el futuro significa menos tráfico. Cuanto más tráfico haya en las carreteras alemanas, más se restringirá la libertad de movimiento del individuo. El desarrollo de los vehículos autónomos —el término «conducción autónoma» es engañoso, porque ya no es uno mismo el que conduce, es decir, de forma autónoma— puede contribuir de forma importante a ello. Estos vehículos autónomos, que ya se usan de forma esporádica en las costas oeste y este de EE.UU., son inútiles como símbolos de estatus. Los vehículos eléctricos silenciosos, con una carrocería sencilla y ligera, no son aptos para equiparlos con colas de zorro, para hacer rugir el motor con fuerza o para impresionar a los vecinos. El coche se convierte en un vehículo puramente comercial y, por lo tanto, es de suponer que rara vez se compre de forma privada, al menos no en las grandes ciudades. En su lugar, se descarga una *app* correspondiente, se paga una tarifa correspondiente y se tiene acceso a dicho vehículo autónomo en cualquier momento y en cualquier lugar del área metropolitana.

¿Cuáles son las consecuencias? Hay más de mil millones de coches en el mundo, que consumen mucha energía y que con-

4. https://de.statista.com/statistik/daten/studie/2229/umfrage/mordopfer-in-deutschland-entwicklung-seit-1987/

taminan el aire. En el futuro, sin embargo, sólo se necesitarán los vehículos que estén en funcionamiento (y una pequeña reserva). En el mundo actual, la mayoría del tiempo los vehículos de motor están aparcados, ya sea en un aparcamiento toda la noche, o para los que van en coche al trabajo, también durante el día. Se calcula que esto significaría que, al menos en las ciudades, sólo se necesitaría una quinta parte del número actual de coches.[5] Las plazas de aparcamiento en la calle se volverán en gran medida superfluas con lo que se podrán ajardinar o utilizar para la restauración. Los coches saldrán de garajes centrales subterráneos o cambiarán de pasajeros para ahorrar espacio. En nuestras grandes ciudades se está instalando un estilo crecientemente pueblerino, un poco como en los grabados en cobre de mediados del siglo XIX. La ciudad será cada vez más tranquila, más verde y, sobre todo, ¡más segura! Más del 90% de los accidentes de tráfico están causados por un error humano. Con los coches autónomos, podrían casi desaparecer. A los niños del futuro ya no habrá que enseñarles de forma tan enérgica lo que todos los niños alemanes tuvieron que aprender: ¡a tener mucho miedo a los coches y al tráfico! En gran medida, los atascos podrán evitarse y las emisiones contaminantes disminuirán considerablemente. ¡Qué gran avance para la calidad de vida!

¿Cuál es el precio de todo esto? Los alemanes tendrían que renunciar a esa pasión tan querida de los lejanos años del milagro económico de definirse a través de sus coches. Sin embargo, el proceso ya está en marcha. El número de jóvenes en Alemania cuya identidad está relacionada con su coche ha disminuido rápidamente. Un coche de gama media ya ha dejado de ser un símbolo de estatus. A lo sumo, los coches deportivos y los todoterrenos

5. https://www.tagesschau.de/wirtschaft/autonomes-auto-103.html

siguen gozando de cierto estatus de popularidad. Sin embargo, los todoterrenos en particular son un buen ejemplo del callejón sin salida del culto al estatus. Un automóvil apenas puede aumentar de tamaño sin que, a continuación, no pueda entrar en un aparcamiento subterráneo ni obstaculizar a los demás usuarios de la vía pública. Parece que los conductores de todoterrenos están bailando sobre el volcán por última vez al conducir coches cuyo consumo energético arruina el sustento de sus hijos. No hay que sentir pena por este símbolo de estatus que representa el peligro del industrialismo ecológico. Los dinosaurios nunca fueron tan grandes como en el período Cretácico, ¡justo poco antes de que se extinguieran!

El impacto del meteorito no tendrá piedad de Alemania. Al fin y al cabo, los coches autónomos están tan poco concebidos para la República Federal como el *smartphone*. Por el contrario, estamos ante una evolución global que se impondrá de forma generalizada, con total independencia de la voluntad de los partidos individuales o de la falta de voluntad de las asociaciones individuales. En Alemania, el coche autónomo no será algo que se decidirá en las elecciones. El hecho de que todavía haya algunos problemas antes de que se generalice el uso de estos coches robóticos no debe ocultar el hecho de que, probablemente, pronto circularán por las carreteras alemanas. Lo que actualmente se interpone en el camino no son los problemas de seguridad y responsabilidad civil: ésos pueden resolverse. Ninguna de las aseguradoras de automóviles, cuyo futuro está amenazado, se perderá este negocio.

Tampoco las cuestiones éticas, como la forma de programar un coche autónomo para que se desvíe, detendrán el desarrollo del tráfico del futuro. Sólo hay que despedirse de la idea de que un coche autónomo debe «aprender». Se supone que cada situación de tráfico difícil debería cambiar el software como una expe-

riencia de aprendizaje. Para controlarlo, se necesita un software de supervisión, que, a su vez, sea supervisado por otro software. Este sistema de software también debe ser capaz de aprender. Al final, hay un software de tráfico que nadie ha programado de esa manera y que acaba fuera de control. Está claro que no es una idea demasiado buena. La pregunta es: ¿por qué debe y tiene que aprender el software del coche? Si un coche tiene que dar un volantazo en una situación de tráfico difícil, ni siquiera hay que intentar programarlo «éticamente». Es mucho mejor una solución puramente técnica: proteger al conductor, virar a la derecha, y si eso no funciona, virar a la izquierda. Mientras no se equipe al coche con una tecnología de sensores de reconocimiento facial que reconozca a las personas por edad, género, etcétera (¡aunque ni siquiera hace falta hacerlo!), todos los extraños juegos mentales sobre el valor de la vida de los jubilados y los niños pequeños son, en gran medida, superfluos cuando se trata de la programación de los coches. El coche sigue siendo éticamente neutro, y nadie debe temer por sus «experiencias de aprendizaje».

Lo que, en realidad, no está resuelto es otra cuestión: con coches inteligentes que siempre frenan a tiempo y nunca pierden la paciencia, ¿cómo se evitará que los peatones —y mucho más dramáticamente, los ciclistas— interrumpan, ignoren o bloqueen el tráfico? El coche autónomo se toma todo esto con calma. Por ello, el legislador tiene que reaccionar a este problema de forma más firme y la policía tiene que empezar a sancionar estas infracciones de tráfico. No es un paso pequeño.

La transición tampoco está clara, aunque su desarrollo debería estar en gran medida predeterminado. Los coches autónomos de construcción ligera y las carrocerías de metal duro de los coches con motores potentes no congenian demasiado bien, al igual que los carros de caballos y los coches. Cuando el automóvil llegó

a las ciudades, los caballos huyeron. Poco después, desaparecieron. Es lógico que pronto se produzca el mismo proceso. Los habitantes de los barrios con familias numerosas del centro de las ciudades ya no querrán que los coches «normales» circulen por sus calles, una vez que hayan reconocido y disfrutado las ventajas de los coches autónomos. Poco a poco, las ciudades se irán cerrando a los coches tradicionales hasta que nadie, salvo policías, bomberos, etc., puedan conducirlos. Al final, se sustituirán todos los coches tradicionales, y las personas volverán a ser llevadas de un lado a otro como en los tiempos de los carros de caballos.

La pregunta sigue siendo qué pasa realmente con las personas que no pueden pagar la tarifa del coche autónomo. Tienen que recurrir al transporte público. Para que sea una alternativa real en términos de precio, y también para evitar los atascos en las horas punta, el transporte público deberá financiarse con impuestos y no con la venta de billetes. Esto significa que tendrá que ser gratuito para todo el mundo y que nadie dependerá de un modelo de negocio concreto.

En términos logísticos, los planificadores de tráfico de las ciudades se enfrentan a una serie de problemas que no pueden abordar con la suficiente antelación como para evitar el caos posterior. Para los que piensan que saber conducir es una técnica cultural importante, todavía existe la posibilidad de hacer deporte con ella. De la época en la que vivían caballos en las ciudades también quedó la equitación. ¿Por qué no van a poder disponer de instalaciones deportivas adecuadas quienes realmente quieran y puedan conducir?

*

Pasemos al segundo campo de la utopía positiva: la medicina. Se abre todo un arsenal de nuevas posibilidades para mejorar la predicción, la detección precoz y el tratamiento de las enfermedades. El espectro comienza con instrumentos más precisos y con una tecnología de sensores cada vez mejores. Los aparatos de ultrasonidos ya son capaces de obtener imágenes de alta resolución de los órganos y mostrarlas gráficamente en funciones matemáticas. Cuantos más datos sanitarios se almacenen de forma anónima (por ejemplo, los valores sanguíneos, el historial médico o los resultados de las pruebas) mejor se podrán investigar las enfermedades. El requisito previo para ello es una infraestructura digital adecuada, que, al mismo tiempo, garantice que mis datos sanitarios sólo puedan ser relacionados conmigo de forma personal por el médico que me atiende. Los conocimientos digitales mejoran el diagnóstico y, al mismo tiempo, permiten aplicar terapias altamente individualizadas. En lugar de un procedimiento estándar, el paciente tiene ahora la posibilidad de ser tratado con un conocimiento más preciso de su organismo individual. Para las personas que padecen diabetes o que tienen una hipertensión peligrosa, es una bendición que un pequeño dispositivo en la muñeca vigile su estado físico. Este dispositivo está conectado a un hospital, donde un ordenador hace sonar la alarma en caso de que se produzca cualquier desviación importante y en donde los médicos están preparados de inmediato. Por último, pero no menos importante, los historiales médicos digitalizados y en red permiten a los médicos dedicar menos tiempo a las tareas administrativas.

¡Todo esto son buenas noticias! Sin embargo, el hecho de que conduzca a una medicina más humana no depende únicamente del progreso médico. Como en toda innovación técnica, se plantea la cuestión de cómo la afrontará la sociedad, qué ideas acompañarán al cambio y cómo se pueden evitar aquellas consecuencias que no son deseables en el sentido de una sociedad buena o incluso una sociedad mejor.

El hecho de que las personas que tienen un alto riesgo para la salud puedan ser controladas permanentemente con la ayuda de un dispositivo digital es, como se ha descrito, sin duda una gran ventaja que, a veces, salva vidas. La cuestión es si son los únicos que confiarán en ella en el futuro. ¿Dónde empieza el riesgo para la salud? ¿Y qué piensan las compañías de seguros de salud al respecto? ¿Obtendrán una tarifa mejor aquellos que se vigilen a sí mismos constantemente, aunque no tengan un riesgo sanitario mayor? El resultado podría ser una sociedad en la que las personas pasen gran parte de su tiempo vigilándose a sí mismas, una actividad bastante egocéntrica que produce personas que, sin su ayudante digital, pronto ya no sabrán lo enfermas o sanas que están, porque su brújula interior se habrá perdido. La dependencia de una máquina no es deseable para las personas que normalmente están sanas, y fomentar ese comportamiento por parte de los médicos o de las aseguradoras lo es aún menos.

Un segundo peligro —y éste es el mayor— es externalizar a las máquinas una atención que es mejor que sea asumida por las personas. Sería una broma amarga que la «medicina personalizada» de la era digital llevara a tener cada vez menos que ver con personas reales. Las consultas sanitarias a través de internet no son lo mismo que sentir las manos de una persona atenta y cariñosa sobre la piel. No está claro que el sistema informático «Watson» de IBM, alimentado con historiales médicos, haga en todos los casos un diagnóstico mejor que el de un médico que conoce a sus pacientes desde hace dos o tres décadas.

Los sistemas digitales pueden ayudar en la medicina; se vuelven peligrosos cuando deberían sustituir a los médicos. La regla «¡asistir sí, sustituir no!», que se aplica al uso de la tecnología

digital en cuestiones sociales y éticas relevantes, es especialmente válida en medicina. Es aterrador, pero perfectamente imaginable, que también en la medicina se tome el lado medible del mundo por el mundo, es decir, el historial médico del paciente por el propio paciente. El defecto de la medicina convencional, que, a menudo, no consigue una visión adecuada de la compleja e individual interacción entre el cuerpo y la psique, podría ser aún mayor en la medicina de la era digital. Es dudoso que sea una solución el que la psique de un día pueda diseccionarse en millones de datos. El principio según el cual lo que no puedo atrapar con mi red de datos no puede ser un pez, es decir, un estado físicamente perceptible, podría, en todo caso, agudizarse.

Esto hace que sea aún más importante acompañar los beneficios para la medicina de la nueva tecnología digital con una movilización igualmente grande de la empatía. *Cuanto más precisa y racional llegue a ser la tecnología, más importante serán los médicos que tengan empatía y compasión.* Si es cierto que la digitalización ahorrará a los médicos gran parte del tiempo que, hasta ahora, han estado dedicando a la burocracia, el terreno ya estaría realmente bien preparado para ello. Ya se han mencionado las tareas de un futuro ayudante de la humanidad. Tendrá que convertirse en un verdadero ayudante de la vida, que se preocupa, como muchos médicos y médicas de familia de la vieja escuela, y que no cede su papel a los programas de procesamiento de información. Está claro que esto requiere un criterio de elección distinto al *numerus clausus* para los estudiantes de medicina. En el mundo de la medicina real se necesitan desesperadamente no a los más laboriosos ni a los más dotados racionalmente, sino a los más adecuados y capaces entre las personas más cariñosas.

Cuanto más demuestre la medicina que se preocupa realmente por el bienestar de las personas, mayor será su confianza en las

herramientas digitales. *¡Cuanto mayor sea el cambio cultural en la medicina, mayor será la aceptación de la tecnología!* Esto es especialmente cierto en el ámbito de la asistencia sanitaria. ¿Debemos aceptar o condenar a los robots asistenciales? En principio, la pregunta es bastante fácil de responder. En Japón, los robots asistenciales son un gran negocio y se invierte mucho dinero en su promoción. Esencialmente, hay dos tipos de robots: los robots de asistencia y los robots que dan abrazos. Los robots de asistencia pueden parecer cubos de basura rodantes y acompañar a los médicos en sus visitas. En su interior, ofrecen espacio para todo tipo de equipos e historiales médicos. Otros prototipos, que desgraciadamente aún no están listos para la producción en serie, podrán ayudar a cambiar el orinal, a mover a un paciente inmóvil que está en una silla de ruedas o, incluso, a transformarse en una silla de ruedas. Los robots que dan abrazos, en cambio, son pequeños, ligeros y esponjosos, y en Japón ya están siendo usados por pacientes con demencia. Cuando se les hacen cosquillas en su piel artificial, ronronean, se mueven y agitan con alegría sus aletas de foca.

En ningún lugar es más evidente la diferencia entre «apoyar» y «sustituir» como en este ejemplo. El día de mañana, el primer tipo de robot proporcionará sin duda una gran ayuda, y no sólo en Japón. Cualquiera que conozca el esfuerzo que se hace y la agonía que puede suponer levantar a una persona que está gravemente postrada en una silla de ruedas, verá inmediatamente cuál es el verdadero problema que pretende resolver el robot asistencial. Pero, ¿qué «problema» resuelve el robot que da abrazos? ¿Que las personas con demencia también necesitan amor? Cualquiera que piense que eso es un «problema» no tiene nada que hacer en un hospital. Ciertamente, se puede argumentar que el paciente con demencia no nota la diferencia entre un animal de verdad o

un ser humano cariñoso y un robot de peluche; esta es precisamente la base de su uso.

Pero esto no cubre la dimensión ética del asunto. ¿Se consideraría algo no problemático y trivial que los humanos se burlaran de un discapacitado mental grave? Probablemente no. Ni siquiera si la persona afectada no es capaz de darse cuenta de que está siendo objeto de burla. Sin embargo, nos parecería mal o incluso indecente, de mal gusto y obsceno burlarse de los discapacitados mentales graves. Sin embargo, no nos indignamos tanto en nombre de la persona que sufre la burla (que, al fin y al cabo, no se da cuenta) como en nombre de la moral. Nos escandalizamos porque consideramos que es moralmente incorrecto que la gente ridiculice a los discapacitados mentales graves. Criticamos su actitud. Pero, ¿por qué entonces nos parece correcto engañar a un paciente con demencia y engatusarlo con un robot, que cree que es un ser vivo que responde a su afecto? Quizá su necesidad de dar y recibir amor sea uno de los últimos deseos psíquicos que le quedan. ¿Y es precisamente aquí donde se quiere ahorrar dinero y engañar al paciente?

Al igual que se aplica en la medicina se aplica a la asistencia: si queremos utilizar más tecnología no deberíamos querer sustituir a las personas que cuidan. De lo contrario, echaremos por tierra la promesa que supone la digitalización: ¡hacer del mundo un lugar más humano!

~

La promesa de la tecnología digital es mejorar nuestra vida. Pero, ¿qué significa mejor? En una utopía humana, mejor no significa más breve, más cómodo o más inteligente. La tecnología debe estar orientada a las necesidades reales de las personas, y éstas no

son fácilmente cuantificables. Los que organizan su cultura en lo que ha sido hasta ahora lo más conveniente para las masas, no han entendido lo que es la cultura. La cultura no debe resolver los problemas ni confirmar siempre lo que se acepta de todos modos. A menudo, la forma más obvia no es la mejor. En una sociedad orientada a las personas, no es bueno un exceso de estandarización para no limitar el pensamiento y el comportamiento divergentes. La autonomía debe estar siempre en el centro. Sólo cuando hay problemas realmente graves —por ejemplo, en el tráfico y en la medicina— las soluciones inteligentes son realmente soluciones. Hay que dar la bienvenida a un nuevo tráfico que minimice en gran medida el riesgo de accidentes, y a una medicina con soporte digital que, cuando se utilice correctamente y de forma muy consciente, mejore la vida de las personas.

La vuelta de lo político

Las casas de Robert Taylor en Chicago fueron una idea brillante. Con grandes gestos y bellas palabras, los urbanistas promovieron la idea de que todos los pobres y marginados de la ciudad, principalmente los negros, debían salir de sus chabolas de chapa y mudarse a los nuevos y modernos rascacielos. Fila a fila, se colocaron uno detrás de otro los veintiocho bloques en la rica zona sur de la ciudad, no lejos de la universidad y de las hermosas *Prairie Houses* de la estrella de la arquitectura Frank Lloyd Wright. Pero pronto ninguno de los primeros residentes, que habían sido recibidos con flores en 1962, vivía ya en los bloques. Cuando visité los edificios en 1997, acompañado por el cronista policial del *Chicago Tribune*, me encontré en el gueto más temido de la ciudad. Las entradas de los edificios y los buzones estaban manchados de excrementos, los niños dormían en la bañera por la noche por miedo a las balas perdidas de las bandas, y el desgastado césped estaba lleno de casquillos de bala de colores, como después de una Nochevieja. Los primeros traslados de los residentes ya habían comenzado en 1993. La demolición comenzó en 2005, y dos años después el último bloque había desaparecido.

Aquí, algo había salido mal, rematadamente mal. ¡Y, sin embargo, era una idea tan buena! Las nuevas casas eran abiertas e higiénicas, con ascensores, calefacción central y agua caliente. ¿Por qué no debían mejorar las condiciones sociales de las míseras e inmundas chabolas de las que procedían los residentes? Pero los bloques abandonados no animaban a nadie a vivir una vida vir-

tuosa. 27.000 personas en situación de precariedad social tampoco se ven estimulados en la moral y en la decencia. El sueño de los planificadores urbanos de encontrar, a nivel de planos, una solución inteligente a un problema social de peso acabó en desastre.

Los planes arrogantes como el de Chicago, planes maestros sin una pizca de conocimiento de la psicología humana, caen bajo el término burlón de «solucionismo».[1] Hay innumerables ejemplos de esto en la arquitectura moderna. Se trata siempre de la promesa de una solución sencilla, clara y concisa a un problema muy complejo. Basta pensar en los planes del arquitecto suizo-francés Le Corbusier de demoler casi todos los edificios antiguos de la orilla derecha del Sena en París para levantar allí dieciocho rascacielos monumentales en cuadrículas. Embriagado por el espíritu de la disrupción, el proyecto no conocía el respeto por lo que se iba a perder, especialmente por el antiguo casco histórico y su encanto inconfundible.

En 2013, el periodista bielorruso Evgeny Morozov trasladó el término «solucionismo» de la teoría arquitectónica a numerosas ideas, proyectos sobre el futuro y modelos de negocio de Silicon Valley. También aquí él ve actuar una voluntad de perfección miope que un día se vengará con maldad, porque esta voluntad «sólo se interesa de forma incidental por las acciones que deben mejorarse. El esfuerzo por reinterpretar todas las relaciones sociales complejas de tal manera que aparezcan como problemas perfilados con precisión, y con soluciones muy específicas y calculables, o como procesos transparentes y evidentes —que puedan optimizarse fácilmente con los algoritmos adecuados— tendrá consecuencias inesperadas».[2]

1. Comp. Michael Dobbins: *Urban Design and People*, John Wiley 2009; Douglas Murphy: *The Architecture of Failure*, Zero Books 2012.
2. Morozov (2013), p. 25.

Muchas cuestiones sociales no pueden responderse con medios técnicos sin provocarles mucha violencia involuntaria. «Siempre hay silencio en los planos arquitectónicos. En la vida real, no», dijo una vez el escritor neerlandés Cees Nooteboom. Si, como ocurre desde hace tiempo en muchas ciudades estadounidenses, las ciudades empiezan a equiparse con cámaras y sensores de movimiento para que no quede nadie sin ser observado, el índice de criminalidad se reducirá gracias a ello. Sin embargo, ya no vivimos en un mundo libre, sino en un mundo de vigilancia permanente. La famosa frase de Eric Schmidt «si hay algo que no quieres que nadie sepa, tal vez no deberías hacerlo de todos modos» lo resume muy bien. Los pensadores de la Ilustración querían educar el juicio de las personas para que se comportaran de forma virtuosa. Los cibernéticos, en cambio, les quitan la posibilidad de comportarse de forma poco virtuosa. «La confianza es buena, el control es mejor»: durante un siglo, esta frase de Lenin representó la visión cínica de la humanidad del estalinismo; hoy, representa la ingeniería social de Silicon Valley.

La búsqueda de soluciones basadas en la vigilancia y control no se limita a California o a Estados Unidos. También en Alemania, los servicios secretos y la policía se están empezando a subir al carro para «optimizar» sus posibilidades en el marco de la «lucha contra el terror». Una vez más, nos enfrentamos a las *shifting baselines*. Mientras que muchos alemanes se indignaron con el censo y el documento de identidad de lectura mecánica en los años ochenta, hoy están dispuestos a tolerar las técnicas de vigilancia en su vida cotidiana. Muy poco a poco, la relación entre la seguridad y la libertad se está moviendo drásticamente, y no porque la situación de amenaza en Alemania haya aumentado en los últimos años, sino, simplemente, porque ahora hay muchas posibilidades técnicas que no existían en el pasado. La existencia

de los medios decide su uso y no la finalidad. De hecho, en Alemania las estadísticas de delincuencia muestran una tendencia a la baja en muchos delitos; por su parte, la ciberdelincuencia ha aumentado de forma particular.

La situación es traicionera, porque la aprobación de cada nuevo uso de la tecnología de vigilancia tiene sus propios argumentos a favor. Sin embargo, es fácil perder de vista que todo el desarrollo destruye valores importantes, porque cada paso, tomado de forma individual, no es tan malo. Pero, por debajo de la mesa, la transparencia se vuelve más importante que el derecho a la privacidad, y el control sustituye a la libertad. El resultado final no es un estado libre, sino un estado cibernético; un cambio en innumerables pasos pequeños. En ninguna parte de este camino había un punto en el que fuera obligatorio detenerse…

*

La falta de transparencia representa un gran valor en nuestra sociedad. Teniendo en cuenta el amiguismo, la corrupción y los chanchullos, esta afirmación parece, en un principio, extraña. Ni siquiera los solucionistas tienen en mente la falta de transparencia, sino la transparencia. Pero para los que dudan de esto, hay que recomendar la glosa de 1861 del poeta inglés William Makepeace Thackeray «On Being Found Out», en la que se explica la visión de una sociedad completamente transparente: «Imagínese que todo el que comete una injusticia es descubierto y castigado en consecuencia. Piense en todos los chicos de todas las escuelas a los que habría que darles unos azotes; y con ellos a los profesores, y luego al director... Imagine al comandante en jefe, encadenado, después de haber supervisado previamente el castigo de todo el ejército.

Apenas el clérigo gritaba su "heccavi", agarrábamos al obispo y le administrábamos unas cuantas docenas. Después de que le tocara al obispo, ¿qué pasaría con el dignatario que él nombró...? La paliza es demasiado terrible. La mano se detiene, horrorizada por todos los tubos que tiene que cortar y mover. Cuánto me alegro de que *no* todos seamos descubiertos, lo repito —y, mis queridos hermanos, protesto porque recibamos lo que merecemos—».[3]

Por supuesto, la sociedad de Thackeray está todavía muy lejos. Pero, sin embargo, nos estamos dirigiendo en esa dirección. No todo el mundo sabe todavía todo sobre los demás, sólo los GAFA lo saben. Sin embargo, es muy valioso para nuestra convivencia que no lo sepamos todo sobre las personas con las que tenemos que tratar. Las cuentas que nos hacemos sobre el comportamiento de los demás son tan incompletas como las cuentas que los demás tienen sobre nosotros. Y eso es algo bueno. Porque si todo el mundo tuviera la capacidad de saberlo todo sobre los demás, nuestra sociedad se colapsaría. Thackeray ya sospecha que la mayor transparencia posible no conduce a la paz social, sino a la discordia: «Qué maravilloso y hermoso cuidado de la naturaleza que el sexo femenino no suela estar adornado con el talento de desenmascararnos... ¿Le gustaría que su mujer y sus hijos le conocieran tal y como es, y le apreciaran con exactitud según su valor? Si es así —mi querido amigo— vivirás en una casa triste, y helado será su hogar, dulce hogar... no te imaginas que *eres* como te presentas a los demás».[4]

Una sociedad completamente transparente no sería ni remotamente deseable. Lo mismo ocurre con una sociedad que ya no

3. William Makepeace Thackeray: *On Being Found Out*. En: William Makepeace Thackeray: *Works*, vol. 20, Londres 1869, pp. 125-132.
4. *Ibíd.*

permita un comportamiento que desafíe las normas en absoluto. «Ningún sistema de normas sociales podría someterse a una perfecta transparencia de comportamiento sin morirse de la vergüenza», escribe el sociólogo Heinrich Popitz. «Una sociedad que expusiera cada desviación del comportamiento arruinaría al mismo tiempo la validez de sus normas».[5] Porque, si todo se hiciera público, el resultado no sería que la gente se volviera más respetable. Más bien, probablemente todas las normas perderían su validez antes o después, ya que, de todos modos, sería imposible cumplirlas al cien por cien.

Las normas tienen «inevitablemente algo de rígido, de no vinculante, de fijo, algo de "terco" y, por tanto, siempre algo de exigencia excesiva, de ilusorio».[6] El comportamiento social y la moral, sin embargo, viven de zonas grises, de comportamientos que no se conocen con tanta precisión. No se pueden establecer normas sobre ello como si fueran el tamaño de los clavos o los tornillos. Ahí donde vive la gente real, romper las reglas es parte de la vida social. Incluso, lo que constituye el quebrantamiento de las normas está muy determinado culturalmente. Si te saltas un semáforo en rojo en Beirut, la policía no te perseguirá por ello. En Bayreuth, sin embargo, el riesgo es mayor. La razón es clara. Si la policía de Beirut se ocupara de las infracciones de los peatones, no conseguiría nada. Las normas también están sujetas al principio del *shifting baselines*. Si todo el mundo viola la norma, la violación de la norma se vuelve más trivial que si todo el mundo la cumple. Porque cuanto más sabemos de las violaciones de los demás, más justificada nos parece nuestra propia mala conducta. Si se hiciera público cuánto engañan los demás en sus declaraciones

5. Heinrich Popitz: *Soziale Normen*, Suhrkamp 2006, p. 164.
6. *Ibíd.*

de la renta, ciertamente esto no conduciría a una mejor moral fiscal. Según nuestra lógica comparativa, sería más bien el comienzo de una supuesta espiral descendente.

Desde este punto de vista, ¿qué debemos hacer con los carros de la compra que se bloquean automáticamente al salir con ellos del aparcamiento del supermercado? ¿O con las estaciones de metro, como en Nueva York, que tienen barreras para que nadie pueda viajar sin billete?[7] No sólo impiden que las personas se porten mal, sino que, al mismo tiempo, les quitan la opción de hacerlo o no. Cuantos más mecanismos de seguridad técnicos determinen nuestras vidas, menos tendremos que educar nuestro juicio y determinar nosotros mismos nuestro comportamiento moral. Por lo tanto, sólo nos aferramos a ciertas cosas porque no podemos evitar hacerlo. Las normas sociales, en cambio, nos dan la opción de seguirlas o de incumplirlas. El mero hecho de no *tener* que seguirlas las hace significativas. Su validez no consiste en la obligación sino en la voluntariedad. Son importantes, aunque no todo el mundo las respete. De hecho, vivimos bien con una especie de «relación difusa de la vida social que, en última instancia, sirve tanto para la buena opinión que tenemos de los demás como para la buena opinión que tenemos de nuestro sistema de normas. Los focos no soportan las normas; necesitan un poco de crepúsculo».[8]

Nuestra vida real también nos obliga a elegir entre diferentes normas. Porque seguir a una puede contradecir a otra. Tenemos que soportar esta situación. «Sólo los estúpidos están en paz consigo mismos»: esta frase de Martin Seel se aplica también a las sociedades. Lo que vale para la verdad también lo es para cualquier

7. Sobre la comparación con el U-Bahn, ver Morozov (2013), p. 317 y ss.
8. Popitz: *Soziale Normen*, p. 167.

otra virtud moral: hay que tomarla en serio, pero no demasiado. Las normas son reglas que deben facilitar nuestra convivencia. Cada una de estas normas debe evitar algún conflicto. La pregunta es: si se evitan todos los conflictos, ¿qué diversión tiene la vida? ¿Y quién seguirá pensando por sí mismo?

El objetivo de la ética no es la mayor seguridad de vida posible. Es la oportunidad de una vida plena para el mayor número posible de personas. Las normas están ahí para ayudarnos a conseguirlo. En ningún caso su propósito es que les sirvamos. Aunque nos irritan las violaciones de las normas, es bueno que existan. ¿Quién quiere vivir en un país en el que *toda* transgresión es descubierta y castigada? Todo principio moral se convierte en una atrocidad cuando se eleva sin reservas a la categoría de norma rígida. Ser siempre honesto, siempre justo, siempre equitativo, siempre compasivo, siempre generoso, siempre agradecido, etc. ¿Quién quiere ser así? ¿Es realmente esta una vida plena?

Si la tecnología del futuro nos promete responder de forma digital a las preguntas analógicas envolviéndonos en una matriz de seguridad, entonces debemos ser conscientes de nuestro escepticismo. Derrotar a la delincuencia a costa de la falta de libertad es una victoria pírrica: ya hemos tenido demasiadas de éstas, además de que ya no vivimos en una sociedad autodeterminada. Las personas que hacen el «bien» porque están permanentemente «monitorizádose» y «empujándose (*nudge*)» a ello no son moralmente autónomas, sino adictas a la droga. Por no hablar del asombroso poder de quienes tienen todos nuestros datos y saben más que nosotros mismos y de nuestras motivaciones, necesidades y eventuales acciones.

Quien quiera dibujar una utopía humana de la era digital debe tomar en serio este peligro y ser consciente de él. Los silenciosos diseños arquitectónicos de los solucionistas no deben conducir

a una vida estancada. Sólo hay que pensar en el arquitecto de la Bauhaus Walter Gropius, que prohibía a los habitantes de sus complejos residenciales colocar macetas en las ventanas porque perturbaban la bella imagen uniforme del conjunto. Hoy en día, estas «macetas» están por todas partes allí donde la gente vive y trabaja. Pero, ¿cuánto tiempo más tolerarán los sumos sacerdotes de la eficiencia y la optimización el desorden en nuestras vidas y en nuestro carácter, a las personas que no son cien por cien resistentes en el trabajo, a los lobos solitarios con sus manías, a los rudos, los groseros, los difíciles de llevar, los entusiasmados, los que tienen mal genio, los lentos, los vagos, los ligeros, etc.?

Todo forma parte de la vida real, con sus colores y su dificultad para ser gestionada. Todo esto hace que la vida sea algo agotador, pero interesante al mismo tiempo. También hace que las historias no sean planes. «Una historia es lo que sucede cuando algo interviene», definió una vez el filósofo Odo Marquard. Un plan, en cambio, funciona cuando no interviene *nada*. Si sigues el sistema de navegación de tu *smartphone*, ya no tendrás que pedir indicaciones sobre cómo llegar a un sitio ni tendrás que conocer a nadie. Pero si nada debe interponerse en el camino, ¿entonces qué es la vida?

*

En el camino hacia una utopía humana, debemos afrontar este peligro: si no tenemos cuidado, el camino que estamos recorriendo en el presente nos llevará a la muerte fría y cristalina de la perfección. Al hacerlo, abolimos la política, casi inevitablemente y sin mala voluntad. Si «no reunimos la fuerza y el coraje para escapar de la mentalidad de Silicon Valley, que alimenta el ansia de perfección técnica», argumenta Morozov, «entonces puede que algún

día tengamos que vivir con una política que no tenga nada de lo que la hace realmente deseable; con personas que han perdido su capacidad básica de acción moral; con instituciones culturales descoloridas (o incluso sin vida) que ya no asumen riesgos y que sólo tienen en mente sus balances financieros; finalmente, con una sociedad perfectamente controlada en la que la oposición no sólo es imposible, sino tal vez impensable».[9]

Quienes lo ven todo desde el punto de vista de la eficiencia no tienen mucho que ver con la política en los estados democráticos de Europa o de Estados Unidos. Los líderes de Silicon Valley no suelen ocultar que piensan que el sistema político debería ser optimizado, preferiblemente por ellos mismos. Sin embargo, siguen sin saber que nuestras democracias, por ejemplo, son *lentas a propósito*. Los sistemas bicamerales y la separación de poderes no sólo sirven para distribuir el poder de forma más equilibrada, sino también para desacelerar las decisiones políticas. Los antiguos griegos de Atenas juzgaban a sus acusados en los tribunales el mismo día en una simple votación, con numerosos y dramáticos errores judiciales incluidos. Los sistemas democráticos y de derecho, concebidos en el siglo XVIII y aplicados en el XIX y el XX, impiden ese accionismo. El camino más corto puede parecer el más eficiente, pero desde el punto de vista de una buena democracia es más eficaz prolongarlo. Lo que ahorra tiempo, esfuerzo y dinero no es necesariamente bueno y, a menudo, incluso es fundamentalmente algo erróneo.

Las leyes de la economía, según las cuales el tiempo debe ser dinero y el más rápido siempre consigue la recompensa, no se aplican a la política. Muchas buenas ideas son lentas, complicadas, exigentes y difíciles de aplicar. Aquéllos que quieren hacer

9. Morozov (2013), p. 16.

cada vez más eficiente la esfera de la política acabarán por abolirla y sustituirla por la tecnología social. Cuanto más transparentes se muestren los ciudadanos al consentir contratos empresariales dudosos, más fácil será que este cambio tenga éxito. Tal y como escribe el antiguo miembro del Tribunal Constitucional Udo Di Fabio, se está produciendo un «proceso de cambio difícil de corregir». «La personalidad original y crítica, de la que dependen existencialmente las democracias occidentales, se convertiría entonces posiblemente en una persona ensimismada en la seducción libre de los resultados, adaptada literalmente por los estándares del autocontrol y las tendencias de las respectivas comunidades en red, y, a su vez, siempre en la búsqueda del comportamiento desviado de los demás».[10]

La presión de la conformidad, la competencia y la sospecha sobre los demás no son los mejores pilares de apoyo para una sociedad abierta. Pero el condicionamiento a pensar principalmente en uno mismo y a eliminar a los demás en el proceso viene de lejos y es más antiguo que la digitalización. Aquellos que son adoctrinados diariamente para obtener ventajas a costa de los demás disfrutan de una educación cívica de dudosa categoría. Miles de millones de dinero en publicidad bombardean las vacilantes moradas de nuestros valores: la moral de la infancia, un pequeño, generalmente minúsculo, resto de religión y un poco de comprensión de la democracia de nuestros días escolares. Una lucha desigual. Hoy en día, nadie se pregunta si su tarifa prémium es justa para los demás.

Wilhelm Röpke, maestro de Ludwig Erhard, predicó en su día que el llamado principio de individualidad como núcleo elemental de la economía de mercado debe mantenerse en equilibrio con

10. Di Fabio (2016), p. 39.

un principio social y de humanidad bien pensado. Pero, ¿dónde está hoy este principio social y de humanidad? ¿Quién lo defiende? La economía liberal y la democracia funcional son inseparables en Europa Occidental, tan inseparables que apenas podemos imaginar la una sin la otra. Pero no están, ni mucho menos, en esa tan cacareada unidad armónica. El capitalismo sin límites, sin freno alguno, no sólo ha estampado el nombre de las marcas en nuestra ropa: hasta en la fina ropa interior de nuestra conciencia ha borrado nuestra ciudadanía y nos ha convertido en consumidores. Cada vez perdemos más tiempo de nuestra vida pensando en los precios y comparando tarifas para conseguir un beneficio a costa de los demás.

Nuestras almas suelen estar en un estado de irritación perpetua, saciadas e incitadas al mismo tiempo. Este es, precisamente, el *telos* de nuestra economía: su objetivo no es el consumidor satisfecho, sino el consumidor una y otra vez insatisfecho. No es de extrañar que la reacción de tantas personas ante la política sea la de sentirse saciados e irritados. Sus deseos, esperanzas y objetivos sociales oscilan como las identidades fantasmales del mundo de la red, escenificadas sin límites, intercambiables e irrelevantes como los miles de millones de *selfies* de los *smartphones*. Esto no favorece la conciencia cívica. La sociedad hiperconsumista y la democracia no son aliados naturales, sino, al parecer, posiblemente sólo socios temporales.

La explicación más plausible para todo esto tiene ya más de ciento ochenta años, y se encuentra en el primero de los dos volúmenes que Alexis de Tocqueville escribió sobre la democracia en América. En 1835, este joven e inteligente aristócrata francés encontró en Estados Unidos el emblema de la democracia de principios del siglo XIX: ciudadanos desinteresados, una nación de comerciantes, preocupados no por el bien común sino

por ellos mismos. Cuanto más aumenta el bienestar, la gente se vuelve menos política. Cuanto más ilimitado se hace y gobierna el liberalismo, más pálida es la conciencia política de los ciudadanos. Al final, predijo Tocqueville, la democracia se vería socavada. Los ciudadanos renunciarían a su participación, y el Estado se transformaría en una dictadura integral del bienestar, estéticamente igualitaria, políticamente totalitaria y cautivadoramente inteligente.

¿Tendrá razón Tocqueville? La cuestión es hoy más urgente que nunca. ¿Cederá el «consumidor-espectador-ciudadano», tal y como lo llama Richard Sennett, su poder democrático a las grandes corporaciones digitales y permitirá que su libertad sea comprada por comodidades?[11] ¿Es cierto lo que dice el ex secretario de trabajo de Estados Unidos y profesor de política, Robert Reich, de que cada vez tenemos más poder como consumidores e inversores, pero menos como trabajadores y ciudadanos?[12] ¿No hay alternativa a este proceso? ¿O se puede cambiar?

*

El hecho de que los Estados estén fuertemente dominados por intereses económicos no es un fenómeno nuevo. En Inglaterra, desde finales del siglo XVIII hasta bien entrado el siglo XIX, ocurría lo mismo. A la Compañía Británica de las Indias Orientales le importaba tan poco quién era el rey como a las grandes empresas actuales les importa quién es el canciller de Alemania. Sin embargo, la novedad es que, con diferencia, las grandes empresas más

11. Sennett (2005), p. 128.
12. Robert B. Reich: *Supercapitalism. The Transformation of Business, Democracy and Every Day Life*, Vintage, 2008.

poderosas ya no son empresas nacionales. Los GAFA operan en gran medida de forma apátrida y supranacional.

En esta situación, la cuestión del Estado y de los ciudadanos se plantea de forma diferente a la de las décadas pasadas. ¿Cómo se mantendrán unidos en el futuro? ¿Cómo respeta el ciudadano al Estado? ¿Y cómo protege el Estado al ciudadano? Ambas cuestiones son mutuamente dependientes, porque la palabra decisiva es «confianza». ¿Confiamos en que el Estado nos proteja de los intereses empresariales sin escrúpulos? ¿Y confiamos al mismo tiempo en que no nos espíe más allá de la necesaria protección estatal? Sólo si podemos confiar en el Estado en ambos aspectos lo respetaremos en consecuencia.

En las últimas décadas, el vínculo con el Estado, especialmente con los partidos que se supone que comparten la responsabilidad de formar la voluntad de la ciudadanía, ha ido disminuyendo constantemente. En cambio, muchas personas trasladan al Estado la misma actitud que tienen como consumidores. Se preguntan: «¿Qué gano yo?», o bien: «¿Qué saco yo de todo esto?». Cuando se trata de las grandes cuestiones de nuestro tiempo, esperan soluciones, dentro del espíritu de la tecnología. Por ejemplo, quieren que el Estado resuelva el *problema* de los refugiados. La mejor manera de hacerlo es definir de forma completamente matemática un número como límite máximo. Entonces el problema desaparece. Lo mismo ocurre con el *problema* medioambiental o el *problema* de la justicia.

Esperar que la política proporcione principalmente calidad de vida y soluciones a los problemas significa abandonar en gran medida el pensamiento político. Precisamente aquí está la vía de entrada de las soluciones sociotécnicas. Evitar que las personas se conviertan en delincuentes es un proceso difícil y largo. Vigilar toda una ciudad con sensores y cámaras es algo sencillo e inteli-

gente. Sólo por esta razón, las «ciudades inteligentes» son una visión que muchas personas comparten. La tecnología de sensores puede hacer que todos los datos recogidos en un entorno urbano estén disponibles en la nube. Las personas que viven en la ciudad y la tecnología que las rodea entran así en una interacción permanente. Según la perspectiva, las cosas que nos rodean se vuelven «humanas» o las personas aparecen como parte de la infraestructura técnica.

La idea de la ciudad inteligente tienta a muchos a soñar. Se supone que la conexión en red de todas las personas y cosas hará que la economía sea más eficaz y que broten mil nuevas ideas de negocio. Todo lo que hago y todo lo que sé deja datos que ayudan a «optimizar» mi ciudad. Así, la ciudad entera se convierte en un sistema de aprendizaje continuo en el que ningún camión de la basura hace una ruta innecesaria, ninguna biblioteca tiene libros que no se prestan, ningún gran almacén calcula mal el número de sus clientes, y en el que ninguna cantidad de energía se desperdicia innecesariamente en ningún momento. Para las empresas que operan a nivel mundial, éste será un gran negocio en el futuro. Ya sea IBM, Cisco Systems, Siemens o Vattenfall, si las ciudades quieren convertirse en ciudades inteligentes, pueden contar con una de estas empresas para equiparlas y gestionarlas durante muchos años.

Otra forma es recibir financiación de la UE y colaborar con universidades, por ejemplo, de Berlín, Viena o Barcelona. Sin embargo, la cuestión central de este tipo de proyectos es siempre la siguiente: ¿quién decide realmente cómo de inteligente debe ser una ciudad y en qué áreas? El filósofo de la tecnología Armin Grunwald considera que se trata de un área de desarrollo especialmente sensible. No son los políticos ni las empresas tecnológicas, sino los propios ciudadanos los que deberían poder decidir

en sus respectivos distritos urbanos cómo debe ser la infraestructura técnica de su barrio.[13] Porque, por muy cierto que sea que la tecnología moldea nuestras rutinas de acción, no podemos obligar a nadie a adaptarse a una tecnología concreta. Aquéllos que consideran que el desarrollo de las ciudades hacia las ciudades inteligentes es una evolución natural sin alternativa alegan un «determinismo tecnológico» que no existe.[14]

También en este caso hay que centrarse en las personas y no en la tecnología. Que una ciudad o un distrito haga todo lo posible por ahorrar energía debería ganar rápidamente el apoyo de la mayoría; que cada ciudadano esté vigilado en todo momento en el espacio público probablemente no debiera. Por tanto, los municipios alemanes harían bien en no comprar paquetes solucionistas para sus megainfraestructuras, o incluso en desearlos. Aquellos que no involucren a los ciudadanos y les permitan participar intensamente en los procesos, cosechará una pérdida de confianza y oposición. La mayoría de la gente aún no tiene la suficiente imaginación como para imaginar cómo es realmente vivir en una ciudad inteligente: ¿una quimera o una pesadilla? *Los robots se sienten a gusto en condiciones totalmente reguladas; los cazadores, pastores y críticos del futuro no necesariamente.* La urbanidad y la vida vibrante en la ciudad subsisten gracias a las coincidencias, los imprevistos, los intersticios y la espontaneidad. *Sólo un cementerio puede estar completamente planificado.*

Sin educación, información y transparencia en los procesos de toma de decisiones y sin la mayor participación ciudadana posible no funcionará en la era digital. Pero, hasta ahora, las autori-

13. http://www.bpb.de/mediathek/243522/netzdebatte-smart-city-special-prof-armin-grunwald

14. http://www.sueddeutsche.de/wirtschaft/montagsinterview-die-grenze-ist-ueberschritten-1.3843812

dades estatales y locales apenas han conseguido cumplir los requisitos mínimos del *E-Government* y de la *Smart Governance*. Tanto en los expedientes fiscales como en los trámites de permisos de construcción, las autoridades siguen estando muy lejos de una administración rápida y transparente. Pero, sin estas formas de *E-Democracy* ningún ayuntamiento o alcalde podrá soñar con hacer su ciudad inteligente. Si se quiere que los ciudadanos sean realmente ciudadanos y no simples consumidores impacientes y perezosos de la política, hay que incluirlos en los procesos políticos como corresponde, e idealmente empezar a hacerlo en la escuela.

Lo que es cierto en el pequeño espacio de una ciudad es aún más cierto para las «soluciones» suprarregionales a través de la inteligencia artificial. Mientras hacemos al ciudadano cada vez más transparente de una forma desconcertante, el desarrollo del internet de las cosas y las ideas de negocio con inteligencia artificial siguen siendo demasiado opacas. ¡Pero cualquiera que investigue en áreas tan delicadas desde el punto de vista ético debe rendir cuentas de lo que está haciendo realmente! Esto se aplica en particular a la neurotecnología, como las interfaces cerebro-ordenador que pueden hacer visibles nuestros mundos imaginarios interiores. Cuando se trata de personas sordomudas y sin movilidad que no pueden hablar, estas investigaciones pueden ser de gran ayuda. Pero, ¿quién informa puntualmente sobre lo que se pretende con estas tecnologías? Hay suficientes usuarios interesados, especialmente los servicios secretos. ¿Qué podemos esperar de los «gemelos digitales» que duplican virtualmente las instalaciones de producción reales? ¿El ámbito de aplicación de estos modelos de simulación se limita sólo a la ingeniería mecánica?

Este tema se vuelve especialmente sensible cuando la inteligencia artificial debe ser programada «éticamente». El problema ya ha surgido con los coches autónomos, donde la mejor

idea parece ser hacer que los sensores de reconocimiento de las fisonomías no sean demasiado inteligentes, sino que no tengan en cuenta las caras. Sin embargo, los técnicos, y algunos filósofos de la tecnología, sueñan con programar las máquinas de forma ética. Las consecuencias, sin embargo, son difícilmente evaluables. Si las máquinas están programadas para actuar moralmente, en caso de decisiones controvertidas, accidentes o catástrofes, el programador será puesto en la picota, y con razón. *Sería mucho mejor dibujar en este punto exacto la línea de lo que se debe permitir. Lo que tiene que programarse éticamente y, por lo tanto, lo que reemplaza la decisión moral de los seres humanos, simplemente no debería permitirse.* Quien busque un límite, qué uso de la IA es moralmente inofensivo y cuál no, lo ha encontrado aquí. Es el mismo límite que se ha explicado antes con el uso de los robots asistenciales. Lo que ayuda a los humanos no es, en principio, moralmente reprobable (a menos que esté específicamente diseñado para ayudar en la resolución de delitos). Lo que está diseñado para sustituir a los humanos en áreas socialmente sensibles es moralmente condenable.

Sin embargo, esta distinción no determina cuándo y dónde es deseable utilizar la inteligencia artificial. Ya se ha descrito con detalle el peligro de que un exceso de tecnología inteligente haga a las personas más tontas e insensibles en muchos aspectos. Quizás deberíamos tomar ejemplo de alguien como el planificador de tráfico holandés Hans Monderman. Especialmente en el tráfico, lo que generalmente se considera como lo más importante es el mayor nivel de seguridad. Pero Monderman se dedicó a desmontar numerosas señales de tráfico en varias ciudades holandesas en los años ochenta y noventa. Su visión: ¡demasiadas reglas son perjudiciales para pensar por uno mismo! «Si diriges constantemente a la gente y la tratas como si fuera idiota,

se comportará como tal».[15] En cambio, Monderman diseñó las calles para que tuvieran un aspecto más estrecho y de pueblo. Los conductores reaccionaron de forma intuitiva y empezaron a ir más despacio en lugar de que se lo indicaran las señales. Más pensadores como Monderman harían mucho bien a nuestra sociedad actual, aunque el tráfico, de entre todas las cosas, ya no sea un campo de aplicación adecuado para pensar por uno mismo en la era de los coches automatizados. Por lo tanto, es aún más importante que quede un número suficiente de los otros, y que el Estado nos proteja en la era digital de los avances que amenazan nuestros derechos fundamentales...

~

En una sociedad humana del futuro, muchos ámbitos mejorarán gracias a la tecnología digital, sobre todo en el manejo más eficaz de la energía y de otros recursos naturales. El Estado y los municipios también deberán ser más inteligentes y adaptarse mejor a las necesidades de los ciudadanos. El intercambio y la participación ciudadana permitirán en el futuro que los ciudadanos se impliquen más en su entorno vital y a que contribuyan a darle forma. En este contexto, es importante mantener la desconfianza hacia los proyectos totales solucionistas que prometen resolver técnicamente los problemas sociales. La opacidad del comportamiento humano, las zonas grises y la posibilidad de violar las reglas y normas forman parte de la libertad humana. Una utopía humana quiere que se conserve esta libertad. Allí donde la tecnología restrinja esta libertad, o se encargue de tomar decisiones «éticas» en lugar de las personas, habrá que poner freno a sus aplicaciones.

15. http://www.taz.de/!426234/

Los malos y los buenos negocios

Vista desde el futuro, la década de 2010 fue una época extraña. La gente se sentía arrastrada o abrumada por la fuerza de la revolución digital. Sin brújula y con el sentido de la orientación perdido, la gente se dejó llevar por la palabra de las superpotencias digitales cuando prometieron un futuro muy concreto y le explicaron al mundo el curso que tomaría inevitablemente la historia. Todo parecía estar programado y, aparte de participar en ello, se creía que los Estados del mundo occidental no tendrían otra opción si no quería ver el declive de sus economías. También se creía que existía «internet», un espacio virtual con leyes completamente diferentes a las terrestres y estatales. Se creía que era cierto que las leyes del mundo terrenal no se aplicaban allí. Al final, uno incluso creía que sólo existía *el* progreso y no muchos progresos posibles; igual que la gente en los años setenta había creído que la energía nuclear era *el* progreso y *el* futuro y no una opción entre otras y mejores.

Toda esta creencia estaba muy extendida en la década de 2010. Cualquiera que dudara de ello era considerado atrasado, anticuado, ajeno al mundo y enemigo de la tecnología y el progreso; algo parecido al debate sobre la energía nuclear de los años setenta. Incluso en 2018, cualquiera que quisiera seguir siendo parte de la mayoría hacía bien en no alejarse demasiado de esta creencia, no sea que se le considerase un chiflado. En todo caso, podría hacer un llamamiento a la moderación, subrayar el valor de la educación y el juicio, y exigir más transparencia a las empresas

digitales. El hecho de que *la* economía digital no exista, que en absoluto los modelos de negocio digitales aumenten el bienestar nacional, y que lo que es internet sea una cuestión de poder y no un hecho, todo esto sólo rara vez podía presentarse de forma clara en aquella época.

¡Cómo se repite la historia! ¡Sólo hay que pensar en la primera revolución industrial! La misma confusión, las mismas sobreexigencia, la misma creencia en una lógica económica que luego resultó ser un gran error: no hay que respetar al trabajador como un ser humano de pleno derecho, sino que hay que pagarle lo peor posible, ¡sin importar las pérdidas! Porque sólo quien produce más barato —es decir, quien paga los salarios más bajos— puede sobrevivir en la competencia entre las economías nacionales. Hoy, sabemos que la prosperidad general del pueblo sólo comenzó en el momento en que los sindicatos y el movimiento obrero obligaron a los gobiernos a pagarles mejor. El Estado se vio obligado a introducir leyes sociales que antes consideraba superfluas y perjudiciales para la economía. Los mercados nacionales florecieron, la democracia se afianzó, la educación aumentó y muchas cosas buenas más.

¿Y en el año 2018? Hoy en día, las superpotencias digitales y sus imitadores más pequeños nos dicen que no debemos respetar al usuario como a un ser humano pleno, con derechos personales y una esfera privada, para poder convertir el «crudo» de sus datos en oro. El modelo de negocio parece *no tener alternativa* y ser *ineludible*, porque así es el futuro. Un nuevo tiempo: ¡nuevas empresas y nuevas leyes! La anticuada protección de datos en Alemania debe adaptarse. El mal uso de los datos personales, un asunto político en el mundo real, no debería serlo en el mundo digital. Tal vez, toda nuestra noción de derecho positivo en la era digital pertenezca al pasado. Así que aceptemos lo que es inevitable.

Desde la perspectiva de la utopía, recordaremos la década de 2010 como una época en la que un número alarmante de personas había perdido la fe en sí mismas, en el Estado y en la administración de justicia; una época en la que la innovación y la eficiencia se convirtieron en ídolos; una época que legitimó modelos de negocio que, más tarde, tuvieron que ser combatidos trabajosamente de forma legal. Una época en la que los altos cargos alimentaron desarrollos que, en realidad, contradecían su imagen privada de la humanidad: consideraban que sus clientes eran usuarios impacientes y perezosos sin derechos serios sobre sus datos; enviaban a sus propios hijos a las mejores escuelas para que no se volvieran perezosos e impacientes, y los respetaban como personas con una esfera privada.

¡Qué época tan esquizofrénica! ¡Imagínese si la práctica común de las corporaciones digitales de espiar despiadadamente la mayor cantidad posible de datos de la vida de las personas, y hacer un gran negocio con ellos, hubiera surgido de la noche a la mañana en aquel entonces! Volvamos a 1998 y pintemos en la pared las realidades de 2018 para los políticos y los constitucionalistas. ¡Cualquiera que respete el derecho fundamental a la protección de la vida privada se habría echado las manos a la cabeza en 1998 ante una ruptura de la presa tan inimaginable! Se habría hecho todo lo posible para reforzar el dique y evitar la inundación de la sociedad. Pero el cambio no se produjo de golpe. Llegó en pequeños pasos y con suelas muy silenciosas. Primero, un buscador gratuito, luego las redes sociales y, finalmente, los asistentes de voz. Al principio, el asalto a la privacidad no estaba del todo claro, y luego se subestimó. Ya en 2018, la mayoría creía que la transformación ya era tan grande que, en cualquier caso, ya no se podía cambiar nada. Mientras algunos seguían sintiendo el roce de un ligero malestar, otros les hablaban de un futuro digital de mayor seguridad,

más comodidad y un increíble crecimiento económico. ¿Y quién querría oponerse a la seguridad y a la comodidad? ¿Quién querría despertar a personas que, obviamente, estaban dispuestas a vender su libertad día tras día? ¿Y quién querría dudar seriamente de un modelo de negocio que prometía un progreso y un crecimiento en una magnitud sin precedentes?

*

Pero veamos con más detalle estos negocios del año 2018. Hay muchas maneras de tratar los datos, y hay diferentes formas de datos. Muchos datos no tienen nada que ver con personas reales. Para dirigir una planta industrial de forma totalmente automática, para mantener las máquinas o para hacer que los sistemas de refrigeración, los ventiladores, las ventanas y los servidores funcionen de forma más eficiente desde el punto de vista energético, necesito una gran cantidad de datos, pero no datos personales. Este tipo de innovaciones son jurídica y filosóficamente bastante poco problemáticas. Una categoría de datos completamente diferente surge del hecho de que mi comportamiento, por ejemplo, navegar o comprar por internet o caminar por la calle con mi *smartphone* quede registrado, o que un médico o un hospital almacene los datos de mi cuerpo. Estos datos son de por sí extremadamente sensibles y, como veremos, están bien protegidos por los derechos fundamentales. Una tercera categoría de datos surge cuando los datos personales se anonimizan para que la persona que los utiliza no sepa de quién proceden. En este caso, se preserva la esfera privada de la persona que facilitó los datos. Los datos anonimizados son menos perjudiciales que los datos personales normales. Sin embargo, comerciar con ellos —al menos desde una perspectiva

económica— no siempre es deseable o conveniente en todos los casos.

Empecemos por los datos personales. Cualquiera que utilice un *smartphone*, saque dinero de un cajero o navegue por la red deja rastros por todas partes: datos personales que revelan algo sobre nuestros hábitos, nuestros intereses, nuestras inclinaciones, nuestra rutina diaria, nuestras circunstancias financieras, etc. Todo esto no se puede evitar. Además, mi banco puede adaptar mejor su servicio a los hábitos de los usuarios, o un vendedor en internet puede seleccionar su gama de productos en base a ellos. Hasta aquí, no hay problema. Sólo empieza a dar miedo cuando mis datos personales se utilizan para mandarme publicidad o para vender mis datos a un tercero, es decir, cuando se trata de sacar provecho de mí comercialmente con todos los trucos del libro.

Un modelo de negocio especialmente pérfido es el que me proporciona algo gratis: un motor de búsqueda, un acceso a una red social o un asistente personal virtual de bajo coste como «Alexa». Estos modelos de negocio rara vez se dan en el mundo real. El cliente sabe que lo paga con sus datos, pero, por lo general, ahí suele acabar su imaginación. Nunca ve lo que ocurre en realidad y lo elevados que son los beneficios en esos negocios de espionaje, o sólo lo ve cuando observa el rápido aumento de las cotizaciones en bolsa de ciertas empresas. Tampoco tiene ni idea de a quién se venden sus datos. Recogerlos, acumularlos, recopilarlos, clasificarlos y crear perfiles a partir de ellos es un negocio gigantesco. Numerosas empresas se especializan en ello y obtienen enormes beneficios. Lo que en la economía real es extremadamente laborioso y está estrechamente cercado por la ley, ahora se consigue tranquilamente y sin esfuerzo: espiar a la gente para sacarle el dinero del bolsillo.

¡Para un estado de derecho democrático con un gran ámbito de protección de datos como Alemania, esto es prácticamente un

ataque terrorista! El hecho de que los datos se cedan voluntariamente no cambia esto, ya que muchos medios de comunicación digitales, como los *smartphones*, los motores de búsqueda o los servicios de mensajería instantáneos como WhatsApp, difícilmente pueden evitarse. Por tanto, la voluntariedad no es tan voluntaria, sino que se produce bajo la coacción social del riesgo al aislamiento social. Renunciar por completo al uso de estos dispositivos o servicios no es una solución realista. Sin grandes conocimientos técnicos sobre estrategias de encriptación y camuflaje, uno no tiene más remedio que permitir que le rastreen, vigilen y espíen constantemente.

El ciudadano normal apenas puede defenderse cuando terceros desconocidos ganan dinero con él, estudian sus redes privadas y profesionales, observan dónde está en cada momento y elaboran perfiles de movimiento y de personalidad. Las llamadas «cookies» de terceros interfieren en mi ordenador y en mi *smartphone*, permanecen invisibles y me bombardean con publicidad específicamente dirigida a mí. Las necesidades se reconocen antes de que la persona sepa que las tiene. Los beneficios de todo esto son gigantescos.

Cualquiera que haya crecido leyendo en la escuela *1984* de George Orwell o *Un mundo feliz* de Aldous Huxley no puede dejar de sorprenderse de que todo esto sea legal. Si el comercio sin escrúpulos de datos se hubiera introducido de un día para otro en el año 1998, es seguro que se habría prohibido por completo en toda Europa de forma inmediata. Pero como todo esto sucedió en apenas una década en mil pequeños pasos, y sigue sucediendo al menos al mismo ritmo, a menudo oculto y, en gran medida, pasando desapercibido de la política y el poder judicial, la oposición ha sido patética. Casi nadie en los puestos de responsabilidad en Alemania y en Europa reconocía lo que realmente estaba ocurriendo, debido a todos los hechos consumados y a la permanente obligación de participar. Los que aún conocían el mundo de la época anterior al salto digital apenas pueden comprender lo poco defendibles que son los defensores de la democracia libre cuando se les atrae con el confort, la comodidad y las grandes promesas de crecimiento.

Pero, ¿qué pasa con esta promesa de crecimiento? Está fuera de toda duda que la productividad aumenta drásticamente cuando los incansables ordenadores y robots se encargan del trabajo de las personas. Tampoco hay duda de que los billones de datos anónimos hacen que los procesos logísticos sean más eficientes y eficaces. Lo mismo ocurre cuando los datos anonimizados sirven para optimizar los procesos de tráfico y eliminación de residuos o para impulsar el desarrollo de la medicina. Pero, ¿en qué medida el uso comercial y la venta de datos personales para orientar el comportamiento de consumo de una persona crea un beneficio económico?

Los datos personales pueden utilizarse estupendamente para dirigirse a los usuarios con una publicidad más eficaz. Cuanto más sepa de alguien, más hábilmente podré atraerle para que compre algo. Pero, ¿cuál es el efecto económico de todo esto? La persona que se gasta más dinero en ciertas cosas porque se le ha dirigido una publicidad personalizada, tiene que ahorrar en otras cosas. Se mire como se mire, el valor añadido no aumenta, sino que, simplemente, el dinero se distribuye de forma diferente. Una empresa de alimentación que sueña con saber tanto de sus clientes como Facebook, un club de la Bundesliga que rastrea a sus seguidores para venderles artículos adicionales, una empresa de medios de comunicación que quiere vincular a los lectores a su página web recomendando los artículos adecuados y vendiendo los datos a terceros: todo esto beneficia a empresas concretas, pero siempre

a costa de otras. Si una empresa adapta su publicidad al perfil de un cliente, puede que esté sacando más dinero de su bolsillo, pero no está aumentando el dinero del que dispone el cliente. ¡La tarta no se hace ni un poquito más grande!

Lo que resulta especialmente perjudicial para la economía de un país es que los grandes comerciantes de datos, los conocidos como Google, Facebook y Amazon, y los poderosos invisibles como Oracle, Cambridge Analytica y Visualdna, siempre venden al mejor postor. Esto da poder a los grandes, mientras que los pequeños pierden clientes e ingresos.[1] Por ejemplo, la empresa estadounidense de servicios de marketing Acxiom posee datos precisos sobre el 96% de la población de Estados Unidos. También se almacenan allí unos cuarenta y cuatro millones de perfiles de internautas alemanes, divididos en catorce grupos principales («padres solteros y madres solteras y en situación de pobreza», etcétera) y doscientos catorce subgrupos («intelectuales», «hedonistas», «materialistas», «consumistas»).[2] Cualquiera que pague lo suficiente por ello puede adquirir estos datos, y esto significa los grandes, no los pequeños. Al final, se destruye la economía de un país y una enorme cantidad de dinero va a parar a unas pocas empresas e inversores que no pagan sus impuestos en ningún sitio.

Todo esto se aplica al *uso comercial de los datos personales*. Pero aquí también hay que hacer una distinción. ¿Los datos personales sólo se almacenan durante un periodo de tiempo limitado? ¿Los utilizarán la misma persona que los ha obtenido? ¿O se transmitirán y se venderán a terceros? El almacenamiento de datos personales puede tener mucho sentido, por ejemplo, en la medicina y en los coches autónomos. Utilizarlos comercialmente es otro paso que requiere un consentimiento preciso y diferenciado del alcance de este uso comercial. Por otro lado, que se permita su uso *sin restricciones*, o incluso su *venta*, es contrario a los derechos fundamentales y es algo escandaloso.

1. Sobre las redes de espionaje comerciales, ver: https://www.privacylab.at/wp-content/uploads/2016/09/Christl-Networks__K_o.pdf
2. https://www.privacy-handbuch.de/handbuch_12b.htm

La Ley Fundamental y la *Carta Europea* son firmes baluartes para la protección de los derechos personales y la privacidad de los ciudadanos. Al menos sobre el papel. El artículo 1 de la Ley Fundamental garantiza la dignidad inviolable de la persona. Garantiza a todos los ciudadanos el derecho a la «autodeterminación informativa». El individuo tiene la facultad de «decidir, en principio por sí mismo, cuándo y dentro de qué límites se revelan los acontecimientos de la vida personal».[3] Cuanto más esté en juego la privacidad, más alto será el ámbito de protección. En este sentido, el Tribunal Constitucional Federal habla del «derecho fundamental a garantizar la confidencialidad e integridad de los sistemas informáticos».[4] El artículo 7 de la Carta de la UE garantiza el respeto a la vida privada y el artículo 8 la protección de los datos personales. En su resolución denominada *Safe Harbor* de octubre de 2015, el Tribunal de Justicia de la Unión Europea impuso a los Estados miembros de la UE la obligación de garantizar la protección de la privacidad de las personas con respecto al tratamiento de datos personales.[5]

Así que, sobre el papel, los ciudadanos alemanes y europeos están bien protegidos. ¿Cómo va a poder alguien utilizar comercialmente, o abusar de mis datos personales, si yo puedo decidir

3. Di Fabio (2016), p. 46.
4. *Ibíd.*, p. 18.
5. *Ibíd.*, p. 21.

«*cuándo* y *dentro de qué límites*» se divulga la vida personal? La cuestión del «cuándo» no debería resolverse con una marca de verificación en las condiciones de uso de Google, Facebook, Apple o Amazon. Porque si se me permite decidir *cuándo* se utilizan mis datos, habría que preguntarme previamente en todos los casos. Para poder medir «dentro de qué límites» se utilizan, tendría que saber *a quién* se venden para conocer realmente los límites. Así que lo mínimo sería que cada mes recibiera un breve resumen fácil de entender de lo que se planea hacer con mis datos que siempre tendría que volver a firmar.

*

En este sentido, es gratificante que en mayo de 2016 se aprobara el Reglamento General Europeo de Protección de Datos (EU-DSGVO por sus siglas en alemán), que debe aplicarse en todos los estados miembros antes de mayo de 2018. La idea es que se prohíbe a cualquiera explotar arbitrariamente los datos personales; sin embargo, el énfasis debe ponerse en «idea». Porque, como establece el artículo 5, se trata de una «prohibición con permiso de utilización». Las empresas deben limitar el tratamiento de los datos personales «a lo necesario», sea lo que sea eso. Al menos, la carga de la prueba se ha invertido finalmente. No es la persona cuyos datos son explotados, sino la persona que recoge y almacena los datos personales, la que debe demostrar cómo los maneja. Tampoco se puede conceder carta blanca para el uso de datos.

Esta ley afecta a todos los que se dedican a recopilar datos personales en la UE, incluidos los GAFA. Con ello, parece que se avecina una lucha por el poder. Al fin y al cabo, Google, Facebook y otros gigantes de la alta tecnología proporcionan a sus usuarios

sistemas operativos, correo electrónico, redes sociales y plataformas de compra en las que sólo se les permite utilizar los datos personales en la «medida necesaria». Queda por ver si la UE llevará adelante esta lucha de poder con toda la fuerza necesaria. La economía digital en los países europeos ya está en pie de guerra contra el reglamento de privacidad electrónica, una parte del reglamento de protección de datos de la UE que prohíbe fundamentalmente el tratamiento de datos personales, a menos que el usuario dé su consentimiento expreso. Para ello, el ciudadano de la UE debe tener al menos dieciséis años, y debe dar su consentimiento a todo uso de sus datos en cada caso. Cualquier medida de marketing se les debe comunicar detalladamente, y no se debe obligar a quienes compran por internet a ceder sus datos con fines publicitarios.

Si el EU-DSGVO de la UE, incluido el reglamento de privacidad electrónica, se aplicara exactamente igual, se daría un paso importante para recuperar el derecho a la autodeterminación informativa. Ni siquiera las quejas de algunos sectores, en primer lugar, los editores de periódicos alemanes, deberían asustar a los políticos de este país; ¡al fin y al cabo, se trata nada menos que de un derecho fundamental garantizado por la Constitución! El hecho de que hasta ahora haya sido eludido y socavado no justifica nada.

La lucha por el poder llega a su punto álgido y por fin la política muestra los dientes. Pero la batalla aún no está decidida, porque todo el mundo considera que el EU-DSGVO de la UE es una etapa intermedia. A algunos les gustaría que fuera un poco más nítida y clara, mientras que otros piensan que va demasiado lejos.

¿Qué es lo que sucede? Nadie en Europa quiere apoyar la formación de monopolios y la distorsión de la competencia por parte de los GAFA. Sólo muy pocos tienen una gran simpatía por los grandes acaparadores internacionales de datos que hacen sus

negocios en secreto. Pero, por otro lado, básicamente muchos no quieren negar a su economía doméstica el acceso al «crudo» de los datos personales, sino que prefieren verlos como pequeños competidores de los grandes actores a nivel regional o nacional. Los lobbies de las grandes asociaciones empresariales están haciendo mucho ruido con este tema, incluso aunque el beneficio económico es extremadamente cuestionable. El resultado del amplio uso comercial de los datos personales debería ser que los grandes agentes económicos (muchos de los cuales apenas pagan impuestos en Europa) expulsarán a los pequeños. Muchos modelos de negocio serán destruidos a consecuencia de esto, y muchas personas serán despedidas. Las estrategias publicitarias serán cada vez más pérfidas, mientras que el poder adquisitivo será cada vez menor. Al fin y al cabo, sólo unos pocos, y no todos, pueden beneficiarse del comercio de datos personales. Ninguna economía se enriquece con la venta recíproca de datos.

Sin embargo, apenas se habla de este tipo de vínculos. Cuando las asociaciones comerciales presionan a los políticos no tienen en cuenta la economía nacional, sino los intereses individuales de los agentes económicos más fuertes del mercado. La imagen que proyectan del futuro brillante del nuevo comercio de crudo está adecuadamente distorsionada. Sin embargo, muchos partidos, especialmente los liberales, confían plenamente en ellos. Por tanto, la cuestión jurídica depende mucho más de la económica de lo que algunos suponen. La interpretación más o menos estricta del derecho fundamental a la autoafirmación informativa depende de la utilidad que se considere que tiene el comercio de datos personales para la economía nacional.

La situación no se vuelve más fácil por el hecho de que muchas grandes empresas, e incluso Estados, estén invirtiendo actualmente en los modelos de negocio de Google, Facebook,

Apple, Microsoft y similares, con lo que, de ese modo, su destino queda vinculado a las corporaciones digitales. Países como Noruega, Singapur, Malasia o Arabia Saudí están invirtiendo enormes sumas en la economía digital estadounidense. Ninguna otra empresa del mundo negocia con bonos corporativos internacionales a tan gran escala como Apple. ¡El capital financiero de todo el mundo, incluidos los Estados, está inyectando tanto dinero en Silicon Valley que Apple, Google, Facebook, Amazon y Microsoft fueron capaces de aumentar su valor total en un billón (!) de dólares en 2017 —¡en sólo un año!—. La situación no es diferente en China, cuyas empresas digitales Alibaba y Tencent llegaron a valer medio billón de dólares más el año pasado.[6]

Cuanto más dependa la economía europea, o incluso los Estados europeos, de los modelos de negocio de Silicon Valley, menos interés tendrán en proteger a los ciudadanos europeos de la venta de sus datos. Esto pasa completamente por alto el hecho de que muchos modelos de negocio en la economía digital podrían realmente arreglárselas sin el uso comercial de los datos personales. Si a Google o Facebook no se les permitiera seguir utilizando comercialmente los datos de los ciudadanos europeos, simplemente cobrarían por sus servicios, que sólo supuestamente son gratuitos. Hay situaciones peores que tener que pagar unos euros al mes por un buscador o por una red social y que, a cambio, no sigan vendiendo tus datos por la espalda. ¿No es mejor pagar al proveedor un poco más al mes por un coche autónomo que uso temporalmente, pero a cambio saber que mis datos personales no podrán ser utilizados de forma anónima? *¡Hacer que estos negocios sean transparentes en lugar de opacos no detiene el progreso, ni*

6. Comp. Evgeny Morozov: «Silicon Valley oder die Zukunft des digitalen Kapitalismus». En: *Blätter für deutsche und internationale Politik* 1/2018, pp. 93-104.

perjudica a ninguna economía! Simplemente, traslada las reglas de la economía real, que están bien pensadas, a la economía en red.

Desgraciadamente, muchos políticos siguen cayendo en la trampa de pensar que los grandes modelos de negocio digital sólo pueden funcionar de forma opaca, en la oscuridad, ya sea un motor de búsqueda, una red social, una *app*, el comercio *online* o el internet de las cosas. Pero esto no es más que un mito ampliamente propagado por ciertos intereses empresariales para proteger ciertos negocios oscuros. Nada de esto corresponde a la «lógica de la red», pero todo corresponde a la lógica de la comercialización despiadada.

La existencia de casi una treintena de motores de búsqueda alternativos, de los cuales el francés Qwant parece ser actualmente el mejor de Europa, demuestra que un motor de búsqueda puede tener éxito sin el comercio de datos y la elaboración de perfiles. Si en lugar de «googlear» nos dedicáramos a «qwantear», obtendríamos un acceso de la misma calidad a la información, pero con los datos personales protegidos. Sin embargo, por desgracia, Qwant está lejos de ser tan conocido como Google. Debería corresponder a los Estados europeos cambiar esto. El Estado proporciona las vías férreas y las carreteras para el libre tránsito en el mundo real y se pone a esperar. Además, garantiza el suministro de energía de sus ciudadanos. Todo esto es «una cuestión de interés general». Pero, ¿por qué no hace lo mismo con la libre circulación en la red? ¿No debería ser normal en el año 2018 *que los estados de Europa proporcionen a sus ciudadanos una infraestructura en la red que proteja sus datos?* Da igual si son los motores de búsqueda, el tráfico de correo electrónico, las redes sociales, los mapas digitales de las ciudades o los asistentes de voz: en la era digital, todo esto forma parte de los servicios básicos y no deberían estar en manos de cuasi-monopolios.

En una sociedad humana del futuro, el Estado no dejará las cuestiones en torno a los servicios básicos de información en manos de empresas con prácticas comerciales opacas. Hay que eliminar cuanto antes este riesgo para la democracia, la libertad de expresión y la economía. El tiempo en que permitimos modelos de negocio en la economía digital que proscribimos, y prohibimos, en la economía real, debe terminar pronto. Porque, si dejamos esta puerta abierta, la distopía descrita en la primera parte tendrá todas las posibilidades de hacerse realidad. Aquellos que no se resisten a los comienzos siempre saldrán perdiendo con sus demandas de más transparencia y su posición contra la formación de monopolios. El «considerable peligro constitucional» del que habla el ex juez del tribunal constitucional Udo Di Fabio en este contexto, probablemente sólo pueda combatirse en la raíz, no, como él piensa, en las ramas y ramificaciones.[7]

El deseo en relación a una utopía positiva queda así claramente formulado. Debe preguntarse: ¿qué aspecto tiene un buen futuro humano, en el que la dignidad humana, los derechos personales y el derecho fundamental a la autodeterminación informativa estén protegidos de la mejor manera posible? Los siglos XIX y XX han dotado progresivamente a los trabajadores de autonomía de acción al proporcionarles seguridad social. Nadie en Alemania tiene que trabajar para escapar de la inanición y de la completa indigencia. El siglo XXI debe asegurar su autonomía de datos frente a la «dominación informativa extranjera» por parte de poderosas corporaciones digitales y de oportunistas nacionales. De nuevo, se trata de la protección contra la explotación despiadada. Al igual que el burdo capitalismo de Manchester de los caballeros grises con sus grandes puros, el simpático capitalismo de Palo Alto, que

7. Di Fabio (2016), p. 93.

siempre va con sus zapatillas de deporte, debe reconocerse como una forma extrema y desatada y que tiene que ser adecuadamente civilizada. Imitarlo ciegamente al precio de sacrificar valiosos logros de nuestra concepción ilustrada del ser humano, de nuestra compleja idea de la dignidad, conduce inevitablemente a la resbaladiza pendiente de la distopía. ¡También en este caso el camino más corto no es el mejor!

*

Una sociedad humana del futuro no compensará el derecho a la intimidad con los intereses económicos, como tampoco lo hacemos hoy en día en cuestiones de esclavitud o de trabajo infantil. Los derechos fundamentales son derechos fundamentales. ¡Sólo hay que recordar lo que una cultura legítima del espionaje hace realmente a la moral de una sociedad! ¿No es un *ataque a la cultura de la confianza*, una base importante de cualquier democracia liberal, saber que es perfectamente legal que personas que no conoces te espíen, se aprovechen de ti, te engañen y te exploten? ¿Qué efectos tiene todo esto en una sociedad? ¿Y qué ocurre con propuestas como las del pionero estadounidense de internet Jaron Lanier de compensar a los explotados de las corporaciones digitales con una pequeña remuneración?[8] ¿No legitima con esto su traición a nuestros valores básicos con unas cuantas monedas de plata? Esta propuesta no contribuye en absoluto a eliminar este gran mal de la sociedad.

Por supuesto, en esta cuestión también se puede adoptar la posición contraria. ¿Es tan malo que haya un cambio de cultura,

8. Jaron Lanier: *Wem gehört die Zukunft? »Du bist nicht der Kunde der Internetkonzerne. Du bist ihr Produkt«*, Hoffmann und Campe 2014.

en el que nos alejemos de la mayoría de edad, para llegar a una tecnocracia cibernética? ¿Acaso la gente de todo el mundo no acepta las bendiciones del mundo digital en gran medida de forma acrítica y se conforma con las consecuencias? La caja de Pandora se ha abierto y nada la volverá a cerrar. Lo único que queda por hacer es adaptarse y hacer las paces con ello. Los ciudadanos no se rebelan cuando son degradados a usuarios y se les vende. Hasta ahora han aprovechado alegremente todas las ofertas para irse a un mundo ficticio y virtual con tal de que estén hechos para disfrutar. ¿Quizás sea así el curso del mundo? La democracia liberal no sería la meta final de la historia, tal y como proclamó el filósofo estadounidense Francis Fukuyama tras el colapso del bloque del Este. En cambio, sólo sería una estación intermedia en el camino hacia la tecnocracia y la era de las máquinas autónomas.

Pero este camino, como he dicho, no está ordenado de antemano por ninguna ley natural, como tampoco lo están todos los demás caminos supuestamente preordenados de la humanidad, como el camino de Georg Wilhelm Friedrich Hegel hacia el estado burocrático prusiano, o la «sociedad sin clases» de Karl Marx como supuesto «fin de la historia». Pero si seguimos dejando que el libre uso de los datos personales siga su curso, seguiremos convirtiendo a los oligopolios de Silicon Valley en superpotencias cada vez mayores que anularán de forma suave, y no a través de la fuerza, nuestra economía social de mercado y nuestra democracia.

La paradoja de la libertad de nuestro tiempo consiste, pues, en restringir fuertemente la libertad de uso de los datos personales para seguir asegurando o recuperando la libertad de los ciudadanos. Cuanto más liberal se muestre el Estado en esta cuestión, más permitirá que se socaven nuestros valores y que se suprima nuestra libertad. Practicar una política de orden y defender nuestro ordenamiento básico significa *recuperar los derechos personales*

constitucionalmente garantizados, ¡y sobre todo el derecho a la autodeterminación informativa!

La mayoría de la gente tiene claro que los monopolios de datos no promueven la democracia, sino que crean un nuevo desequilibrio de poder en la economía y en la sociedad. Para quienes las libertades civiles son algo importante no pueden aprobar modelos de negocio que pretenden aspirar a manipular a las personas con una precisión cada vez mayor. El hecho de que el Estado debe ser controlado en el acceso que tenga a los datos personales de los ciudadanos es un conocimiento político común. Pero, cuando el peligro viene de la economía, la gente suele desorientarse. Los liberales en particular, los clásicos representantes de los derechos de los ciudadanos, han estado hasta ahora espantosamente ciegos ante este tema.

Por supuesto, el «hombre de la calle» tiene desde hace tiempo algunas ideas ingeniosas sobre cómo proteger sus datos. Toda una sección de libros en las librerías, con títulos como *¡No me pillaréis!*, ofrece consejos sobre trucos y técnicas para hacerse invisible al acceso de los acaparadores de datos.[9] Todo esto no es tan fácil, sino que es más bien algo difícil y costoso. Sólo unos pocos se involucran en estos juegos de carnaval. Después de todo, existe el peligro inevitable de despertar el interés de los servicios secretos en la propia persona. ¿Alguien tiene algo que ocultar? Es desconcertante que en la República Federal de Alemania alguien se haga sospechoso simplemente al hacer que nadie pueda conocer sus datos. No se puede ver con más claridad lo desajustadas que están las cosas.

Para que el progreso técnico resulte una bendición, debe ser también un progreso social. Los peligros de un retroceso, cuando

9. Heuer/Tranberg (2015).

existe, no deben ser simplemente registrados, sino combatidos. Esto se refiere al espionaje de los ciudadanos, así como a la incapacitación civil y a la amenazante pérdida de juicio por el exceso de soluciones sociotécnicas para las cuestiones sociales. Pero también se trata —y en este punto el acuerdo es más fácil— de la fiscalidad. Hace tiempo que se sabe que los modelos de negocio de la era digital requieren un replanteamiento de los impuestos. Sin embargo, se ha tardado hasta el año 2018 para aplicar una reforma fundamental de las normas fiscales internacionales. La cuestión más importante es que el tipo de creación de valor y el lugar de imposición fiscal deben estar estrechamente relacionados. En una palabra: definitivamente, los impuestos deben pagarse donde se generan los beneficios. Lo que la UE necesita para ello es una base imponible común para el impuesto de sociedades.

*

Deberíamos volver a recordarlo: en el año 2014, el entonces ministro de Justicia alemán, Heiko Maas, quiso obligar a las empresas digitales a revelar sus algoritmos. Sigmar Gabriel, por entonces ministro de Economía, habló de disolver los grandes operadores de plataformas. Ninguna de las dos cosas ha sucedido. Pero, no obstante, se están dando pasos. El EU-DSGVO es un paso importante, pero la rueda lleva mucho tiempo girando. Mientras las empresas alemanas y europeas siguen codiciando datos personales que, en realidad, no pueden explotar, Silicon Valley ya está en proceso de emanciparse de este modelo de negocio. No es que renuncien voluntariamente a los miles de millones que arrojan los ingresos publicitarios de los servicios gratuitos. Todas las numerosas ideas en el campo de la inteligencia artificial, desde los coches autóno-

mos hasta el internet de las cosas, no requieren necesariamente ingresos por publicidad; en el mejor de los casos, serían un dinero extra a una oferta ya pagada.

Pero estos nuevos modelos de negocio también deberían obligar a Europa a pensar y actuar. ¿Por qué, de hecho, ningún país de la Unión Europea ha previsto todavía que sus enormes inversiones en la expansión de las redes de alta velocidad sean refinanciadas por quienes las utilizan? ¿Hay que pagar por las líneas terrestres, pero, por el contrario, no por los cables de fibra óptica? Lo mismo ocurre con todas las consideraciones relativas a la conducción «autónoma». Cualquiera que utilice las carreteras, que se han pagado con los impuestos de los contribuyentes alemanes, debería abonar las tasas correspondientes. Al fin y al cabo, las empresas extranjeras de internet se asientan sobre la infraestructura alemana —pero, ¿por qué de forma gratuita?—. Si, por ejemplo, Google, como proveedor, ofrece coches autónomos en las ciudades a cambio de la correspondiente tarifa, ¿por qué no va a pagar la empresa una tasa, un peaje? Al fin y al cabo, los municipios, o más bien los contribuyentes, mantienen estas carreteras y pagan miles de millones por ellas.

El internet de las cosas presenta otro desafío. La silla de oficina que se adapta a su usuario en función de sus datos corporales y que fomenta la salud, es un ejemplo inofensivo y atractivo de esa interacción de «cosas» mediante la tecnología de sensores y el procesamiento de información. Pero cuantas más aplicaciones existan, más claramente surgirá un problema: lo que es «correcto» y «sano» para el usuario lo decide el programador. Es lo mismo que ocurre con el coche autónomo, que tiene que ser programado para desviarse en caso de conflicto. (Recordemos la propuesta de solución que hice de mantenerlo «a ciegas» con respecto a las fisonomías de las personas). Pero otros sistemas no

pueden mantenerse «a ciegas» porque, entonces, no funcionan. Estos sistemas tienen una gran «inteligencia ambiental», sus sensores perciben con mucha precisión y luego toman decisiones que ya están programadas. La abogada y escritora Yvonne Hofstetter aboga por programar tales decisiones «éticamente», teniendo en cuenta nuestros valores básicos y nuestra normas, como *value by design*.[10] Sin embargo, debe quedar claro que tal programación nunca puede alcanzar el grado de consideración éticamente diferenciada que haría un ser humano, aunque sólo sea porque en cuestiones de moralidad los argumentos racionales y los impulsos intuitivos a menudo suelen interactuar de forma inseparable. *El debate más importante, por tanto, es en qué áreas concedemos las decisiones al internet de las cosas y en qué áreas no queremos dejar nunca que un código de programa decida nuestras vidas.* ¡La consideración de muchas ideas solucionistas en los capítulos anteriores debería habernos hecho sabios en este tema!

Esta sabiduría también necesita del apoyo estatal a las *start-ups*, del que hoy se habla todo el mundo. Quienes, por un lado, regulan, deben, por otro lado, incentivar lo que quieren en términos de innovación, desarrollo y crecimiento. Las ideas inteligentes que ayudan a ahorrar energía, a desarrollar nuevas tecnologías medioambientales, a producir alojamientos dignos para los refugiados a partir de impresoras 3D, a conectar entre sí las buenas ideas y a darlas a conocer, a diseñar conceptos inteligentes para controlar mejor a los servicios de inteligencia, a promover una verdadera educación en lugar de limitarse a proporcionar información —hay que apoyar todo esto de forma urgente por el bien de un futuro humano—. Cualquier Estado que promueva el espíritu emprendedor y la creatividad de sus ciudadanos debería

10. Hofstetter (2018), p. 431.

velar por que todo ello acabe beneficiando a su propia economía doméstica. Apoyar a una *start-up* que, si tiene éxito, será vendida a Google o Facebook, sería exactamente lo contrario. El contrato para dicha financiación debe diseñarse en consecuencia.

~

En un futuro humano, el comercio de datos personales estará prohibido; el uso de datos personales sólo se permitirá en casos específicos y concretos y con el consentimiento en cada caso. El derecho fundamental a la autodeterminación informativa será muy respetado y asegurará la libertad de los ciudadanos, y con ella, la autodeterminación y la democracia. La infraestructura digital es responsabilidad del Estado, que proporciona gratuitamente a sus ciudadanos lo que necesitan para informarse, comunicarse y orientarse en el mundo digital. Las redes digitales, igual que el internet de las cosas, están al servicio de las personas y se detienen ante todo aquello en lo que, por buenas razones, la gente actúa de forma ética e independiente.

Otra sociedad

Adiós al Monetoceno

¿Hacia dónde queremos ir? La sociedad del futuro es una sociedad de personas libres e independientes. Una sociedad de personas que disfrutan de muchas cosas pequeñas de la vida y que han encontrado su sentido; ya sean cazadores en busca de experiencias nuevas y desconocidas, pastores que cuidan de sus familiares, amigos y personas necesitadas de ayuda, o críticos que repiensan la sociedad y piensan en el futuro. Da igual que uno se dedique a cultivar su jardín, que gestione un proyecto a gran escala, que anime y alegre a sus semejantes, que cuide su psique o su cuerpo: la vida ofrece más dignidad, más libertad y más oportunidades de realización de las que ofrece hoy. Las personas serán más responsables porque podrán distinguir sus necesidades reales de aquellas que nos han convencido que lo son, y harán todo lo posible por no vivir a costa de las generaciones futuras. La medicina ha seguido mejorando, la esperanza de vida aumenta, el apestoso tráfico de las ciudades ha dado paso a un deslizamiento silencioso. Más plantas, más verde, más paz, silencio y contemplación han encontrado acomodo en este mundo de la vida, mientras, en la trastienda, incansables máquinas inteligentes generan la riqueza nacional. El ajetreo y el estrés del mundo laboral se han trasladado a esas máquinas que zumban en silencio.

¿Cómo se logró todo esto —¿o una parte importante de ello?—. Recordemos los tiempos extrañamente agitados en los que aún vivíamos en el año 2018. Por un lado, una línea ascendente nos prometía que los habitantes de los países avanzados de

la era digital tendrían que trabajar cada vez menos por dinero. El hecho es que el proceso que comenzó con la semana de ochenta y dos horas, y que hoy se sitúa en 37,5 horas en Alemania, sigue avanzando, liberando cada vez a más personas de tener que hacer un trabajo aburrido y menos digno por dependencia existencial, miedo y chantaje. Las posibilidades de educarse y desarrollarse eran ya entonces casi ilimitadas en comparación con el pasado y superaban los sueños más audaces de la Ilustración.

¡Pero, por el otro lado, al mismo tiempo en el año 2018 seguía existiendo una tremenda amenaza! Una línea que conducía cuesta abajo: de la mayoría de edad y la autonomía que se habían alcanzado, en gran medida, a finales del siglo XX, a una sociedad en la que el comportamiento de las personas estaba cada vez más controlado por la manipulación; una evolución que estimulaba y alimentaba el deseo en detrimento del juicio reflexivo; una deriva que amenazaba con atrofiar las competencias culturales, éticas y políticas, y que, al final, incluso se suponía que llevaría a la gente a aceptar una fusión con las máquinas, a implantarse chips, hasta que todo lo humano llegara a ser superfluo, hasta que toda la humanidad debiera morir en una dictadura de las máquinas —de la «singularidad»—.

El sueño y la pesadilla de la humanidad: en el año 2018 todavía estaban muy cerca la una de la otra. ¿Pero no ocurrió lo mismo con la primera y la segunda revolución industrial? El destino de los trabajadores era horrible, pero los capitalistas no vieron ningún problema en ello. E incluso el mismo Marx creía que esto continuaría hasta el empobrecimiento total de las masas. También hay que pensar en la imagen cínica del ser humano del taylorismo en la segunda revolución industrial, que no preveía para el trabajador más que simples movimientos de manos en la cadena de montaje a un ritmo cada vez más rápido. ¿Cambiaría esto alguna vez? La mayoría de los economistas de principios del siglo XX no preveían ninguna liberación. También hay que pensar en la fuerza de atracción del estalinismo, con su no menos cínica visión del ser humano, que se malinterpreta a sí mismo como meta de la historia. Entonces, ¿por qué el «taylorismo digital», la reducción del ser humano a sus datos y a su explotación eficiente, deberían ser el fin de la historia y no una fase de transición corregible en el tratamiento de las nuevas tecnologías?

Hay muchos indicios de que no todo está ocurriendo tal y como predice Silicon Valley. Hoy en día, se vislumbran tres grandes crisis en el horizonte. Es poco probable que sus choques permitan que nuestra forma actual de hacer negocios continúe de la manera habitual. La primera crisis es la del *consumo*. Cuando hoy, y en el futuro, la productividad de la economía aumenta gracias a la racionalización digital y a la optimización logística, son muchas más las personas que pierden su empleo que los nuevos puestos de trabajo que pueden, y deben, crearse. El poder adquisitivo disminuye. Allí donde se promueve el consumo, eliminando sistemáticamente a los clientes, el resultado es que no habrá crecimiento, sino un desplazamiento gradual de los pequeños a los grandes. Ni el aumento de la productividad, ni el aumento del consumo de los grandes, benefician al poder adquisitivo. En este sentido, la digitalización sigue y acelera el desarrollo que ya comenzó en los años setenta: el aumento sistemático de la eficiencia de la economía sin un impacto correspondiente en la demanda en los mercados interiores. Lo que la exportación, el endeudamiento y el capitalismo financiero han podido mantener en la oscuridad durante mucho tiempo amenaza ahora con hacerse evidente: que nuestra forma de hacer negocios no sigue conduciendo a un crecimiento real de nuestras economías.

Los enormes beneficios contables de los GAFA ya están beneficiando bastante poco a la economía estadounidense. Si los

futuros modelos de negocio basados en la inteligencia artificial —como el coche autónomo— ya estuvieran listos para el mercado, sería el golpe de gracia definitivo para la paupérrima industria automovilística estadounidense. Lo mismo ocurre con otras innumerables disrupciones tecnológicas. Incluso antes de que la situación se vuelva dramática en países como Alemania, lo será en Estados Unidos. Fenómenos como Donald Trump ya revelan el terremoto que se avecina. Las utopías técnicas de Silicon Valley no prosperan en el vacío. Ya causen problemas económicos o incluso catástrofes naturales, no continuarán de forma lineal, ni siquiera exponencial. Éste es exactamente el motivo que tienen las empresas de alta tecnología y de sus grandes inversores para pedir una renta básica. Pero, ¿la renta básica resolverá su problema?

El argumento más fuerte en contra del nuevo mundo feliz que los GAFA y sus inversores están pintando para nosotros es que, probablemente, no funcionará desde el punto de vista económico tal y como se promete. Por un lado, muchos modelos de negocio son meras empresas de anuncios. La empresa de transporte por carretera Uber tiene cada año unos mil millones de dólares de pérdidas sin que ello suponga un problema para sus grandes inversores, como Arabia Saudí o Goldman Sachs, que, sin duda, cada día quieren hacer el mundo un poco mejor. El valor de Uber no reside en sus resultados ni en la suma fantástica y estimada de 60.000 millones de dólares, sino en las esperanzas de los especuladores.

En este sentido, Uber no está sólo en la economía digital. El valor de numerosas empresas digitales se alimenta de los sueños de los *Vision Fonds* y otros fondos de capital riesgo que se creen sus promesas. Ya sea Airbnb, Wimdu, o el enormemente inflado campo del *E-learning*, los modelos de negocio rentables apenas están a la vista. Si es verdad que las burbujas económicas están

provocadas por un crédito fácilmente disponible, que permite inversiones excesivas que posteriormente no salen bien, a la crisis financiera mundial de 2007 a 2009 podría seguirle pronto una crisis digital masiva.

Por ello, es aún más importante que países como Alemania no se vuelvan demasiado dependientes de la economía de consumo digital, sobre todo cuando se trata de servicios orientados a la obtención de beneficios para todos. Producir las mejores motosierras, tornillos, tejidos industriales o maletas con ruedas seguirá siendo en el futuro la columna vertebral de la economía alemana. Sin embargo, el camino hacia la tecnoesfera total trazado por Silicon Valley probablemente no será recto, aunque sólo sea por razones económicas. Sin duda, se puede intentar mantener tranquilos a dos tercios de la población con el entretenimiento virtual para asegurar la paz social. Pero, incluso si esto se lograra, todavía no se habría creado suficiente poder de consumo como para hacer rentables a cientos de miles de millones de dólares de grandes inversiones en inteligencia artificial. La economía digital, al menos en donde depende del consumo, tiene un enorme problema. En el futuro, muy pocas personas ganarán lo suficiente como para que el sistema siga funcionando como hasta ahora. Esta es probablemente la razón por la que tantos especuladores del viejo sistema menosprecian la amenaza del desempleo masivo en los países industriales avanzados. Porque si caen en la cuenta de que el camino actual no puede continuar de esta manera, esto despertará inevitablemente el sentido de pensar en alternativas fundamentales. Esto es precisamente en lo que las principales asociaciones empresariales, también de Alemania, están mostrando poco interés en la actualidad.

Aquí se plantea ya la segunda crisis. En el futuro, muchas personas seguirán siendo necesarias desde el punto de vista eco-

nómico como consumidores —pero justamente *sólo* como consumidores—. En su libro *Homo Deus*, el historiador israelí Yuval Noah Harari se esfuerza por demostrar que la concepción liberal del ser humano de la Ilustración sólo prevaleció cuando se esperaba que aportara beneficios militares y económicos. Cuando los ejércitos de mercenarios del servicio militar obligatorio cedieron y se empezaron a necesitar personas en las fábricas, se les otorgaron derechos y se les declaró como individuos porque se les necesitaba como tales. No es necesario seguir fielmente esta tesis. En las fábricas de principios del siglo XIX no eran precisamente individuos los que se necesitaba, y la Declaración de los Derechos Humanos ciertamente no servía exclusivamente para motivar al ciudadano de uniforme. Pero, ¿no tiene Harari, al menos razón en su conclusión, de que la moral y la economía capitalista entraron en una alianza temporal dentro del liberalismo que ya no será tan necesaria en el futuro? «Cuando las masas pierden su importancia económica, los derechos humanos y las libertades pueden seguir estando moralmente justificados, ¿pero serán suficientes los argumentos morales? ¿Seguirán las élites y los gobiernos atribuyendo valor a cada ser humano, aunque no sea rentable económicamente…? Las personas corren el peligro de perder su valor económico porque la inteligencia está desvinculada de la conciencia».[1]

Cualquiera que eche un vistazo a la imagen de la humanidad de Silicon Valley, que considera a las personas como un conglomerado de datos, un ordenador deficitario en busca de interfaces para la tecnología digital que les libere de su ser humano, compartirá rápidamente el temor de Harari. Porque de quien comercia indefinidamente con las vidas de las personas recogidas en datos, y quiere sustituir la política por la tecnología social, mientras sigue afirmando con una sonrisa en la cara que está haciendo del mundo un lugar mejor, no se puede esperar que haga mucho bien en términos de humanidad y de derechos humanos. Así que es muy posible que Harari tenga razón. Una sociedad vieja, nacida en la primera revolución industrial —el enlace de la economía liberal-capitalista y los valores liberales fundamentales de la Ilustración— está llegando a su fin porque su base, la sociedad burguesa del trabajo y el mérito, está desapareciendo. La tesis, dibujada al principio de este libro, ha recibido ahora su más profundo relieve. Pero, ¿qué viene después?

1. Harari (2017), p. 419 y ss.

*

La crisis del consumo y —llamémosla así— la *crisis de Harari* no son irritaciones menores en el camino del «seguir igual». *Son indicios de un trastorno en nuestra visión liberal de la humanidad o en nuestra forma de gestionar la economía.* Sólo cuando nos damos cuenta de que nos enfrentamos a una decisión semejante, se entiende la situación. El hipercapitalismo de Silicon Valley ya no puede funcionar como lo ha hecho hasta ahora, manteniendo a la vez los valores de la Ilustración, excepto como una mascarada. La *línea ascendente de la liberación* (el camino del ser humano desde la esclavitud asalariada al ser humano activo y autodeterminado) y la *línea descendente de la incapacitación* (la sustitución gradual del juicio humano por el código de programación) no pueden continuar indefinidamente en direcciones opuestas sin que el sistema salte por los aires.

Estas turbulencias se intensifican con la tercera crisis, la *crisis ecológica*, que en su dimensión global supera con creces a las otras dos. Todo nuestro modelo económico, que ahora es cada vez más global, sigue orientado al crecimiento infinito en el año

2018 y continúa basándose en la explotación implacable de los recursos y en el mayor impacto posible sobre el clima. Básicamente, todo el mundo sabe que no debemos seguir así, pero en la vida cotidiana de alguna manera no lo creemos; al menos, no sacamos ninguna consecuencia seria de ello. El capitalismo, se dice, *debe* crecer. Si esto es cierto, probablemente hará que, en este siglo, la tierra llegue a ser, en gran medida, inhabitable. La cuarta parte de las personas que viven en los países ricos industrializados consumen actualmente tres cuartas partes de los recursos mundiales, la mayoría de los cuales son finitos. En este sentido, la digitalización está reforzando un desarrollo nefasto. La tecnología digital suele requerir una gran cantidad de energía. ¡Sólo la tecnología de la criptomoneda Bitcoin consume por sí sola casi tanta electricidad al año como todo el estado de Dinamarca![2] Google, Facebook y compañía pueden hacer de todo, pero no detener el cambio climático, ni vencer el hambre en el mundo o aumentar los recursos minerales y el agua potable. Ni siquiera pueden salir de la espiral de crecimiento. Incluso, aunque Google sea ahora más eficiente en su consumo de energía —medido en comparación con la tecnología, que cada vez está más hambrienta de energía— es algo que ya apenas importa. De este modo, la digitalización impulsa constantemente la explotación de los recursos y el cambio climático.

El elemento más precario de las tres crisis es que no se puede hacer nada contra ellas al mismo tiempo. Si es cierto que el consumo es demasiado bajo en relación con el aumento de la productividad, entonces la solución sería más consumo. Por ejemplo, el economista Heiner Flassbeck aboga por, simplemente, aumentar

2. http://www.manager-magazin.de/politik/weltwirtschaft/bitcoin-energieverbrauch-beim-mining-bedroht-das klima-a-1182060.html

los salarios; de este modo, todo volvería a estar en orden.[3] Pero las recetas de ayer no resuelven los problemas del futuro. Cierran los ojos ante la agitación económica de la sociedad del trabajo y del mérito, a la que le gusta menospreciar porque no encaja en su esquema. Además, siguen defendiendo la ideología consumista que tanto necesitamos superar de forma urgente. Como hemos visto, ¡es precisamente el hiperconsumismo, que ya caracteriza a los países ricos en la actualidad, el que contribuye a la falta de mentalidad cívica, crea consumidores «impacientes y perezosos» y alimenta cada vez más la catástrofe ecológica! En otras palabras: ¡para corregir la crisis de consumo habría que agravar la crisis ecológica!

Ante un reto tan monumental, ¿no es cínico citar el lema de la Universidad de Stanford, tan popular en Silicon Valley: *Every problem is an opportunity. The bigger the problem, the bigger the opportunity*? Como en todo punto de inflexión, es de temer que se produzcan grandes disturbios y que los que ya existen se agraven aún más. Cuando el elemento aglutinador se desmorona, las astillas vuelan en todas direcciones. Las ondas se extenderán a los cuatro vientos: como millones de personas a las que el cambio climático priva de sus medios de vida de forma cada vez más rápida, como enormes movimientos migratorios, como nacionalismo étnico ciego de rabia, como separatismo, como proteccionismo, como cultura de la indignación y el odio en internet, como indiferencia con los partidos políticos, en guerras de distracción, como refugio en teorías de la conspiración y como formación de milicias dispuestas a llevar a cabo pogromos (especialmente en EE.UU., pero quizá no sólo allí).

La situación presagia grandes transformaciones. ¿Por qué no iba a hacerlo? Las dos primeras revoluciones industriales tam-

3. https://www.youtube.com/watch?v=SLN407nvHwM

bién cambiaron radicalmente las sociedades, desde la aparición del proletariado hasta el movimiento obrero y el sufragio femenino. Pero no es seguro que la sociedad del futuro sea mejor o peor. También es concebible una recaída en la barbarie en cualquier momento, provocada por grandes seductores del pueblo. Otros miran de reojo a China, cuyo capitalismo de control digital avanza cada vez más y tiene un gran éxito económico. ¿Necesitamos lo mismo en Europa, porque, de lo contrario, perderemos en competencia? Hoy existe un consenso bastante amplio en que el capitalismo está cada vez más desatado, que en el siglo XXI están invirtiendo billones en modelos de negocio que amenazan nuestra libertad, y que están destruyendo rápidamente nuestro medio ambiente, y en que todo esto no es nada bueno. El malestar va en aumento no sólo en los sótanos de los descontentos y de los parados, no sólo en las buhardillas de los poetas pobres y de los intelectuales de izquierdas, sino, incluso, en las altas esferas de los dirigentes de las empresas y de los «responsables». Para el inversor estadounidense George Soros, Google y Facebook son monopolios «que promueven la adicción, amenazan el pensamiento independiente y permiten a los dictadores llevar a cabo una vigilancia patrocinada por el Estado». La sociedad abierta está en crisis, la democracia está amenazada y la supervivencia de la civilización está en juego.[4]

Desde los tiempos del filósofo estadounidense John Rawls, el credo de los liberales ha sido que la desigualdad dentro del Estado sólo se justifica si los más débiles siguen obteniendo la mayor ventaja posible de ella. Nadie podrá decir eso de los GAFA o de los especuladores de la industria financiera mundial, ni de los sueldos

4. https://www.welt.de/wirtschaft/webwelt/article172870280/Rede-in-Davos-George-Soros-geisselt-Facebook-Google-und-die-CSU.html

cada vez más disparatados de los futbolistas. Si, según el informe de Oxfam, las sesenta y dos personas más ricas del mundo poseen tanto como los 3.600 millones más pobres, entonces el capitalismo global ya no es el mejor de los mundos posibles, sino que se encuentra en una rápida cuesta abajo. Ningún mecanismo de autocorrección puede detenerlo, ni tampoco ningún gobierno nacional. Pero este capitalismo que gira en el vacío, tal y como lo conocemos hoy, no será sustituido por una revolución con banderas y barricadas. Si se rompe, será más bien por una revolución técnica que podría despojarla de sus fundamentos, y por las buenas ideas que surgen de sus contradicciones. Pero, ¿qué habrá después?

La literatura de izquierdas sobre la economía digital está llena de textos que ven que la profecía de Karl Marx de que el capitalismo se derrumbará pronto se hará realidad; pero no la visión temprana de la revolución de los proletarios, sino la tardía del tercer volumen de *El Capital*: que la tasa de ganancia de la economía capitalista seguirá cayendo de forma constante cuanto más eficaz sea su producción, y que, en algún momento, esto acabará desencadenando una crisis sistémica. Por mucho que el capital financiero invierta en Silicon Valley, no tendrá un impacto duradero en la economía de consumo. Cuanto más se tecnifique la economía digital, más se abaratarán a la vez sus productos, hasta que, al final, dejen de ser rentables. Si se derribaran las vallas protectoras que los grandes monopolistas de la economía digital han levantado en torno a sus modelos de negocio, hoy ya estaría pasando esto. ¿Por qué las redes sociales, los motores de búsqueda, los asistentes de voz, e incluso el internet de las cosas, no deberían ser propiedad común? Cuanto más se democratice todo el conocimiento, menos necesidad tendrán los capitalistas de aplicar modelos de negocio orientados al beneficio. El conocimiento y la comunicación deberían, como ya exigía Marx en 1858, no ser sólo «medios»

del capital. Deberían ser de todos. Cuando lo hagan, «reventarán» con él el capitalismo.[5]

Todo esto no es tan lógico y seguro como algunos quisieran. Porque, incluso si la burbuja de Silicon Valley, que se está formando actualmente a un ritmo acelerado, estalla, en un principio sería sólo una burbuja que estalla entre muchas otras en la historia del capitalismo, la cual no es precisamente una historia pobre en este tipo de burbujas. Contra la caída de la tasa de ganancia los capitalistas han actuado siempre de forma muy creativa, a través de los mercados globalizados, las guerras y la multiplicación intrépida del dinero real y del capital ficticio.

La segunda cuestión es quién tendría que tomar las riendas en caso de colapso para transformar los modelos empresariales capitalistas en una economía del bien común. Desde luego, no el «proletariado». ¿Así que el gobierno de los Estados Unidos o tal vez la Unión Europea? No es muy probable. ¿Un levantamiento de la ciudadanía, especialmente de las clases medias educadas? Sí, muy, muy posiblemente. Pero, ¿qué tipo de sistema deben establecer de forma óptima? ¿Un socialismo? Tal y como enseña la historia, cualquier socialismo en su forma pura conduce a una dictadura estatal o a la anarquía, en la que, al final, los más fuertes y despiadados acaban siendo los nuevos oligarcas.

*

El camino realista no es la abolición del capitalismo. Tampoco existe un «sujeto revolucionario» para ello, ni el socialismo como proyecto es una alternativa para toda la economía. En los años 1883-1884 Otto von Bismarck había aliviado el lado oscuro

5. Karl Marx: *Grundrisse*. En: MEW 42: 602.

de la primera revolución industrial con su legislación social y había disminuido un poco los aspectos desagradables del capitalismo de Manchester. Por su parte, en los años treinta, los pensadores de la «Escuela de Friburgo» habían incorporado elementos socialistas al capitalismo para hacerlo más atractivo y más estable en la competencia sistémica con el comunismo: el nacimiento de la economía social de mercado. Sus conceptos civilizaron la segunda revolución industrial y crearon la base de la muy exitosa economía alemana después de 1948. Ante la cuarta revolución industrial, nos enfrentamos de nuevo a la tarea de establecer un nuevo orden y equilibrio en condiciones económicas diferentes, es decir, de firmar un nuevo contrato social. Tendremos que volver a implantar más socialismo en el capitalismo para continuar la línea ascendente desde Bismarck a través de la Escuela de Friburgo, o de lo contrario nos arriesgamos a sufrir enormes colapsos económicos y sociales.

La introducción de una renta básica incondicional es un primer paso en este sentido, aunque los críticos de izquierdas, como el periodista Mathias Greffrath, lamentablemente sigan viéndola sólo como un intento de asegurar la «dignidad de los receptores de limosna» para las personas económicamente superfluas.[6] Este reflejo defensivo de la vieja izquierda no mira lo suficientemente lejos. De hecho, una renta básica adecuadamente elevada liberará a muchos millones de personas de la dictadura de tener que funcionar según las reglas de juego de una sociedad que disfraza su economía de «meritocracia» y obliga psicológicamente a las personas a integrarse en este orden. La RBI es más libertad *a*

6. Mathias Greffrath: »Der Mehrwert der Geschichte«, p. 21. En: Mathias Greffrath (ed.) *Re. Das Kapital. Politische Ökonomie im 21. Jahrhundert*, Kunstmann, 2017.

través del socialismo. Con ello, la atención de muchas personas debería centrarse en *cómo* y *para quién* trabajan: el inicio de una sociedad futura de cazadores, pastores y críticos. Al igual que el movimiento obrero del siglo XIX, el «movimiento no obrero» del siglo XXI debe recuperar la humanidad que ya ha perdido terreno en el afán incondicional de la economía por la eficiencia y que amenaza con perder mucho más.

Por supuesto, la renta básica no es la solución, sino sólo un primer paso en el camino hacia una economía de mercado sostenible del futuro. Un sistema educativo diferente es tan necesario como la civilización de la economía digital, que, a largo plazo, debe servir a las personas y no las personas a ella. Cuando estalle la ilusión de este capitalismo y su perpetuo movimiento, quedará claro que el aumento de la eficiencia en la producción no servirá de mucho a la economía y a la sociedad si no cambian también muchas otras cosas. Un cambio de conciencia en el trato con la tecnología digital, incluyendo sus modelos de negocio, es mucho más fácil de imaginar de lo que creen todos esos pesimistas que se han dejado engatusar por el gran cuento de Silicon Valley de que el futuro está predestinado. Pero, ¿quién dice que la doctrina de la predestinación del camino hacia la dictadura de la tecnología no nos parecerá pronto tan tonta como realmente lo es? Basta con ver el cambio de conciencia que ya ha sido posible en países como Alemania. ¡Cuán dramáticamente han cambiado la conciencia y la visión del mundo de los alemanes desde los años cincuenta hasta hoy! El mundo de los tirantes y los chistes de Heinz Erhardt, de la película *Fräuleins vom Amt* y de las largas jornadas de trabajo les parece a los jóvenes de hoy un cuento de la época de Astérix; no así el mundo de los años setenta y ochenta. ¿Por qué no va a progresar la conciencia de forma similar en las próximas décadas? ¿Quién, en los años sesenta, tenía conciencia de la necesidad de

preservar nuestro medio ambiente? ¿Y quién carece de ella hoy en día, salvo quizás aquellos que tienen más responsabilidad? Al igual que la protección del medio ambiente necesitaba el movimiento a favor de lo orgánico y de la ecológica, el tratamiento de la tecnología necesita un movimiento a favor de la tecnología humana y de su uso humano.

Ciertamente, todo esto no es suficiente. La agitación social necesita de las catástrofes, pero esta vez también podemos contar con ellas. En primer lugar, el más que probable desempleo masivo. Obligará a los políticos a pasar del letargo a la comprensión, y luego a la acción. Cuando la necesidad sea grande y la indignación en los medios de comunicación sea enorme, quedará claro que los modelos de negocio, que para muchos parecen no tener alternativa, no lo son; que hay muchas formas de tratar con internet, con los datos y con la inteligencia artificial, y no sólo una; que el propio Estado está llamado a asumir un papel mucho más activo, a regular, a establecer los incentivos adecuados y a reestructurar completamente el Estado del bienestar; y que no debe abandonar a todas las personas que se han quedado desorientadas en la transición de la sociedad clásica del trabajo y la meritocracia a una nueva sociedad.

*

La tarea de la política para el año 2018 y más allá queda así claramente perfilada. Debe superar su autoempequeñecimiento, despertar de su «sueño pragmático» y volver a controlar las cosas que ha dejado sin hacer. El llamado mercado libre no lo resolverá; tampoco lo hará la economía de internet ya que, de todos modos, este mercado tampoco es libre si tenemos en cuenta a los monopolistas multimillonarios. Los políticos deben mostrar lo que vale

para ellos la concepción liberal de la humanidad de la Ilustración y proteger el derecho de todos los ciudadanos a la autodeterminación informativa con la seguridad adecuada. Pues casi sin que nuestros guardianes del orden y la constitución se den cuenta, en Silicon Valley, el semillero de la tecno-utopía, se está produciendo un proceso que ya ha arruinado moralmente al comunismo. La promesa solucionista de hacer del mundo un lugar mejor amenaza con convertirse en un aparato de poder incontrolable que lo controla todo.

A esto es a lo que debemos resistirnos y contra lo que debemos protegernos. Nuestros políticos y jueces del tribunal constitucional deben defender una imagen de la humanidad que no reduzca el comportamiento a los algoritmos ni la vida al procesamiento de datos. Esta lucha por la libertad no se decidirá en los discursos solemnes, sino en las regulaciones y en las inversiones en una economía que no trate a las personas de forma comparablemente ideológica. Los días de sonambulismo y de participación obligatoria han terminado, e internet ya no es «territorio inexplorado» para ningún político. La gente como Mark Zuckerberg, que esconde su vida privada en Palo Alto tras una muralla de propiedades y casas compradas, sabe lo que hace; la gente que le cree cuando delira sobre el valor de la transparencia de datos casi ilimitada, no.

Pero, ¿cómo se civiliza el capitalismo digital en términos concretos? Si hacemos caso al economista estadounidense Scott Galloway, sencillamente hoy en día no habría más remedio que disolver Google, Facebook, Amazon y Apple para restablecer una auténtica competencia. Es muy posible que el gobierno estadounidense recurra a este medio en un futuro próximo. No sería la primera vez. Pero, ¿cambia mucho el problema si en lugar de un Facebook hay cuatro y si en lugar de un Google hay tres? Los mo-

delos de negocio permanecen tan intactos como las prácticas e ideologías empresariales. Aunque el poder se distribuya de forma diferente en Silicon Valley, existe el peligro de que las soluciones solucionistas y los códigos de programa paralicen nuestras vidas, obstaculicen nuestras oportunidades de desarrollo y supriman nuestra democracia.

La cuestión más fundamental del futuro digital es: ¿quién es el dueño de qué? ¿Y por qué? Mis datos deberían pertenecerme a mí. La infraestructura digital en la red es demasiado importante para la libertad y el desarrollo de cada individuo como para que se dejen en manos de empresas privadas impredecibles. Aquí es donde el Estado está llamado a prestar un servicio básico que, como nuestras carreteras y el suministro de energía, no debe entregar a los intereses comerciales de terceros. No importa la agenda digital que se adopte en un futuro próximo: la garantía de la libertad de los ciudadanos en la red debe estar en el centro. Las consecuencias económicas de todo este proceso también son interesantes. Una internet libre tiene mucho potencial para ser productiva para todo el mundo.

Es famosa la distinción que hace Karl Marx entre fuerzas productivas y medios de producción. Las fuerzas productivas es todo aquello que produce algo, es decir, los trabajadores y las máquinas; los medios de producción son las instituciones, las leyes y las relaciones de propiedad que determinan quién posee qué. En la primera y en la segunda revolución industrial, ambas estaban estrictamente separadas. Las máquinas y las fábricas no pertenecían a los trabajadores, sino a los especuladores privados o, como en el capitalismo de Estado, al Estado. En el mundo digital, en cambio, es posible un escenario completamente diferente. ¿Por qué deben seguir estando tan claramente separadas? Mi portátil o mi *smartphone* me pertenecen: ¿por qué no tendría que ocurrir lo mismo

con mi rendimiento laboral? En un mundo en el que el conocimiento está disponible en todas partes y en el que las máquinas son muy baratas y tienen enormes capacidades, la antigua separación no es ni de lejos tan obvia como lo era en el viejo mundo de las máquinas de vapor y las cadenas de montaje.

Si, además, se tiene en cuenta que, en el futuro, cada vez habrá menos personas empleadas de forma permanente, es inevitable preguntarse por qué los *crowdworkers* del futuro deberían emplear su mano de obra para una gran empresa digital en lugar de para ellos mismos o para una comunidad. La cooperación y las redes descentralizadas son posibles hoy en día de una manera totalmente nueva, a diferencia de los dos primeros siglos desde la invención de la máquina de vapor. Si el Estado quiere que los muchos millones de personas, que ya no se dedicarán a un trabajo remunerado, realicen proyectos que les sirvan a ellos y a la sociedad, debe hacer todo lo posible para permitir los proyectos de código y de contenidos abiertos, especialmente aquellos que están orientados al bien común. Para muchos agentes de seguros o conductores de autobús, que perderán su trabajo en las próximas décadas, todo esto no es demasiado reconfortante. Sin embargo, genera en muchos jóvenes una perspectiva para trabajar para sí mismos, su comunidad y la sociedad en lugar de tener un trabajo insatisfactorio en la economía digital tradicional.

En este contexto, la palabra mágica es «producción de bienes comunes». El procomún era la tierra común medieval en la que trabajaban los campesinos de las aldeas y ciudades antes de que los grandes terratenientes se la arrebataran. Así, Wikipedia sería una especie de pasto común donde todos pueden pastar sus ovejas y donde se trabaja en beneficio de todos. Aunque una breve mirada entre bastidores revela una distribución extremadamente desigual del poder de interpretación que ocurre allí, el principio

parece, sin embargo, honorable. Entretanto, los utópicos de izquierda se han enamorado mucho de la idea de que la economía del bien común, unida a una internet pública de las cosas, resolverá todos los problemas económicos. Pero si esto tiene que ser realmente la matriz de la economía del futuro en los países ricos del mundo, hasta ahora no es más que un hermoso sueño a partir de amapolas rojas. De momento, en cualquier caso, modelos de negocio del Valle como Uber y Airbnb están destruyendo precisamente ese mundo de servicios sociales gratuitos tan importante para el futuro y comercializándolo hasta el más mínimo rincón.

Al igual que el capitalismo de movimiento perpetuo no funciona, tampoco lo hace el socialismo de movimiento perpetuo con el que soñaba Oscar Wilde. En algún lugar del mundo se seguirán extrayendo tierras raras para los teléfonos inteligentes, y la batalla feroz por las materias primas se recrudecerá. El mundo sin dinero del capitán Picard, en el que todo proviene de la impresora 3D, probablemente no amanezca hasta el siglo XXIV. Ni las criptomonedas ni la producción del procomún son el camino más corto hasta allí.

Todo esto no significa, a la inversa, que una renta básica, unida a una ecología cada vez más común, no sea un paso importante en la dirección correcta —una dirección que ya está trazada desde una perspectiva ecológica—. Nuestra sociedad debe cambiar su economía y su mentalidad para que ya no necesitemos tanto y compartamos más, porque si no nuestros nietos ya no podrán envejecer en este planeta. Necesitamos más educación en humanidad. Tenemos que mantener un trato inteligente con la tecnología digital, aprender a apreciar su importancia, comprender su limitada lógica binaria y también los límites de su transmisibilidad a los problemas sociales. Los partidos deben situar «al otro» de la tecnología en el centro de sus programas electorales para defen-

PENSAMIENTOS NOCTURNOS

La digitalización llega a todo el mundo

Tomás Moro no terminó su *Utopía* sin señalar todos los escrúpulos que tuvo al escribirla. Así, sabe que al final «le vinieron a la mente todo tipo de cosas» que «le parecían inconsistentes con todo lo que había escrito». Su librito, la concepción más moderna y humana de la convivencia humana que se había concebido hasta entonces, no termina con una profecía, sino con palabras sinceras sobre su estado ideal: «Sin embargo, lo *deseo* más de lo que lo *espero*».[1]

¡No puedo más que estar de acuerdo con esto! Cuántas veces lo que aparece bajo la apariencia de una respuesta es, en realidad, una pregunta. Cuántas veces, en la noche melancólica, parece poco claro e incoherente lo que parece sencillo y claro durante el día. En estos días grises de invierno del cambio de año de 2017 a 2018, se han alternado fases de desagradables temores y gran abatimiento con un optimismo primaveral. Algunos encontrarán mis propuestas demasiado radicales, incluso tecnófobas. ¿No estoy subestimando groseramente los cientos de miles de nuevas profesiones desconocidas a las que dará lugar la economía digital? ¿Y no estoy exagerando en exceso cuando me preocupo por la libertad y la autonomía de nuestras vidas futuras? Para otros, mis ideas se quedan cortas. ¿Dónde queda la abolición del capitalismo financiero, dónde está el poder de transformación del futuro de

1. http://www.linke-buecher.de/texte/romane-etc/Morus--%20Utopia.pdf, p. 211.

las criptomonedas y las monedas locales, dónde está el fin del dinero en su totalidad o, incluso, una renta máxima incondicional? Donde los sueños de algunos ven un capitalismo siempre exitoso, otros preferirían abolirlo más pronto hoy que mañana.

Podemos soñar mucho. Para este libro, era importante para mí recorrer el camino de la utopía con un tractor, y no con un dirigible. El miedo a no haber ido lo suficientemente lejos, o de haber ido demasiado lejos, seguía siendo una de las pequeñas preocupaciones. Siempre es un desastre cuando los pensamientos empiezan a divagar hacia la distancia, fuera de esa crisálida de prosperidad que es Alemania y los ricos estados europeos. Al fin y al cabo, la digitalización no sólo afecta a los países más avanzados tecnológicamente, sino a todos. Regiones como el sudeste asiático, que se convirtieron en la ampliación de los talleres de la industria europea y estadounidense en los años setenta y noventa, no podrán competir en el futuro con los robots mucho más baratos de Alemania. Las primeras empresas textiles ya están retirando sus campamentos y volviendo a producir en Alemania. ¿Y qué harán los cientos de millones de personas de los países emergentes y en desarrollo, que viven de la ganadería y de la producción de piensos en todo el mundo, si empezamos a criar nuestra carne en una placa de Petri para eliminar los horrores de la ganadería industrial? Estos países no podrán permitirse una renta básica incondicional.

Mientras los países industrializados piensan en cómo mantener la ganadería, lo que están haciendo es ampliar la brecha con los países pobres y produciendo perdedores. El resultado son unos flujos migratorios de proporciones sin precedentes, que, comparados con los refugiados de los últimos años, han sido sólo como un pequeño temblor. Durante miles de años, la gente seguía los rebaños de animales; hoy, siguen los flujos de capital. Probablemente, la gran automatización no les ofrecerá nada de lo que puedan vivir en el futuro.

La revolución digital encierra un gran potencial para que muchas personas desarrollen sus vidas de forma más autodeterminada, informada y conectada, en una economía sostenible que produce de forma más ecológica y limpia y que —a diferencia de la actual— no sólo piensa en la innovación, sino también en la exnovación, es decir, en los costes de eliminación de las innovaciones anteriormente innovadoras. Pero, ¿seremos capaces de cambiar nuestro sistema económico de forma tan fundamental? ¿Y realmente compartiremos este cambio? Dejando a un lado la cuestión de si seremos felices si vivimos como nos prometen los visionarios optimistas de nuestro futuro económico, el siglo XXI será, sobre todo, el siglo en el que tendremos que compartir nuestra prosperidad con aquellos a cuya costa la hemos ganado en parte, y seguimos ganándola hoy en día. Los derechos humanos fueron declarados en el siglo XVIII, aceptados parcialmente en Europa en el siglo XIX y realizados en gran medida aquí en el siglo XX. El siglo XXI será en el que tendremos que tomarlos en serio a escala mundial. Comprometerse con la Ilustración no debe significar detenerse en Europa. Los derechos humanos corresponden a todas las personas.

¿Será posible empezar a compartir más, protegiendo a la vez los recursos, y hacerlo a una escala mundial? ¿No corremos el peligro de perder de vista la biología y la ecología al vivir en mundos cada vez más digitales? ¿Sentimos esta responsabilidad por nosotros mismos y por los demás animales de nuestro planeta? En realidad, los humanos y los animales deberían acercarse mucho más en el futuro, como seres biológicos y emocionales, como *el otro de la inteligencia artificial*. Ser naturaleza y no tecnología, ¿no es esa la sensación que le invade a alguien cuando mira la portada

de este libro? «El encantador de serpientes»,[2] de Henri Rousseau, de 1907; un idilio con la naturaleza, pintado en la época de la segunda revolución industrial, por un bretón en los suburbios de París, y que nunca vio un paraíso tropical con sus propios ojos. El sueño de una naturaleza intacta, una simbiosis entre el ser humano y el animal, sumerge el bodegón del bosque primigenio en la luz irreal de una luna pálida que colorea el cielo con su luz e ilumina la hierba de forma brillante. Sacada del tiempo, resuena con el sentimiento antiguo de la paz de la creación de la naturaleza. Aquí, el ser humano no es amo ni arquitecto. No transforma la naturaleza ni la explota. En cambio, él es una parte primordial. La espátula no teme a la oscura Eva, que convoca a una serpiente cuya astucia no destruye el paraíso.

Si una sociedad futura de cazadores, pastores y críticos no pierde su último atisbo de la naturaleza, si no destruye la naturaleza con la astucia de sus tecnologías, sino que la preserva, si la tecnología le ayuda incluso a reducir la explotación de los recursos naturales y crea más tiempo para protegerlos, entonces habrá hecho el mayor servicio a la humanidad.

La probabilidad de que tenga éxito no es grande. Aunque algunas personas caigan de rodillas ante la superioridad de los gigantes tecnológicos de Silicon Valley, si creen en el fatalismo de que el camino hacia la dictadura de las máquinas estaría evolutivamente predestinado es posible que consigamos sobrevivir a la convulsión digital desde un punto de vista económico y social, y encontrar un nuevo contrato social sobre esta base. Pero, ¿a qué precio? Todo esto no impide que nuestro consumo de recursos y

2. El autor se refiere a la portada de la edición original en alemán. Para consultar, ir a: https://www.penguinrandomhouse.de/Buch/Jaeger-Hirten-Kritiker/Richard-David-Precht/Goldmann/e542926.rhd [N.d.T.]

energía arruine la tierra a un ritmo acelerado. En el Sahel, el desierto se desplaza cada día más hacia el norte, el mar de Aral y el lago Chad casi han desaparecido, los polos siguen derritiéndose y la selva tropical está muriendo. El cambio climático, apenas frenado por los países industrializados, hará pronto inhabitables muchas partes del mundo. Las posibilidades de que consigamos replantear esto y que creemos buenas condiciones de vida para muchos miles de millones de personas en nuestro planeta sin, al mismo tiempo, destruir toda la naturaleza, incluida nuestra atmósfera, son escasas.

El caldo de cultivo del pesimismo es bueno y abundante. Si todo el mundo es pesimista, podemos estar seguros de que la distopía será realmente el resultado final, porque nadie intentará siquiera cambiar el curso del mundo para mejor. Mientras que el optimista necesita valor, el pesimista puede sentirse cómodo en su cobardía. Sólo necesita un número suficiente de compañeros para estar seguro de que tiene razón.

Sin embargo, un optimista, cuyas expectativas no se cumplen, siempre lleva una vida más significativa que la de un pesimista que se ve confirmado.

¡El pesimismo no es la solución!

Anexo

Recomendaciones bibliográficas

Revolución digital

En cierto modo, una obra de referencia sobre los retos de la revolución digital es el libro de los expertos del MIT Erik Brynjolfsson y Andrew McAfee: *The Second Machine Age. Wie die nächste digitale Revolution unser aller Leben verändern wird*, Plassen 2016, 6ª ed. Algo más cauto en sus predicciones es el presidente del Foro Económico Mundial, Klaus Schwab: *Die Vierte Industrielle Revolution*, Pantheon 2016, 4ª edición. Andreas Syska, profesor de gestión de la producción, rebaja las expectativas: *Ilusión 4.0. Deutschlands naiver Traum von der smarten Fabrik*, cetpm Publishing 2016. Algo parecido hace el sociólogo Philipp Staab: *Falsche Versprechen. Wachstum im digitalen Kapitalismus*, Hamburger Edition 2016. Sobre la automatización del futuro, véanse los ponentes del *Chaos Computer Club* Constanze Kurz y Frank Rieger: *Arbeitsfrei. Eine Entdeckungsreise zu den Maschinen, die uns ersetzen*, Goldmann, 2015. El extraño poder de Silicon Valley es descrito por Andrew Keen: *Das digitale Debakel. Warum das Internet gescheitert ist - und wie wir es retten können*, DVA, 2015. El científico suizo especializado en cultura y medios de comunicación Felix Stalder aborda los aspectos filosóficos y culturales de la digitalización: *Kultur der Digitalität*, edición Suhrkamp 2017, 2ª ed. Bernd Scherer (ed.) realiza una clasificación de la cultura digital en la historia: *Die Zeit der Algorithmen*, Matthes & Seitz, 2016. Sobre el lado oscuro de la cultura digital, véase el libro del psicólogo social Harald Welzer: *Die smarte Diktatur. Der Angriff auf unsere Freiheit*, Fischer 2017.

Inteligencia artificial

Sobre las posibilidades y los riesgos de la inteligencia artificial, véase el libro del filósofo y teórico de la ciencia Klaus Mainzer: *Künstliche Intelligenz - Wann übernehmen die Maschinen?*, Springer, 2016. De modo similar, véase el libro del periodista científico Ulrich Eberl: *Smarte Maschinen. Wie Künstliche Intelligenz unser Leben verändert*, Hanser, 2016. Mucho más críticos son los libros del periodista estadounidense Jay Tuck: *Evolution ohne uns. Wird Künstliche Intelligenz uns töten?*, Plassen, 2016; del periodista del *Taz* Kai Schlieter: *Die Herrschaftsformel. Wie Künstliche Intelligenzen uns berechnen, steuern und unser Leben verändern*, Westend, 2015; y del periodista científico Lars Jaeger: *Supermacht Wissenschaft. Unsere Zukunft zwischen Himmel und Hölle*, Gütersloher Verlagshaus, 2017.

El futuro del trabajo

Los clásicos sobre el futuro del trabajo mencionados en el texto son: Paul Lafargue: *Das Recht auf Faulheit. Widerlegung des »Rechts auf Arbeit«* (1880), Holzinger, 2015; Oscar Wilde: *Der Sozialismus und die Seele des Menschen* (1891), Holzinger, 2016, 4ª ed. El fin del empleo remunerado generalizado en los países industrializados fue predicho por Jeremy Rifkin: *Das Ende der Arbeit und ihre Zukunft. Neue Konzepte für das 21. Jahrhundert* (1995), Fischer, 2016, 4ª ed. Lo mismo opina el informático estadounidense Martin Ford: *Aufstieg der Roboter. Wie unsere Arbeitswelt gerade auf den Kopf gestellt wird – und wie wir darauf reagieren müssen*, Plassen, 2016. La opinión de que el trabajo en el capitalismo digital es cada vez más indigno la sostiene Richard Sennett: *Die Kultur des neuen Kapitalismus*, Berlin Verlag 2005. Sobre los perdedores de este proceso se ha preocupado Zygmunt Bauman:

Verworfenes Leben. Die Ausgegrenzten der Moderne, Hamburger Edition, 2005. Los periodistas Marc Beise y Hans-Jürgen Jakobs han recopilado una visión general con diversas opiniones sobre el desarrollo y la forma futura del trabajo: *Die Zukunft der Arbeit*, *Süddeutsche Zeitung*, 2012. Sobre la disolución de los conceptos clásicos del trabajo, véase el libro del matemático Thorsten Hübschen: *Out of Office. Warum wir die Arbeit neu erfinden müssen*, Red line, 2015; igualmente, el libro de los sindicalistas Reiner Hoffmann y Claudia Bogedan (eds.): *Arbeit der Zukunft. Möglichkeiten nutzen - Grenzen setzen*, Campus, 2015.

Medir y vigilar

Evgeny Morozov advierte con detalle y conocimiento del peligro del solucionismo: *Smarte Neue Welt. Digitale Technik und die Freiheit des Menschen*, Blessing, 2013. Numerosos libros advierten contra la recolección de datos y la vigilancia por parte de las corporaciones digitales y los servicios de inteligencia, como el de la abogada y autora Yvonne Hofstetter: *Sie wissen alles. Wie Big Data in unser Leben eindringt und warum wir um unsere Freiheit kämpfen müssen*, Penguin, 2016; el del sociólogo Christoph Kucklick *Die granulare Gesellschaft. Wie das Digitale unsere Wirklichkeit auflöst*, Ullstein, 2016; del editor científico Christoph Drösser *Total berechenbar. Wenn Algorithmen für uns entscheiden*, Hanser, 2016, del informático Markus Morgenroth: *Sie kennen dich! Sie steuern dich! Die wahre Macht der Datensammler*, Knaur, 2016; de los periodistas Stefan Aust y Thomas Ammann: *Digitale Diktatur. Totalüberwachung. Datenmissbrauch. Cyberkrieg*, Ullstein, 2016, de la matemática estadounidense Cathy O'Neil: *Angriff der Algorithmen. Wie sie Wahlen manipulieren, Berufschancen zerstören und unsere Gesundheit gefährden*, Hanser, 2017. La lucha contra Face-

book y a favor de nuestra propia autonomía de datos fue dirigida por Max Schrems: *Kämpf um deine Daten!*, edición de 2014, 2ª ed. El sociólogo Steffen Mau se ocupa de la omnipresencia de la medición: *Messen, Werten, Hierarchisieren*, Suhrkamp, 2017, y del sociólogo Simon Schaupp: *Digitale Selbstüberwachung. Self-Tracking im kybernetischen Kapitalismus*, editorial Graswurzelrevolution, 2016.

Derecho

El abogado y político de Los Verdes Jan Philipp Albrecht ha escrito sobre la injusticia del abuso de datos: *¡Finger weg von unseren Daten! Wie wir entmündigt und ausgenommen werden*, Knaur, 2014. La situación jurídica también la refleja el ex juez del tribunal constitucional Udo Di Fabio: *Grundrechtsgeltung in digitalen Systemen*, C. H. Beck, 2016.

Disfrazar y engañar

Steffan Heuer y Pernille Tranberg: *Mich kriegt ihr nicht! Die wichtigsten Schritte zur digitalen Selbstverteidigung*, Murmann 2015, 3ª ed.

Miedo

Sobre las fantasías en torno a una supuesta «superinteligencia» y el posible fin de los seres humanos, véase el libro del filósofo sueco Nick Bostrom: *Superintelligenz. Szenarien einer kommenden Revolution*, Suhrkamp, 2016; del periodista de televisión estadounidense James Barrat: *Our Final Invention. Artificial Intelligence and the End of the Human Era*, Grifn, 2015; del historiador israelí Yuval Noah Harari: *Homo Deus. Eine Geschichte von Morgen*, C. H. Beck, 2017, 9ª ed.; del profesor del MIT Max Tegmark: *Life*

3.0. Mensch sein im Zeitalter Künstlicher Intelligenz, Ullstein, 2017. Sobre las presuntas consecuencias de la inteligencia artificial para la democracia, véase Yvonne Hofstetter: *Das Ende der Demokratie. Wie die künstliche Intelligenz die Politik übernimmt und uns entmündigt*, Penguin, 2018.

Sueños

Raymond Kurzweil, jefe de desarrollo técnico de Google, sueña con la «singularidad»: *The Singularity is near. When Humans Transcend Humanity*, Penguin, 2006. Jeremy Rifkin sueña con una sociedad no capitalista basada en la cultura digital: *Die dritte industrielle Revolution. Die Zukunft der Wirtschaft nach dem Atomzeitalter*, Fischer, 2014; sobre tener muchas esperanzas en el «internet de las cosas»: *Die Null-Grenzkosten-Gesellschaft. Das Internet der Dinge, kollaboratives Gemeingut und der Rückzug des Kapitalismus*, Fischer, 2016. El fin del capitalismo también lo profetiza el periodista de televisión inglés Paul Mason: *Postkapitalismus. Grundrisse einer kommenden Ökonomie*, Suhrkamp, 2016; el periodista austriaco Robert Misik: *Kaputtalismus. Wird der Kapitalismus sterben, und wenn ja, würde uns glücklich machen*, Aufbau, 2016; igualmente Nick Srnicek y Alex Williams: *Inventing the Future. Postcapitalism and a World Without Work*, Verso, 2016. El espectro de posibles cambios en la sociedad es explorado por Paul Buckermann, Anne Koppenburger y Simon Schaupp (ed.): *Kybernetik, Kapitalismus, Revolutionen. Emanzipatorische Perspektiven im technologischen Wandel*, Unrast, 2017. El sociólogo estadounidense Erik Olin Wright sueña con más socialismo en el capitalismo y un cambio gradual: *Reale Utopien. Wege aus dem Kapitalismus*, Suhrkamp, 2017. El periodista Thomas Ramge y el abogado Viktor Mayer-Schönberger sueñan con una sociedad mejor y más

justa basada en el *big data*: *Das Digital. Markt, Wertschöpfung und Gerechtigkeit im Datenkapitalismus*, Econ, 2017.

Agradecimientos

Me gustaría dar las gracias a todos los que han contribuido a su manera al éxito de este libro. También pienso en las innumerables conversaciones y sugerencias en actos, conferencias y congresos. Me gustaría dar las gracias a Manfred Broy, director del Zentrum Digitalisierung.Bayern, con quien he reflexionado sobre los retos del futuro digital en el *ZEIT*. Me gustaría agradecer especialmente a mis primeros lectores, Hans-Jürgen Precht, Martin Möller, Fritz Fasse y Marco Wehr.